
KATHERINE
PANCOL
MUCHACHAS
3
NOVELA

Para Octavie y Chacha, mis muy atentas dos lectoras,
Nadine, Dominique, Sarah,
Corinne, Sophie, Gloria,
Pascale, Béatrice, Melissa,
Nathalie, Sylvie, Marina,
Virginie, Carole, Magda, Lilo,
Lise, Marie, dos chicas contralto.
¡Muchas gracias, muchachas!

«Cada hombre en su noche se dirige hacia su luz».

VICTOR HUGO

Al volante de la Kangoo roja, Stella ve desfilar las colinas, los puentes, los pueblos de Borgoña. Reconoce una granja, un estanque, una portilla blanca que bate el viento. Hay una gata rayada enroscada al pie de una columna de establecimientos Moret.

Podría conducir con los ojos cerrados. Conoce la carretera de memoria. Va a Lyon a menudo. Le pidió a Georges que le prestara el coche. Y a Julie dos días de fiesta. Sin dar explicaciones.

—Me los descuentas de las vacaciones.

Julie le contestó: no te preocupes. Georges le dio las llaves. Como si supieran que tenía que arreglar un asunto. Ella ve desfilar el paisaje y se pregunta qué va a hacer con Lucien Plissonnier. Dice en voz alta:

—Lucien Plissonnier. Mi padre... Lucien Plissonnier.

Debe de haber una señora Plissonnier, viuda de Lucien. ¿Vive todavía? ¿Supo que su marido la engañaba?

Si Adrian me engañara...

No quiere ni pensarlo.

No sabe dónde vive, ni siquiera si trabaja. Él le trae fajos de billetes que deposita en la jabonera cerrada que hay debajo del lavabo del cuarto de baño. Nunca la misma cantidad. Dice que es mejor que ella no sepa de dónde sale. Añade que un día estarán juntos. Léonie también pensaba que un día Lucien y ella estarían juntos.

Stella se para en un stop. Es la nueva manía del gobierno. Poner señales de stop en todas partes. La gente no los respeta, se los saltan alegremente y provocan accidentes. Y muertos.

Deja pasar a un ciclomotor y arranca otra vez. Es raro entrar en una familia cuando no conoces a ninguno de sus miembros. Se mira en el retrovisor. Su mechón rubio se levanta, muy tieso. Como las plumas de un *sioux*. Una guerrera caída del cielo. Adrian dice que se parece a esa actriz, Tilda Swinton. Le enseñó su foto en un periódico. Joséphine no se parece a Tilda Swinton. Ella tiene un encanto sutil, discreto y

refinado que la envuelve como una capa de lino. ¿Está casada? No lleva anillo.

Stella toca la bocina para que el tractor que tiene delante se aparte y la deje pasar. Tiene prisa, Tom la espera. Desde la muerte de *Toutmiel*, se enfada por cualquier cosa, se pasa horas solo en el bosque, come sin decir palabra y corre a meterse en la cama con su armónica.

Nadine, la directora del colegio, dice que ha empezado a pelearse otra vez.

—Tu hijo está siempre enfadado, Stella. ¿Sabes el motivo?

—Le mataron al perro.

—Deberías llevarle al psicólogo.

—¡Si crees que abriría la boca delante de un psicólogo es que no le conoces!

Tom es como ella. No dice nada. Arregla sus asuntos él solo.

—¿Por qué tienes que marcharte tan a menudo? —le ha preguntado Suzon—. ¡Me gustaría saber en qué andas! Es que desde lo de *Toutmiel*, siempre pienso que te puede pasar algo y se me hiela la sangre.

—Que no, Tata. No voy a un sitio peligroso.

—Pero ¿qué haces exactamente?

—Una misión de reconocimiento.

—¿Y eso es un trabajo?

Stella es como un animal, quiere observar a Joséphine antes de abordarla. Ha aprendido a interpretar a las personas. Descifra gestos y miradas, y lee los labios. Detecta la revancha, la cobardía, la mentira en un quiebro de voz. Adivina un golpe bajo inminente, una probable traición.

Varias horas de viaje a la ida y otras tantas a la vuelta para decidir si le otorgará su confianza a Joséphine Cortès o no.

Léonie también quiere saber. ¿Saber qué? No está muy segura.

—Es curioso —dice—, es como si encontrara mi sitio, como si por fin fuera legal. Todos estos años sin saber... me volvieron loca. Al final no sabía si me había inventado a Lucien, y si en realidad tú eras hija de Ray.

—¡Pero si es estéril, mamá! ¡Acuérdate, Huevoseco!

—Ya no estaba segura de nada. Perdí mis propios recuerdos.

—Los golpes te provocaban amnesia.

—Y por fin voy a saberlo…

—No te embales, mamá, puede que esa gente sean auténticas ratas.

—¿Joséphine Plissonnier tiene pinta de rata?

—No. Y por lo visto los estudiantes la aprecian.

—¿Lo ves? —replica Léonie, orgullosa de haberse marcado un tanto.

Y exige detalles: ¿es alta, es delgada, es guapa? ¿Levanta la voz cuando habla? ¡Debe de ser inteligente si ocupa ese puesto! Lucien decía que no podía irse por ella, que tenía que quedarse para protegerla. Debió de haber pasado algo grave.

Stella tiene ganas de gritar: «¿Y a mí, tú me protegiste?», pero se limita a decir:

—¿No te lo explicó nunca?

—No, parecía agobiado.

A Léonie se le escapa un suspiro y murmura:

—Tienes una hermana, Stella. ¿A que es maravilloso?

¡Yo no necesito una hermana!, refunfuña Stella y se para en un stop. Yo no necesito a nadie.

Vista desde el fondo de la sala, Joséphine parece dulce, discreta. Nunca levanta la voz. Por lo visto tiene un perro muy feo que se llama *Du Guesclin*.

Hoy le ha dejado una nota en el parabrisas. ¿Quizás debería haber escrito otra cosa? ¿Ser más clara? Me llamo Stella, soy su hermanastra, su padre fue amante de mi madre, esto… durante poco tiempo, pero suficiente para que yo naciera. Me gustaría saber… ¿qué tipo de hombre era? ¿Tiene una fotografía suya? ¿De qué murió ese 13 de julio? No era viejo. Tenía… ¿cuarenta años? Quince días antes, cuando se despidió de Léonie, estaba perfectamente. ¿No le parece raro?

La idea le vino a la cabeza a fuerza de darle vueltas: no es normal morir a los cuarenta años. ¿Y si fue cosa de Ray? Eso es una estupidez y lo sabe, pero todo es posible. Habría bastado con que Turquet, Gerson y Lancenny decidieran vengar el honor de su jefe. Ellos pronuncian ese tipo de palabras viriles con la mano en el pecho y el

codo apoyado en la barra. «Vengar el honor», «cargárselo», «arreglarle las cuentas a ese cerdo». Vacían los vasos de cerveza y parten al combate.

Ella les conoce muy bien.

El pasado, se dice al ver el tejado puntiagudo de la granja de los Álamos… Creemos que lo hemos dejado atrás, pero vuelve para dar los últimos coletazos. Para ajustar cuentas y hacernos preguntas. Para impartir justicia. El pasado no olvida nunca. Siempre vuelve. Con una cuenta pendiente. No le gustan las historias inacabadas.

Violette, por ejemplo. ¿Por qué ha vuelto a Saint-Chaland? Cuando sus padres murieron hace tres meses, apenas tuvo tiempo de rociar la tumba con agua bendita, y se subió de un salto al taxi que la esperaba con el motor en marcha. Iba muy peripuesta y a la última, con un abrigo de cuadros rosas y blancos. La esperaban en un rodaje, no tengo tiempo, no tengo tiempo. La gente estaba escandalizada, ¿quién se cree que es esa presumida para desaparecer nada más salir del cementerio?

Violette. Desde que volvió, Stella se ha dedicado a estudiarla. Cuando era pequeña, el aplomo de Violette, su descaro y esos pechos pequeños que atraían a todos los chicos del barrio la dejaban sin palabras. Era evidente que triunfaría. Le bastaba con chasquear los dedos para convertirse en una estrella.

Stella toma cafés con Violette y activa la vista, el olfato y el oído. Todos sus sentidos están alerta.

Violette apenas cuenta nada. Ha comprendido que debe cultivar la ambigüedad. Cuanto menos sepan, mayor será su prestigio entre la gente de este pueblo, donde el menor comentario se convierte en rumor. ¿Por qué ha vuelto a Saint-Chaland? ¿Piensa continuar su carrera de actriz? ¿Por qué nadie de por aquí ha visto ninguna de sus películas? ¿Ha ganado suficiente dinero para vivir sin trabajar? ¿No la reclaman en París? ¿Conoce a muchas estrellas? ¿A Véronique Genest, a Alain Delon, a Victor Lanoux, a Mimi Mathy, a Sophie Marceau? ¿Cómo son? ¿Tienes sus números de móvil?

Violette esboza una sonrisita enigmática que da a entender que no puede contestar, que es demasiado largo de explicar, que su

regreso a Saint-Chaland es provisional. Debe ocuparse de los asuntos de sus padres, muertos en la carretera D81, embestidos por un camión que se había saltado un stop. ¡Unas personas tan buenas, tan honradas! Violette baja la cabeza y reprime una lágrima, y eso acaba con las preguntas y con una curiosidad fuera de lugar.

Funciona de maravilla. La compadecen, la respetan, descubren que tiene corazón, se arrepienten de haber dudado de ella. «No solo es bella físicamente, también tiene belleza interior —afirma la panadera mientras devuelve el cambio—. ¡Es pura como la nieve!».

Violette es una mujer muy guapa, eso es verdad. Alta, esbelta, con una abundante cabellera rubia, ojos avellana y esa elegancia que se adquiere en las grandes ciudades, a base de hojear revistas y espiar a las jóvenes en las terrazas de los cafés. Hay que mirarla muy de cerca para detectar las primeras arrugas alrededor de los ojos, y esa leve flojera alrededor de la boca, el esbozo de una mueca de desilusión. La mueca de una persona que ha esperado mucho, y a la que han engañado e incluso maltratado. Solo la mirada experta de Stella ha constatado este desencanto.

Por más que Violette se haga la interesante, emplee términos grandilocuentes, y juegue con palabras, con cifras, con propuestas exorbitantes, Stella comprende que básicamente juega con humo. Un humo que se lleva el viento. «Me han hecho una gran oferta», «mi agente está estudiando el contrato», «una producción internacional». Stella asiente. Solo le interesa una cosa. Ella quiere saber si lo que dicen en el pueblo es verdad, y Violette y Ray están juntos. O si es un camelo. Si el tío está enganchado o si simplemente disfruta del momento. ¡Si estuviera pillado sentimentalmente todo cambiaría! Los sentimientos vuelven débil a un hombre. Le convierten en una presa fácil. Si Ray está enamorado, Stella podrá desclavar uno a uno los clavos de la tapicería y utilizarlos para cerrar su ataúd.

Saber también de qué lado está Violette. Porque al fin y al cabo, si a los treinta y cinco años no ha conseguido enamorar a la gran pantalla, ¿por qué no iba a ocurrírsele la idea de emparejarse con Ray? Él tiene veinticinco años más que ella, pero eso nunca le ha preocupado a nadie. Ray tiene influencia, conoce a los poderosos, es amigo del gobernador provincial, del vicegobernador, del alcalde y los tenientes de alcalde, los policías y todos los peces gordos de la zona.

Tiene dinero, aunque siga viviendo en la calle Éperviers. Lo hace por comodidad. Porque su madre se niega a mudarse. Porque así no paga alquiler y él es muy tacaño. ¡Una vivienda oficial aunque ya esté retirado! ¡Otra estafa! Se ve que las cosas le van muy bien: un buen coche, buenos restaurantes, aparatos, teléfonos, Rolex y tabletas. Apuesto y bien vestido. Él nunca se pringa las manos. De los trabajos sucios se ocupan Gerson, Turquet y Lancenny. Tiene el cuartel general en la trastienda del café Lancenny. Cobra sobornos, comisiones ilegales, sobres de dinero negro, todo lo que le reportan sus trapicheos. Él unta a todo el mundo y todo el mundo le unta. Es un sistema de remuneración mutua. A Violette debe de atraerle todo eso.

Y además, aunque a Stella le cueste reconocerlo, Ray sigue siendo un hombre guapo. Camina muy erguido, exhibe un vientre plano, un bronceado eterno, una sonrisa espectacular y un aire de patrón arrogante que siempre enloquece a las mujeres.

Stella detecta todo eso en los ojos de Violette. Pero también detecta la duda.

No hay nada decidido.

Violette habla de sus proyectos, se oye a sí misma hablando de Nueva York, Los Ángeles, París, y se extraña, pero luego le parece fascinante y lo repite otra vez.

Y otra.

Cuanto más lo dice más se lo cree. Examina minuciosamente su contrato para discutirlo con su agente, que se marcha al día siguiente a L.A. Va a buscarle un modisto y una peluquera que la acompañe. ¡Es tan agradable existir! Ser por fin una estrella. Violette contempla el mundo desde las alturas. Considera a la gente que la rodea como meros ayudantes, cuyo deber es escucharla, darle la réplica, valorarla. Empieza sus frases diciendo: yo te lo explico... y mira a su interlocutor como si fuera tonto. Ella es el centro del mundo, la actriz principal de un guion que va escribiendo sobre la marcha. ¿Quién va a desenmascararla en Saint-Chaland?

Durante el día se dedica a no hacer nada.

Duerme hasta las doce, se depila con cera fría, se hace la manicura, se pinta una uña de naranja, otra de rojo, la tercera de azul marino, ve la tele, tuitea con un seudónimo, suelta unas cuantas maldades, prueba un champú, se aplica una mascarilla para pieles

sensibles, lee el horóscopo, telefonea a su vidente, estudia detenidamente *Voici, Closer, Public,* mira fijamente el teléfono que no suena.

Enciende su trigésimo cigarrillo. Mañana lo deja, prometido.

Stella intuye nubarrones en la mirada a veces aterrada, a veces dolida de Violette. Como un gato que acecha a un ratón. Agazapada en un silencio amable, espera. No sabe qué, pero se dice que un día Violette dejará caer una información.

Y ese día, Ray Valenti estará a su merced.

Violette ha terminado por creerse sus mentiras.

Mira su teléfono. Llama a su agente, y él le contesta: «Estoy hablando, Violette, te llamo en dos minutos». Ella cuelga, emocionada, a punto de llorar. ¡No la ha olvidado, dice que volverá a llamarla! ¡Debe de tener un proyecto para ella! No importa lo que sea, con tal de rodar. ¡Estaba al borde de la desesperación, qué tontería! ¿Por qué tiene tan poca confianza en sí misma?

Decide no comer más, se depila las cejas, se repinta las uñas, ¡el naranja es vulgar! Piensa en darse una ducha, pero decide que no. ¿Y si sonara el teléfono y no lo oyera?

A las ocho, cuando Ray viene a buscarla para ir a cenar, la encuentra sentada con las piernas cruzadas, al lado del teléfono.

—¿Estás haciendo yoga? —le pregunta sonriendo, enternecido al verla tan guapa.

—Sí, eso mismo —contesta ella, fulminándole con la mirada.

—¿Estás lista? Hemos quedado con el prefecto.

—Esta noche no —dice ella.

—¡Pero si quería verte por un trabajo!

—¡Esta noche no! —replica ella levantando la voz.

—Estará el presidente del tribunal y su mujer.

—¡Basta! —grita ella—. ¿No lo has entendido?

Y le da un puntapié al teléfono que está en el suelo. Ray la mira, sorprendido.

—¿Quieres que vaya a comprar una pizza y nos la comemos delante de la tele? Lo anularé, me inventaré una excusa. Diré que mi madre no se encuentra bien. Él lo entenderá.

«Pizza», «tele», «comer», «mi madre», esas palabras desencadenan una tormenta de ira en la mente de Violette.

—¡Vete, Ray, vete!

Él se va, desconcertado. Esta chica está totalmente chiflada. No le conviene acostumbrarse a tratarle así. Un día él se indignará. La castigará. ¿A lo mejor es lo que está esperando? Ray le da una patada a la rueda delantera de su Maserati. ¡Mierda! ¡Esta noche tenía muchas ganas de tirársela! Ella tiene algo que le vuelve loco. Una forma de ignorarle y después engatusarle, ataca y retrocede, ataca y retrocede… y él pierde pie. Es incapaz de desengancharse. Tendrían que cortarle el rabo. Cuando está a punto de llamar a su puerta se le altera el corazón y, para armarse de valor, imagina que le pega un polvo… ¡Porque eso es la felicidad completa! Cuando se hunde lentamente entre sus muslos le inunda una oleada de placer, se ahoga, dice sí, clama al cielo, firmaría cualquier cosa. Esta chica tiene una vagina de boa constrictor. Tiene el sexo tapizado de paredes suaves, cálidas, mullidas que le atrapan el rabo, lo masajean, lo hacen rodar, lo acarician. Él se retuerce, se vuelve torpe, chilla como un animal herido, se muerde los puños, aplasta la nariz en la almohada y se derrumba, exhausto, a punto de llorar. Y está tan a gusto dentro de ella, que tiene ganas de gritar ¡mamá! y querría quedarse allí eternamente.

Ya no puede pasar sin ella. De haberlo sabido, no la habría tocado nunca. Material altamente inflamable. Prohibido acercarse. Y se impone curas de abstinencia, pero que nunca superan las veinticuatro horas. ¡Y hay que ver en qué estado vuelve a mendigar la pitanza!

Ha perdido ya dos centímetros de contorno de cuello y tendrá que renovar todas sus camisas.

Al día siguiente, ella le telefonea.

No por ganas de verle, sino por miedo a la falta de dinero. Cuando sus padres murieron le dejaron el chalet y una insignificante cuenta de ahorro. Ella se hizo fotos nuevas para relanzar su carrera. Se acostó con el fotógrafo y él le hizo un descuento. Y la maquilladora le pidió trescientos cuarenta euros la hora. Es la que tiene Angelina Jolie cuando está en París. Pronto no le quedará un duro. Ray es su única esperanza. Es solvente. Violette se informó antes de dejar que le pusiera las manos encima. Tiene una amiga que trabaja en el Banco de

Francia y que siempre que tiene un tipo a la vista le pasa información. La cuenta de Ray está repleta. ¿Por qué privarse? ¿Para demostrar que es más virtuosa que otras? Hace mucho tiempo que ha entendido que la virtud no da un céntimo.

«Dinero»: es la única palabra que la devuelve a la realidad. La niebla se disipa. Una angustia atroz la invade, descubre las primeras canas.

Aparta las facturas pendientes y su mirada capta el desconchado del papel pintado, la mancha de óxido en el tubo de la pared, el grifo que gotea, Hollywood se aleja, asoma la depresión, se siente amenazada. Agotada. Un guiñapo. ¡Sería capaz de meter la cabeza en el horno!

Telefonea a Ray.

Se lanza en sus brazos, ¿me quieres, dime, me quieres? Él la mira, sin entender qué ha sido de la mujer que ayer le puso de patitas en la calle a gritos. La abraza muy fuerte, asombrado al verla tan frágil, y decide ayudarla, protegerla más que nunca, devolverle la dignidad.

—Tú eres mi estrella, ¿sabes? Todos mis amigos me envidian...

Ella balbucea: sí, sí, mueve la melena, apoya la cabeza en su hombro y dice con una vocecita de niñita desvalida:

—Es que mi agente quiere que vaya a L.A. a rodar una película con DiCaprio, bueno, no el papel protagonista, ni el secundario, pero de todas maneras... son varias escenas. Dice que es algo repentino y yo, yo no quiero dejarte, soy muy desgraciada.

Él la estrecha contra sí, la acuna, la consuela.

—Te prometo que el vicegobernador te meterá en la próxima película que subvencione la región. ¡Y esa será tu revancha contra todos esos cretinos!

—Eres muy bueno conmigo. No te merezco.

—No digas tonterías. Estamos bien juntos y haremos grandes cosas, ya verás.

Violette no se lo cuenta todo a Stella, solo algunas cosas. No son datos importantes, pero Stella es paciente. ¿Cómo consigue Ray ocuparse de dos mujeres a la vez?, se pregunta mientras pone la radio. Atender a una madre y mimar a una amante. A Violette no se la contenta con promesas. Debe de exigir hechos.

Stella busca una emisora en la radio y opta por Nostalgie. Hugues

Aufray canta «Celine». Piensa en Léonie. ¡Espero que no haya pasado nada en mi ausencia! No le gusta separarse de su madre, aunque Edmond Courtois mande a sus hombres para que no entre nadie en la habitación y les pague el doble por hora. Todas las noches, cuando ella se va, Boubou, Houcine o Maurice se instalan en el sofá al lado de la cama de Léonie.

Solange Courtois se indignó cuando lo supo. ¡En menudos líos te metes, Edmond! ¡En Saint-Chaland todo el mundo lo comenta! Dicen que estás colado por Léonie. Ray se pondrá como una furia. ¿Buscas pelea?

—¿De verdad que le monta esas broncas? —le preguntó Stella.

—No te preocupes. Estoy acostumbrado. ¡Me entra por un oído y me sale por el otro!

La guerra entre Edmond y Ray ha estallado de nuevo. Ambos protagonistas han envejecido, nada más. Pero Léonie sigue estando en juego. Edmond quiere protegerla, Ray necesita una criada.

¿Edmond Courtois conoció a Lucien Plissonnier? No está claro, Léonie debía de vivir su amor a escondidas. Si no Fernande la habría molido a palos... ¡Pobre mamá! El otro día, cuando le contó que dormía a Fernande para verse con Lucien, tenía cara de pilla. Debía ponerle un somnífero en la tisana o en el vaso de vino. ¡Pero primero tenía que comprar ese somnífero! Para Léonie todo era complicado. No disponía de dinero. Tenía prohibido salir. Cuando Fernande le daba algo para ir a la compra, tenía que devolverle hasta el último céntimo.

Ya está cerca de la granja.

Pone el intermitente, gira a la derecha por la comarcal y ve el campo que el vecino intenta vender sin éxito. ¡Pide cuarenta y ocho mil euros! No lo venderá nunca. No valdrá más de quince mil. A Stella no le gusta la idea de tener un vecino. Un tipo que controlará quién vive en la granja. Podría ver a Adrian y chivárselo a Ray, que quiere atraparle. Es una obsesión. La última vez que se encontraron le gruñó entre dientes: «¡Le atraparé, no te preocupes! Solo es cuestión de tiempo». Ella no le hizo caso. ¿Me busca? Pues yo le espero con la escopeta en la mano, la de Georges. Él me enseñó a usarla. Después de la muerte de *Toutmiel*, tú eres la siguiente de la lista, le dijo, ve con cuidado, están dispuestos a todo. Ella se alegró de que Georges

estuviera a su favor. Lo dudaba, ya no sabía de qué lado estaba. Ese es su problema, que acaba sospechando de todo el mundo.

Georges la llevó al bosque y le enseñó a disparar. La carabina la guarda escondida bajo llave en la Kangoo, para que Tom no la toque. La otra noche pasaron un miedo espantoso, cuando Tom apareció en el patio apuntando con la escopeta, listo para disparar. Buscaba a Ray. El mundo se habría librado de una sabandija, se dice Stella, pero prefiero que no sea mi hijo quien se ocupe de limpiar el planeta.

Tom la espera en la entrada de la granja, apoyado en el portalón. Son las ocho y media, todavía es de día.

Tom toca la armónica. Adrian le ha enseñado una estrofa nueva de «Heart of Gold» de Neil Young, *«keep me searching for a heart of gold...»*, vociferan juntos padre e hijo, y marcan el compás con el pie. Adrian toca la guitarra. Ensayan juntos por las noches, mientras ella hace patchwork. Stella describe su vida a base de retales. Se esmera, saca la lengua, mide, corta, clava la aguja. Para el personaje de Ray escoge la franela más negra. Será un tapiz largo que se desplegará varios metros. La historia de su guerra con Ray Valenti.

Anoche estaban los tres en el salón, con las ventanas abiertas. Entraban ráfagas de olor a espino blanco, los estorninos se bañaban en su pila. Tom se comía la armónica y Adrian le acompañaba a la guitarra. Ella les escuchaba mientras cosía, y cerró los ojos para retener la felicidad.

—Eres feliz, te oigo —había dicho Adrian sin darse la vuelta.

—Tienes razón —había contestado ella sonriendo.

Cuando Adrian vuelve a marcharse, deja su guitarra en la habitación de Tom. El niño duerme entre la guitarra y la armónica. Pronto tendrá toda una orquesta en la cama.

Stella frena el coche a la altura de Tom.

—¿Qué tal?

—Hay un problema.

Stella nota cómo se le acelera el corazón.

—¿Cuál?

—¿No has oído el teléfono?

Lo apagó cuando entró en la sala y se olvidó de volverlo a

encender.

—Lo había apagado.

—Muy hábil.

—¡Di, Tom, di!

Stella golpea la puerta con la mano izquierda.

—Suzon no me lo ha querido contar. Lleva una hora llorando en la cocina.

Cuando pone primera y arranca, Stella oye a Tom gritar en dirección a la Kangoo: ¡estoy harto! ¡Harto! ¡Haz algo, mierda!

—¿Todo bien, tío?

—Sí. ¿Y tú?

—Bien.

Milan se queda callado un rato. Aspira el cigarrillo que acaba de liar. Tiene los dedos gruesos, rechonchos y aplastados en la punta, como si le hubieran pegado con una maza. Ya no le quedan uñas, solo mollas de carne negras por la suciedad, la tierra, la limadura de las vigas de la obra. Se queda mirando los cristales de la ventana. Comparte una habitación con Adrian en un sexto piso sin ascensor de un edificio de la calle Caulaincourt. La ventaja es que está encima de la estación Lamarck. Viven hacinados, calculando cada movimiento. En un espacio de diez metros cuadrados, con dos colchones en el suelo, una placa eléctrica, una mininevera y una ducha. Los aseos están en el rellano.

—Habrá que hacer limpieza —dice Milan—, el cristal está sucio. Y eso no me gusta. Me deprime.

Adrian suelta la bolsa y se deja caer sobre el colchón. Ha clavado fotos de Stella en la pared, dice que es Tilda Swinton y que esa actriz le vuelve loco. Milan prefiere a Monica Bellucci, a mí me gustan las mujeres con curvas, y añade: esta Tilda tuya no tiene chicha.

—¿Quieres un café? —pregunta.

—Vale —dice Adrian.

Milan no se levanta enseguida. Parece que economice los movimientos. Trabaja colocando ladrillos. No para de agacharse, coger el ladrillo, levantarse y colocarlo. Para destrozarse la espalda en cuatro tiempos. Cuando no trabaja hace estiramientos, vértebra a vértebra, se cuelga de una barra atravesada en la puerta o se tumba en el suelo y mira fijamente el techo, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué tal el descanso?

—Demasiado corto.

Milan no sabe adónde va Adrian. Supone que se ve con una mujer. Un día le encontró un pelo rubio en la chaqueta y lo mostró a la luz. No hizo preguntas. Esperaba que Adrian se lo contara.

Adrian no dijo nada.

—Ha venido Vanessa. Te buscaba.

Adrian no contesta.

—Deberías decirle que estás con alguien. Si no no te dejará en paz.

—Al final lo entenderá.

—¡No cuentes con eso! Te busca a ti.

—Pues ofrécete tú.

Milan se levanta, llena el hervidor para hacer un café. Seca el vidrio con el dorso de la manga.

—¡Para ella soy invisible! —dice riéndose—. Se ha inventado un cuento de hadas y tú eres el príncipe encantado.

El agua empieza a hervir, Milan abre un tarro de Nescafé, pone dos medidas en cada taza, añade un poco de agua caliente, remueve y le pasa una a Adrian.

—En primer lugar, ¿por qué eres tan misterioso?

—No soy misterioso, soy discreto —contesta Adrian—. No me gusta hablar de mi vida privada.

—¿Ni siquiera conmigo?

Adrian no contesta, moja los labios en el café y los aparta con una mueca, está ardiendo.

—¿No te fías?

Adrian ha notado cierta tensión en la voz de Milan. Un ligero reproche. Sabe que le ofende que no se lo cuente, pero no puede evitarlo, no se fía de nadie. Edmond Courtois es el único que sabe su dirección en París.

—¿Estás loco o qué? —replica.

—Entonces es una cuestión de costumbre... —dice Milan.

—Sí, eso. Es una costumbre.

—Pues qué pena.

Adrian tiene que cortar inmediatamente este amago de discusión.

—Vivimos juntos y nos llevamos bien —dice.

—Pero no hasta el punto de contármelo...

—Prefiero guardármelo para mí. Me gusta que sea secreto.

—¿Está casada?

—Sí, eso es.

Está casada con la desgracia, piensa Adrian. Y yo quiero sacarla de ahí. Milan tiene papeles. Él no tiene nada que temer. Si sigue en esta habitación minúscula, es porque no tiene medios para vivir en otra parte. No quiere vivir en las afueras. Yo quiero ver la torre Eiffel, dice, soñaba con eso cuando era pequeño en Perm, para mí eso era la libertad. Perm está cuatrocientos kilómetros al norte de Aramil. Los dos vienen de la misma región de Rusia.

—¿Le ha gustado a ella la canción de Neil Young?

Adrian sonríe, aliviado porque Milan ha cambiado de tema.

—Sí.

—¿Quieres que te enseñe otra?

—Vale.

—¡Menudo seductor! ¡Una mujer casada!

Milan mueve la cabeza a derecha e izquierda, es su forma de decir que no lo entiende. ¡Hay muchísimas mujeres en las calles de París! ¡A quién se le ocurre liarse con una casada!

Adrian cierra los ojos.

Piensa en la noche que acaba de pasar allí. Tan lejos y tan cerca. Saint-Chaland es un rincón del mundo. Para orientarse, Adrian sigue la vía del tren a partir de la estación de Sens, y luego gira a la izquierda. Esconde el coche en un bosquecillo, repta entre la hierba alta y se cuela en el pasadizo. Cuando vuelve a salir en el patio de la granja, tiene que seguir vigilando. Nunca se sabe, susurra Stella, podría venir un vecino a buscar huevos y verte. Él anda escondiendo la cabeza en el cuello de la chaqueta y mirando al suelo. Como un clandestino. El señor Courtois le ha prometido que tendrá papeles. Pero ¿cuándo? Fue él quien le habló de la obra. Es un experto en el tema. Lo ha utilizado a menudo con extranjeros que llamaban demasiado la atención en Saint-Chaland. Él prefiere que se pierdan en el anonimato de París. Uno de sus amigos le habló de esa empresa, que rehabilita pisos, oficinas y viviendas, en negro. Tiene un contacto en la policía para conseguir papeles. Un conocido al que unta. Todo el mundo saca provecho, y los hombres ceden sus manos mientras esperan integrarse en Francia. A veces desaparecen, no se les vuelve a ver. O buscan otro trabajo. Cada vez cuesta más regularizarse. Hay

que tener paciencia. O apuntar al crío en un colegio. Usarlo como moneda de cambio. Adrian se niega a hacer eso. Espera. Paciencia, prudencia. Pegarse a las paredes. No hacer ruido. Pasar desapercibido.

—¿Probamos otra canción de Dylan? —pregunta Milan.

—Si quieres...

—O sea que ella habla inglés.

—¡Buen intento! —dice Adrian, sonriendo.

—No te preocupes, me acabaré enterando. Soy tozudo. «I Shall Be Released»,[1] ¿te parece?

Adrian mira a Milan con suspicacia.

—¿Por qué me dices eso? —pregunta.

—Yo no te digo nada, es el título de la canción —contesta Milan.

—Ah...

—¡Estás de los nervios, tío!

—Es que estoy cansado.

—Lo que tú digas...

Cuando Adrian se harta de estar solo, de dormir solo, de apiñarse con los demás obreros en la camioneta, de partirse la espalda, de contestar a las preguntas de Milan, da un portazo y se va a pasear por Montmartre. Le echa una carrera al funicular. Suele ganar y así recupera la autoestima. No es solo un tío que camina pegado a las paredes. Corre más deprisa que el funicular.

Y luego se sienta en un banco rodeado de verdor, bajo un sauce llorón o un álamo, cierra los ojos y se duerme enseguida.

Recuerda un día...

Fue poco después de que mataran a *Toutmiel*, él había llegado a la granja y la había encontrado acurrucada como una bola en la cama, ahogando contra la almohada los sollozos que no podía dominar.

Él se había inclinado sobre ella, le había acariciado el hombro, había susurrado:

—¿Me cuentas qué pasa?

—No me toques.

—¡Stella!

—¡No me toques, te digo!

—¡Pues habla, mierda! Nunca me cuentas nada. ¿Para qué sirvo

yo? ¿Solo soy un tío que llega de noche y te pega un polvo? ¿Eh? ¿Y que a la mañana siguiente vuelve a marcharse corriendo para que no le vean? ¡Porque resulta que nuestra historia se parece a eso! Así que o me lo explicas o me largo.

Ella se había abrazado fuerte a la almohada y sus sollozos se habían multiplicado.

—Déjame en paz, no tengo ganas de hablar —había balbuceado.

—Pues precisamente lo que yo quiero es que me hables. ¿Lo has entendido? Si no no tenemos nada que hacer juntos…

Ella se había quedado callada un momento, había soltado la almohada, se había dado la vuelta y había preguntado:

—¿Qué quieres, Adrian? ¿Quieres llorar mientras te hablo de mi infancia y de las palizas que recibía mi madre, y acabo contándote que han degollado a mi perro?

—Todo eso lo sé. Y muchas otras cosas, también.

—¡Tú no sabes nada! ¡Yo no te he contado nada!

—Lo he adivinado, Stella. Me he fijado en que tienes la boca crispada y la mirada huidiza, te he escuchado cuando duermes y hablas en voz alta, y cuando hacemos el amor y te echas a llorar… Un día tendrás que hablar. Porque si no, ¿qué soy yo? ¿Un semental? Pues mira, no está tan mal, ¿eh?

Ella se había sorbido los mocos y sonreía.

Había murmurado: ya lo sé, con una vocecita de niña muy triste y desamparada, le había tendido los brazos y se habían abrazado.

Poco después, cuando descansaban pegados el uno al otro, ella había dicho sin más:

—Era por *Toutmiel*, ¿entiendes?, por *Toutmiel*… Le han degollado y yo le quería. Yo le quería.

Era su réquiem por su perro.

Suzon está sentada en la cocina. Se seca los ojos con una punta del mantel.

—Tata… ¿Qué ha pasado? ¿Es Georges?

Suzon menea la cabeza. Y con la boca llena de lágrimas, musita:

—Es tu madre.

—¡Mamá! ¿Qué ha pasado?

—Amina. Ha telefoneado. Han tratado de llevársela por la fuerza.

—¿Quién? ¿Ray?

—No lo sé.

—¿No había nadie vigilándola?

Suzon mueve la cabeza, ella no sabe nada.

—Amina dijo que la llamaras enseguida. Que Léonie seguía en el hospital, pero que era serio, muy serio. No ha podido localizarte, te ha llamado seis veces como mínimo. Estaba como loca.

—Me había olvidado de volver a conectar el teléfono.

Suzon enrolla el pañuelo entre los dedos, lo estira como la pasta de los buñuelos, pierde los nervios.

—¡Y yo sin saber dónde estabas! Pero ¿cómo te vas así? ¿Y si te pasara algo? Ya no puedo más, Stella, no puedo más, esto no es vida.

Levanta la mirada y suplica:

—Hay que hacer algo, niña. Léonie no saldrá de esta y yo me moriré. ¿Y si nos la llevamos a nuestra casa? Yo la cuidaría bien, ya lo sabes.

—No digas tonterías, Tata. Ellos se presentarían inmediatamente, y habría una carnicería.

A Stella le ronda una idea, baja la voz y apunta:

—Georges... ¿Tú crees que estaría de acuerdo?

—¡Claro que estaría de acuerdo! ¿Cómo se te ocurre preguntar eso?

—Yo no estoy tan segura, Tata. Él también tiene miedo. No se pelearía por ella.

Suzon no contesta. Baja la cabeza y se suena. Estas discusiones siempre terminan así.

—¿Ha comido Tom? —pregunta Stella. Mira al vacío. Siente que la invade una oleada de ira.

—Sí. Y se ha lavado los dientes. Te esperaba, no quería acostarse sin haberte visto.

—Dormirá en vuestra casa, yo me voy al hospital.

—Telefonea a Amina primero.

Stella asiente. Abraza a Suzon, la tranquiliza con palabras cariñosas pero mecánicas. Tiene la cabeza en otro sitio, necesita un plan, tiene que esconder a Léonie. Pero antes tiene que verla. Puede que esté destrozada. ¿Por qué no había nadie en la puerta? Edmond Courtois había prometido que siempre habría alguien, que se adaptarían a lo que hiciera falta.

—Venga, vete, niña. Ella te necesita más que yo.

—¿Te has ocupado de los animales? Ya sé que exagero pero...

Quería hacerlo yo esta noche. No sé si a *Merlín* le queda agua, y he de cambiarle el vendaje a *Grizzly*, *Toto* ha vuelto a morderle.

—Ya está hecho. Me ha ayudado Tom. Está pendiente de todo.

—Últimamente tiene muchos cambios de humor. No le pierdas de vista, ¿eh?

—Te lo prometo.

—Y entra a los perros.

—Sí.

—Él podría venir a merodear por aquí —dice Stella en voz alta, como si hablara consigo misma.

—¿Sigues creyendo que es Ray?

—¿Quién podría ser si no, Tata?

Recoge las llaves de la Kangoo, el sombrero, el abrigo. Un pedazo de pan con queso de la mesa.

—Dile a Georges que me llevo su coche.

—Llámame en cuanto sepas algo. Estaré despierta.

—Prometido.

Stella está a punto de cerrar la puerta de entrada cuando Suzon la llama.

—¿Sabes, niña?, Georges no tiene nada que ver con esto. No vayas a pensar que...

Stella la mira perpleja. ¿Por qué le dice eso Suzon? ¿Porque quiere cubrir a su hermano o porque es la verdad? La verdad es que nunca sabrá con quién puede contar. La verdad es que sospecha de todo el mundo. La verdad es que la soledad le trastoca los nervios. Y a veces tiene la impresión de que Georges es más falso que un billete del Monopoly.

Se cruza con Tom que juega en el patio con los perros. *Costaud* le trae un palo y se tumba cuan largo es a sus pies, para mostrar su sumisión y sus ganas de jugar. Tom le acaricia el cuello, bien, *Costaud*, eres un perro muy bueno, muy bueno. La ve, recoge el palo y va hacia ella.

—¿Le ha pasado algo a Léonie?

—Sí.

—¿Es grave?

—No lo sé, tengo que telefonear a Amina.

—¿Ha sido Ray otra vez?

Stella le mira fijamente y se encoge de hombros, como diciendo: ¿quién si no? Pero no le salen las palabras.

—Esta noche duermes en casa de Georges y Suzon, ¿vale? Y no quiero líos.

—Ya lo he entendido —dice él y golpea el suelo con el palo—. No soy un niño pequeño.

Tom sube a la habitación rascando los peldaños con la parte de arriba de los zapatos. Tiene que hablar con Jimmy. Jimmy Gun siempre le aconseja bien. Hablando con él ha aprendido algo esencial: a decir no. Ha aprendido a decir NO a las personas y a las cosas de la vida con las que no quiere cargar. A dejar de decir sí para que le dejen tranquilo o para contentar a los mayores. Él quiere que esto termine, que terminen estas mentiras que le rodean. Desde que era pequeño flota a su alrededor un olor a tragedia, y siempre tiene ganas de pelea.

Un día lo habló con Stella. Un día que estaba muy orgulloso de sí mismo porque le había preparado unos macarrones con el punto de cocción exacto. Estaban cenando los dos y él había soltado el tenedor, se había tragado las bolas compactas que formaba el gruyer fundido y había soltado:

—Tienes que decírmelo.

—¿Que te diga qué? —había preguntado Stella mientras se servía un vaso de vino tinto para poder tragar el mazacote de queso.

—Lo que pasa. Porque lo sé, pero no lo sé y eso me vuelve loco.

—No lo entiendo, Tom. Explícate. Habla claro. Oye, ¿no te has pasado un poco con el queso rallado?

—Es que... intuyo que pasa algo malo y no sé qué es, y eso me da miedo. Pero si lo supiera, estaría preparado.

—¿Preparado para qué?

—Para la tragedia. Así cuando llegara, no tendría miedo.

Stella le había pasado la mano por el pelo, le había repetido que no hablaba claro. Había descruzado las piernas, las había colocado a un lado y se había quedado contemplando sus zapatos un momento, como si fueran la octava maravilla del mundo. A Tom le gustaría mucho que ella se pusiera otros zapatos, un día tendría que decírselo. Hoy no.

Tom había esperado. A Stella debía de costarle hablar para hacerle esperar tanto rato. Y luego ella había levantado la cabeza y había preguntado:

—¿Tú crees que te digo muchas mentiras?

Él la había mirado a los ojos y había contestado sí. Habría podido decir no por hacerle un favor, para complacerla, pero no era verdad. Y eso le habría llevado a ese terreno vago, hostil, amenazador donde estaba siempre. En cambio, diciendo sí, se alejaba del terreno vago y planteaba el problema: tú me mientes, yo lo noto y no lo soporto más.

—Hay cosas que no puedo contarte —había proseguido Stella—. Eres demasiado pequeño. Los niños son niños y los padres adultos. Cada cual en su sitio.

—Lo único que te pido es que cuando puedas no me mientas.

—¿Y qué ganarás con eso?

Y había añadido sin querer:

—No quiero que tú sufras, también.

—Pero así es mucho peor, Stella. Noto que algo no va bien y no sé por qué. Y me como la cabeza.

Stella había tironeado de las mangas de su jersey y se había abrazado con ellas.

—En el colegio noto que soy distinto. ¿Por qué no puedo hablar de papá? ¿Por qué siempre viene a vernos a escondidas? ¿Por qué si Ray es mi abuelo no le veo nunca? Y algo mucho peor: ¿por qué todo el mundo tiene miedo? Tú, la primera.

Ella había tardado en contestar. Debía de ser una decisión difícil.

—¿Y en qué te ayudaría que te dijera la verdad?

—Así sabría que no me consideras un bebé. Eso es importante para mí.

Ella había sonreído temblando, por culpa de las lágrimas. Él no sabía de dónde venían esas lágrimas. De una reserva que Stella tenía, lágrimas viejas del pasado que no había tenido tiempo de derramar, o del amor que sentía por él, que la desbordaba.

—Lo intentaré —había suspirado ella—, pero no te prometo que lo vaya a hacer siempre.

A él le habían dado ganas de acurrucarse en sus brazos para darle las gracias. Había vacilado. Quería convertirse en un hombre. Un hombre no se acurruca en brazos de su madre.

Pero aun así, esa noche había ganado. Y fue gracias a Jimmy Gun. Jimmy Gun le había enseñado a dejar de decir «sí» constantemente. Para contentar a su madre, a su padre, a Georges o a Suzon.

De manera que para demostrarle que le agradecía la franqueza, había reconocido que había puesto demasiado queso rallado en los

macarrones y que costaba tragarse esas bolas enormes de gruyer.

Enciende la lámpara de la cabecera y se coloca entre ella y la pared blanca de la habitación. Es una lamparita que Stella compró en Ikea. Se llevó dos. Una para su casa y otra para Suzon y Georges, para que cuando él duerma en su casa no se sienta exiliado. Stella piensa en este tipo de cosas y a él le emocionan estos pequeños detalles que tiene ella. Además el globo de la lámpara es de un color azul turquesa muy bonito, y tiene un pie metálico flexible, tipo ducha. Puede torcerlo y orientar la luz como quiera. Jugando con el soporte flexible aprendió a hacer sombras chinescas. Su padre le enseñó algunas: el perro, el pato, el camello, el murciélago, el caracol, el pájaro. Una noche, mientras estaba repitiéndolas para aprender, se había levantado para coger un lápiz, y al pasar frente al haz de luz había descubierto a Jimmy.

Un chico como él, pero mucho más alto, proyectado sobre la pared blanca, como una sombra chinesca. Con el mismo mechón rebelde sobre la cabeza y la naricita respingona.

—Eh —le había preguntado—, ¿cómo te llamas?

Jimmy le había dicho su nombre. O quizás se le había ocurrido a Tom. Como el chico de la pared blanca tenía un aspecto realmente peleón, había dicho: «Gun. Jimmy Gun corre como alma que lleva el diablo».

Y habían empezado a hablar.

Tom sabía perfectamente que el que hablaba era él, pero al cabo de un momento acabó olvidándose, y Jimmy empezó a existir de verdad. Le sentaba bien hablar con Jimmy. Había encontrado un amigo. Su mejor amigo. Podía hablarle de su padre, de sus idas y venidas por el subterráneo, de *Toutmiel*, de la escopeta de Georges, de Léonie y de ese tarugo de Ray. Le contaba que él había ido a buscar a Maese Cerezo (Moitié Cerise) bajo el fregadero de la cocina, y que incluso se había colado por el piso y le había echado un vistazo a la habitación de la vieja. Había visto a Fernande roncando, con la cabeza hacia atrás apoyada en las almohadas y el muñón sobre las sábanas. Un muñón no es nada bonito, le había explicado, va enfajado como un bebé con unas tiras blancas, y en el extremo hay una venda manchada de rojo y amarillo, es francamente asqueroso. ¡Puede que le corten la otra pierna y luego los brazos, y solo será un tronco! ¡Y apestaba

porque se lo debía de haber hecho todo encima, y yo me tapé la nariz! Creo que si hubiera tenido la escopeta de Georges, ¡pum!, ¡pum!, la habría matado, porque la mala es ella. Ella y su hijo, Ray. Son tal para cual. La mato a ella y así me entreno, y después me cargo a Ray.

—Pero ese Ray es tu abuelo —había dicho Jimmy.

—Puede, pero sobre todo es un cerdo. No sé lo que le ha hecho a mi madre, pero los labios se le ponen pálidos cuando habla de él.

Con Jimmy era franco. Jimmy lo entendía todo. Pero esa vez, le había dicho que aquello no era inteligente, que en esos casos había que preparar bien el golpe. Porque ¡imagínate que la vieja se hubiera despertado! Habría gritado, se habrían presentado los vecinos y te habrían pillado. ¡Antes de hacer este tipo de cosas hay que reflexionar!

—Sí, tienes razón —había reconocido él.

Esta noche le contará a Jimmy Gun que ha habido otro drama. Que ya no soporta ver llorar a Suzon. Stella no llora, pero es lo mismo. Las lágrimas se pudren dentro, y por eso está pálida y tiene el contorno de los ojos rojo. ¡Pero Suzon, a su edad! No para de temblar, se ahoga. Un día se sentará en una silla y se morirá de repente porque se quedará sin aire.

—Ya se nos ocurrirá algo —contesta Jimmy—. Organizaremos algo y liquidaremos a esa chusma.

A veces, Jimmy Gun habla como en las teleseries americanas que emite TF1.

Stella conduce como una sonámbula mientras cae la noche. Sigue el zigzag de la carretera, pasa la mirada de un campo al otro, de una granja a la siguiente, como si encontrara apoyo en este paisaje familiar, como si los únicos amigos que le quedaran fueran los árboles y los prados. Y sus labios repiten: ¡ese cerdo, cerdo, cerdo! Baja la ventanilla y respira el olor de los bosques, el aroma a incienso, a hojas muertas, a musgo húmedo, a azafrán y a violetas, a brotes de haya. La fragancia de la noche, los ruidos de la noche, la pureza y la inocencia que se elevan en el aire. Oye el crujido amortiguado de los árboles que se balancean, los gritos de los pájaros, los arrullos de una paloma, atrapa una bocanada de aire fresco y la aspira. Léonie, mi madre, pobre criatura torturada. Esto no terminará nunca. Y la desesperación se abate sobre ella, ya no le quedan fuerzas, tiene ganas de parar la

Kangoo y dormirse, apoyada en el volante. Siempre la misma historia, su madre golpeada, violada, maltratada, su madre que no puede defenderse siquiera, porque las leyes las hacen los hombres y los hombres las aplican según su criterio. Cuando estaba en segundo curso leyó una frase que la marcó: «Las mujeres tienen razón de rebelarse contra las leyes, porque las hemos hecho sin ellas». La había escrito un hombre que se llamaba Montaigne. Y ella había tomado buena nota.

Todo esto la supera. Stella recuerda las noches de su infancia: la sangre en el pelo de su madre, el ruido de su cráneo golpeando contra el suelo, los insultos, los chillidos, su madre pidiendo perdón, gritando no lo haré más. No puede soportarlo, se ahoga y aparca. Por más que se tape los ojos con los puños apretados, las lágrimas se deslizan entre sus dedos y resbalan por sus mejillas.

Cuando ya no le quedan lágrimas, cuando ya ha consumido todo el dolor, vuelve la rabia. Entonces se yergue, se seca la nariz con la manga del abrigo, se cala el sombrero, se frota la cabeza con ambas manos, le da un mordisco al pedazo de pan y al trozo de queso y marca el número de Amina.

Un murciélago cruza el azul crepuscular volando en diagonal, y Stella recuerda una broma de Tom: «¿Cómo se llaman los ratones que trasnochan?», «¡No lo sé, Tom, sabes perfectamente que nunca lo pillo!», «Murciélagos». Se había quedado muy satisfecho al ver que ella se echaba a reír.

—Amina, soy yo. ¿Dónde estás? —dice al oír la voz de Amina, hablando tan bajo que apenas la entiende.

—En la habitación de tu madre. No he querido dejarla sola. Esperaba que me llamaras.

—Voy para allá.

—Está dormida. Le he dado unos somníferos.

—¿Es grave?

—Está dormida —repite Amina en voz baja.

Amina la espera delante de la habitación 144 y le hace un gesto para que se dé prisa. Mira furtivamente a ambos lados. Vuelve a cerrar la puerta y la bloquea con el respaldo de una silla.

—¿Crees que eso sirve para algo? —pregunta Stella.

—No lo sé, pero me tranquiliza. ¡No he pasado más miedo en mi vida, te lo juro! Habla bajo. Yo no debería estar aquí. Esta noche no me toca guardia.

—¿No ha venido Boubou, ni Houcine ni Maurice? ¿A quién le tocaba? Pero si yo avisé a Courtois de que hoy no podía venir…

—No. Yo no he visto a nadie. Les esperaba para irme.

—¿Y no han telefoneado?

—Nada, te digo que nada.

—Esto no es normal…

Son las diez y media. Normalmente, cuando hacen el relevo por la noche aparecen hacia las ocho. Con una sonrisa enorme. Siempre dispuestos a ayudar, siempre contentos. Boubou y Houcine suelen llegar juntos con su baraja de cartas y unas cervezas, sacan la mesilla de debajo de la tele y juegan al gin rummy. Miran a Léonie y le dedican una sonrisa, ya estamos aquí, ya puede cerrar los ojos. Ella les sonríe también y les da las gracias. Maurice la intimida un poco. Es un solterón. Lee libros sobre Napoleón y estudia la estrategia de las grandes batallas, el movimiento de los ejércitos que atenazan al enemigo. O no. Recrea Eylau o Waterloo. Le gusta la vida militar, los uniformes, el desfile del 14 de julio. Lo ve en la tele. Una vez fue a París para verlo «de verdad». Había viajado la víspera, había dado una vuelta por la plaza de l'Étoile para observar los preparativos, había dormido en el coche, y a la mañana siguiente se había plantado en primera fila para no perderse nada. Había vuelto decepcionado. «Se ve mejor por la tele». Y había añadido: «Y además a mí no me gustan las aglomeraciones. En París hay demasiada gente. Y además huele mal, no se puede respirar».

Stella se inclina sobre su madre que duerme plácidamente. Sus labios entreabiertos emiten un leve ronquido.

—Parece que está bien…

—Porque está oscuro. Mírala más de cerca…

Stella vuelve a inclinarse y ve una gasa en el ojo izquierdo de Léonie. Se le escapa un gritito y Amina le hace una seña para que se calle.

Se apoyan en el alféizar de la ventana y hablan en voz baja.

—Debían de ser las siete, yo estaba haciendo pipí en el baño cuando entró alguien. Estoy segura de que era Turquet, reconocí su voz. No sé por qué pero la llave se había quedado fuera. O alguien la habría puesto allí para que Turquet pudiera encerrarme.

—Lo cual querría decir que tiene un cómplice aquí...

—¡Ya me conformaría con que solo tuviera uno! —suspira Amina—. En cualquier caso, le ha dado una vuelta a la llave y me ha encerrado. «Así, la enfermera no vendrá a jorobarme», ha dicho en voz alta para que yo le oyera. He golpeado la puerta con todas mis fuerzas, pero eso no le ha impedido acercarse a tu madre. Le he oído decir: «¡Levanta, vuelves a casa!». Ella suplicaba: «¡No me toques!», y él se reía: «¡Si crees que voy a privarme, eres estúpida! Levántate o te muelo a palos». Ella debía de enseñarle la escayola porque él dijo: «¡Eso lo destrozo yo en un minuto!». ¡Oí golpes, gemidos, chillé pidiendo socorro, grité el número de la habitación, ya no sabía qué hacer! Al final se oyó un tumulto en el pasillo y él se fue. Apareció Serge, un enfermero, y me dijo que le había visto largarse, pero que no estaba seguro de que fuera él —¡otro valiente!—, me abrió y vi a Léonie en el suelo. No fue nada agradable.

—¿Qué tiene?

—Fracturas en las costillas izquierdas cuarta, quinta y sexta. Debió de girarse hacia la derecha, levantó el brazo para protegerse y él la machacó. Tiene hematomas por todas partes, en el pecho, en la cara, en el brazo derecho. Serge y yo la levantamos y él comprobó que no tenía nada roto, aparte de las costillas, mientras yo me recuperaba del susto. Le dio un calmante y Doliprane y se fue. Mañana habrá que contárselo a Duré.

—Mi pobre mamá —suspira Stella y le coge la mano—. ¡Esos no te dejarán en paz nunca!

Stella sopla sobre la cara de su madre, la acaricia tímidamente con un dedo.

—Duerme, está tranquila —comenta, asombrada.

—Cuando la desperté, se excusó. ¿Te das cuenta? Me pidió perdón por todos los problemas que me causaba. Esas fueron sus palabras exactas. ¡Es tan dulce, Stella, tan dulce! ¿Cómo pueden hacerle eso?

—Ya lo ves, Amina.

—Lo pasará mal durante un mes. Prácticamente no podrá moverse, ni respirar, habrá que moverla con mucho cuidado. Prohibido toser, reír, hacer gestos bruscos. No se puede hacer nada. Hay que esperar a que vuelva a soldar.

—Yo me quedaré aquí. Suzon se ocupará de Tom y Georges le llevará al colegio mañana por la mañana. Voy a telefonearles.

Cuando alarga la mano para sacar el móvil del bolso, empieza a sonar. Ve «número desconocido» y no contesta.

—Puede que sea Boubou o Houcine —sugiere Amina.

—O ese otro chalado que empezará a amenazarme, «estúpida de mierda, te voy a joder viva». Me amenazan con el infierno y creen que así podrán conmigo. ¡Siento tanto odio, Amina, que ya no puedo soportarlo más! Domina toda mi vida.

Observa la silueta tumbada sobre la cama, le acaricia el brazo y dirige la mirada al vacío.

—Muchas veces me pregunto si todavía me queda algo de amor... —Se calla y reflexiona para encontrar las palabras exactas—. Tengo momentos de felicidad. Pero duran poco. Lo normal es que el odio reaparezca y vuelva a dominarlo todo.

El teléfono ha dejado de sonar. Stella se encoge de hombros.

—¿Lo ves...? Ni siquiera dejan un mensaje. Creen que basta con que suene para aterrorizarme.

Le hace una peineta al teléfono.

—¿Estás segura de que no es Houcine o Boubou? —insiste Amina —. Suelen ser puntuales.

—Habría reconocido el número. Te digo que son los otros. ¿No lo has entendido aún? ¿Quieres que te haga un dibujo?

Emplea un tono cortante, desagradable. La ingenuidad de Amina la enerva.

Amina le pone una mano en el brazo para que se calme. Stella la rechaza y sigue con su idea fija.

—Es Turquet, tú misma lo has dicho. Y Turquet es Ray. Pero esta vez recibirán lo que merecen.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú no te metas. Simplemente pagarán por lo que han hecho. Tú no sabes nada y yo no te he dicho nada. Y si te preguntan, te callas la boca, ¿vale?

—Stella, sabes perfectamente que estoy de tu parte.

Ella dirige la mirada hacia la cara tensa y preocupada de Amina, detecta ternura, cariño, y lamenta haberse alterado.

—Perdona. No puedo más. Estoy cansada de aparentar algo que no soy, una chica fuerte que lucha a todas horas. Pero si dejo de ser esa mujer, ¿quién seré?, ¿eh?

Amina no dice nada. Stella tiene razón. Nadie le da la oportunidad de ser de otra manera.

—Esta noche me quedaré a dormir con tu madre. Estaré aquí por si se despierta y necesita algo. Tú ve a acostarte. Ya hablaremos mañana.

Stella murmura: gracias, qué suerte que estés aquí.

—Me siento culpable por haberme dejado encerrar —masculla Amina—. Además, yo nunca hago pipí en el baño de un paciente. ¡Aparte de que el reglamento lo prohíbe!

Stella sonríe.

—Eres una mujer estupenda —murmura.

—Tú también. ¡Y desde mucho antes que yo! Yo he tenido una vida agradable. A mí mi padre y mi madre me mimaban, mientras tú luchabas por sobrevivir.

—No tenía otro remedio.

—¡Incluso en clase aguantabas mecha!

—Porque los profes me gustaban. Eran cariñosos conmigo.

—Es verdad. Te lo perdonaban todo. ¿Te acuerdas de cuando tenías mal día y te ponías a dar patadas en cuanto alguien se acercaba?

Las dos ríen como si evocar el pasado aliviara en algo el presente.

—Mi preferido era Toledo, nuestro profesor de español —dice Amina—. ¡Me encantaba!

Stella arruga la nariz y hace memoria:

—Cuando teníamos clase por la tarde con él, volvía de la cafetería con el jersey lleno de manchas, y nosotros jugábamos a adivinar qué había comido.

—¡Y él se abrochaba la chaqueta para que no las viéramos!

—¿Cómo era eso que decía cuando sacábamos la mejor nota? —pregunta Stella.

—Cruzaba la clase gritando y señalándonos con el dedo[2] *¡fantástico! ¡Así se hace, muchacha!*,Y todos los demás gritaban: *muchacha, muchacha,* dando golpes al pupitre, ¡y se montaban unos follones!

—¡Para él todas éramos unas *muchachas fantásticas*!

—¡Pero tenía sus preferidas! ¿No te acuerdas? —dice Amina—. Tú, yo, Julie, Marie Delmonte. ¡Éramos las mejores en español!

—Y nunca hemos perdido el contacto... —Stella se emociona—. Julie y yo trabajamos juntas, tú estás en el hospital, Marie es periodista, y si no le toca trabajar en el periódico, nos vemos por las noches en el taller de patchwork. No ha cambiado, sigue tan simpática

como siempre. No se le ha subido a la cabeza.

—Cuando cumplí los treinta me regaló una portada del periódico donde había escrito: «Amina: la *muchacha fantástica*». ¡Anda que no estaba orgullosa yo!

—¿Eso se puede hacer?

—Sí, ella me lo enseñó, ¡es genial y muy fácil! ¡A mi padre le encantó! ¡Se la di y la colgó en el salón! Desde que era pequeña, él me decía que el señor Toledo tenía razón, que las mujeres eran seres formidables. Había decidido aprender español en su honor. ¡Se había comprado un método Assimil y escuchaba lambada!

—¡Pero si la lambada es brasileña!

—Ya lo sé. ¡Pero papá es así! Está en contra de las fronteras.

Stella tiene ganas de decir: tengo un nuevo padre, ¿sabes?, y a este creo que le querré aunque esté muerto. Estoy segura de que era un buen tío. Soy hija de un buen tío.

Se calla.

No consigue pensar con frialdad, nota que se está poniendo muy sentimental. Abraza a Amina y hunde la cabeza en su melena morena y rizada, para ahogar las lágrimas que le escuecen la nariz.

—No estás sola, Stella. Yo no te abandonaré. Yo no tengo miedo.

Stella murmura: *claro que sí, muchacha.*

Se oye un tropel en el pasillo y ambas se colocan delante de la cama para proteger a Léonie, cogidas de la mano.

El picaporte se mueve, pero la puerta, trabada por el respaldo de la silla, no se abre.

Ellas se miran, sorprendidas.

—Eso de la silla funciona —murmura Amina.

Entonces se oye una voz:

—Somos nosotros, ¿se puede pasar?

—¿Quién es nosotros? —pregunta Stella.

—Houcine y Boubou. Llegamos tarde. Ha pasado una cosa.

Amina consulta a Stella con la mirada y luego aparta la silla y abre. Les hace un gesto a los dos hombres para que hablen en voz baja.

—Pero ¿qué mierda habéis hecho? —susurra Stella indignada—. Por culpa vuestra…

Se calla al ver a Boubou en la penumbra. Mantiene la cabeza baja y trata de disimular un corte en la mejilla izquierda. Se tapa la herida con el hueco de la mano. Se palpa el labio superior con los dedos,

parece que tiene sangre en la boca. Houcine no tiene mejor pinta. No habla, sesea. Se aguanta el brazo izquierdo y tuerce el gesto.

—¿Qué ha pasado?

—Estábamos a punto de subir al coche para venir aquí —empieza Boubou— cuando llegaron Lancenny y Gerson y nos dijeron: «Chicos, no os mováis, tenemos que deciros algo». Nosotros contestamos que no era el momento, que volvieran mañana, y ellos contestaron que justamente era el momento perfecto. ¡Que no había momento mejor! Y se cachondeaban.

—Tenían mala pinta —dice Houcine entre seseos.

No dice «mala» sino «mada».

—Entonces... —continúa Boubou— empezaron a liarnos con una historia de una maquinaria agrícola vieja que había que ir a buscar a Larmoyer, y el dinero que ganaríamos si nos arreglábamos directamente con ellos sin contar con Julie. Que no hacía falta que Julie se enterara, que iríamos a medias, que Ray estaba harto de que Julie metiera mano en toda la chatarra de la zona, que se podía ganar una fortuna y que seríamos unos imbéciles si no nos quedáramos con una parte...

—Nosotros... —dice Houcine— dijimos que no teníamos tiempo de escucharles y que de todas maneras sus trapicheos baratos no nos interesaban.

—Miramos el reloj, no queríamos llegar tarde —prosigue Boubou —, y entonces nos preguntaron qué era eso tan importante que teníamos que hacer, si nos esperaba alguien, si era una tía o dos, y por qué no las compartíamos con ellos, y patatín, patatán. Nosotros no lo hemos visto venir, claro, y entonces se ha liado.

—Se han puesto detrás de mí —continúa Houcine— y me han birlado las llaves del coche. Yo les he sujetado la mano...

—Y las han tirado entre los restos de metal. ¡La trituradora había estado todo el día en marcha y había una montaña enorme!

—Entonces hemos explotado y nos hemos lanzado contra ellos. Nos hemos pegado, pero la cosa no estaba igualada. Ellos tenían barras de hierro y nos han dado. Nos han molido a palos, ha habido sangre... ¡Yo estoy seguro de que he perdido un diente!

—Entonces hemos salido pitando y nos hemos encerrado en la nave. ¡Ellos se han largado, llamándonos de todo!

—«¡Gilipollas, tontos del culo, hijos de puta!». ¡Vocabulario no les falta! Y luego hemos vuelto a salir. Hemos buscado las llaves entre los

restos. ¡Un caos! No veíamos nada. Hemos rebuscado con las manos, con los pies, tragando limaduras que se nos clavaban en las manos y se nos metían por los agujeros de la nariz, ¡hemos tardado como mínimo una hora en encontrarlas!

—Por eso llegamos tarde. No te enfades con nosotros, Stella —dice Boubou.

—No me enfado.

—Sí. Pones mala cara.

—No es por vosotros.

—¿Por quién entonces? ¿Por esos? Esos son unos imbéciles. Piensan con los pies.

—Estoy harta. Tengo ganas de dejarlo pasar todo y no salir nunca más de la cama.

—Eso no es propio de ti.

—Ya lo sé. No me gusta en lo que me estoy convirtiendo.

Suspira. Se encoge de hombros. Mira a Léonie.

—Estamos hablando a su lado y no oye nada. ¿Eso es normal?

—Está agotada —contesta Amina—. Y tú también. Vete a casa. Yo me quedo con los chicos.

Stella les mira. Se han inclinado hacia ella como si quisieran tomarle el pulso.

—¿Tan mala pinta tengo? —pregunta.

—Amina tiene razón —dice Boubou—. Vete a la cama. Esto no volverá a pasar. Te lo prometo. Deliberaremos.

Stella sonríe. Boubou habla como un diccionario, ¡él «delibera»!

—Gracias. Me iré a dormir un rato.

—No me parecería superfluo —concluye Boubou, con una triste sonrisa que le agrieta el labio superior.

Joséphine está en la sala que sirve de biblioteca del Gran Hotel Mikonos. Una sala con el techo alto, las persianas entornadas, las paredes encaladas, y estanterías largas de roble claro cargadas de libros que dejan los clientes. ¡La gente todavía lee!, se dice ella recordando la llamada telefónica de su editor esa misma mañana. La despertó de madrugada. Quiere que vuelva a escribir, ¿a qué espera? Su último libro salió hace dos años. Ella le contestó que uno no escribe cuando es feliz. Él replicó: ¡pues hablaré con Philippe para que te haga sufrir! No, gracias, murmuró ella recordando penas pasadas, es

demasiado doloroso.

Levanta la vista y busca un libro para Philippe. Lleva una blusa blanca entallada, un pantalón pirata rojo y unas sandalias Avarcas by Castel que él le trajo de Londres. Dice que en Notting Hill son la última moda.

Las vio en una revista, se fijó en que la gente las llevaba por la calle, y las imaginó en Joséphine. Empujó la puerta de una tienda, las examinó del derecho, del revés, de lado, y luego escogió unas con una cinta ancha de rayas blancas y negras delante y una tirita rosa detrás. ¡Un modelo exclusivo para ella!

Philippe se había arrodillado a sus pies. La había calzado, había abrochado la tira de las sandalias y le había acariciado las piernas.

Joséphine hace una mueca de felicidad.

¡Y pensar que hace poco hacía pucheros en mi habitacioncita de hotel en Lyon, acompañada de *Du Guesclin*!

Ha perdido seis kilos, se ha cortado el pelo, lleva un flequillo que la rejuvenece. Le gusta su nuevo aspecto, le gusta su nuevo cuerpo, le gusta decirse: ¿esta chica soy yo?, cuando se ve en un espejo. Se tira besos por las mañanas en el baño. Sufrió tanto cuando creyó haber perdido a Philippe que su cuerpo mermó. Ha adelgazado. Eso le sienta bien.

Le gustan estas bibliotecas de hotel donde cada cual deja el libro que ha leído. Supone que si les han gustado no los dejan, pero Philippe defiende que es para no llevar tanto peso en la maleta.

Ha sido un día cálido y ventoso de mediados de mayo. Con un cielo azul salpicado de nubecillas blancas y una maraña de cables eléctricos. Se diría que en Mikonos brotan cables eléctricos de los postes de hormigón. Salen por todas partes como ramilletes tupidos. En los tejados, en las esquinas de las calles, y en la playa también.

Ellos se pasan el día a la orilla del mar. Las telas de las sombrillas restallan como si fueran a salir volando. Pero les da igual. Leen, nadan, intercambian un beso. Ella piensa a todas horas: la felicidad es esto, y vuelve a sumergirse en su libro, *Mémoires d'une fripouille (Memorias de un granuja)*, de George Sanders. Ríe en voz baja, y lee en voz alta:

—«Yo era un tipo de malvado nuevo. Despreciable pero nunca vulgar. Una especie de canalla aristocrático. Si tenía que matar o dejar

lisiado a alguien por exigencias del guion lo hacía siempre con mucha educación y, si se me permite decirlo, con buen gusto. Siempre llevaba una camisa impecable. Era la clase de traidor que odia mancharse la ropa de sangre, no porque piense que pueden descubrirle sino porque se empeña en ir limpio».

—Ese hombre me gusta —decide Philippe—. Me gustaría mucho ser amigo suyo.

—¡Demasiado tarde, está muerto!

Él la había telefoneado al volver de Japón y le había dicho: «Recibirás tres sobres, cada uno con un número. Solo puedes abrir uno, los otros dos me los tienes que devolver cerrados, y seguir al pie de la letra las instrucciones sin hacer preguntas».

Ella había escogido la carta número dos, le gustaban las cifras pares, y había leído: «Cita en Orly, puerta 13. Llevar traje de baño, crema solar, aletas y diccionarios».

Joséphine sale de la biblioteca con *Las diabólicas* de Barbey d'Aurevilly. Recibe en plena cara la risa escandalosa de una chica demasiado maquillada, que rompe la agradable tranquilidad de la sala.

Han quedado en el bar antes de ir a cenar a la ciudad. Ella sale a la terraza y contempla la puesta de sol. Philippe debe de estar telefoneando en la habitación. Presa de un impulso repentino, Joséphine marca el número que encontró en su parabrisas. Deja que suene y cuando salta el contestador cuelga. Una voz grabada repite un mensaje impersonal. No deja ningún recado. Vuelve a ver la silueta alta del desconocido al fondo de la sala de conferencias. ¿Quién es ese hombre? ¿Es posible que haya conocido a su padre? ¿Qué edad tiene? Papá tendría setenta y ocho años.

—¿Lo ves?, no contesta —le susurra Philippe al oído.

—¡Oh! —Joséphine se sobresalta—. ¿Estás aquí?

—¿Y no dejas mensaje?

—No sé qué decir.

—Tenía ganas de besarte.

—Pues bésame.

—No. No soy un hombre fácil.

Ella le sonríe, vuelve a mirar el papel que ha doblado y lo guarda en el monedero. «¿Podríamos vernos? Quiero hablarle de Lucien Plissonnier». No le ha preguntado al capitán Garibaldi el nombre del propietario de la Kangoo roja. Este asunto es entre ella y el pasado. No quiere contárselo a nadie. Solo Philippe lo sabe.

—¡Pero es raro! ¡Alguien que quiere hablarme de mi padre después de todo este tiempo!

—¿Tienes recuerdos de tu padre?

—Recuerdo el amor que me daba. Me protegía y cuando estaba él yo no tenía miedo. Recuerdo su teoría sobre esa estrellita que era el tornillo que aguantaba la familia, me acuerdo de la canción que nos cantaba a Iris y a mí. Nos subía a sus rodillas y nos hacía saltar mientras cantaba «El cartero de Santa Cruz».

—¿Y qué decía esa canción?

—Henriette la odiaba. Le parecía vulgar.

Philippe la abraza más fuerte y Joséphine empieza:

El cartero ciego de Santa Cruz
Va por los caminos
Con ojos sin luz
Lleva en las alforjas esperanza y luz.

Joséphine traga saliva y canta con voz aguda:

Eh, muchachas
Traigo el correo
Eh, muchachas
Aquí están las cartas.

—Las muchachas éramos Iris y yo, que nos reíamos y saltábamos por el aire. Él repetía la canción hasta que ya no podíamos más y le pedíamos que parara.

—¡No me extraña que a Henriette no le gustara!

—Ellos dos no se entendían. Discutían a todas horas. Henriette protestaba, papá la ignoraba. Él viajaba mucho por trabajo y ella se había acostumbrado a vivir sin él. Decía: «Las ausencias de este hombre son deliciosas», y se desperezaba de placer. Papá leía y ella decía que era una pérdida de tiempo. Papá adoraba a Rilke y ella decía que era un calzonazos. Papá nos recitaba pasajes enteros de

Rilke. ¿Sabes esa historia del dragón que se convierte en princesa en el último momento?

—No.

—Es muy bonita. Papá la había copiado en unas fichas que llevaba siempre en la cartera. Yo también la llevé mucho tiempo en el bolso. Escrita de su puño y letra. Una hoja blanca firmada por Lucien Rilke. Un día la guardé en un cajón y no volví a leerla.

—Él trabajaba en la construcción, ¿no?

—Era director de proyectos, supervisaba y controlaba las obras. Viajaba mucho. Los dos últimos meses de su vida los pasó en Sens. En una obra. Debió de ser una etapa feliz para él, porque cuando volvía los fines de semana no paraba de silbar. Había rejuvenecido y decía: «¡Ay, la vida, la vida, la vida!» con una sonrisa enorme. Pero aquella tarde del 13 de julio, cuando volvió, no estaba demasiado bien... Como si hubiera tenido algún disgusto.

Joséphine carraspea y continúa:

—Henriette le dijo: «¿Estas son horas de volver?», dando golpecitos en el cuadrante de su reloj, y papá contestó: «He tenido una reunión que ha durado mucho tiempo». «¿Con quién?», replicó ella, y él respondió: «No le conoces, pero tranquila, era un hombre». Y ella añadió: «¡Como si necesitara que me tranquilizaran!».

—¡Pues eso tiene toda la pinta de una cita romántica!

—¡Qué dices! ¡Papá, una amante! ¡Imposible!

—Pues le habrían sentado la mar de bien unos momentos de felicidad lejos de la horrible Henriette.

Joséphine sonríe.

—Aquella tarde parecía agotado. Se dejó caer en un sofá y se desabrochó la corbata. Yo me subí a sus rodillas para hacerle una carantoña y me dijo: «¡Estoy empapado de sudor! Hace calor, ¿verdad?». Me pareció que tenía la mirada rara, un poco vidriosa, y le dije: «¿No estás bien, papá?». Él sonrió y me susurró: «Siempre estoy bien cuando estás conmigo». Me acarició la mejilla e hizo una leve mueca como si le doliera algo, y empezaron los fuegos artificiales. Yo me levanté para ir a buscarle un buen vaso de agua y... y murió. Él era importante para mí, ¿sabes? Aplaudía todo lo que yo hacía. Siempre me apoyaba.

—¿Tienes fotos suyas?

—No muchas, mamá guardó muy pocas. Y cuando volvió a casarse con Marcel, las retiró todas. No había ninguna foto de papá en

toda la casa.

—¿Ella no os hablaba de él?

—Sí, decía que no tenía ambición, que nunca debieron casarse.

—¿Por qué se casó con él, entonces?

—Porque se equivocó. Era un hombre bien educado que tenía un Panhard amarillo limón, unos ojos azules preciosos, un bonito pelo negro, trajes bien cortados, y era galante, cortés, atento…

—¿Y eso basta para casarse?

—Basta para inventarse una película. Henriette se imaginó que sería la mujer del presidente de una empresa, convirtió el Panhard amarillo en un Cadillac negro, le inventó un despacho enorme, una secretaria, unas cifras de venta espectaculares. Ella deseaba un príncipe encantador, cínico, rico y poderoso. Le gustaban los hombres que acaban las frases diciendo: «¡Y lo quiero ya!». Eso la fascinaba.

—Pues debió de desencantarse enseguida…

—Siempre nos decía que volvió del viaje de novios al borde del ataque de nervios. Él tenía todos los defectos posibles: era demasiado bueno, demasiado tierno, demasiado modesto y encima daba limosna a los pobres. ¡Eso la volvía loca! A él le gustaba su casa, sus hijas, jugar al Lego conmigo, escuchar a Iris recitar poesías, descubrir los Siete errores de *France Soir*, ir al cine en familia los domingos por la tarde. Todo lo que le hacía feliz a él exasperaba a Henriette. Ya ves, me acuerdo de la crispación de Henriette más que de los actos y los gestos de papá.

Se pega a Philippe y suspira.

—Me queda otro recuerdo de papá. Un oso de peluche que me había regalado justo antes de morir. Me dijo que se llamaba Don Mostaza, y que tenía un hermano gemelo que se llamaba Maese Cerezo. Era de color rojo y vivía con una señora muy simpática en un pueblecito cerca de Sens. Cuando yo repliqué: «¡Lo que no tiene sentido es separar a dos gemelos!»,[3] él se echó a reír. ¡Había hecho un chiste de los suyos! Y entonces me contó que Maese Cerezo y Don Mostaza eran personajes de una obra de teatro que le gustaba mucho. Nunca fui a verla. Era pequeña y a Henriette no le gustaba el teatro.

—¿Qué ha sido de ese peluche?

—Lo tuve encima de mi cama hasta que me casé. Luego lo dejé en el sótano. ¡Me costó separarme de él!

Se echa a reír y se tritura los dedos para no llorar.

—Por eso tengo miedo de telefonear, porque reaparecen

demasiados sentimientos…

Philippe la besa y pregunta:

—¿Por qué no me has hablado nunca de ese hombre que te siguió?

—No sé.

—¿Tienes más secretos?

Ella sonríe de forma ambigua.

—¡Los mismos que tú!

—¡Yo no tengo secretos!

—Ah, sí.

—Ah, bueno… ¡Ya me dirás cuáles!

Y luego, volviendo a su pregunta:

—¿Tenías miedo de que me preocupara?

—Estabas en Japón… No quería molestarte. Quería que disfrutaras del viaje, de Takeo.

De pronto Philippe se pone triste. Mira el reloj, se pasa la mano por el pelo, dice que ha reservado mesa en el restaurante, que el taxi ya debe de haber llegado, no deberíamos hacerle esperar, ¿vamos?

Han cenado en una taberna. Iannis, el dueño, un hombre taciturno y cariacontecido, ha venido a tomarse una copa con ellos al final de la cena. Se ha bebido el café de pie y dando golpecitos en la mesa con los dedos, como si tuviera prisa. Tiene dos restaurantes en la isla, su mujer lleva el otro. Cuando habla de la situación de su país, dice: «Yo amo apasionadamente Grecia y odio a los griegos. Son tramposos, mentirosos, corruptos. Y siempre ha sido así». Parece tan triste que a Joséphine le dan ganas de prometerle que todo se arreglará muy pronto.

En el taxi de vuelta, coge la mano de Philippe y murmura:

—Le querías mucho, ¿verdad?

—No me esperaba esto. Me siento muy culpable.

—¿No habías notado nada?

—No. Me gustaban nuestras cenas, nuestras veladas mano a mano, nuestras conversaciones, la confianza que nos demostrábamos, el trabajo que hacíamos juntos. Y que todo se termine de golpe de esta manera tan brutal… Me alucina. Me siento responsable.

—Tú no eres responsable —replica Joséphine, enfatizando cada sílaba.

—Sí. Debería haberlo notado. Debería haberlo imaginado. La amistad, como el amor, es fijarse en el otro. Yo no lo hice.

Ella le apoya la cabeza en el hombro y mira el cielo. Más allá de las luces del pueblo, la noche se vuelve negra y la luna es una franja estrecha y sonriente. La bruma flota en la oscuridad, como un velo transparente. Solo se ven unas cuantas luces a lo lejos, y en la radio del taxi suena un viejo sirtaki.

Más tarde, antes de dormirse, Joséphine pregunta:

—Dime, ¿qué había en los otros sobres?

—Es un secreto.

—Dímelo.

—No.

—Dímelo.

Extiende el brazo y le rasca el hombro a Philippe.

—Estoy dormido. No te oigo.

—No duermes, porque me hablas.

—No soy yo.

Ella le rasca más fuerte, él protesta.

—Quiero saberlo. Me ha venido la pregunta a la cabeza y ya no puedo dormir. Si sigues mudo pienso torturarte...

—¡Vale, vale, me rindo! —dice él riendo.

Coge un almohadón, lo convierte en una bola, se lo pone debajo de la nuca. Cruza las manos sobre el vientre.

—Veamos, había...

Joséphine se apoya en un codo y escucha.

—... en el sobre 1, un vale para un Big Mac en el McDonald's que escogieras...

—¿Y?

—¡Y el otro has de adivinarlo!

—¡No lo adivinaré en la vida, nos pasaremos toda la noche en blanco y toda la mañana roncando en la playa!

Él nota la sonrisa de Joséphine en la oscuridad, la suave bocanada de su aliento y la marca de sus labios en la mejilla.

—¡Delicioso! ¡Más!

—Pues dímelo...

—¡Un par de zapatillas forradas!

—¡No!

Él reprime una carcajada. En todos los sobres había lo mismo: una escapada romántica a Mikonos en mayo.

—No has abierto los otros sobres, espero —dice, frunciendo el ceño.

—Pues no... ¡Dijiste que no debía!

—¡Por eso te quiero, Joséphine, eres tan honrada!

—Eso suena parecido a boba, ¿no?

—En absoluto —protesta él. Luego cambia de voz y susurra—: Voy a comerte.

Ella ríe y se aparta. Él abre sus brazos de ogro y cae sobre ella. Ella se esconde bajo la colcha. Él alarga una mano para destaparla. ¡Ella esquiva el ataque y grita: has fallado!

Joséphine piensa que es bastante agradable sentirse un poco tonta, feliz sin motivo, infantil, por culpa de un hombre. Sufrir ataques repentinos de alegría, tener ganas de darlo todo, por culpa de un hombre que camina a tu lado, que te da la mano, de un hombre que te gusta y con quien te llevas bien.

Y aspira el aire húmedo de la noche, espía la luna, huele las flores del jardín y las conchas de la playa.

No le ha hecho preguntas.

No ha tenido necesidad de hacerlo.

Una tarde recibió un correo electrónico de Shirley.

Jo...

Lo sé. Debería haberlo hecho, pero no lo hice.

Debería haberte dicho en qué locura me sumergía.

Tú lo adivinaste porque tienes un corazón tan grande que no te cabe en el pecho.

Me enamoré de Philippe y ahora sé que no es de Philippe de quien me enamoraba, sino de la situación: Philippe es un hombre prohibido. Si Philippe hubiera sido libre, yo no le habría deseado. Solo me gustan los callejones sin salida y cercados con alambre de espino.

Me marché a Nueva York. Gary actuaba en el auditorio de su escuela en solitario ante un público de profesionales. Y al oír su piano, capté algo

que Gary no me había dicho nunca. Y sentí vergüenza, Jo, sentí muchísima vergüenza.

Oí el grito de mi hijo. Mi hijo a quien yo abandonaba cuando era muy pequeño en vestíbulos de grandes hoteles, porque un hombre me esperaba en una habitación. Un hombre que contaba cada minuto de retraso y me lo hacía pagar. Yo subía las escaleras como una loca, me lanzaba contra la puerta cerrada, llamaba, pedía permiso para entrar.

Permiso para dejarme maltratar.

Y él no se privaba de ello.

*¡Eso ya te lo he contado!*4 *Pero podría contártelo cien, mil veces. Porque la historia no se termina nunca. Siempre hago lo mismo con los hombres. Me lanzo contra puertas cerradas.*

Las puertas abiertas no me interesan.

El amor debe hacerte feliz, ¿verdad?, y a mí me hace feliz quererte. Entonces ¿por qué nunca consigo sentir felicidad cuando quiero a un hombre?

Con el hombre de negro, cuando todo terminaba, yo volvía a irme, avergonzada, sucia. Me encontraba a mi hijito en el vestíbulo, me arrodillaba, le pedía perdón.

Esta noche es a ti a quien le pido perdón.

Durante el concierto, me dije que yo era un monstruo. Que los demás no tenían por qué pagar el precio de mi locura. El lamento de mi hijo penetró en mi corazón. Quiero estar a su altura, no quiero volver a caer, no quiero hacer más daño a las personas que amo. Me iré a Moustique a reflexionar. Sola. Es lo que hago siempre cuando estoy mal. No es la primera vez.

Gary y tú sois las dos cosas más bonitas que me han pasado. No quiero destruiros. Preferiría morirme. Un beso, Jo. Fuerte como a mí me gustan. Y no miento cuando digo que te quiero.

Shirley

P.D.: Philippe nunca supo nada. Él cree que somos muy buenos amigos. Ya me inventaré una excusa para ausentarme de Murray Grove. Y cuando un día vuelva, si es que vuelvo, espero haberme curado.

Joséphine había leído y releído el mail de Shirley. Le había contestado con estas simples palabras: «Te quiero». No había añadido nada más. Shirley tenía que encontrar la felicidad. La felicidad es un

tema interno. De uno con uno mismo. Takeo no había sabido encontrar su felicidad. Y había muerto de madrugada después de haber leído el periódico.

Había dejado una nota: «Abandono el camino».

Y se había tirado por un barranco.

A la mañana siguiente, en el desayuno, después de haberse bebido el café en silencio y comido en silencio un huevo al plato, queso y una salchicha, Philippe deja la taza y la nube negra reaparece en sus ojos. Joséphine finge que no lo ha visto. Desvía la mirada y ataca su tostada con mantequilla. Observa a Alexia, la camarera, que distribuye a los clientes del hotel en el comedor cada mañana. Lleva una bata blanca muy corta sobre unas piernas firmes y bronceadas y unos tacones muy altos. Exhibe una enorme sonrisa que nunca se borra y sus ojos ríen a todas horas. Tiene una memoria prodigiosa: recuerda el nombre de todos los clientes y les habla su idioma. ¿Quizás al final de su estancia les concede un beso?

¿Quizás llegue el día en que la nube negra desaparezca para siempre?

—Una noche —dice Philippe con la mirada perdida— cenamos en un restaurante con dos de sus clientes. En el camino de vuelta hablamos de ti. Creo que es la única vez que hablamos de cosas íntimas durante ese viaje. Podíamos hablar del amor, de la amistad, pero no de nuestros seres queridos. Yo tenía la impresión de que desde la muerte de su hijo la intimidad ya no le interesaba. Tuvo que ir a reconocer su cadáver destrozado a la morgue. ¿Qué padre es capaz de sobrevivir a algo así?

—¿Tú sabes por qué se había suicidado el hijo de Takeo?

—El mundo había dejado de gustarle y siempre estaba encerrado en su habitación. No era autista, no tenía un trastorno psíquico, ni un retraso mental. Apenas tocaba la bandeja de la cena que le preparaba Hiromi. En Japón hay muchos adolescentes como él. Incluso tienen un nombre, les llaman *hikikomori*. La sociedad les agobia. No quieren participar en el juego, ni formar parte de ella. Solo en 2011 se contabilizaron doscientos sesenta y cuatro mil casos. La gran mayoría son chicos.

—¿Es una especie de fobia social?

—Sí.

Hace una pausa y bebe un sorbo de café solo.

—A Takeo le asqueaba nuestra sociedad moderna. El rumbo que tomaba el mundo le angustiaba y se sentía impotente. Ayer, mientras tú me escogías un libro, yo hablaba por teléfono con Ted. Él conocía bien a Takeo y me contó que se había suicidado después de haber leído en la prensa que hoy en día los luchadores de sumo son turcos y búlgaros. Los japoneses ya no quieren pelear, consideran que los entrenamientos son demasiado duros y que las apuestas están pasadas de moda. Takeo cerró el periódico y cogió las llaves del coche. Su mundo ya no existía y prefirió marcharse.

—Oh... —dice Joséphine.

Tendría que encontrar la frase justa que cauterice la herida. No la encuentra.

Stella se ha levantado a las cinco y media. El suelo estaba helado y el peto frío. Ha salido, ha andado descalza sobre el rocío para ordenar sus ideas, ha contemplado la salida del sol, ha alimentado a los animales, cepillado a *Merlín* que chillaba de placer. Cuando se lo habían entregado metido en un saco de patatas, le habían asegurado que era un cerdo enano. Ahora pesa doscientos kilos y ya no se mueve del cercado. Stella se ha servido un bol de café, y ha ido a ducharse. Se ha desenredado el pelo, ha murmurado ¡ánimo! a su imagen en el espejo. Ánimo, lo conseguirás y sobre todo, sobre todo, no tengas miedo, ¿ok? Ha imitado el gesto del cazador ante el espejo. ¡Pum, pum!

Ha retirado la guitarra y la armónica, ha despertado a Tom. Le ha apartado un mechón de pelo, le ha mordido la punta de la oreja. Le ha subido el tirante de la camiseta sobre su piel todavía tibia. Le ha mordido la punta de la otra oreja para que no vuelva a dormirse.

—Ya lo he pillado —ha gruñido él, tapándose los ojos con la almohada—. Ya me levanto.

—Te espero en la cocina. Voy a regar las lechugas y los rábanos.

La planta de estragón ha arraigado bien. El cebollino y el coriandro también. Un olor a tierra satisfecha emerge del suelo, un aroma de lechuga fresca, y de menta, con un toque de azucena. Son las plantas de Suzon. Las cuida como a un tesoro. La manguera dibuja

signos cabalísticos en el suelo. Señales de malos augurios. Stella da un golpe con el talón. Esto tiene que acabarse, no puede seguir así. Esta noche no ha dormido. Ayer se evitó lo peor, pero puede que esta noche vuelvan a la carga. O mañana.

Irá a la comisaría de policía y pondrá una denuncia. Escribirá una carta al fiscal de la República. Basta de luchar sola.

Dirige el chorro de agua hacia su huerto. Se acerca a las lechugas, se inclina sobre la primera hilera que ayer noche estaba muy tiesa. Las babosas y los caracoles han pasado por allí y solo han dejado los tronchos. Tira la manguera al suelo, se inclina, examina las plantas. Esos animales repugnantes se esconden durante el día y cometen sus tropelías en plena noche. Pese a que ella había esparcido ceniza para detener su avance inexorable. Durante la noche ha llovido, la ceniza se ha deshecho y han atacado. Ya lo ha intentado todo: cáscaras de huevo, antibabosas, todo es inútil. Georges le aconsejó que usara cerveza. Les encanta la cerveza, se meterán en el recipiente y se ahogarán. Un día de estos lo probará. Si no funciona, haré guardia con la escopeta de Georges y las exterminaré a tiros. Es la única forma de acabar con la chusma. Cuando tiene tiempo las recoge, las mete en una botella de plástico y las tira al río, ese es el método suave.

Se sienta en el banco de piedra. *Cabot* y *Costaud* vienen a tumbarse a sus pies. Bostezan, se estiran, mueven la cola, felices ante el nuevo día que empieza.

Ella telefonea a Amina y le pregunta cómo está Léonie.

—Se ha despertado pronto esta mañana. Le he dado Doliprane y una cosa más fuerte para el dolor. Me ha pedido el metrónomo y la he dejado con Micheline. Es una compañera que la quiere mucho. Ahora no puedo hablar, tengo que entrar en el quirófano.

—Yo pasaré después de haber dejado a Tom en el colegio. ¿Tienes para mucho?

—No. Una hora. Duré ha redactado un certificado médico esta mañana al llegar. No se sabe nunca, podría servir...

—Voy a ir a la policía.

—Precisamente para eso puede servir el certificado.

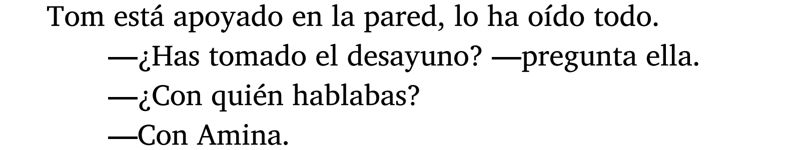
—¿Antes de que sea demasiado tarde, quieres decir?

—No digas tonterías. ¿Has podido dormir?

Stella suspira:

—No he pegado ojo en toda la noche.

Nota una presencia detrás. Una mirada que se le clava en la nuca.



Tom está apoyado en la pared, lo ha oído todo.

—¿Has tomado el desayuno? —pregunta ella.

—¿Con quién hablabas?

—Con Amina.

—¿Sobre la abuela?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Y no es contigo con quien voy a hablarlo.

—¿Con quién, entonces?

—Contigo no, y basta. Ve a lavarte los dientes y nos vamos.

—Como quieras.

Tom ha hablado con un tono frío, insolente, casi arrogante. Como si quisiera subrayar su total impotencia, su debilidad de mujer. Ella no está dispuesta a tolerarlo y grita:

—¡No me hables en ese tono!

—¿Cómo quieres que te hable?

—En un tono propio de un chico de tu edad.

—¿Eso qué quiere decir?

—Con respeto. Yo quiero que me hablen con respeto.

—¿Y Turquet te respeta?

Stella no sabe qué contestar. Suelta un enorme suspiro, golpea los zapatos uno contra otro y mete los puños hasta el fondo de los bolsillos.

—¿Estás indignada?

—Sí. Estoy superindignada.

—¿Porque no puedes hacer nada?

—Ya se me ocurrirá algo. Déjame tiempo para pensar.

Stella conduce en silencio y Tom juega con la armónica, con los ojos bajos. La hace saltar de mano en mano muy concentrado, como si siguiera el hilo de sus pensamientos.

—¿Quieres que repasemos la tabla de multiplicar? —propone Stella.

Él no contesta y se le ensombrece la mirada, como si ella hubiera dicho una estupidez.

—¿Piensas en tu abuela?

Él levanta la cabeza y continúa haciendo saltar la armónica.

—Vale —se rinde Stella—. No digo nada más.

Pone el intermitente a la derecha para coger el camino que lleva a la escuela. Ve a lo lejos la nave enorme y en el arcén a unos chicos de la clase de Tom, vestidos de astronautas y con ensaladeras grandes bajo el brazo.

—¿Qué les pasa a esos? ¡No estamos en Halloween!

—La profesora lo pidió para la obra de la fiesta de fin de año que estamos ensayando. Salen astronautas y todos teníamos que traer un mono blanco y una ensaladera para imitar el casco.

—¡Pero tú no me dijiste nada!

—Sí. Dos veces. Pero no te enteraste —contesta él con desgana.

—Eso no es verdad, Tom, eso no es verdad. ¡Te habría oído!

—¡Pero si no estás nunca!

Tom baja y cierra de un portazo el camión sin decir adiós.

Stella corre detrás. Le agarra por el brazo, le obliga a mirarla a la cara.

—En primer lugar dime adiós y gracias por haberte acompañado al colegio. Yo no soy tu criada, ni tu chófer, y luego...

Stella se altera al ver su mirada fría y severa.

—¡Mierda, Tom! ¡No me enteré y eso no es ningún drama!

—Las madres de los otros chicos sí se enteraron. Los otros chicos tienen un ordenador en su cuarto, y un móvil, y videojuegos. ¡Yo siempre tengo que jugar yo solo o con dos viejos!

—Yo no tengo dinero para eso, Tom. Estoy pelada.

—Ya lo sé.

El chico se encoge de hombros, como si la discusión no valiera la pena.

—¿Todavía hay tiempo para el traje de astronauta? —pregunta Stella.

Él se suelta con un gesto brusco.

—A mí me importa un bledo la función del colegio.

Y entra en el patio con los hombros encorvados. Le da un puntapié a una gorra que hay en el suelo y que va a parar un poco más lejos.

Stella se tranquiliza y busca a la maestra con la mirada. Está bajo el porche, tapándose con las mangas de la chaqueta azul marino que lleva sobre los hombros. Esta mujer siempre tiene frío. Incluso en verano, se abriga como si fuera a pasear por un glaciar.

Stella se acerca y pregunta:

—Buenos días, ¿cómo está?

—Cansada, y con muchas ganas de que termine el año. Los niños son cada día más difíciles.

—Oiga… Respecto al disfraz de Tom, ¿hasta cuándo tengo tiempo?

—Hasta el lunes. Hoy es el primer ensayo. Tendrán que aprender a andar con una ensaladera en la cabeza, no sé si he tenido una buena idea…

—¡Sí! Es muy original.

—Ah… ¿Usted cree? Es que me he estrujado la cabeza pensando en algo que fuera entretenido y a la vez didáctico, y he encontrado esta obra de un autor americano.

Mira a Stella con mucha preocupación. Ella intenta animarla y le dice con amabilidad:

—Tom estará preparado, no se apure. Y estará estupendo.

Pasa al lado de su hijo y le dice sin detenerse:

—Tendrás tu disfraz. Te lo prometo.

Él se encoge de hombros y replica:

—¡Como si ese fuera el problema!

Stella aparca el camión delante de la comisaría y les ordena a los perros que se queden en el remolque.

—¡No os mováis! No quiero encontraros vagando por la calle, ¿entendido? Ya tengo bastantes problemas.

Costaud y *Cabot* gimen y se dan la vuelta en la plataforma para olvidar las ganas de saltar y seguirla.

En el frontón de la comisaría pone: MINISTERIO DEL INTERIOR. COMISARÍA de policÍA, REPÚBLICA FRANCESA. LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

—Ojalá… —masculla Stella mientras sube los escalones dando zancadas.

Empuja la puerta, entra en una gran sala con las paredes amarillentas. Hay neones rectangulares en el techo, un sofá de escay verde pegado a la pared, dos bancos de madera y carteles donde pone: «Alcohol, saber escuchar», «Cannabis, saber escuchar», «Su hijo se droga, ¿cómo hablar con él?», «Atención al ciudadano, ayuda a las víctimas», más la Declaración de los derechos del hombre, y una especie de poema escrito en cursiva sobre un fondo de florecillas rosas y azules que dice:

Pequeña, tú seguramente soñabas con un príncipe encantador,
No con un hombre que te pega cada noche con rencor.

Detrás de un mostrador largo hay un hombre embutido en una silla. Stella le reconoce. Sylvain Lampiron, alias Lamparilla. Iba a clase con ella. Era un crío enclenque, siempre resfriado y un poco contrahecho, que tenía un brazo más corto que el otro. El pelo graso, la piel de un blanco enfermizo, unas gafas poco favorecedoras, y la frente llena de pústulas. Llevaba unos jerséis tejidos a mano que se deshilachaban en las mangas, como si su madre no supiera rematar los puntos. La diversión general consistía en agarrarle de la manga y tirar para que el hilo se convirtiera en un tirabuzón. La lana se deshacía y todo el mundo aplaudía. Lamparilla no se atrevía a protestar. Se congestionaba de tal manera que los granos se le ponían muy rojos y brillantes. Y eso provocaba la hilaridad general. Eh, Lamparilla, si se va la luz, ¿nos alumbrarás? Dime, Lamparilla, ¿cuando cagas se te iluminan los granos? Un día, Sylvain Lampiron disimuló sus pústulas con una crema de color carne, se propuso hacer cien abdominales todas las mañanas, cambió de gafas y consiguió que le aceptaran. Pero siguieron llamándole Lamparilla, por costumbre.

Así que cuando Stella ve a Sylvain Lampiron de uniforme detrás del mostrador, exclama sin poderlo evitar:

—¡Lamparilla! Pero ¿qué haces tú aquí?

El cabo Lampiron, con uniforme azul marino, camiseta azul claro y pistola Taser al cinto, se ofende:

—En primer lugar yo no soy Lamparilla sino Sylvain Lampiron, y en segundo llevo trabajando tres meses en esta comisaría y ahora soy cabo.

Y hace un gesto enérgico con el mentón, como si creyera que con eso gana varios centímetros y mucha autoridad.

—¿Qué quieres?

—Vengo a poner una denuncia —dice Stella.

—¡Vaya, vaya!

Y suelta una carcajada insolente, maliciosa. Stella, asombrada, le mira fijamente y le pregunta con un tono glacial:

—¿De qué te ríes? No tiene gracia.

—No me río.

—Sí.

Él vuelve a su papel de funcionario público y se arrellana en la silla.

—¿Por qué asunto vienes, Stella? Estoy ocupado.

—¿Cuentas las baldosas del techo?

—Si te pones en este plan, me veré obligado a echarte.

Stella sisea de malhumor:

—Es por mi madre, Léonie Valenti. La atacaron anoche en la habitación del hospital. Quería poner una denuncia.

—¿Contra quién?

—Contra... No lo sé. Bueno, sí lo sé, pero no tengo pruebas.

Él revuelve unos papeles para darse importancia, se lleva el dedo índice a la barbilla y declara:

—La denuncia ha de ponerla ella. No tú.

—Ella no está en situación de hacerlo.

Él vuelve a sus papeles y la ignora descaradamente.

—Repito, es ella quien debe presentarla. No tú. La víctima es ella.

—Sabes perfectamente que...

—Lo dice la ley, Stella. Yo no puedo hacer nada. También puedes escribir al fiscal de la República y contarle los hechos.

—¿Y tengo alguna posibilidad?

No sabe por qué hace esta pregunta, ya sabe la respuesta.

—Puedes intentarlo, pero... ¡recibe montones de cartas!

Suena el teléfono. Lampiron descuelga, sí, jefe, bien, jefe, y cuelga.

—Voy a tener que dejarte.

—Entonces me callo la boca, ¿no?

Él sonríe con aires de gallito. Se acaricia la tripa, debe de preguntarse qué comerá a mediodía, qué le habrá preparado la señora Lampiron. En la cafetería de la escuela rebañaba la bechamel del fondo del plato.

—¿Tienes algo más que decirme? —dice mirando el reloj.

—¡Vete a la mierda! —gruñe Stella entre dientes.

Recoge el bolso del mostrador y lo balancea en el vacío, abre la puerta y sale dando un portazo.

—¡Menudo imbécil, ese Lamparilla!

Acaba de instalarse al volante del camión cuando suena su móvil.

Descuelga sin mirar el número y dice:

—¿Diga?

Oye una risita sarcástica y sorda y se pone tensa. Turquet.

—¿Sabes quién soy?

—...

—Estoy aquí mismo, Stella, muy cerca. Mira al final de la calle, te haré una señal.

Hay un Renault blanco aparcado a la derecha. Tiene el guardabarros izquierdo abollado y el intermitente colgando. La ventanilla está abierta, Turquet exhibe el puño con el dedo medio apuntando al cielo.

—¿Me has visto? —le pregunta por teléfono entre risas.

—¡Gilipollas!

—No pensamos despegarnos de tu culo, cariño. No te dejaremos respirar ni un momento. Eso de ir a llorarle a los polis no es buena idea. El comisario es amigo de Ray, ¿no lo sabías? Cenaron juntos ayer. Estaba tu amiga, Violette. Esa sí que es una mujer, una mujer de verdad con unas buenas tetas. A mí me gustan las mujeres con las tetas grandes.

—¿Para enterrar ahí tu estupidez? Pues tendrán que ser muy grandes...

—¡Ve con cuidado, Stella! Vas por mal camino. Te estás metiendo en un callejón sin salida y acabarás completamente sola.

—¿Y eso no te deja dormir, Cangrejo?

—Tú eres quien no podrá dormir, de eso pienso ocuparme yo personalmente.

Y jadea al teléfono sin dejar de reír.

—¿Qué pretendes, Turquet? Habla más claro. Tienes la cabeza tan retorcida que me dan migrañas cuando trato de entenderte.

Él ha bajado el puño y golpea la puerta del Renault.

—Olvídate de tu madre, Stella. La queremos y la conseguiremos. Su sitio está con Ray, lo dice la ley. Duré acabará entendiéndolo. O le obligaremos nosotros. No es precisamente un valiente.

Suelta una carcajada.

—¿Es que a ti te parece propio de valientes moler a palos a una anciana enferma en la cama?

—¡Pues que no nos provoque! ¡Hace meses que vaguea en ese hospital sin hacer nada!

—¡Ah, ya estamos con eso! ¡La cosa mejora!

—Eres una imbécil, ¿sabes qué? ¡Te liquidaremos a ti y a tu hijo! Así será más fácil. O sea que devuélvenos a Léonie. ¿Entendido?

Stella sujeta el móvil con las dos manos y grita: ¡NUNCA! ¡VETE A LA MIERDA, TURQUET!

Cuelga y tira el teléfono al asiento del copiloto. Se recoge el pelo con las dos manos y tira como si quisiera arrancarse el cuero cabelludo. El miedo le agarrota el vientre, la rabia le agarrota el vientre, tiene ganas de matar a alguien, ya no sabe quién es, ni qué quiere. Solo sabe que esto no puede seguir así.

Ve a Amina en la entrada del hospital. Acaba de salir del quirófano y lleva un mono que le cubre todo el cuerpo, y en los pies una especie de zapatillas ahuecadas, sujetas a los tobillos con una goma. Se quita la mascarilla de la boca y habla con una compañera mientras hojea un historial.

Stella le da un golpecito en el hombro, Amina se da la vuelta.

—¡En diez minutos estoy contigo!

—Vale. Espero.

Stella se aparta y observa las idas y venidas del personal médico. A esta hora de la mañana algunos salen del pabellón y se van a descansar, y otros, como Amina, se quedan charlando. Ve al doctor Duré que empuja la puerta batiente y le hace un gesto para indicarle que se verán después. Ella asiente y le ve alejarse. Lleva el mismo mono blanco. Y el mismo calzado de papel. Por eso anda con torpeza. A Stella le recuerda un personaje de dibujos animados o un astronauta. Esa palabra provoca un clic en su cerebro. ¡Astronauta! Ya tiene el disfraz de Tom.

Amina se acerca y le da un beso.

—Esta mañana temprano se enteraron de que había dormido aquí y me llamaron para una operación. No era grave, pero me espera un día largo. ¿Quieres un café?

Se acercan a la máquina y Amina mete dos monedas en la ranura.

—¿Cómo está? —dice Stella.

—Bien. Puedes entrar a verla. Es increíble, no se queja nunca. Tiene a todo el mundo admirado.

Amina consulta el reloj.

—Voy a tener que irme.

Juega con la cremallera del mono. La sube y la baja. Stella vuelve

a pensar en el disfraz de Tom.

—¿No tendrás otro igual que este? —le pregunta.

—Sí. ¿Por qué?

—Para Tom. He de conseguirle un traje de astronauta y no tengo tiempo.

—Es la ropa que usamos en quirófano. Para no contaminar al paciente. No deja pasar nada. Ni la saliva, ni la respiración, ni una uña, ni el sudor. ¡Y hay guantes también!

—¿Guantes blancos?

—Sí. A veces nos ponemos un par encima de otro para no correr ningún riesgo.

—¿Podrías conseguirme todo eso para Tom? Sería estupendo.

—Ningún problema.

—Yo solo tendría que acortar el mono porque le quedará grande. ¡Solo faltaría que no lo hiciera bien!

—Puedo darte dos. Así tendrás uno de reserva por si...

—¡Fantástico! ¡Se pondrá muy contento!

—Voy a buscarlos. ¿Te traigo dos pares de guantes también?

—Sí. Te espero en la habitación de Léonie.

Léonie descansa. Respira muy flojito. Apenas un leve soplido sale de sus labios entreabiertos, blancos de saliva seca. Sujeta el metrónomo con las manos y lo apoya en el vientre. Sigue oscilando despacio de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, y emite un sonido metálico, regular, clong-clong. Ella sonríe. ¿Cómo lo hace?, se pregunta Stella inclinándose sobre Léonie. Le acaricia suavemente el lado de la cara que no tiene vendado. No se atreve a quitarle el metrónomo de las manos por no despertarla o molestarla.

Acerca la silla y se sienta. Contempla durante un momento el rostro dormido. Trata de descifrar el misterio de esa sonrisa inmutable. ¿Por dónde navegas, mamaíta querida? ¿A quién visitas en tus sueños? ¿Qué historia te cuentas que te reconcilia con la vida?

Apoya la mejilla en la almohada, pegada a la cara de Léonie.

Murmura muy bajito: mamá, mamá, dime tu secreto, mamá querida, cuéntamelo a mí que estoy a punto de ir por el mal camino. Les odio y quiero matarles a todos. Pero eso no, ¿verdad? Dime que eso está prohibido.

Léonie permanece inmóvil con las manos aferradas al

metrónomo.

Stella le seca la frente, le aparta de la cara el cabello canoso y fino, le alisa las sábanas, ordena las mantas y sale de puntillas.

Léonie no duerme. No quiere llorar más. Es feliz. ¡Por fin!

Él no la había olvidado. Había muerto.

El 13 de julio. Quince días después de que ambos hubieran prometido esperarse toda la eternidad.

Se había pasado todos estos años pensando: lo más terrible es que él me olvidara. Me tiró a la cuneta en la primera curva al salir de Saint-Chaland. Eso significa que todo lo que me dijo no eran más que mentiras. Eso significa que encadenaba un trabajo con otro y una mujer con otra, y siempre repetía los mismos cuentos chinos, a todas les regalaba la misma estrellita. Hay hombres así, reparten estrellas y te hacen feliz en ese momento e inmensamente desgraciada cuando se van.

¡Él no me había olvidado! Había dejado de respirar. Yo también dejé de respirar el día que se marchó.

Léonie no le guarda rencor a Turquet. Al contrario, ella querría acabar su vida en la tierra, pero se empeñan en salvarla.

Un día, Léonie había buscado Plissonnier en el listín de París, pero no había ninguno. Tampoco sabía el nombre de la empresa donde trabajaba, y entonces se dijo: ¿es posible que no exista? ¿Es posible que mi mente enferma le haya inventado? ¿Es posible que Ray tenga razón, y que yo esté toc-toc?

No estaba toc-toc, lo recuerdo muy bien.

Ray se había ido a España para ayudar a los bomberos de Alicante. Le mandaba postales a Fernande. «Estoy bien, mamita, como bien, duermo bien, todo va bien, cuídate, un beso, Ray». El texto era prácticamente siempre el mismo y las postales iguales, pero Fernande las leía y releía hasta quemarse las pestañas.

Yo, Léonie, estaba encantada.

Me recuperé. Podía dormir tranquila, atravesada en la cama

enorme, y ponerme detrás de la oreja un perfume que había sisado en Nouvelles Galeries. Fernande trataba de pincharme y de humillarme por todos los medios, pero yo la evitaba. En aquella época todavía era fuerte. Me montaba en mi bicicleta y me iba a casa de Suzon y de Georges, daba de comer a los burros, limpiaba el establo, les rociaba con la manguera, aquel año hizo un calor sofocante.

Pero estoy perdiendo el hilo...

Una tarde hacía cola en la panadería detrás de un hombre. Se fijó en su espalda, en sus hombros, en sus brazos un poco demasiado largos, y pensó: este hombre seguramente tiene los pies planos. ¡Vete a saber por qué! Les separaba apenas un metro. Él se había echado a un lado para escoger unos pasteles de la vitrina, ella había avanzado en la cola y se había fijado en sus ojos. Eran grandes, de un azul intenso, bondadosos y con una enorme sonrisa dentro. Ambos se habían mirado, y de repente se habían sentido felices y se habían sonreído. Habían estado a punto de decir: es usted, es usted. Llevo mucho tiempo esperándole. No sabía quién, no sabía dónde, pero sabía que aparecería. Lo deseaba tanto...

A veces las cosas pasan así, porque uno cree en ellas de un modo irrevocable, irrenunciable, y eso mantiene viva la llama de la esperanza.

Ninguno de los dos quería moverse, por miedo a que ese resplandor desapareciera. Querían prolongar ese momento tan bello y apacible. Les habría gustado que todos los de la tienda callaran, que el mundo entero se paralizara. Para celebrarlo.

—Será un franco diez, señora Valenti —había dicho la panadera en voz alta.

Señora Valenti.

Ella había inclinado la cabeza.

Era verdad, estaba casada.

Le había vuelto a ver un par de veces cuando hacía recados para Fernande. Cuando iba a buscar leche. O rapé. Ese polvo oscuro que Fernande pellizcaba con el pulgar y el índice, se lo metía por las ventanillas de la nariz y sorbía. Después se daba un golpecito con el dedo en ambos lados de la nariz para que cayeran los restos. Por eso tenía las ventanillas de la nariz negras. Era un espectáculo repugnante.

Lucien estaba en el estanco. Compraba el periódico. Y había

vuelto a pasar lo mismo. Sus mejillas se habían teñido de rosa y se le habían paralizado las piernas.

Al oír la ligera entonación con la que le dijo: «¡Ah, me alegro de volver a verle, el destino nos favorece!», Léonie se había sobresaltado. «Esa que habla ¿soy yo? Esta chica espontánea y un poco coqueta ¿soy yo?». Le había parecido que él también se alegraba. Habían salido juntos. Él se había puesto a buscar las llaves en los bolsillos, y había murmurado que un llavero era un invento muy práctico, que te permitía perder todas las llaves a la vez en lugar de perderlas de una en una.

Y luego, de pronto, había añadido en voz muy baja:

—Cuando la veo soy feliz.

Hacía una tarde magnífica, el aire olía a primavera. En una tarde así podía pasar de todo.

Ella no sabía cómo comportarse. No estaba acostumbrada a las galanterías. Jugueteaba con el cuello de su blusa, lo retorcía, lo alisaba, lo arrugaba con pequeños movimientos de los dedos. Tenía miedo de no ser lo bastante guapa, lo bastante divertida. Más tarde él le contó que había sentido ganas de cogerla en brazos, de abrirle la puerta de su coche y de decirle: venga, nos vamos. Pero había pensado: ¡Dios mío, qué ridiculez, a mi edad! Yo soy un hombre casado y soy padre de familia, y ella es tan joven y tan ingenua..., hasta le tiemblan las piernas.

Aquel día ella había reído de felicidad.

En otra ocasión, Lucien estaba en el café-estanco haciendo un crucigrama cuando ella había entrado, y él le había preguntado mirándola con ternura: «Apellido de un Papa corrupto, seis letras». Ella había soplado para apartarse un mechón de pelo, se había concentrado y había exclamado: ¡Borgia! Y él le había dicho totalmente en serio y sin el menor asomo de burla: es usted brillante, señorita.

La había llamado señorita con toda la intención.

Eliminó a la señora Valenti. Y volvió a poner el deseo en el orden del día. La vida, la vida y siempre la vida.

Ella se había dado la vuelta para asegurarse de que no hablaba con otra y se había marchado. Tenía miedo de desmayarse delante de él. Demasiado deseo, demasiada vida, tenía que acostumbrarse.

Era el señor Settin, el farmacéutico, quien le daba los somníferos. Bajo mano. Sin cobrar. Había comprendido perfectamente que eran para Fernande y que allí había gato encerrado. Ray le hacía chantaje. ¡Le amenazaba con contarle a la señora Settin que su marido llevaba mucho tiempo liado con la bella Annie! ¡Aseguraba que tenía fotos comprometedoras! ¡Folla bien esa!, decía Ray. ¡Es insaciable, eso se ve en las fotos! Pero la propietaria de la farmacia era la señora Settin. Y la que tenía el título de farmacia también era la señora Settin. El señor Settin solo era un comparsa que representaba el papel del farmacéutico con bata blanca y vendía aspirinas y mercromina. Si la señora Settin le abandonaba, se quedaría de patitas en la calle. Prefería pagarle a Ray trescientos francos al mes. Se vengaba proporcionándole generosamente a Léonie las pastillitas para dormir. Se le iluminaba la cara cuando ella entraba en la farmacia.

La señora Settin se dio cuenta de eso y le pareció sospechoso.

¡A partir de ahora, no les quitaría el ojo de encima a esos dos!

Léonie inventaba mil estratagemas para ver a Lucien. Con más valor del que había tenido jamás en la vida. Ya no tenía miedo. Ni de Fernande, ni de darle el somnífero, ni de salir por el balcón de noche para encontrarse con él, ni de que les vieran juntos. Vertía el polvo blanco en el vaso de vino Kiravi rebajado con agua, que Fernande bebía durante la cena, le servía el ragú, y esperaba detrás de la silla a que la abuela hubiera rebañado el plato vacío con pan —Léonie no tenía permiso para sentarse a la mesa con ella—, la oía bostezar y suspirar: no sé qué me pasa esta noche, me caigo de sueño, me voy a dormir, tú quédate haciendo punto durante un cuarto de hora y luego acuéstate, ¡y no gastes electricidad!, y se alejaba arrastrando sus pesadas piernas. Léonie recogía, fregaba los platos, ordenaba la cocina. Se quedaba escuchando y cuando oía a Fernande roncando en su habitación, se ponía un poco de perfume, un poco de carmín en los labios y saltaba por la ventana. ¡Qué suerte que vivieran en el entresuelo! Lucien la esperaba en el coche con las luces apagadas. Ella abría la puerta, se echaba en sus brazos. Una noche más, decía ella, y volvía a cerrar la puerta, para que no se viera la luz en la oscuridad.

Y se iban hacia el cercado de los burros. A la cabañita, a casa de Georges y Suzon.

Se veían todas las noches.

Hasta aquella noche terrible.

Pero no..., pero no... Eso pasó después, mucho después. He de respetar el orden. No debo mezclar mis recuerdos, son demasiado valiosos. He de cuidarlos. Son lo único que me queda.

Iban a ver *El amante del amor* de François Truffaut al cine de Auxerre. Lejos de Sens para no tener que esconderse. Se compraban polos y chocolatinas, caramelos Kréma y La Pie qui Chante,[5] se sentaban y probaban el helado del otro, reprimían las carcajadas, entrelazaban las manos, los dedos, la boca, no miraban la película. No tenían tiempo que perder.

Habían vuelto muchas veces sin dirigir jamás la vista a la pantalla. Se besaban, se separaban, se abrazaban otra vez, se decían tonterías.

—Quizás por eso dicen que cuando estás enamorado te vuelves tonto —decía Lucien—. ¡Es la tercera vez, como mínimo, que veo esta película y todavía no sé de qué va!

Ella solo había retenido la parte de la frase «cuando estás enamorado». Y había sentido una relajación intensa. Prácticamente se convirtió en líquido. Estuvo a punto de ahogarse.

—Ah —había suspirado—, si yo fuera libre...

Entonces él la había abrazado con cierta solemnidad. Como para prepararla para lo que iba a decir.

—Yo tampoco soy libre, Léonie. Estoy casado y tengo dos hijas pequeñas. No quiero mentirte, quiero que entre nosotros todo sea bonito y maravilloso…

Ella había dicho sí con la cabeza, mientras estrujaba el envoltorio del polo de tres sabores. Casado. Estaba casado. Tenía dos hijas pequeñas.

—No puedo marcharme, por mis hijas. No voy a contarte el motivo porque sería demasiado largo y triste, pero te prometo que, en cuanto pueda, me reuniré contigo. Y también te prometo que no te mentiré nunca… Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé —había dicho Léonie que no lo sabía, pero estaba triste.

¿Qué imaginaba, que un hombre de cuarenta años podía ser libre? Tiene mujer, hijos, ha vivido muchas vueltas al cole, muchas Navidades, ha soplado decenas de velas rosas de pasteles de cumpleaños. Yo nunca tendré hijos. Ray dice que es por mi culpa. Soy estéril.

—Mírame, Léonie, mírame.

Ella había sonreído en la oscuridad. Una sonrisa mustia que le deformaba la cara.

—No te pido nada —había dicho él—. No te pido que me esperes, pero yo sí te esperaré.

—Te esperaré —había respondido ella—. Porque contigo dejo de tener miedo. Antes siempre tenía miedo.

Él le había cogido la cabeza entre las manos y había susurrado: gracias, acabas de hacerme el regalo más bonito del mundo.

—Nunca volveremos a hablar de esto, ¿de acuerdo? —había añadido Lucien.

Ella había dicho de acuerdo en la penumbra.

Aquella noche, cuando habían salido del cine, él le había preguntado si le importaba que pasearan un poco. Quería ver el cielo, respirar la belleza de la bóveda celeste, la inmensidad del firmamento, llenar con esa grandeza su corazón que se bamboleaba como una carpa atiborrada de parejas enamoradas, parejas que bailan pegadas de la cabeza a los pies. Un día Léonie y él bailarían en una carpa, totalmente pegados. La vida hace milagros. Aunque nos lo repitan a todas horas, no hay que verlo todo negro, hay que creer en las

excepciones y sobre todo, sobre todo, hay que creer que uno mismo es una excepción.

Él estaba muy locuaz aquella noche.

Quería explicárselo todo, como para convencerse a sí mismo. Ponía en su discurso una pasión de profesor emérito. Estaban los dos sentados en un banco del parque George Sand, y él la había abrazado y había dicho:

—No hay nada más bonito que lo que puede pasar entre un hombre y una mujer. Es un amor único, perfecto, aunque solo dure tres minutos, ¿me entiendes? Tres minutos de felicidad perfecta bastan para llenar una vida. Yo contigo vivo montones de minutos como esos, así que seré un hombre feliz. Y me diré que la vida vale la pena vivirla y me mantendré firme y digno, esperando que podamos reunirnos. Así es como yo veo las cosas, Léonie.

A ella no le había gustado demasiado el tono solemne que él había empleado para hacer esa declaración. Se había dicho que no auguraba nada bueno.

Él había añadido:

—Y te prometo una última cosa. Te prometo que seremos felices. Tardaremos lo que haga falta, pero seremos felices...

Ella le había creído. Ella creía todo lo que él decía.

Un día, Léonie se había dado cuenta de que él tenía el dobladillo del impermeable descosido y se había prometido que la próxima vez que le viera, llevaría aguja e hilo, y se lo cosería.

Le había hecho un dobladillo impecable. Como los de Suzon. Léonie miraba el dobladillo y no salía de su asombro. Lo alisaba con la palma de la mano, lo palpaba. Ese dobladillo era su victoria. Entonces había dicho: voy a tejerte un jersey. Él había sonreído. ¿Y qué le dirás a tu suegra si te ve tejiendo un suéter para un hombre? Le diré que es para Georges, que Suzon me ha comprado la lana. Después de haber triunfado con el dobladillo, Léonie se atrevía con todo.

—Lo llevarás y pensarás en mí.

—Lo llevaré y notaré el olor que han dejado tus dedos en la lana.

Y la había cogido en volandas. Quizás habían concebido al bebé aquel día, porque aquel día ella era la reina de los dobladillos.

Para tomarle medidas Léonie le había pasado el metro alrededor del cuello, alrededor del pecho, le había obligado a levantar los brazos, se había equivocado con los centímetros. Le miraba con los brazos levantados como si hiciera gimnasia sentado, y se había reído a carcajadas. Había pensado en aquel primer día en la panadería y en los pies planos. Se lo había contado y él también se había reído.

¿Cuánto tiempo hacía que ella no se reía así?

Ella nunca se había reído así.

Reír juntos es como hacer el amor, algo increíblemente íntimo.

Y luego, inmediatamente después de la risa, había surgido la angustia, y ella se había refugiado en el abrazo de Lucien.

—Vivimos en una estrella que no existe —había dicho Léonie.

—¡En absoluto! Nuestra estrella es real y a partir de esta noche la colgaremos en el cielo. ¿Dónde quieres ponerla?

—En el centro.

—¿Y cómo la llamaremos?

—Stella. Stella es bonito. Se llamará Stella y nosotros seremos sus únicos habitantes.

Léonie tenía en la cara una expresión de felicidad perpetua. En ocasiones, notaba la mirada de Fernande clavada en la espalda como un puñal. ¿Por qué está tan guapa, tan alegre y tan despreocupada de repente?, debía de preguntarse mientras aspiraba aquel tabaco negro. ¿Es posible que se vaya de picos pardos? Pues me ocuparé personalmente de que no le quede ni un segundo libre.

No la dejaba respirar ni un segundo. Haz esto, haz aquello, ¿has hecho esto? ¿Has hecho aquello? La enviaba diez veces al día a hacer la compra a Carrefour.

A veces Lucien la acompañaba. La seguía de lejos, aparecía en la sección de conservas y salsas, le plantaba un beso en el cuello. Se ponía en la cola con ella, intercalando tres clientes entre los dos.

En la cola de la caja, detrás de Léonie había una mujer hablando de la canícula con una amiga. Se anunciaban cuarenta grados para el día siguiente.

—Yo ya no sé cómo refrescar mi casa —decía una—. ¿Tú cómo lo haces?

—Pues cerrando los postigos y provocando corrientes de aire, pero entonces las puertas empiezan a dar golpes y me da miedo que

las paredes se agrieten.

—Exageras un poco, ¿no?

—¡Qué va, estas casas modernas son un asco! He de comprarles pantalones a los chicos. ¿Has visto los precios?

—No me hables. ¡Una camisa de algodón para Henri, noventa francos! ¡Se creen que el dinero crece en los árboles!

—¡Qué calor hace! Yo he dormido desnuda esta noche.

—Nos acordaremos de la primavera del 77. A mí se me derrite el maquillaje.

—Yo pienso irme a la piscina y no saldré en todo el día.

—Con toda esa gente que se mea ahí dentro, ¿no te da asco? Henri dice que es el sistema ideal para acabar teniendo hongos.

—Pues iré al cine, que tiene aire acondicionado. ¿Qué ponen en Sens?

—No lo sé. A Henri no le gusta el cine. Dice que solo sirve para meterse mano y que ya no tenemos edad.

—¡Vaya, qué bromista es Henri! Debéis de estar todo el día de cachondeo.

Y luego debieron de reconocer a Léonie, porque habían bajado la voz y se pusieron a cuchichear.

Ella solo había oído: «¡Le sienta bien eso de estar sin marido! ¡Está muy sexy! ¿Tú crees que se ha buscado un semental?».

Había soltado una carcajada burlona, y la mujer de Henri le había dicho: «Para, por favor, estoy a punto de hacerme pipí».

La otra se había envalentonado y había soltado:

—¿Cuándo vuelve su marido, señora Valenti? ¡Nosotras estamos impacientes!

Y la mujer de Henri, entusiasmada, se había pasado de la raya:

—Es verdad, Ray es como nuestra mascota. ¡Todas querríamos tener uno igual!

Se le había escapado una risita y había añadido: «¡Seguro que se le está haciendo muy largo!».

Léonie no había contestado. Había puesto las compras en el carrito, había pagado y se había ido.

Antes de salir se había dado la vuelta para localizar a Lucien, pero no le había visto. ¿Era posible que lo hubiera oído todo y se hubiera marchado, ofendido?

Había empujado el carrito hasta el coche con el corazón en un puño. Sus brazos ya no tenían fuerza para cargar con las botellas de

leche, los packs de cerveza, las garrafas de lejía y de detergente. ¡Era absurdo que Fernande la obligara a comprar esas cantidades! Esa tarde mismo, le ordenaría volver a devolverlo todo y recuperar el dinero. Le gritaría que era una idiota, una auténtica retrasada mental. Y apuntaría su «estupidez» en la libretita, para que Ray le ajustara las cuentas al volver. Lo anotaba todo.

A Léonie le daba igual lo que pasara cuando Ray volviera.

Iba a cerrar el maletero cuando Lucien se paró a su lado, bajó la ventanilla del coche y preguntó:

—Mire, señora, se le ha caído esto del carrito. Es suyo, ¿verdad?

Las dos cotillas estaban cerca, mirando.

Ella cogió la bolsa de plástico que le ofrecía Lucien y dijo en voz alta:

—¡Ay, sí! ¡Qué tonta! ¡Muchas gracias, señor!

Era un oso de peluche. Un oso rojo que Lucien había encontrado al fondo de la sección de los juguetes. En el estante de abajo. Nadie lo quería. Era realmente muy rojo.

—¿Cómo le llamaremos? —había preguntado Léonie esa noche, cuando estaban delante de la cabaña contemplando las estrellas.

—Maese Cerezo.

—¿Porque es rojo?

—Sí, y porque es un personaje de una obra que me gusta mucho que se llama *El verano*. Maese Cerezo y Don Mostaza son dos gatos que hablan. Y porque, además de mi media naranja, tú eres la cereza, la guinda de mi vida…

Ella ya no había dicho nada más. Hay veces en que no vale la pena añadir nada. Incluso es mejor callar, para no estropearlo todo.

Y entonces llegó la noche del horror.

Así la había bautizado ella.

Fernande se había quejado de que estaba hinchada, tenía el estómago revuelto y náuseas. Se agarraba el vientre, se masajeaba los riñones y hacía muecas. Había apartado el plato, había apartado el vaso, eructó y dijo, pásame: la palangana, quiero vomitar, y le clavó sus ojillos negros como zarpas en la mirada. Léonie le ofreció un ponche, una infusión, un vaso de vino caliente, lo que fuera para

poder añadir los polvos. Lucien se marcha mañana y debe de estar esperándome en el coche, es nuestra última noche, nuestra última noche, y esta vieja pelleja no quiere ni beber ni comer.

Fernande se había levantado apoyándose en la mesa, y se había dejado caer otra vez en la silla.

—¡Ayúdame! ¿No ves que no puedo arquearme?

Léonie había pasado los brazos bajo el pecho de Fernande, había girado la cabeza para no verle las ventanillas de la nariz negras, y la vieja le había soltado:

—¿Crees que no sé que cada noche me duermes?

Léonie estuvo a punto de dejarla caer, pero se había contenido.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que me drogas.

Léonie no había contestado. Mejor no irritar a Fernande. Todavía existía la posibilidad de que se durmiera.

La había acompañado hasta su habitación. Había abierto la cama, colocado las almohadas y enjuagado el vaso de la dentadura. La había desnudado, la metió en la cama. Se había quedado esperando de pie, junto a la cama. No se atrevía a decir nada más.

—Coge el periódico y léemelo.

Ella había cogido el periódico de la mesilla y había empezado a leer las noticias.

Fernande la miraba con una sonrisa malévola.

—¡Habla en voz alta! ¡No oigo nada!

Ella había carraspeado y había empezado con voz temblorosa:

—«La pequeña guerra de las misas en Saint-Nicolas-du-Chardonnet…».

—¡No quiero historias de curas! ¡Lee otra cosa!

Ella había hojeado el periódico y había proseguido:

—«El jubileo de la reina de Inglaterra. Este mes de junio se cumplen veinticinco años desde que la princesa Isabel accedió al trono, y para celebrar las bodas de plata, la monarquía exhibe toda su pompa en Londres. Han acudido cinco millones de turistas de toda Inglaterra y de países vecinos. Hay festejos en todas partes…».

Fue entonces cuando la vieja había pronunciado aquellas palabras con voz firme y monocorde. Fue como si diera varias vueltas a una llave y la encerrara para siempre:

—Lucien Plissonnier. Cuarenta años, casado, dos hijas, jefe de obra de Construcciones Mielles. Lucien Plissonnier es tu amante.

Léonie no se había movido, no había pestañeado. No tenía miedo, no sentía vergüenza, no tenía ganas de llorar, solo quería echarse a correr y reunirse con él. ¡Lo que pasara después no le importaba!

Se había incorporado, se había precipitado contra la puerta. Estaba cerrada.

—Lástima. —Fernande se había reído con sarcasmo—. La he cerrado, sin que te dieras cuenta.

—¿Cómo lo sabe? —había gritado ella.

—Yo lo sé todo, pequeña. Yo velo por los asuntos de mi hijo. Le has traicionado y te costará caro, te lo aseguro.

—Pues me da igual —había vociferado Léonie—, me da igual. Con él soy feliz. ¡Feliz como una loca! Le quiero. Con él toco el cielo, acaricio las estrellas. ¡Incluso me ha regalado una estrella para mí sola! Usted nunca ha tenido eso. Por eso es fea, por eso es mala y sucia. Por mucho que me encierre con llave, un día me iré a buscarle. Usted no puede nada contra eso. ¡El amor siempre es más fuerte!

—¡Qué pena que a tu edad sigas siendo tan tonta! Es una lástima. Ponte a hacer punto un rato, eso te calmará.

—No pienso hacer punto.

—¡Como quieras, pero así solo empeoras las cosas!

Léonie se había lanzado otra vez contra la puerta, la había golpeado con los puños, con las rodillas, con los pies, había pedido socorro.

Fernande había sacado su libretita, había chupado la punta del lápiz y lo había apuntado todo.

Lucien se había marchado sin que ella volviera a verle.

Aquella noche tenían que planearlo todo. Cómo cartearse, cómo amarse a distancia, cómo impedir que les descubrieran.

No tenían modo de reencontrarse.

Él no sabía el apellido de Georges y Suzon. Ni el nombre de su pueblo, vecino de Saint-Chaland. Siempre iban allí de noche. Él conducía mientras la besaba, la abrazaba, le acariciaba el pendientito de diamantes que le había regalado y que Léonie se quitaba antes de entrar en casa. Lo guardaba en un chicle pegado debajo del buzón. Ray lo había encontrado un día, meses después, y se lo había hecho tragar.

Lucien conducía sin fijarse en nada. Ella gritaba: ¡cuidado, vamos

a tener un accidente, y yo no quiero morirme!

Como todos los amantes presos de su pasión, ambos habían olvidado que para cumplir todas esas promesas necesitaban una dirección.

Ella se preguntaba quién se lo había contado a Fernande.

Turquet, no. Había conseguido acompañar a Ray a España, empleándose como auxiliar sanitario. Tampoco Lancenny, ni Gerson. Ambos estaban en París. Uno le echaba una mano a su tío, propietario de un café en la plaza Péreire, y el otro hacía prácticas de mecánica en el garaje Molitor, del distrito decimosexto.

Pues ¿quién les había delatado a Fernande?

Ray había vuelto de España.

Había tenido una aventura allí. La chica se llamaba Mercedes, él la llamaba Mercé. Era una morena guapa, rubicunda y con pecas, que sonreía en una fotografía que él había pegado en la cabecera de la cama. La telefoneaba a todas horas. Decía que era bonito estar enamorado mientras se rascaba los testículos.

Pegaba a Léonie día y noche. Decía que recuperaba el control. He echado en falta molerte a palos. Hay que reconocer que relaja y que uno se siente un hombre después. Hacía crujir sus dedos, se masajeaba las falanges. Fernande le guardaba una yemita de huevo, le leía en voz alta los pecados de Léonie anotados en su cuaderno y él volvía a la carga.

A ella todavía le quedaba un resto de valor. Fue a la comisaría a poner una denuncia. Tenía un ojo tumefacto pero no sangraba. Vuelva la próxima vez, le dijeron con tono jocoso.

Ella resistía, cada vez menos.

Como una gaviota atrapada en petróleo.

Lo pagó con creces.

Cuando él se iba a un servicio de noche debía esperarle, completamente vestida. Prohibido tumbarse a dormir. Prohibido leer. Eso podría meterle ideas peligrosas en la cabeza. Debía zurcir, tejer, limpiar, aprenderse de memoria el manual del bombero perfecto, plancharle los cordones de los zapatos, contar los botones de la caja de costura y clasificarlos por tamaños, por colores, por número de

agujeros.

A él siempre se le ocurrían cosas.

Ella intentaba evitar la desesperación aferrándose a mentiras. Lucien la amaba. A Lucien le había surgido un impedimento. Lucien vendría a rescatarla. Solo era cuestión de tiempo. La vida, la vida, la vida… Hay que confiar en ella.

Ray la tiraba de la cama, le daba golpes con el talón, así dejaba menos marcas. Decía que era sucia. ¡Que no se le ocurriera acercarse! ¡Puta de mierda! ¡Guarra! ¡Él no estaba dispuesto a ser plato de segunda mesa! Y se masturbaba llamando a Mercedes.

Se había comprado un Roadster rojo, despampanante. Fernande hacía fotos de su hijo al volante, moreno, con el torso desnudo. Él se las mandaba a Mercedes.

Léonie limpiaba la carrocería todos los domingos por la mañana, sacaba brillo a los cromados. ¡Espuma! ¡Espuma!, gritaba él desde la ventana del salón, ¿qué narices haces, vaga?

Ray salía por las noches a dar una vuelta. Volvía de madrugada. Tomaba café con su madre en la cocina. Ambos celebraban prolongados conciliábulos que se interrumpían en cuanto aparecía ella. Léonie captaba las palabras «inversión», «banco», «inflación», «rendimiento», «no es la panacea». Debía esperar a que él se hubiera marchado para acercarse a la mesa y tomarse un café. Ya no comía. Sentía un dolor constante en el corazón.

Aquello duró tres o cuatro meses.

Fue Fernande quien se dio cuenta de que ella estaba embarazada.

—¡No puede estar embarazada! ¡Lo sabes perfectamente!

—Te digo que está embarazada… Fíjate.

—¡Que no! ¡Estás loca! ¡No es la Virgen María!

—¡Te digo que está embarazada del otro!

Embarazada.

Léonie no daba crédito.

No era estéril. Ella había dicho a Lucien que no valía la pena

tomar precauciones, que no podía tener hijos. Él había dicho: ¡oh, qué pena! ¿Eso te hace infeliz? Ella había contestado: no lo sé. Yo no sé muy bien lo que siento, ¿sabes?, en cuestión de sentimientos no sé dónde estoy. Pero, había añadido, cuando estoy contigo acumulo un montón de estrellas.

Estaba embarazada.

Al principio aquello provocó una catástrofe. Él le dio una paliza.

Luego reflexionó.

Ya volvían a llamarle Huevoseco a sus espaldas. Aceptó al bebé. A cambio de que Léonie se comprometiera a firmar la venta de la mansión Bourrachard, y luego ingresar el dinero en una cuenta común para poder transferir la mayor parte de dicha cantidad a la cuenta personal de Ray. Había encontrado, gracias al vicegobernador, un comprador para la finca: una empresa alemana que buscaba algo en Francia para convertirlo en una colonia de vacaciones. La empresa tenía dinero y la propiedad se vendió a muy buen precio.

Léonie firmó todo lo que él quiso.

Cuando dio a luz, él estaba trabajando.

Y cuando hubo que inscribir a la niña y ponerle un nombre, ella escogió Stella. La señora que pasaba por las habitaciones para registrar a los recién nacidos la felicitó: es muy bonito, muy original.

Léonie nunca volvió a tener noticias de Lucien Plissonnier. Se convirtió en la señora Toc-Toc.

Léonie mira el metrónomo y se dice: qué raro, si lo sigo con la mirada, clong-clong, clong-clong, vuelven los recuerdos. Como si hojeara un álbum de fotos. A veces llora, a veces ríe. Llora mucho. Ríe también. Se deshace de esas viejas imágenes. Hace limpieza. Arroja al fuego sus penas, sus heridas, sus nubarrones.

Algo hierve en su interior y brota un principio de euforia, una alegría nueva, ya no tiene miedo.

La vida, la vida, la vida.

Cuando Stella llega a la Chatarrería, ve a dos policías que suben a

su furgoneta y a Edmond Courtois que va hacia su coche. Ella se le acerca para hablarle de Léonie. Él hace un gesto con los dedos, le indica que lo deje para más tarde, y acelera el paso como si quisiera evitarla.

Stella insiste:

—¡Me gustaría verle, solo un minuto! Hay que…

—¡No tengo tiempo, no tengo tiempo! —dice él y abre la puerta del coche—. He de coger un avión y llego tarde.

—¡Ah! —Stella, desamparada, se para en seco—. Y esos policías, ¿a qué han venido?

—Nada. Un pequeño incidente. Ya está solucionado.

Él se vuelve a mirarla. Tiene unas ojeras enormes, oscuras, y un tic en los labios que le arruga la nariz. Parece un animal al acecho.

—¡Ah! —repite Stella—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, ¿por qué?

—No sé. No tiene buena cara.

—¿Qué quieres?

Se sienta al volante y va a cerrar la puerta. Pero ella le sujeta de la manga.

—¿Qué pasa, señor Courtois? ¿Me evita?

Stella trata de mirarle a los ojos, pero él se zafa y cierra el coche.

—Tengo prisa, nada más. Tengo trabajo. Por cierto, no te vemos mucho últimamente… ¿Recuerdas que trabajas aquí?

—¿Por qué dice eso?

—¡Porque te pago un sueldo, mierda! ¡Trabaja un poco!

—¿Me amenaza con despedirme, es eso?

—En absoluto. ¡Ni se me había ocurrido!

—Pues lo parece… Ya he acordado con Julie la forma de recuperar horas. ¿Contento?

—No te lo tomes así, Stella. Yo tengo que hacer funcionar la empresa. ¡Y no creas que es fácil! ¡Estoy hasta aquí!

Y hace el gesto de quien está superado.

Es curioso, se dice Stella, finge que se enfada para esconder su malestar. Esa rabia suena falsa. ¿Qué me oculta?

—¡Nunca me había salido con esas, señor Courtois! No es propio de usted.

—¡Pues las cosas cambian!

Stella le da la espalda y le deja hundido ante el volante.

Se está cociendo algo, pero no sabe el qué. Siempre esa vieja

desconfianza que resurge por cualquier cosa. ¿A qué juega el viejo Courtois? Un día la protege, confía en ella, se confiesa, y al siguiente la ignora y la trata de vaga. Es difícil situarse si te cambian constantemente las reglas del juego.

Stella empieza a subir la escalera que lleva al despacho de Julie. Golpea el primer escalón con el talón de sus zapatones. Aunque no sea un hombre, si quiero puedo hacer tanto ruido como ellos, se dice con rabia. ¡Son un coñazo los tíos!

—¿Qué le pasa a tu padre?

Julie está detrás de su mesa, tecleando en la calculadora con la punta de un lápiz. Murmura:

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Esto no cuadra! ¡No salen las cuentas!

Levanta la cabeza y mira a Stella como si no la reconociera. Luego se cala las gafas con un golpecito del dedo índice y dice: ¡ah, eres tú!

—¿Tanto he cambiado?

—Perdona. ¿Qué decías?

—Tu padre... ¿Qué le pasa?

—No lo sé pero no está bien. ¡Se pasa la noche trasteando con sus relojes, y luego se acuesta vestido en su despacho! Me parece que bebe. En casa las cosas están fatal. Mi madre hace las maletas cada cinco minutos, pero él pasa por completo, y ella acaba de largarse a París a casa de una amiga.

—Y esos polis, ¿a qué han venido?

—¡Otra historia con los... vagabundos esos!

Ha estado a punto de decir «gitanos» pero se ha contenido.

—¿Y...? —pregunta Stella para que Julie continúe.

—Ese rubito, ya sabes. Ese que siempre se escondía entre las piernas de su padre. Ese mocoso que siempre bajaba del camión y nos mangaba algo mientras su padre entregaba la mercancía...

—¿Dragan?

—Sí. Pues ha crecido, ahora debe de tener dieciocho años. Acaba de irse. Quería datos de todas las operaciones que hemos hecho estos tres últimos años. Seguramente para quedarse un porcentaje. Ha tenido una enganchada con Maurice que le ha dicho que esa información solo se la entregamos a la policía, él ha insistido y la cosa se ha calentado. Entonces yo he bajado, le he dicho que se calmara,

que si seguía así le soltaría una torta, y bueno..., él ha seguido igual, me ha llamado puta, ha dicho que se la mamaba a los polis y yo le he soltado la torta.

—Y has llamado a la policía...

—Sí. Han venido, me han dado la razón y ha salido pitando como un conejo. Espero que no vuelva. ¡Ni solo, ni con toda la familia!

Stella suspira:

—¡No me digas que le ha enviado Ray!

—No lo sé, Stella. Ahora mismo las cosas no van bien, aparte de que tengo un curro tremendo. Y Jérôme, ya sabes...

Se calla de repente y vuelve a meter la nariz en los números. Luego la levanta otra vez y dice:

—Habría que llevar un camión a Depelletat. Aluminio. Quieren deshacerse de unas placas estupendas. Las compraremos por toneladas. Arréglalo tú con ellos. Les haces firmar un contrato. Tiene que estar solucionado esta tarde.

—No hay problema. ¿Me das los documentos?

Llaman a la puerta. Es Jérôme. Al ver a Stella se pone colorado y retrocede, de través, como un cangrejo.

—Entra... —le dice Stella—. ¡No pienso comerte!

—No quiero molestar...

—Pero si no molestas. Yo tengo trabajo, me voy.

Julie olvida la calculadora, se alborota los rizos y mira a Jérôme con adoración. Stella tiene la sensación de que sería capaz de pasarse el día mirándole, sin moverse. Está pendiente de un hilo, temblando de emoción.

—Os dejo —dice Stella—. Seguramente tendréis que repasar un montón de cosas.

—¡No, no! —protesta Jérôme, incómodo—. Ya volveré. Eh, Julie, ya volveré...

Julie le ve salir desconsolada.

—¡Ya se ha vuelto a ir!

—¿Por qué? ¿No es la primera vez?

—¡Esta mañana ya me lo ha hecho tres veces! Entra, tartamudea algo, se vuelve a ir, entra, tartamudea, se marcha otra vez.

—Vaya pues... ¡Menudo valiente!

—¡Nunca llegaremos a ninguna parte! —suspira Julie.

—¡Que sí..., que sí!

—Él quiere hablar conmigo, pero siempre hay alguien o algo que

se lo impide.

—Lo siento mucho —se excusa Stella.

—No, no, es que... Ayer, entre los papeles que me da todas las tardes, encontré un poema que él había copiado. Se le debía de haber olvidado. Un poema muy bonito, Stella. Si quieres te lo enseño y me dices qué opinas.

—Yo no sé demasiado de poesía. No es lo mío. Deberías preguntárselo a alguien que entienda.

—Es que no sé si contarlo... ¿Te imaginas que todo el mundo lo supiera? Yo quedaría fatal.

—No tienes de qué avergonzarte, Julie. ¡Estás enamorada, no tienes sarna!

—Cuando estás enamorada, ¿lloras?

—Bueno, eso depende de las personas. Llorar de felicidad es bonito.

—Estoy muy alterada. Tengo calores, sudores, un nudo en el corazón, el estómago destrozado...

—¡Pero bueno..., más que enamorada parece que estés enferma!

—Estoy angustiadísima. Y de repente me dan ganas de reír y de bailar. Y luego vuelvo a angustiarme. ¡Voy de un extremo al otro!

—No hay duda, estás enamorada.

—¿De verdad lo crees? ¿Crees que eso es para mí?

—Todo el mundo tiene derecho a eso. ¡Tu nombre no está en ninguna lista de «prohibido enamorarse»!

—¡Oh! Lo dices para que esté contenta. Eres muy amable...

—¡En absoluto! ¡Mírame, yo he encontrado a Adrian y estaba convencida de que ningún hombre se me acercaría nunca! Y mira..., él llegó con su camión, me raptó y desde entonces no me quejo.

Julie se echa a reír.

—No imagino a Jérôme raptándome. ¡Si es incapaz de hablarme!

—¿Por qué no? Tiene algo de caballero andante...

—Y copia poemas y se los olvida entre las facturas. ¿Y si se los aprende de memoria para recitármelos? A lo mejor es para darse valor...

Stella, enternecida, observa a Julie. Había olvidado que cuando alguien está enamorado no deja de hacerse preguntas. Todo es confuso cuando estás enamorado, y le das vueltas a las cosas constantemente.

—Yo creo que es imprescindible que pases a la acción, ¡si no darás más vueltas que una peonza!

—¡Ay, qué lata te doy con mis dudas!

—No, no... Bueno, quizás debería irme a trabajar. Tu padre me ha insinuado que faltaba demasiado.

—¡Qué valor!

—Pues sí.

—Realmente no está bien. En realidad no lo pensaba. Él te adora, Stella.

—Yo no estoy tan segura, peonza querida.

—Me gusta que me llames «peonza querida», tengo la sensación de que me quieres de verdad.

—¡Pues claro que te quiero, peonza! Yo te quiero y Jérôme te quiere, es evidente...

—¡Oh! ¿Y si fuera verdad que me quiere? Eso sería estupendo. A lo mejor todavía podría darle un hijo.

—¿Y por qué no? Pero frena, frena que él todavía no ha dicho nada. Solo faltaría que te llevaras una decepción y sufrieras.

—¡Sí, sí! Me calmo, me calmo...

Se recoge los rizos, respira, sopla, relaja los músculos, le da un documento, papeles, y vuelve a concentrarse en la calculadora.

De repente, en el momento de irse a Stella se le ocurre una cosa y, sin saber por qué, pregunta:

—¿Aquel Peugeot viejo sigue aparcado en la nave?

—Sí.

—¿Funciona?

—Perfectamente.

—¿Me lo prestarías este fin de semana? Me gustaría llevar a Tom a bañarse al lago. Pero está en esa edad en que quiere ser como todo el mundo y no llamar nunca la atención, y con el Peugeot paso más desapercibida, es más discreto que el camión.

Es verdad que Stella ha pensado en llevar a Tom a bañarse a Saint-Denis-lès-Sens.

Pero es muy raro y tiene la sensación de que esa no es la verdadera razón. Hay otro motivo que todavía desconoce.

—Lo único que has de hacer es comprobar que tenga gasolina. Y que los papeles estén en la guantera.

—Y tú, tenme al corriente del cortejo, ¿vale?

Julie la mira con un brillo de esperanza en la mirada.

—¡Ah, sí! —suspira—. ¡Ojalá..., ojalá!

Al bajar la escalera Stella oye que suena su teléfono. Lo saca del bolsillo, se le resbala y lo atrapa, pero, cuando descuelga, deja de sonar. Ella mira el número. Desconocido. Y como siempre sin mensaje.

—Pero ¿qué es esta mierda? —gruñe mientras pisotea los escalones con sus gruesas suelas.

Se instala al volante del camión, recogerá el Peugeot a la vuelta. Pone primera y empieza a pensar.

Las cosas siempre se deciden sin que uno comprenda ni cómo ni por qué.

Está a punto de pasar algo. Algo que se está gestando en su interior y es inminente. Todo se está poniendo en su sitio. Stella sabe que será breve y que será violento.

Hace demasiado tiempo que espera. Ellos se creen con derecho a todo. Él y sus colegas roban todo lo que les da la gana. Consiguen un botín, lo revenden, lo almacenan. Sus bolsillos parecen sucursales bancarias. ¿El último capricho de Ray? Un Maserati. Comprado al contado. Si eso no huele mal… Son amigos del alcalde y hacen de intermediarios. Cobran de los carnets de conducir, de las obras, del servicio de saneamiento, de los certificados de licitación. Gobernador, vicegobernadores, secretarios generales, los tienen a todos comprados. Chantajean a los propietarios de los bares, los restaurantes, las peluquerías y demás negocios. ¡Hasta de los agricultores sacan tajada! Y, si alguno se resiste, les queman los campos cuando llega la cosecha. ¿Qué hacen con todo ese dinero? Tendré que preguntarle a Violette si está enterada.

Eso por no hablar de la Asociación de Bomberos fundada por Ray. Cotización obligatoria. La mano en el corazón. Lágrimas en los ojos por esos pobres luchadores contra el fuego que se cayeron de la escalera y vegetan en una silla de ruedas. ¿Saben ustedes, señoras y señores, lo que cuesta una de esas sillas? Una inmoralidad. I-ni-ma-gi-na-ble. Y cuando Ray suelta su rollo le otorgan una confianza ciega. Y fajos de billetes.

Stella tiene ganas de telefonear a Turquet, y verse con él en el claro que hay detrás de su casa para que le dé explicaciones. Tiene que asustarle. O hacerle daño. Él vive en una granja aislada. Nadie les verá.

Y luego se contiene. ¿Y qué le dirás, infeliz? ¿Crees que se puede hablar con ese tío? Stella menea la cabeza. No pierde nada por esperar. No puede permitirse un error. Es lo que ellos pretenden,

incitarla a tomar el camino equivocado. Si es posible, en dirección al abismo. Los accidentes son algo repentino.

Piensa en Tom, el astronauta. Esta tarde acortará el mono blanco, lo ajustará a las medidas de su hijo y los dos se reirán de sus andares de patoso gordinflón.

En el cruce de Quatre-Fermes el semáforo se pone rojo, y ella para el camión a la altura de un Mercedes gris descapotable. La otra noche vio el anuncio en la tele, en casa de Suzon y Georges. Decía: *Reach for the sky, drive a E Class coupé cabriolet*. Y debajo una frase en cursiva que pasaba tan deprisa que apenas se podía leer: «A partir de sesenta mil euros». ¡Sesenta mil euros!, había exclamado ella. ¡Yo vivo varios años con ese dinero! ¿Quién puede pagarse eso?

Violette Maupuis.

Fular de Hermès, Ray-Ban negras, minifalda de cuero negro, pulseras, un collar grueso de oro y unas uñas con una manicura perfecta que dan golpecitos al volante. Violette Maupuis, indignada por tener que obedecer una señal de tráfico, como todo el mundo.

Stella pega un bocinazo y baja la ventanilla.

—¡Parece que te van bien las cosas!

—¡Eh! ¡Stella! ¿Qué tal?

—¿Lo has heredado o se ha caído de un camión?

Violette se echa a reír.

—Es Ray. Me lo regaló anoche. Por mi cumpleaños. Es una monada, ¿verdad?

—¡Un encanto!

—Me adora.

—¡Qué suerte tienes!

—¡Digamos que sé tratar a los tíos! No es difícil... Hay un par de trucos básicos.

Ha dicho eso con el mismo tono que cuando tenía trece años y meneaba las tetitas bajo la camiseta.

—¡Tendrás que enseñarme!

—Cuando quieras... ¡Y esto no es todo! Me conseguirá el papel de protagonista en la próxima película que produzca el consejo regional. Me convertirá en una estrella. Está convencido. ¡Estoy superemocionada!

—¿Tomamos un café esta tarde antes de que recoja a Tom? Hoy

tiene judo hasta las siete.

—Esta tarde no puedo. El gobernador da una gran cena en su casa. Tengo que prepararme para estar espectacular.

—No creo que necesites mucho tiempo para eso.

—Eres muy amable —dice ella con coquetería—. Estará toda la gente importante de la región, tengo que causar buena impresión.

—¿Tipos como Gerson o Turquet? —se burla Stella.

—¡Estás de broma! Yo hablo de gente de categoría. Gerson y Turquet no cuentan para nada. De todos modos, Turquet no sale de casa. Es tronchante. Intentaba levantar pesas y le dio lumbago. ¡Pobre desgraciado! ¡Yo pienso ocuparme de que todos esos tíos que Ray lleva pegados al culo desaparezcan! No valen ni la mitad que él.

—Tienes razón. Pero deberías cambiarle la imagen a Ray. Es un poco cateto para una chica tan guapa como tú.

—Ya estoy en ello. Es una tontería que vosotros dos no os llevéis bien, porque verías cómo ha cambiado. Yo le leo el periódico todos los días, le doy información que él utiliza para sus negocios.

—Ah, ¿es que Ray trabaja? Esto es nuevo.

—No, Stella, sinceramente, me gustaría que os reconciliarais, ¡al fin y al cabo es tu padre!

—¡No digas eso! —replica Stella—. ¡No digas eso!

Lo ha dicho como si estuviera dispuesta a poner una bomba. Violette le lanza una mirada crítica.

—¡Pero si le debes la vida! A los padres hay que respetarlos. Te lo explico: yo, por ejemplo, soy una artista y aun así he hecho una pausa en mi carrera para volver aquí y ocuparme de los asuntos de mis padres. ¡Y no creas que me divierte! Mi agente no para de llamarme y de decirme que vuelva a París. ¡Pero yo le digo que no, mi deber como hija ante todo!

—¡Yo no sabía que tus padres tuvieran tantos asuntos que resolver!

—¡No seas sarcástica! Sé positiva, piensa en el porvenir.

—Tienes razón. No hago otra cosa. ¡Ciao, guapa, hasta pronto!

El semáforo se pone verde. Stella apenas ha desembragado y el Mercedes descapotable ya no es más que una nube de polvo en el horizonte. Ella golpea el volante y maldice. Se calma.

¡Lo primero es no perder los nervios! ¡La necesito, un día me será útil! ¡Pero me crispa, me crispa!

La nube de polvo desaparece a lo lejos.

Enciende la radio. Céline Dion canta que desearía hablar con su padre, seguirle la pista, saber dónde está. La-la-la. A Stella se le aparece la imagen de Ray empujando la puerta de su dormitorio, y se oye gritar: ¡no, papá, no!

¿Qué le ha dicho Violette sentada al volante de su Mercedes?

«¡Pero si le debes la vida!».

Eso es exactamente lo que no quiere volver a oír nunca más.

—¿Te gusta así o te lo corto más? —pregunta Stella, de rodillas delante de Tom y con la boca llena de alfileres.

Está muy recto frente a ella, con los brazos tensos y la barbilla hacia arriba, con el mono blanco, los guantes blancos y el pelo recogido bajo una capucha blanca. Sostiene una pecera con peces rojos bajo el brazo. Opina que lo de la ensaladera es cosa de chicas.

Se mira de reojo en el espejo y exclama:

—¡Ostras! ¡Es genial! ¡Gracias, mamá! ¡Eres tope guay!

A Stella ese «mamá» le llega al corazón y la desestabiliza. Hace mucho tiempo que él dejó de llamarla así. No sabía que lo extrañara tanto. Tiene ganas de prolongar ese momento de gracia e insiste:

—¿Y si acortara un poco la pernera derecha?

—No. Está muy bien —dice él sin dejar de mirarse al espejo—. ¡Superbien!

—¿O alargo un poco las mangas?

—No. Está perfecto.

—¿Estás seguro de que lo de la pecera es buena idea?

—La llevaré apoyada en la cadera. Como los astronautas. Justo antes de embarcar se pasean con el casco en la mano. Mola un montón.

—No lo tengo presente...

—¿No crees que la mascarilla es un poco rara?

—No. Protege toda la boca. No olvides que es para evitar cualquier rastro de...

—Pero a un astronauta no le importa dejar rastro. Al contrario, quiere que le recuerden, que no olviden que es él quien ha caminado sobre la luna. Está orgulloso. No se esconde. No es como Dexter.

—¿Quién es Dexter?

—Ya lo sabes, ese de la serie que convierte a sus víctimas en trozos sangrientos de carne.

Stella hace una mueca.

—Ah, sí…

Lo dice de un modo tan vago que Tom está seguro de que no lo ha entendido.

—Que sí, mamá, acuérdate, lo vimos en casa de Georges y Suzon. ¡Y ella tenía tanto miedo que miraba a través de los dedos! Ese tío que se dedica a matar criminales que han escapado a la justicia. Dexter es una especie de juez supremo. Cuando la ley no cumple con su obligación, lo hace él.

—Ya me acuerdo…

Stella se ha ganado un segundo mamá. ¿Qué ha de hacer para conseguir un tercero? Había olvidado hasta qué punto es agradable abrazar a tu hijito, enseñarle el mundo y que te llame mamá. ¿Por qué Tom había dejado de llamarla mamá? Nunca se había atrevido a preguntárselo.

—Yo no soy Dexter, yo soy un astronauta pacífico. Contribuyo al progreso de la humanidad. ¡Porque con los viajes a la luna se hacen un montón de descubrimientos, Stella! Si tú supieras…

—En mis tiempos debía de saberlo.

—¿Qué vas a hacer con el otro mono? Amina te ha dado dos.

—No lo sé.

—Es que me gustaría quedármelo.

—¿Tienes un amigo que no tiene disfraz?

Tom mira a su madre y se pone colorado. Ha tenido una idea: podría jugar a Dexter con Jimmy Gun. Fingir que descuartizan juntos a Turquet o a Ray. Con la misma minuciosidad y el mismo ritual que Dexter en la serie. Para eso necesita el otro mono.

Stella ve que su hijo se ruboriza y pregunta:

—¿En qué piensas ahora? ¡Y no me mientas! Acuérdate de que hicimos un pacto…

—Pensaba jugar a Dexter si tú no lo usas.

—¿Jugar a ser un asesino? ¿Te pasa algo?

—Bueno…, solo sería un juego.

—¿Y a quién descuartizarías?

—A Turquet, por ejemplo. Él no se cortó cuando degolló a *Toutmiel*.

—Tom, escúchame bien. Las cosas no funcionan así. Una cosa es una serie de la tele y otra la realidad.

—¡Y con la abuela tampoco! Apuesto a que si pudiera la cortaría

en rodajas.

—¡No digas eso, Tom! ¡No digas eso!

—¡Calma, Stella! ¡No quería ponerte nerviosa!

—No me pongo nerviosa. Lo que digo es que esas cosas no se hacen. No hay que ponerse a la altura de tipos así. Hay que estar por encima de ellos, ser más noble, más generoso. ¿No te das cuenta de cómo iría el mundo si no?

—Claro, precisamente yo creo que el mundo no va bien. Ray y Turquet no paran de meterse con nosotros y nosotros no hacemos nada. Así que he pensado...

—¡Tú no has pensado nada de nada! Yo te arreglo este mono y tú te lo quedas, pero para disfrazarte de astronauta en el colegio, ¿entendido?

—Entendido.

—Mírame a los ojos cuando hables conmigo. Directamente a los ojos —le ordena con firmeza.

—Vale, mamá.

Levanta la cabeza, se quita la capucha blanca, y esos ojos azules que tiene bajo el mechón de pelo rubio se clavan en los de Stella con una mezcla de ingenuidad y decepción. Ella está a punto de abrazarle, pero de pronto comprende que la ternura menoscabaría su autoridad.

—No pasa nada, cariño. Estamos los dos de acuerdo.

Él asiente enfurruñado, y añade:

—¿Cuándo vuelve papá?

—No lo sé. Pero no tardará mucho. ¿Hace cuánto que no le vemos?

Ella sabe perfectamente que hace quince días y se pregunta por qué Adrian tarda tanto esta vez. Siempre que está fuera demasiado tiempo, se preocupa: le han detenido, está herido y tirado en una cuneta. No sabe nada de su vida.

Tom cuenta con los dedos y dice:

—Hace dieciséis días, estoy seguro.

—Sí, algo así. A lo mejor viene esta noche...

—Y mañana es sábado y podríamos ir al bosque. Prometió que me enseñaría a partir troncos, dijo que así tendré fuerza en las piernas, en los muslos, en el vientre...

—Seguro. Ahora vete a la cama. Yo me pondré con tu disfraz para que esté listo el lunes por la mañana. ¡Serás el astronauta más guapo del colegio!

—*Yes!* ¡Gracias, mamá!

Y sube corriendo a su habitación. Tiene muchas cosas que contarle a Jimmy Gun.

Stella, sorprendida ante tanta prontitud y encantada de haber conseguido un cuarto mamá, extiende el mono, saca un gran par de tijeras y se las queda mirando desconcertada: podrían ser de Dexter.

—¡No te muevas! —ordena Philippe.

—No me muevo.

—Apártate el flequillo, y aguántalo bien plano hacia atrás.

Joséphine obedece sonriendo. Están en el aeropuerto de Atenas, Eleftherios Venizelos, ¡un nombre dificilísimo de pronunciar! Esperan el vuelo a París, tomando un café delante de la tienda de Hermès. Hermès rima con Cortès, piensa Joséphine. Puede que un día haya una tienda Hortense Cortès en el aeropuerto de Atenas.

—Y ahora, cierra los ojos y escucha.

—Cierro los ojos y escucho.

—Yo te leo la frente... y tú la inclinas levemente para indicar que tengo razón, que no me equivoco.

—Escucho.

Philippe se concentra.

—Tienes una preocupación, una preocupación seria que te ocupa la mitad de la frente...

—Es verdad —dice Joséphine mientras inclina un poco la cabeza.

—Tiene relación con un teléfono. Con un número de teléfono. Un teléfono que no contesta.

Joséphine inclina la cabeza.

—Tú llamas y, cuando salta el contestador, cuelgas. ¡Sin dejar mensaje! Por lo tanto ese hombre no sabe que eres tú quien llama...

—Porque no sé qué decir...

—Y él, naturalmente, no contesta. Cree que es algún pesado, que si se tratara de algo importante dejarían un mensaje.

—Tienes razón, pero un día de estos acabará descolgando y oiré su voz. Me gustaría oír su voz antes de hablar con él.

—Pero esto él no lo sabe. Debe de pensar que es alguien que quiere venderle algo, un depósito bancario, una póliza funeraria...

—¿Todo esto lo llevo escrito en la frente?

—Sí. Y es muy largo y está lleno de explicaciones, por eso te pesa

tanto.

—¿Y tú ves todo eso?

—Sí. Soy muy bueno.

Philippe se queda callado.

—De modo que la próxima vez deberías dejar un mensaje. Ese tío te devolverá la llamada y tú descifrarás el misterio del desconocido del fondo del aula. ¿Vale?

Joséphine reflexiona.

—Tienes razón.

—¿Quieres que le llame yo?

—No. Es cosa mía.

—¿Y no tienes miedo?

—Y no tengo miedo.

Ha vencido al dragón.

No ha sido fácil.

Ha luchado. Ha llorado. Mucho. Pero un día se despertó. Miró a su alrededor y no vio nada nuevo.

Miró en su interior.

Había respeto.

Respeto de Joséphine Cortès por Joséphine Cortès.

Era la primera vez.

Entonces lo entendió. No hay que exigir respeto a los demás sino a uno mismo. Los demás lo reconocen. O no. Eso no es problema.

El respeto está ahí, permanece.

Viene la noche suena la hora
Los días se alejan y aquí me dejan.[6]

E inmediatamente todo es muy fácil. El cuerpo adelgaza, se desliza sin problemas en los pantalones, los pies se alzan sobre tacones altos, el flequillo se acorta. Todo recupera aplomo.

La felicidad es cosa de una misma. Hay que decirse: te quiero. Decirse: eres una mujer estupenda. Añadir: eres capaz de hacerlo.

¿El qué?

Lo que tú quieras.

¿Y lo conseguiré?

Claro. No hagas caso a los demás.

Eso es lo que hay que decirse para ser feliz.
Aquello había sido un gran descubrimiento.
Apollinaire tenía razón.

Y nuestro amor
¿Debo hacer memoria amena?
La dicha siempre llega tras la pena.

Y la alegría había llegado gracias a una casualidad enorme.

Un día la señora Menesson le había subido la bandeja de la cena y se la había encontrado tirada en la cama. Aquella mujer le había gritado: ¿no está harta de provocar su propia infelicidad? ¡No se invente tragedias, mejor invéntese alegrías! ¡No es tan difícil! Solo hay que cambiar de canción y escoger una bossa nova en lugar de un miserere.

Y se había vuelto a marchar diciendo: ¡ya me dirá qué le parece mi sopa de calabaza! La he hecho expresamente para usted. Con la nata líquida que me ha traído mi suegra de la granja. Eso también lo he hecho a ritmo de bossa nova. Joséphine se había sentado en la cama.

Su cabeza daba vueltas al poema de Apollinaire: *Debo hacer memoria... La dicha siempre llega tras la pena. Debo hacer memoria...* Había cogido la bandeja, se la había puesto sobre las rodillas. Lo intentaré, me inventaré la felicidad. Ya veremos.

¿De qué color es la felicidad?

No tengo hambre, pero voy a probar esta sopa.

Le había parecido deliciosa.

Había ido a buscar a la señora Menesson para darle las gracias.

—¡Y esa pizca de estragón, hummm!

—¡Ah, ha notado el toque de estragón! Siga así, va por buen camino. Vaya sumando y sumando y le sacará provecho.

Du Guesclin la miraba con inquieta devoción. De las puertas de la cocina salía una melodía de Carlos Jobim y levantó una oreja.

Ella sumó.

Releyó su clase sobre la escritura y la imprenta. Perfecta. No tenía nada que añadir.

Sumó.

Fue a dar un paseo por la plaza Bellecour. Había una luz anaranjada, suave, oblicua, parecía un foco de teatro. *Du Guesclin* trotaba delante de ella y se volvía para comprobar que le seguía. Los enamorados se besaban, un chico vestido de negro tocaba el violín. Ella se instaló en una terraza, pidió un café. Y una bola de helado de chocolate. Con nata y barquillos.

Pasó un hombre y murmuró: ¡encantadora, encantadora!, y ella le sonrió.

Había ido sumando una pequeña alegría a otra. Y al final había funcionado. Como una cadena de bicicleta. Estaba entrenada.

Se había oído decir: pero ¿qué es lo que demuestra que él ya no me quiere? ¿Que se ha ido con Shirley? ¿Todo ha terminado y debería ahogarme en un torrente de lágrimas?

La señora Menesson tiene razón.

Y, como para felicitarla por esa afortunada deducción, a la mañana siguiente había sonado el teléfono. Philippe le había dicho: ¡he vuelto, te he echado de menos, oh, cómo te he echado de menos!

Ella se había subido a una nube de felicidad.

Desde entonces, flotaba.

Y no quería volver a bajar.

Había derrotado al dragón.

El dragón la había hecho dudar de Philippe.

Quizás habría otros combates. Aquello no era más que una primera victoria.

Pero la saboreaba.

Tom ha ido a acostarse. Stella ha terminado el dobladillo de las perneras del astronauta. Ha ajustado el largo de las mangas y la capucha. Ha cosido una especie de distintivo con las siglas de la NASA y los colores de la bandera americana. Ha bordado *Go, Major Tom, Go.* Ha doblado el mono, lo ha guardado en el armario con su patchwork. Tom se lo llevará el lunes por la mañana al colegio.

Ha mirado el otro mono. Lo ha desplegado. Se ha dicho que

podría servirle.

Como el Peugeot gris.

Aún no está convencida.

Ha puesto los codos encima de la mesa, ha cruzado los dedos, ha apoyado la frente en las manos, ha escuchado una vocecita.

Necesita una coartada.

El loro ha venido a posarse en su hombro y le picotea el cuello. Son las nueve y media, y él quiere ver la televisión, el canal meteorológico. Está enamorado de la presentadora. Una rubia peripuesta con una sombra de ojos verde, carmín en los labios, las uñas azul marino y unos pendientes amarillos. Y la nariz aguileña como él. ¿Por eso la quieres?, le pregunta ella cuando enciende el televisor. *Héctor* va a colocarse en su percha, engancha las garras, se columpia, estira el cuello hacia la rubia guapa y comenta *crrc*, con voz estridente. Le gustaría que ella le dejara mano a mano con la señorita de la tele. *«Two is compagny, three is a crowd»*,[7] grita. Antes pertenecía a un norteamericano rico que se marchaba de Francia y que se lo había regalado a Stella en una gasolinera de la autopista donde había parado. ¡Iba a dárselo a un crío que quería desplumarlo para hacerse un tocado indio! El animal había aprendido algunas palabras en inglés, como un doliente *Ioooood byyye* que siempre terminaba en lágrimas.

Stella va a sentarse al banco de piedra delante de la cocina.

Telefonea a Julie. Hablan de Edmond, de Jérôme, de hombres y de más hombres.

Ella pregunta:

—Si digo que esta noche me quedaré un rato en tu casa, ¿me apoyarás?

Julie no pregunta por qué ha de servir de coartada.

—¿Hasta qué hora?

—Las once o las doce.

—Papá está en Nueva Delhi y mamá en casa de su amiga, en París. Todo el mundo sabe que yo casi nunca me acuesto más tarde de las once. En estos casos hay que precisar.

—¿No tienes miedo de las represalias? —pregunta Stella.

—No. ¿Se trata de Ray?

—De Turquet.

—Lo que hagas bien hecho estará. Aunque sea ilegal.

—Es muy probable que lo sea.

—¡Bueno, da igual!

Stella dice: gracias, peonza, y cuelga.

Dirige la mirada a las estrellas.

El cielo brilla como una plancha de metal al rojo vivo. Como un escudo potente que cubriera la tierra. Como si fuera urgente proteger al hombre del peligro.

Stella interroga al cielo y dice en voz baja: es ahora o nunca, no tengo alternativa.

Pienso machacarle.

Le machacaré a conciencia.

Cierra los ojos y visualiza cada gesto.

Cada fase.

Es importante que enumere con detalle lo que va a pasar para no tener sorpresas.

Se pondrá el mono, la mascarilla, los guantes y las zapatillas sujetas a los tobillos. Cubrirá las placas de la matrícula con cinta adhesiva negra. Cogerá la escopeta de Georges y los perdigones. Nunca se sabe. Ha de tenerlo todo previsto. Visualizarlo todo. No dejarse sorprender. No dejar huellas.

Conducirá despacio, con las luces apagadas, por caminos campo a través.

Aparcará el coche cerca de la casa de Turquet. Oculto en un bosquecillo.

Irá hasta la granja con cuidado de no tropezar con una piedra, ni dar un traspié, ni rasgar el mono. Es vital cogerle por sorpresa. Se acercará a la granja, verá luz, mirará por la ventana y él estará delante de la tele, tumbado en su sofá marrón. En zapatillas. Ella llamará a la puerta. Con firmeza. Una, dos, tres veces. Él saldrá arrastrando la pierna y con la mano en los riñones. Gruñirá: ¿qué hay? Estará oscuro. Él entornará los ojos para ver mejor.

—¿Quién es usted?

Él encenderá la luz del patio y saldrá para ver mejor.

—¿Un marciano? ¡Si no estamos en carnaval! ¿Qué quiere?

Ella dirá con voz rotunda:

—Soy yo, Stella.

—¿Stella? —dirá él—. Pero ¿vas disfrazada? ¡Mierda! ¿Qué haces aquí? ¿Has venido para que te pegue un polvo?

—¡Algo mucho mejor, Cangrejo! He venido a darte un recado.

Él se echará a reír.

—¡Lárgate, astronauta! ¿Has olvidado la cápsula Apollo? ¡Venga, lárgate o te despellejo!

—Escúchame bien.

—Largo, he dicho, ¿estás sorda o qué?

Ella conservará la calma y dirá:

—No quiero que vuelvas a tocarle un pelo a mi madre, no quiero que vuelvas a amenazarnos, ni a mi hijo ni a mí, no quiero que vuelvas a insultarme o...

Fue en aquel momento cuando había cometido el error.

Cuando dijo «o».

No debería haberlo dicho.

Porque en aquel preciso momento, todo había cambiado.

Ella había dejado un espacio en blanco y él lo había aprovechado.

Ella había perdido el control de la situación.

Él estaba frente a ella, con un pantalón de chándal descolorido y ancho por el que sobresalía un calzoncillo negro. Llevaba una lata de cerveza en la mano y se masajeaba la espalda.

—¿O qué, Stella? ¡Mierda, es que me troncho! ¡Hay que ver cómo habla la tía esta! ¿Crees que me das miedo con esa escopeta?

—Quiero que nos dejes tranquilos. Que nos dejes en paz.

—¡Lárgate, imbécil! ¿Te crees que das la talla? Pero si eres una tía. ¡Una tía! ¡Solo faltaría que tú dictases las normas!

—Pues sí... ¡A partir de esta noche!

Él había soltado un gran eructo y había replicado:

—¡Es mema, esta! Las tías solo sirven para joder. Y ya está. No sirven para nada más. Para vaciarte los huevos. No para dar órdenes.

—Bien pues... ahora todo esto cambiará, ¿entendido?

—¡Lo tienes claro, lista! No, oye..., ¿eres burra o qué? Todo el mundo te la tiene jurada. Les tienes hartos, ¿lo has entendido? ¡No tienes ninguna posibilidad! ¿Sabes con quién cena esta noche Ray?

—Con Violette y el gobernador.

—¡No solo con ellos! ¡Están todos los peces gordos! ¡Incluso tu amigo Duré! A ese ya le daremos lo suyo, no te preocupes. Le colgaremos por los huevos y le daremos una buena paliza.

Él había retrocedido y se había acercado a la entrada de la casa. Había extendido el brazo. A ella le pareció ver la culata de un arma.

Stella llevaba la escopeta apoyada en la cadera y apretó el gatillo. Fácil, muy fácil. Disparó al vacío. Para asustarle. El retroceso no le supuso ningún problema. Georges le había enseñado a amortiguar el golpe, a poner un pie delante y el otro detrás, a flexionar el cuerpo, a contener la respiración. Stella recordó las palabras de Georges. Su mirada animándola, contigo no podrán pequeña, contigo no podrán.

Le vio titubear. Se agarraba la rodilla derecha.

La miraba estupefacto. Se inclinó sobre su rodilla, la palpó. No daba crédito. Levantó la cabeza. No se derrumbó enseguida. Incluso podía pensarse que ella no había disparado, que el ruido de la detonación era un tronco podrido que había restallado en la oscuridad. De pronto la rodeó una especie de bruma y se quedó allí de pie, con la carabina apoyada en la cadera, apuntando a Turquet.

Él quiso dar un paso para comprobar que todavía podía andar.

Ella volvió a disparar.

Esta vez apuntó a la otra rodilla.

Él se derrumbó.

Ella permaneció inmóvil. Con el cañón de la escopeta apuntando al suelo. Pensó: es una lástima que solo tenga dos rodillas. Le había cogido el gusto.

Él estaba en el suelo. Se arrastró hacia ella. Gemía, maldecía: ¡puta! ¡Puta asquerosa! ¡Cabrona! ¡Te mataré, me las pagarás, guarra! ¡Jodida de mierda!

Ella no sentía nada.

No pensaba en nada.

O sí, se decía: un cerdo menos.

Y eso le hizo pensar.

Tenía que hablar con una persona.

Eran las once.

Julie se preparaba una infusión en la cocina. La televisión estaba encendida. En la tabla de quesos, un camembert deshecho amenazaba con desparramarse por el hule.

—¿Y? —había preguntado Julie.

—Le he disparado en las rodillas. Las dos.

—¡Mierda!

—Me salió así sin más. Al menos la primera vez. Porque la segunda...

—¿Está muerto?

—No creo.

—Perderá mucha sangre.

—Se hará unos torniquetes.

—Eso si es capaz de arrastrarse hasta su casa.

—Seguro.

Se habían mirado. Ninguna temblaba.

—¿Me haces un café? —dice Stella—. He dejado la escopeta en el coche.

—No hay ningún problema. ¿Bien fuerte, el café?

—Sí.

—¿Y el mono? —había preguntado Julie—. Hay que quemarlo.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Voy a buscarlo.

—Lo quemaremos en la caldera. Es más seguro.

Julie había consultado el reloj.

—Bueno, son las once y cuarto, a la media miraremos el avance informativo y así podremos decir que hemos visto las noticias. También diremos que esta noche has pasado un rato aquí, que preparábamos una cosa para el taller de patchwork... Voy a buscar los retales, las tijeras, los alfileres. Voy a enseñarte lo último que he hecho, para que puedas mencionarlo. Por si...

—Diremos eso. Si nos lo preguntan. Pero puede que no haga falta.

—¿Tú cómo estás? ¿Estás bien? —preguntó Julie.

Era extraño, ella seguía sin sentir nada.

Se limitó a decir: no puedo volver muy tarde, Tom está solo con los perros. Lo he cerrado todo bien, pero nunca se sabe.

Un poco más tarde, cuando las dos estaban inclinadas sobre los retales, los botones, los trozos de lana y el jaboncillo, Julie dijo:

—Te apuesto lo que quieras a que Turquet nunca contará la verdad.

—¿Es decir?

—Que nunca dirá que fuiste tú quien le disparó.

—¿Tú crees?

—Sí, piénsalo. Si reconoce que se ha dejado descuajeringar por una tía, y por ti, nada menos…, queda como un blandengue y pierde su estatus en la banda. Pero si se inventa un cuento sobre un ladrón o un vagabundo con quien se peleó y que le disparó, queda como un héroe.

—Pues no es ninguna tontería.

—¡Y tú no le contradecirás!

—Eso está claro.

—Bastará con preguntárselo a Violette —había concluido Julie—. Pero te aseguro que esa es la versión que va a dar.

Se habían despedido, Stella había vuelto a su casa.

Había quitado la cinta negra de las matrículas del Peugeot, había vuelto a guardar la escopeta en la Kangoo, había borrado las posibles huellas con un trapo.

Había entrado en la habitación de Tom. Él tenía la mejilla apoyada en el mástil de la guitarra.

Mañana irían a bañarse al lago. Ella se pondrá el bañador rojo y blanco. Se pintará las uñas de los pies de color fucsia y se tumbará en la toalla tarareando ese tema de los Beach Boys que emiten constantemente en Radio Nostalgie.

«Fun, Fun, Fun».

La luz la despierta de madrugada.

Olvidó correr las cortinas.

Se despereza, extiende un brazo para buscar a Adrian, desearía que estuviera allí. Le ha parecido oír un ruido en plena noche.

Georges está en el patio hablando con *Merlín*. Eres un golfo, le dice, has vuelto a comerte la bandeja. Eres el cerdo más tragón que conozco. ¡Y he conocido a muchos!

Georges y sus historias. Cuando Stella era pequeña, él le contaba cómo disparaba a las piernas de los furtivos. ¡Bang! ¡Bang! ¿Y eso duele?, preguntaba ella. ¿Si duele?, decía él con un vozarrón. Es mucho peor que eso, el dolor es espantoso, insoportable. Lloras cada

vez que respiras, cada vez que meas, cada vez que levantas una ceja. ¡Es horrible! ¡Pero te juro que no volvían nunca más!

Stella salta de la cama, va al dormitorio de Tom. La cama está vacía. Todavía es muy temprano, su hijo no se ha levantado por iniciativa propia. Alguien ha venido a buscarle, ¿quién? Baja corriendo la escalera, corre en busca de Suzon.

—Tom no está en su habitación y son...

Mira la hora en el enorme reloj de la cocina.

—¡... son las siete y es sábado!

Suzon señala el bosque con la barbilla.

—¿Adrian? —dice Stella, presa de una alegría increíble.

—Ha llegado esta mañana a las siete. Hemos tomado un café juntos, él me ha preguntado de quién era ese coche gris, yo le he dicho que no lo sabía.

—Es para llevar a Tom al lago. Es más discreto que el camión.

—Ah...

Suzon finge que la cree y continúa:

—No ha querido despertarte. Tom ha aparecido en la cocina descalzo, se ha echado en sus brazos y se han ido juntos al bosque. Adrian había prometido enseñarle a partir troncos.

Ella se pone las botas de goma y un anorak encima del camisón. No puede esperar. Quiere meter las manos bajo el jersey de Adrian, tocar su piel, sentir la presión de sus brazos, sus labios pegados a la oreja, mi princesa, mi preciosidad. Tiene hambre de él, la cabeza le da vueltas.

Golpea las hierbas altas para abrirse camino. Deja que las ortigas le piquen los muslos, arranca el ribete del camisón que se engancha en las zarzas. Él está aquí, está aquí. Esta noche dormirán juntos, manipularán el tiempo, lo llenarán, lo multiplicarán.

Algo ha cambiado ya en ella, languidece, sus ojos pierden dureza, sus huesos ya no son punzantes. Tiene ganas de reír, de correr.

Les ve. Sus dos hombres. El grande y el pequeño. Ambos con el torso desnudo. Con la camisa atada a la cintura. Auténticos leñadores. Ella se esconde tras un arbusto. Adrian se escupe en las palmas de las manos. Tom le imita.

Adrian ha colocado un tronco, recto en el suelo.

—Primero has de ponerte unos guantes bien gruesos —dice—.

Pídele a Stella que te compre un par. Luego escoges una cuña de metal. O una cuña helicoidal. Esa, por ejemplo. ¿Lo ves? Tiene forma de hélice.

—Sí.

—Localizas la fisura del tronco, metes la cuña, levantas el mazo y golpeas. Fácil, ¿no?

Adrian actúa mientras habla. El tronco se parte en dos, los dos pedazos se separan y caen.

Tom le observa con la boca abierta.

—Parece fácil, pero no lo es. Lo haré otra vez. Fíjate bien. Hay que tener cuidado con las esquirlas del metal que pueden salir disparadas de la cuña. Has de comprobar que tenga los cantos bien lisos, y limarla si hace falta. ¿Entiendes? ¿Seguimos?

—Sí.

—Sujetas el mazo por el mango. Con las dos manos. Te apoyas con las rodillas un poco flexionadas y las piernas separadas. Compruebas que te mantienes firme. Colocas la cuña y levantas el hacha. Apuntas a la veta de la madera o a la grieta. Golpeas dos o tres veces hasta que la cuña penetre. Y luego dejas caer el hacha apuntando bien y das un golpe fuerte. Y así el tronco se parte.

—Entendido.

—Y oirás el ruido del tronco al partirse y aspirarás las esencias que libera. Es como si el genio del bosque te hablara, como si te dijera: ¡buena puntería!

—¡Pero si no habla!

—¡No! ¡Claro!

—¿Qué diferencia hay entre el mazo y el hacha?

—El mazo se emplea para troncos grandes y el hacha para los más pequeños. ¿Lo has entendido todo?

Tom dice que sí con la cabeza y Adrian le pasa el hacha.

—¡Te toca a ti!

—¿Sin guantes?

—Es para ver cómo lo haces, no hace falta que des un golpe si no lo tienes claro.

Tom coge un tronco y lo pone vertical.

—Perfecto —dice Adrian—, siempre hay que poner el tronco en el sentido que crece el árbol. Para eso has de mirar en qué dirección brota. Tú lo has hecho por instinto, eso está bien.

Tom saca pecho, muy orgulloso. Se coloca frente al tronco pero

vacila un poco.

—¡Las piernas a los dos lados, hijo! Bien firme en el suelo. ¡No pongas el pie delante porque, si el hacha resbala, te caerá encima del pie y te hará mucho daño!

Tom saca la lengua y se aplica. Ha escogido un tronco pequeño y ha cogido el hacha. Levanta los brazos, que se ven muy delgados, y con los ojos fijos en el tronco, completa la operación y el tronco se parte y emite una bocanada aromática.

—¿Lo has olido, Tom?

—¿Y ya está? ¿Soy leñador?

—¡No seas tan impaciente! Vamos a coger uno más grande.

—Stella me ha hecho un disfraz de astronauta, ¿sabes?

—¿Todo blanco y con capucha?

—Sí. Y está superbién.

—Tienes una supermamá. ¿Empezamos otra vez?

Stella saborea su felicidad y se tumba despacio en la tierra todavía húmeda de la noche. Los tacones de sus botas resbalan sobre una placa de hierba, y ella se desliza suavemente hasta el fondo del talud. Aplasta las flores y las ramas muertas, tropieza con tocones y con raíces. Aspira un aroma de verdor dulce, frondoso. Extiende los brazos, extiende las piernas. Se queda quieta. Descansa. Su cuerpo se convierte en musgo, mantillo, arcilla, se mezcla con la tierra, se descompone. En sus cabellos brotan hierbas silvestres. Oye las voces de Adrian y de Tom. Estallidos de risa, de felicidad. Atrapa este instante. Hay tanta luz en el cielo que cree adivinar el principio de una historia. De niña leía las nubes y las estrellas. Léonie le había enseñado. A veces eran historias terribles, pero siempre eran justas. En el cielo nada es cruel, decía Léonie, hay combates, pero siempre leales.

¿Ha sido leal su combate con Turquet?

No está segura.

¿Se arrepiente?

No.

¿Le ha impedido dormir?

No.

¿Estaría dispuesta a repetirlo?

Sí.

No dejará que nadie le corte las alas. Léonie se había doblegado.

Como humilde servidora de la infelicidad. Hay que saber levantar la cabeza a tiempo. Uno puede mantener la cabeza gacha un cierto tiempo, pero ni un minuto de más. Turquet ha pagado. Por ese minuto de más.

La infelicidad puede aceptarse. A condición de que un día termine. ¡Cuando sea! Pero que termine. Así puedes ser paciente y soportarla. Pero sin una fecha límite, si la infelicidad no tiene fin, es insoportable. Te vuelve loca.

Entorna los ojos y se dice: ¿y si durmiera un poco? ¿Y si acabara de pasar la noche aquí, como cuando dormía en aquel roble enorme para huir de Ray? Adrian me buscará, explorará el bosque gritando mi nombre, Stella, Stella, vociferará, y eso le dibujará un triángulo rojo entre las cejas, y yo fingiré que duermo para que él vuelva a llamarme, para que el deseo y el miedo surjan en su pecho y registre la maleza, destroce las zarzas enmarañadas hasta que por fin tropiece conmigo, tendida a sus pies en camisón. Él se arrodillará, me besará, me morderá un poco la boca para que yo me arquee y me defienda y haremos el amor bajo las enormes ramas de los árboles.

Siempre tengo hambre de él. El deseo de este hombre me retuerce el estómago.

Stella vuelve a abrir los ojos y deduce por el sol que son las diez.

Ya no oye la voz de sus hombres.

Han debido de volver a la granja.

Él está allí, se dice. Está allí y me espera. Adrian mira el reloj y se pregunta adónde he ido y también siente el deseo en el vientre. No quiere demostrarlo, quiere quedarse con Tom para oírle contar cómo ha partido los troncos. Y dice: sí, sí, dice: eso está muy bien, estoy orgulloso de ti, hijo, pero sigue con la mirada las saetas del reloj y da golpes con las rodillas bajo la mesa.

Me espera.

Le toca a él esperarme.

Stella se incorpora, se quita las hojas, las ramitas, se alisa el camisón, se abrocha el chaquetón, se pasa los dedos por el pelo y emprende el camino que sale del bosquecillo.

Irá a ver a los burros. Le hará esperar un poco más, que mire el

reloj y se impaciente. El deseo es volátil y hay que conservarlo por todos los medios, incluso los más dudosos.

Suena su móvil y contesta. Ha visto un pájaro carpintero repiqueteando furioso, una rama seca. Esa gorrita roja que lleva en la cabeza tiembla y le da un aire de punk indignado. *No future*, martillea con el pico. Ella se acerca sin hacer ruido, le dice hola y ve el bigote negro que distingue a las hembras. Eh, muchacha, ¿estás rabiosa?, susurra acercándose al pájaro.

—Soy Joséphine Cortès —dice una voz—. La hija de Lucien Plissonnier.

Al principio Stella solo oye «Lucien Plissonnier».

Se deja caer sobre un tronco muerto.

—Encontré una nota en el parabrisas del coche…

De repente, reconoce la voz de la mujer que habla en la universidad. Una voz bien timbrada, clara. De esas voces que no engañan y a las que les gusta resolver los problemas.

—Una nota que decía que querían hablarme de Lucien Plissonnier…

Stella tiene un nudo en la garganta. Es difícil pronunciar palabras que la comprometerán, necesariamente habrá un antes y un después, esta mujer quedará conmocionada.

—¿Me oye? —dice Joséphine—. ¿Me he equivocado de número?

—No.

—Me preguntaba…

Stella se recupera y dice:

—Sería mejor que nos viéramos. Es difícil hablarlo por teléfono…

—¿No quiere adelantarme algo? ¿Habla en nombre de su padre?

—¡Oh! ¡Usted lo sabía! —exclama Stella con voz monocorde.

—¿Yo sabía el qué?

—Que era mi padre.

—¿Quién?

—Lucien Plissonnier. ¿Usted lo sabía?

—¿Su padre? No, no… Yo busco a un hombre. Un hombre que asiste a mis clases desde el fondo de la sala y que me dejó esta nota. ¿Usted quién es?

—Yo soy su hija.

—¿La hija de ese hombre?

—No. La hija de Lucien Plissonnier.

—¡Pero eso es imposible! —grita Joséphine Cortès—. Lucien

Plissonnier era mi padre y solo tenía dos hijas.

—Ya pero…

—A ver si lo entiendo —dice Joséphine—. ¿Quién me dejó esa nota en el parabrisas?

—Yo.

—Entonces usted es un hombre. Un hombre alto con un abrigo grande y un sombrero.

—No, soy una mujer. Pero me ha visto de lejos y me ha confundido con un hombre, porque soy alta y me visto como un hombre. Hago un trabajo de hombres, ¿sabe?, entre volquetes, camiones, chatarra. Pero… me llamo Stella y soy hija de Lucien Plissonnier.

—¡Eso es imposible! —repite Joséphine.

—Estoy convencida de que es verdad.

Desde la noche en que había hablado con Stella en el parquin del hospital, Edmond no podía dormir.

Él le había hablado de aquellas noches infernales en que Ray llevaba a Léonie a su casa como quien lleva una yegua al semental, y ella le había dicho que Lucien Plissonnier había muerto un 13 de julio.

Un 13 de julio.

Luego, ¿fue culpa mía?

Trataba de conciliar el sueño y acudía a la farmacia desesperado, para hacer acopio de pastillas, de infusiones, de jarabes oscuros y amargos. Todo era inútil. Se quedaba con los ojos abiertos escuchando la tormenta.

Se pasaba la vida en los aviones. Viajaba a Nueva Delhi, a Bombay, a Calcuta, a Bangalore. Volaba al otro confín del mundo, y hacía nuevos socios en Pekín, en Kuala Lumpur, en Hong Kong, en Yakarta. Arrastraba la maleta de ciudad en ciudad, leía los contratos, corregía las cifras, organizaba cenas, reuniones, citas, pero seguía sin dormir y no podía quitarse de la cabeza el peso de aquella tarde del 13 de julio.

Fue en el bar Grands Hommes de la avenida Hoche. Cerca de l’Étoile.

Volvía a ver aquella escena a todas horas.

En cuanto anochecía.

Él extendía los brazos para ahuyentarla, maldecía, suplicaba:

déjeme, déjeme, sin saber a quién dirigía sus palabras.

La escena siempre estaba ahí. Se desarrollaba, inexorablemente, se colaba entre sus sueños.

Y él volvía a marcharse de viaje. Dolido y con los nervios a flor de piel. Se dejaba llevar, decía lo contrario de lo que acababa de afirmar. Discutía, se aflojaba la corbata, se ahogaba, se secaba la frente, menudo desastre de mierda, ¿no existe el aire acondicionado en este país de imbéciles?

Aquel 13 de julio de 1977 no le dejaba en paz nunca.

Era como si tuviera una mancha de vino en la frente, y pensaba: todo el mundo se dará cuenta, todo el mundo se dará cuenta.

Se dirigía a jueces imaginarios. ¿Quieren que se lo cuente? ¿Quieren que confiese? Soy un hombre patético, no soy valiente, ni brillante, ni espectacular. ¡Ray, al menos, se sube a esa escalera enorme, salva vidas, libera a toda una escuela, hace soñar a las mujeres! Yo, en cambio, disimulo, pongo cara de bueno, y con ese aire de buen chaval cometo mis fechorías como quien no quiere la cosa.

¿Quieren que se lo cuente?

Después de encontrarme a Léonie en el parquin de Carrefour, me dije que detrás de ese desparpajo nuevo, del brillo de labios y de ese pendientito de diamantes tenía que haber un hombre.

Un sábado por la tarde del mes de junio de 1977 la seguí. La vi subir a un coche con matrícula de París, y apunté el número.

Y di con el nombre de Lucien Plissonnier.

Cuarenta años. Jefe de obra de Construcciones Mielles. En aquella época yo tenía veintisiete años y me pareció viejo. Muy viejo.

El resto fue fácil. Fui a hablar con Armand, un antiguo amigo del colegio. Él me confirmó el nombre del desconocido, me informó sobre la empresa donde trabajaba, su puesto en el organigrama, su reputación. Y su situación familiar, casado y con dos hijas. Creí que me asfixiaba.

¡Menudo cerdo!, pensé.

Plissonnier, un técnico bien considerado a quien todo el mundo apreciaba. Eso que hace unos años se llamaba un tipo cabal. Hoy en día ya no se usan esa clase de palabras.

Así que un día me fui a París. Había reservado una habitación de hotel y llevaba su número de teléfono en el bolsillo, así que le llamé.

Fue el 13 de julio de 1977.

Por teléfono le digo que vengo de parte de Léonie. Que me gustaría verle. Él acepta emocionado y balbucea que no sabe nada de ella, que no sabe cómo localizarla. Dios mío, dice, ¡parece usted caído del cielo! ¿Ella está bien?

Yo le tranquilizo, le digo que hablaremos de ella tomando una copa, si está de acuerdo.

Él quiere verme de inmediato. Me acribilla a preguntas. ¿Ha hablado con Léonie? ¿Le ha dado una carta para mí? ¿Cómo está?

Yo no contesto. Su urgencia me repele.

Le cito en un café cerca de l'Étoile. ¡Allí estaré, se lo aseguro, llegaré en un periquete! Yo no me río. A él le da igual. Sigue hablando y hablando, que piensa en ella a todas horas, que la echa muchísimo de menos, que contempla su estrellita en el cielo todas las noches, que si es tan guapa, tan dulce, tan inteligente, tan... ¡Ay, cómo la echa de menos!

Y yo, yo me siento un idiota. Todavía tengo las llaves del apartamento de la calle Assomption que alquilé para ella. En el bolsillo del pantalón. Las palpo y me indigno. ¿Qué tiene ese tipo, que ha venido a cazar a mi territorio, que no tenga yo?

Escojo un bar elegante para demostrarle que sé vivir, y ahí quedamos a las siete de la tarde del 13 de julio, en el bar Grands Hommes de la avenida Hoche.

El tipo entra. No es un rompecorazones. No es uno de esos tíos que vuelven locas a las mujeres. No es muy alto, tiene el cuello corto y un aire de payaso melancólico. Unos ojos azules muy bonitos, el pelo negro. Lleva unos zapatos corrientes y un traje bien cortado. Es un hombre normal y yo vuelvo a sentir un pellizco de celos.

Se sienta frente a mí. Yo le doy la mano pero no me levanto. Hace demasiado calor para moverse sin un buen motivo.

Me pregunta si puede quitarse la americana, yo asiento, él repite un par de veces: hace calor, ¿verdad? Pedimos dos whiskies, bien cargados, digo yo, y me mira como si fuera a soplarle el número de la lotería, tiene un brillo de felicidad en los ojos, y esa mirada confiada y dichosa me crispa.

—¿Cómo está ella? —pregunta.

Me irrita tanto que le suelto de sopetón:

—Esta historia tiene que acabarse. No debe volver a verla nunca más.

Él se me queda mirando, estupefacto. Está blanco como el mantel donde el camarero acaba de dejar nuestros vasos y la cubitera. Dos vasos bien llenos, el chico no ha escatimado el whisky. Un platito con aceitunas negras y verdes, patatas fritas y cacahuetes. Y la cuenta.

—Pago yo —digo.

—Ni hablar.

—¡Demasiado tarde!

Y me meto la cuenta en el bolsillo.

Él inclina la cabeza hacia mí con la mirada llena de angustia.

—¿Por qué me ha dicho eso?

—Usted sabe que está casada...

Él baja la cabeza.

—... su marido se llama Ray y es violento. Muy violento.

—Lo había intuido...

—Lo que voy a decirle es un poco delicado, pero... le han informado de su pequeña aventura...

Cuando él oye «pequeña aventura» hace un ademán de desagrado, pero no pestañea. Noto que me teme y debo confesar que eso me gusta.

—En resumen, cuando supo que ella le había engañado fue terrible. Preferiría no entrar en detalles, le dejaría aterrado.

—¡Pero ese hombre es un monstruo! —exclama y mira alrededor como si buscara socorro.

—Tiene usted toda la razón, pero ¿qué se puede hacer? —digo yo, para ver cómo reacciona.

—¡Hay que informar a la policía!

Yo escojo una aceituna, la mastico y la vuelvo a masticar, para reflexionar un poco antes de escupir el hueso con delicadeza. El tipo no es un machote. Le analizo, sopeso, juego con él como un gato con un ratón.

—Deje que se lo explique... Ya veo que ella no le ha contado nada. Su marido es un animal, pero en nuestra pequeña ciudad es un héroe. Es bombero, y siempre es el primero en enfrentarse al peligro. Salva niños, ancianos, rescata a los bebés de las llamas. Nadie irá contra él, nadie le creerá capaz de ponerle la mano encima a su mujer, ¡si todas las mujeres sueñan con él! Nunca le acusarán, dirán que ella se ha caído, que ha chocado con una puerta de cristal. Yo he

presenciado escenas de una violencia insoportable entre Ray y Léonie. Resulta que conozco muy bien a Ray, incluso fui su mejor amigo en otros tiempos, pero me distancié por esa violencia, precisamente.

—¡Y no hace nada!

—Lo he intentado, no se confunda. Incluso llegué bastante lejos. Léonie es como mi hermana. Nos conocimos de niños. Siempre la he protegido.

En ese momento hago una pausa. Para que comprenda lo que acabo de decirle. Y luego continúo:

—Pero está casada, y lo peor de todo es que está resignada.

—¡Cuando estábamos juntos, no! Hacía proyectos de futuro conmigo…

Y fue entonces cuando empezó la tragedia.

Lo recuerdo muy bien.

Yo le tenía acorralado e iba a dar la estocada final.

Él estaba cada vez más pálido, sudaba, se secaba la frente con la servilletita de papel que había bajo su vaso de whisky.

—Pero usted no puede ofrecerle nada, ¿verdad? Quiero decir, una vida nueva.

Él bajó los ojos y dijo, un poco avergonzado:

—No. Eso es verdad.

Yo no remaché el clavo enseguida, esperé un poco más.

—Cuando usted llegó a Saint-Chaland, Léonie y yo estábamos un poco distanciados. Por culpa de Ray, precisamente. Ella todavía no había comprendido hasta qué punto era peligroso y no consideró correcto que yo la avisara.

—¡Pero es muy joven! ¡Tiene toda la vida por delante! Hay que sacarla de allí.

—¡Usted es el menos indicado para ayudarla!

—¿Y eso por qué? —replicó él.

—¡Porque una mera palabra, una llamada telefónica suya y él la matará! Es muy capaz de matarla.

Estaba pálido. No podía respirar.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Nada. O mejor dicho sí, olvidarla. De momento.

Él meneó la cabeza, como alguien a quien le piden algo imposible.

—¿Tiene alguna alternativa? —añadí yo—. Porque, si lo he entendido bien, usted tampoco es libre, está casado, es padre de familia...

Ya estaba dicho. Le observé, ni siquiera tuve que insistir, ni representar el papel del canalla que iba a contárselo todo a su mujer. Empezaron a caerle gotas de sudor por las sienes.

—Yo no le mentí, ¿sabe? Le dije que estaba casado. Lo supo desde el principio.

Yo reprimí las ganas de agredirle, las ganas de darle un bofetón.

—Por eso he venido a verle. Debe olvidarse de Léonie.

Él se puso la mano sobre el corazón.

—Es horrible. Haré todo lo que haga falta, no quiero que le pase nada.

—Sabía que lo comprendería.

Se puso a juguetear con los cacahuetes. Dibujó un cuadrado con ellos, un círculo, un triángulo, como si tratara de resolver un jeroglífico.

—¿Ella sabe que nos hemos visto hoy?

—No. He preferido no decirle nada.

—¿Podría darle una carta para que se la entregue?

—Lo haré por usted.

—Habíamos quedado en que nos escribiríamos. Y luego... la última noche ella no vino. Fuimos unos ingenuos, ¿sabe? Yo nunca pensé que alguien podía espiarnos o seguirnos. Creía que estábamos solos en el mundo.

Tenía la mirada errática, vaga. Se metió dos dedos por el cuello de la camisa para respirar mejor.

—En estas ciudades pequeñas todo se sabe —dije yo—. Todo el mundo tiene la lengua muy larga y se hacen comentarios muy duros. ¿Usted sabe cómo llamamos a los enamorados?

—No.

—Forzudos. ¡Ya ve que no estamos para bromas!

—Nos sucedió de repente. Nos enamoramos de una forma preciosa.

Se ruborizó al decir eso.

—Yo no soy un mujeriego. Antes de Léonie no había tenido nunca una aventura, y esto no puede considerarse una aventura porque nosotros nos queremos.

Me costó conservar la sangre fría.

—Solo hace quince días que nos separamos y ya me parece una eternidad. ¡Sé tan pocas cosas de ella! Que está casada, eso sí. Que no tiene hijos. Que no puede tenerlos. No hablábamos de los demás, estábamos totalmente centrados en nosotros. Al despedirme le pedí que me esperara. Mi hija menor tiene diez años, y necesitará un poco de tiempo para salir adelante sola.

Quizás pensó que se había excedido confiándome aquello y recuperó la prestancia:

—En fin...

Se rascó la mano derecha, miró al barman detrás de la barra.

—¿Está enferma? —pregunté.

—¡No! ¡Afortunadamente!

—¡Me había asustado!

—No. Es su madre. Es muy dura y no la quiere demasiado. Bueno, yo lo digo así, pero la verdad es que no quiere a nadie.

Añadió con una sonrisa débil:

—Joséphine la enerva porque es dulce, insegura, torpe.

Sonrió con tristeza, preocupado. Derrotado.

—De manera que no la puedo dejar sola...

—¿A su esposa?

—No, a mi hija. Tengo que protegerla.

Estaba confuso. Se dirigía a mí como si hablara consigo mismo, yo no entendía nada. Pensé que él no estaba acostumbrado a beber.

—Mire —dije entonces para cortar de cuajo sus confidencias—, escríbale una carta, yo se la haré llegar, y deje de verla y de comunicarse con ella durante una temporada. No le gustaría ser el responsable de un accidente, ¿verdad?

—¡Oh, no! —exclamó.

Le hice una seña al camarero para que nos trajera otra copa, pero Lucien Plissonnier la rechazó. No se encontraba bien. En el bar solo había un ventilador que estaba lejos de nosotros. Hacía calor, bochorno. El local se había llenado, y había una mujer a nuestro lado que fumaba, reía y hablaba en voz muy alta. Él parpadeó y escondió la cabeza entre los hombros para no oírla.

—Hace calor, ¿verdad?, ¿o soy yo?

—Debe de estar cansado.

—¡Es este ruido! Me molesta mucho.

Intentó levantarse y volvió a caerse en la silla.

—¡Dios mío, cómo sudo! ¡Estoy empapado! ¡Y noto un peso en el

corazón, no puedo respirar! Me marcho.

—¿No tiene tiempo de escribir unas palabras?

Y como me miró, azorado, añadí:

—Para Léonie.

—Sí. Para Léonie —repitió.

Sacó un bloc y un Bic de una cartera que tenía a los pies. Arrancó una hoja blanca, se inclinó, escribió. Yo me levanté, fui al servicio. Cuando volví, él ya había metido la carta en un sobre y me la entregó.

Se agarró el brazo e hizo una mueca.

—Tengo el brazo dormido, me voy a casa. ¿Puedo telefonearle? Hemos de hacer algo. ¡Unir nuestras fuerzas para sacarla de allí!

Yo dije que sí con la cabeza.

Cogí la carta.

Él volvió a intentar levantarse y se cayó otra vez; todo le daba vueltas.

—Le ayudaré —dije—. Le meteré en un taxi.

—No merece la pena. Solo necesito andar un poco.

Pagué y nos fuimos.

Estaban preparando el desfile del 14 de julio, y alrededor de l’Étoile había gradas y barreras de seguridad. Aparcaban camiones militares y bajaban paracaidistas, soldados, marinos. Yo llamé un taxi y se paró un taxista que volvía a casa pero aceptó dar un rodeo.

Cogí a Lucien Plissonnier del brazo. Él se apoyó en mí. Me dijo: es usted muy amable. Le dará la carta, ¿verdad? Le dirá que pienso en ella a todas horas, que la extraño. Hablaba en voz alta, como si no se oyera. Yo murmuré: sí, sí. Me dije que debíamos de tener una pinta bastante ridícula. Que dábamos un espectáculo. La gente nos miraba. Yo estaba molesto.

—¿Me lo promete?

—Sí, se lo prometo.

—Dígame: sí, Lucien, se lo prometo.

Yo repetí varias veces: «sí, Lucien, sí, Lucien». Parecía un borracho. Vi claramente que sufría, que su estado no era normal.

Abrí la puerta del coche y le instalé en el asiento de atrás.

—¿Seguro que se encuentra bien? —pregunté.

—Sí, no tardaré en llegar a casa. ¡Vámonos! —le dijo al taxista, que escuchaba las noticias.

Es curioso, me acuerdo de todo. Del calor húmedo, insoportable, de la camiseta amarilla clara del conductor, de sus gafas Persol, del

periodista de la radio que describía la visita de Leonid Brézhnev a Francia, de que Giscard d'Estaing le había recibido en el Elíseo, de que la gasolina súper costaría diez francos treinta y siete, y del millón de parados, una cifra insólita. Yo estaba apoyado en la portezuela, quería que él me dijera que no volvería a verla, lo deseaba con todas mis fuerzas. Toqueteaba las llaves del apartamento de la calle Assomption, que me arañaban los dedos.

Él me miró y estas fueron sus últimas palabras:

—Dígame, ¿usted sabe quién nos ha delatado? ¿Por quién lo ha sabido el marido? Porque seguro que ella no se lo ha dicho...

—No, yo no lo sé.

—Voy a sacarla de allí, la llevaré a un piso y...

Yo le corté en seco:

—Usted la quiere muerta, ¿verdad?

Él me miró, pasmado.

—Si ella muere, será culpa suya. Está advertido.

Y di media vuelta.

Estaba furioso.

Volví a mi hotel.

Tiré las llaves del apartamento de la calle Assomption sobre la cama.

Saqué un botellín de whisky del bar.

Luego otro. Y otro.

Vacié el bar.

Estaba decepcionado. Aquel hombre no era guapo, sonreía como un bendito, sudaba, y estaba dominado por su mujer.

Me puse a pensar en Ray. Él, como mínimo...

Y me enfadé conmigo mismo.

Estaba indignado conmigo mismo.

Nunca más oí hablar de Lucien Plissonnier. Nunca me telefoneó. Yo me frotaba las manos. Había ganado. Enseguida me desencanté. Léonie estaba embarazada, aquello era un triunfo para Ray. Nunca volvería a ser Huevoseco.

Poco después me peleé con él en el bar de Gérard.

Poco después, yo también fui padre.

Nunca volví a ver a Léonie a solas. Devolví las llaves del apartamento.

Así fue como pasó.

Un hombre murió por mi culpa.

¿Qué hice con la carta de Lucien Plissonnier?

La guardé en un cajón, en mi taller. Nunca me atreví a leerla. Quería conservar una prueba de que aquella historia efectivamente ocurrió. Con el paso de los años, se me fue olvidando. Los recuerdos se desvanecían. Volvía a ver el bar, los dos vasos, las aceitunas, los cacahuetes, el mantel de papel, el ventilador. Y me preguntaba qué había sido de aquel hombre apacible, corriente, con unos ojos azules enormes. Acariciaba los bordes del sobre que había amarilleado. De

forma irregular. Tenía unas grandes manchas ovaladas. Yo observaba la caligrafía alargada y fina: «Para ti, Léonie, de parte de tu Lucien». Siempre me decía lo mismo, una letra bonita, un poco femenina, un poco remilgada. ¿Por qué le había amado ella? ¿Qué tenía él que no tuviera yo?

Y luego, volvía a meter la carta en el cajón y seguía reparando mis relojes viejos. Lo único que me relajaba.

Stella, Adrian y Tom están sentados alrededor de la mesa en la cocina de Suzon. Pelan calabacines. Suzon prueba una receta nueva de un gratinado que ha encontrado en *Rustica.* Sin queso rallado, ni mantequilla.

Se le ha metido en la cabeza que Georges tiene que bajar el nivel de colesterol y se las ingenia para cocinar platos más ligeros. Georges se niega y rechaza los guisos que ella le ofrece si no están bañados en crema de leche y mantequilla. ¿Tú me has visto enfermo alguna vez?, grita. ¡No, nunca! ¡Pues no me pongas a régimen!

Él le llama régimen a todo lo que se parezca a una dieta.

En el reloj suenan las once cuando el coche de Georges aparca en el patio. Vuelve de Saint-Chaland. Es sábado por la mañana. Ha ido al mercado. Suzon se acerca a la ventana y observa a su hermano descargando.

—¡El doctor le dijo claramente que no cargara demasiado peso, pero él hace lo que le da la gana! —se queja, apartándose un mechón canoso de la frente.

Lleva la bata de verano. La misma que el verano pasado. Y que el verano anterior.

—Frota el fondo de la fuente con el ajo —le indica a Tom—. ¡Y los bordes también!

Tom coge un diente de ajo y lo aplasta contra las paredes de la fuente.

—Y después pones las rodajas de calabacines, haces varias capas y añades la crema de leche desnatada, no mucha, ¿eh? Y sal y pimienta. Que te veo, ¿eh? ¡Te estoy vigilando!

—¡Ya sé hacerlo!

—¡Vosotros cortad las rodajas muy finas! —les indica a Stella y Adrian que están cortando los calabacines.

Georges entra empujando la puerta con el hombro. Deja una cesta

repleta de vituallas en el centro de la mesa, entre los calabacines. Mira la fuente con desconfianza.

—¿Sigues queriendo que adelgace?

Suzon se encoge de hombros y no contesta.

—¡Es como una manía! —protesta Georges—. ¿Tú te has visto? ¡Pero si te sobra por todas partes!

—¿Qué tal el mercado? —dice Suzon—. ¿Había gente? ¿Me has traído un rallador? ¿No te habrás metido en ningún lío, al menos?

—¡Pues traigo novedades! —replica Georges—. ¡Pero ningún capricho para los niños! Mira, te he comprado un rasca y gana. Rasca, venga.

Suzon le quita el boleto y dice que rascará cuando ella quiera.

Stella está ansiosa por enterarse.

—¡Esta mañana en el local de Lancenny no se hablaba de otra cosa!

En cuanto ve su periódico exclama:

—¡Pero si es mi *Rustica*! ¿Qué hace ahí? ¿Es que queréis ensuciármelo? ¡Ahí está toda mi vida y la de mi jardín!

—¡Y tú quieres cambiar de tema! —replica Suzon—. ¿De dónde vienes?

—Te digo que he ido a tomar un café al bar de Lancenny.

—¿Al bar de Lancenny? —exclama Suzon, enfadada.

—Sí, tenía que ver a Gerson. Por un tema de un tapón del depósito de gasolina que perdí. Estaba seguro de que le encontraría allí un sábado por la mañana.

—¿Y qué? —pregunta Stella, pensando que tendrá noticias antes de lo previsto.

—¡Resulta que esta noche mientras nosotros dormíamos ha pasado de todo!

—Venga, cuenta —dice Stella, que se muere por oírlo.

—¡Eres muy impaciente! —dice Georges—. Estas cosas son mejores si se hacen esperar. Si lo cuentas todo enseguida, pierde efecto. Mira, por ejemplo… Yo ahora mismo me tomaría un cafetito… ¿Qué tal, Adrian? ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. Tom y yo no hemos perdido el tiempo y le he enseñado a partir troncos. Realmente, lo ha hecho muy bien.

Georges hace un gesto de aprobación con la cabeza y coge la cafetera. Parte un terrón de azúcar y se lo mete en la boca antes de tomarse el café.

—¿Y cómo va lo de las babosas, Stella?

—Sin remedio. No he tenido tiempo de ocuparme.

—Yo le dije que pusiera cerveza —dice él, dirigiéndose a Adrian —. Es radical. Pero no me escucha. Lo mismo que con las gallinas...

Stella se calla.

Se está consumiendo. Georges sabe que está impaciente, y cuanto más le insista, más la hará esperar. Le gusta ser el centro de atención, darse importancia, tenerles pendientes. Vuelve de la ciudad. Ha visto a gente, ha oído cotilleos. Stella se había olvidado de radio macuto de Saint-Chaland. De los rumores que corren, a veces ciertos y a veces falsos.

—¿Qué les pasa a las gallinas? —pregunta Stella, que ha decidido aparentar indiferencia.

—El zorro ha vuelto a intentar zamparse la rejilla. ¿No has oído nada?

—No, estaba durmiendo.

—¡Pues ha montado un buen jaleo! Pero tú habías salido, ¿no?

—¿Y por qué no se mete con las gallinas salvajes? —dice Stella mirándole directamente a los ojos.

—Porque sabe que son duras de pelar. Equilibrios de poder. Las cosas van así entre los animales.

—¡No solo entre los animales! —replica Stella sin poderlo evitar.

—¿Qué es esto? —dice Suzon metiendo la mano en una palangana roja de plástico con una blusa blanca en remojo.

—Te he cogido lejía. En casa no me quedaba.

—¿Y has puesto agua caliente? —pregunta Suzon.

—Claro. ¡Para limpiar mejor las manchas!

—La lejía siempre hay que utilizarla en frío —replica Suzon—. ¡Te lo he dicho mil veces! Si no las manchas no se van.

—Siempre se me olvida.

—Como lo de las babosas —apunta Georges—. Solo se acuerda de lo que le interesa.

Stella suspira:

—¡Con vosotros dos a veces tengo la sensación de tener diez años!

—¡Hay muchas cosas que Tom sabe mejor que tú!

Adrian le acaricia el muslo por debajo de la mesa y se acerca a ella.

Suena el teléfono que Stella lleva en el bolsillo. Deja el cuchillo,

se seca las manos con el paño.

—Es Julie —les dice a todos—. Hablaré con ella fuera. Enseguida vuelvo.

—¡Una forma como otra de dejar de pelar calabacines! —Georges sonríe—. Entonces, ¿no quieres saber el resto?

—Ahora vuelvo. Espérame.

Y le dedica una gran sonrisa.

A Georges le ha salido el tiro por la culata. Ahora le toca esperar a él.

Stella sale al patio. Inmediatamente aparecen *Costaud* y *Cabot* y se le pegan a las piernas, y *Merlín* golpea con el hocico la barrera de su cercado.

—¡Ya está! Ya he salido, ya podemos hablar. ¿Dónde estás?

—En casa. Vengo del mercado. ¡Oye, en Saint-Chaland no se habla de otra cosa!

—Ya lo sé. Georges también acaba de volver y...

—Entonces, ¿te has enterado o no te has enterado?

—¡No! Él se hace rogar y yo no quiero insistir y que noten algo.

—Yo te lo cuento: todo el mundo habla de lo mismo.

—¿De qué?

—De Turquet.

—¡De Turquet! ¡Qué rapidez!

—Por lo visto anoche le atacó en su casa un tío muy alto y muy cachas, como un armario de tres puertas. El tipo iba armado hasta los dientes. Llevaba un pasamontañas. Se pelearon y el tío sacó una escopeta ¡y le disparó en las rodillas! ¡Las dos! Turquet consiguió llamar a la poli y está en el hospital. Ha perdido mucha sangre, pero está vivito y coleando.

—¡Tenías razón! Se ha inventado un cuento.

—El pronóstico es malísimo: puede que se quede en una silla de ruedas toda la vida. Al menos eso decían en el mercado. Pero la cosa no acaba aquí, ¡Turquet lo tiene complicado!

—¿Por qué?

—Michael, ya sabes, el irlandés que abrió una cervecería al lado del mercado..., le ha contado a todo el mundo que eso es lo que el IRA les hacía a los traidores durante la guerra civil en Irlanda: les disparaba en las dos rodillas. ¡Era su método característico para

marcar al traidor de por vida! Así que la gente ha sacado sus propias conclusiones y ahora dicen que Turquet ha traicionado a alguien. ¿A quién? No se sabe. ¡Deberías oírles, parece que lo hubieran visto todo en primera fila!

—¡Tonterías!

—¡Y la cosa no acaba aquí! Ahora te lo cuento, ¡es increíble!

Stella oye que la llaman.

Es Adrian. Desde el umbral. Tiene un salchichón en la mano y le da un mordisco.

—¡Espera! —le dice ella a Julie—. ¡No te muevas!

Adrian le hace una seña para que entre.

—Voy —dice ella—. Necesito dos minutos.

Él se acerca, le pasa el brazo sobre los hombros y se la pega al cuerpo.

—¡Dos minutos es demasiado! —dice.

—Hueles a salchichón con ajo.

Ella sonríe, le acaricia la mejilla.

¿Feliz?, le pregunta en silencio. Él contesta mordiendo otra vez el salchichón. Tiene un brillo en la mirada que dice: ven, ven, te necesito a todas horas.

Ella asiente y retoma la conversación con Julie.

—¿Qué otra cosa hay? Dime.

—Duré.

—¿Qué pasa con Duré?

—Le detuvieron a las dos de la madrugada. Por conducir borracho. La policía se lo llevó y le metió en una unidad de desintoxicación. Pueden caerle seis meses de suspensión. O en el peor de los casos expulsarle de por vida. No es la primera vez que le pasa. Ray siempre intervenía para que le soltaran, pero esta vez no ha movido ni un dedo.

—¡Pero eso es imposible! ¡Duré tenía una cena en casa del gobernador, iba a ir con su mujer que no bebe y que siempre conduce cuando salen!

—Ella no estaba. Stella, escúchame bien: ella estaba en París, iba a ir al estreno de una película de Sophie Marceau que le encanta. Se llevó a sus hijas. Por lo visto, no paraba de agradecérselo a Ray.

—¿A Ray?

—Sí. Fue él quien le consiguió las entradas.

—¡El muy cerdo!

—¡Ya te digo que tiene la mano muy larga!

Stella se queda pensando un momento.

—Yo también me he puesto a pensar, como tú —dice Julie—. Y...

—Él lo organizó todo. Envía a la señora Duré a París, consigue que inviten a Duré a casa del gobernador, le hace beber, le mete en su coche borracho como una cuba, avisa a sus amigos policías que le paran en la carretera. Le meten en una unidad de desintoxicación. El tío está en sus manos, y dejará que Ray recupere a Léonie.

—¡Ya veo que lo has pillado todo!

—¡Ya me imagino lo que le dirá: «O le das el alta a Léonie o dejo que la policía haga su trabajo y te echen del Colegio de Médicos»!

—Exacto.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡He de ir a buscar a mamá ahora mismo!

Lo ha dicho gritando. Se calla un momento y añade en voz más baja:

—¿Y dónde la meto?

El tono de alarma de Stella es tan evidente que, al oírla, Georges saca la cabeza por la ventana de la cocina.

Stella no le ve. Está de espaldas, y se muerde las uñas mientras habla con Julie.

—¡Ya encontraremos un sitio, Stella, ya lo encontraremos!

—Si la traigo aquí, vendrá y se encontrará con Adrian, con Tom.

—Encontraremos una solución. Te lo prometo. Hasta ahora lo hemos hecho, así que... Avisa a Amina. Que cierre con llave la habitación de tu madre. Volvemos a hablar durante el día, ¿vale?

—Vale —murmura Stella.

Y después dice muy bajito: gracias por darme siempre tu apoyo.

No sabe si Julie lo ha oído. Ha colgado.

El tiempo pasa demasiado rápido, se dice. No sé si le atraparé. ¿Y cuánto tiempo llevo haciendo carreras con él?

Vuelve a la cocina. Golpea con sus zapatones el umbral de la puerta.

Adrian y Tom están echando un pulso. Adrian le está dejando ganar. Tom tiene la cara colorada, congestionada. Parece que vayan a explotarle las venas de la frente. Le tiembla el mechón rubio y se le hincha el bíceps.

Georges observa a Stella. Está pálida, tiene los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Todo bien? —pregunta él.

—Sí.

—¡Pues no lo parece!

—Es Julie. Tiene problemas en la Chatarrería.

Georges le clava la mirada e insiste:

—¡No solo en la Chatarrería hay problemas! —dice.

—Puede ser, pero a mí los que me interesan son esos…

—¿Estás segura, Stella?

Ella tiembla levemente, luego recupera la compostura y desafía con la mirada a Georges.

—¿Qué otra cosa podría ser, Georges?

«Entonces, ¿usted lo sabía? ¿Sabía que Lucien Plissonnier era mi padre?». No se quita de encima esas frases. Cuando abre los ojos por la mañana, cuando se lava los dientes, se echa agua en la cara, se prepara el desayuno, abre el armario, se viste, sale del apartamento, espera el metro en el andén, da la clase, cierra los cuadernos, va a buscar la ropa a la tintorería, hace las compras en Carrefour City, lee un mensaje de Philippe: «Esta noche he dormido contigo, entre tus piernas», se ruboriza, pasa por caja y vuelve a ruborizarse, llega a casa, se encierra en su despacho a trabajar, cocina para Gaétan y Zoé, les mira comer, ¡yo no tengo hambre, terminaos la bandeja! Pasa la bayeta por la mesa, se desmaquilla, se echa agua en la cara, se lava los dientes, vuelve a tapar el tubo del dentífrico, se mira al espejo.

¿Tienes una hermana, Joséphine?

La imagen no chista.

¿En qué piensas?

La imagen no contesta.

«Entonces, ¿usted lo sabía? ¿Sabía que Lucien Plissonnier era mi padre?».

Las frases explotan a todas horas. Ella recibe las chispas ardiendo en la cara, en los ojos, en las piernas. Las palabras se dividen en cañonazos que la abrasan. Lucien. Plissonnier. Era. Mi. Padre. Usted. ¿Sabía?

Lucien Plissonnier, MI padre.

Ya no duerme. Por mucho que cierre los ojos, que respire despacio y recite pasajes de Chrétien de Troyes, del *Cantar de los Cantares*, vocalizando cada palabra para sumirse en el sueño, para

recuperar el aliento, relajar todos los músculos..., las frases reaparecen.

¿Y si fuera verdad?

¿Quién es esa chica?

Papá tuvo una amante.

¡Imposible!

Y de repente, surge la otra imagen. La de la niñita que se abraza al cuello de su padre, al amor de su padre. Él solo me quería a mí. Era MI papá. ¡Esa mujer miente!

Sí, pero...

Aparta las mantas. Se sienta en la cama.

Las palabras no encajan unas con otras. ¿Qué sabemos de la vida de nuestros padres? Son papá y mamá, no un hombre y una mujer. No tienen sexo, ni deseos apasionados, ni noches de insomnio.

Y sin embargo...

Esa mujer parecía segura de sí misma. No había insistido. Solo había dicho lo que le parecía un hecho.

¿Y si fuera verdad?

Recuerda las palabras de aquel libro en el jardín del Palazzo Ravizza de Siena. «Mitad», «hermana», «familia». ¿Una hermanastra? ¿Una familia nueva? ¿Será posible?

«Yo creo sinceramente que es verdad», había dicho el hombre que era una mujer.

Entonces Joséphine había añadido unas palabras.

Ya no recuerda bien lo que dijo. Sí. Pidió pruebas.

Sí, pruebas.

Al fin y al cabo, podía ser una broma. Una broma horrible.

Y había borrado el número de la intrusa.

No quería volver a oír hablar de eso.

Y después, una mañana, se levanta.

Va a la cocina. El sol entra en la estancia. Pega contra la tostadora, contra la esquina de la mesa, contra la cesta del pan, contra el calendario de los bomberos. Y todo se convierte en real.

Mete dos rebanadas de pan en la tostadora, saca la mantequilla de la nevera, un tarro de mermelada de moras.

También era un hombre...

Un hombre que necesitaba el amor de una mujer. Y eso le basta

para verlo desde otra perspectiva y para observar lo que descubre. Lucien Plissonnier, un hombre que se consumía al lado de Henriette...

Se sirve una taza de té, moja los labios en la infusión humeante. Nadie es solo un papá o una mamá, un enamorado o una enamorada, se puede ser todo a la vez. Una cosa no impide la otra. ¿Por qué su padre no iba a tener derecho a otra vida, también?

Entra en el cuarto de baño. Habla con la imagen del espejo, suspira, ¡y pensar que he borrado el número de teléfono! No me queda otro remedio que esperar a que esa mujer que se viste como un hombre vuelva a llamar.

Mi media hermana.

Vuelve a observar la imagen del espejo y murmura: dime, ¿le pedimos que vuelva a llamar? ¡Él es capaz de hacer que las estrellas parpadeen, bien puede activar un teléfono!

Sonríe levemente y la imagen sonríe también.

Vuelve a la cocina, donde Zoé devora una rebanada de pan con Gaétan, mientras repasa la lección de filosofía.

Zoé tiene la cara colorada, está desmejorada. Joséphine se pregunta si ha llorado.

Hortense empuja la puerta del salón de belleza y las mujeres presentes levantan la cabeza. Ella las ignora y va hacia Meme. Lleva una camiseta marinera, un pantalón caqui ancho, caído sobre las caderas, un gran cinturón de cuero marrón, unas sandalias planas, y un capazo enorme. Se ha recogido el pelo en alto y se ha puesto un poco de brillo en los labios.

—*So sexy!* —suspira abatida una mujer.

—¡Hazme el tratamiento completo! —declara Hortense cuando se sienta frente a Meme—. ¡Manicura y pedicura! ¡Un regalo que me hago!

—¿Tienes dinero? —pregunta Meme con el ceño fruncido.

—Soy rica. Acepté cambiarle la imagen a una mujer gorda y poco agraciada, y lo he cobrado caro. Muy caro.

—¿Cuánto? —dice Meme mientras prepara su instrumental.

—¡Mil quinientos la hora! ¡Había mucho trabajo!

—¿Mil quinientos dólares?

Hortense asiente y se sube las mangas de la camiseta.

—¿Y te pagó?

—¡Cash! Quedó encantada. Seguro que volverá a llamarme. Le he cambiado la vida. ¡Nunca volverá a avergonzarse de sus muslos gordos y de su vientre hinchado! ¡Conseguí disimularlo todo! Le inventé un estilo propio. Soy muy buena.

—¿Y a esa alhaja de dónde la has sacado?

—De Antoinette, la hermana de Astrid.

Se queda callada. Cree haber oído su teléfono. Lo saca del bolso y lo deja sobre la mesa.

—Adora mi blog y el modo como transformo a las mujeres...

—¡No solo ella! Justamente quería preguntarte...

—¡Cuando Antoinette se la encontró, la pobre mujer se tiraba de los pelos! Tiene una cena mañana por la noche en la Casa Blanca y no sabía qué ponerse.

—¡Por esa tarifa yo estaría dispuesta a pintarle la *Gioconda* en cada uña!

—Yo me pasé diez horas arrastrándola por Barneys, Bergdorf y J. Crew. Resultado: tengo doce mil quinientos dólares en el bolsillo.

—¡No, quince mil!

—Sí, pero es que Antoinette se ha quedado con una comisión. Normal, ella me pasó el contacto.

—¡Vaya, esa sí que sabe lo que quiere!

—Es implacable. Lleva un reloj de arena en el bolso y, en cuanto empiezas a hablar con ella, le da la vuelta. Si al cabo de tres minutos se aburre, se larga. ¡Increíble! Debería probarlo...

—Te quedarás sin ninguna amiga.

—No necesito amigas. Yo soy mi mejor amiga. Me entiendo muy bien conmigo misma. Esa chica me interesa. Me estimula, me da ideas. Tengo ganas de dejarla pasmada. Si yo fuera un chico...

—TÚ NO ERES UN CHICO.

—Ya lo sé. Es una pena, haríamos una pareja estupenda.

—¿Va a trabajar para ti?

—Será mi Egeria. Con una sola condición: que yo le enseñe cosas.

—¿Elena lo sabe?

—Vengo de verla. Me ha dado un libro sobre cómo nació la moda en Francia, con Luis XIV. Él y Colbert inventaron el estilo francés, lo introdujeron en la sociedad, lo comercializaron y provocaron una entrada masiva de divisas en las arcas del reino. ¡Incluso inventaron la publicidad!

—No lo sabía.

—Por eso estás aquí sentada dejando que te exploten. ¡Falta de curiosidad! Ningunas ganas de aprender y progresar.

—¡Muchas gracias!

—Yo pienso leer ese libro y utilizarlo para deslumbrar a Antoinette. A ella le encanta todo lo que es histórico, económico y filosófico.

—Las dos manos en el agua —ordena Meme, ofendida.

Hortense obedece y continúa con su discurso.

—Lo único es que después de este libro tendré que encontrar otra cosa... Ella tiene debilidad por Schopenhauer, Spinoza y compañía. ¡A mí la filosofía no me ha apasionado nunca! ¡Toda esa gente que se machaca el cerebro reflexionando sobre el sentido de la vida, Dios, el amor! La vida hay que decidirla, el amor hay que escogerlo bien, y en Dios hay que pensar justo antes de morir, con eso sobra.

—¿Qué hay en ese paquete? —dice Meme señalando con la punta del zapato una bolsa que Hortense ha dejado a sus pies.

—Una camisa blanca de Hermès. La encontré en una *thrift shop*8 de la 27... Doscientos dólares.

—¡Doscientos dólares! —Meme se atraganta—. ¿Por una camisa blanca? A mí no me gustan las camisas blancas.

—Olvidas la única palabra importante: HERMÈS. ¡Esta camisa debía de costar mil doscientos dólares!

—¡Estás pirada, completamente pirada!

—No. Tengo ojo. La vi entre un montón de pingos y pensaba regalártela. Pero no importa, ¡te doy el equivalente en dinero!

Pone dos billetes de cien dólares sobre la mesa.

—¡Caray, Hortense!

—Nunca te doy propina. Así que hoy me pongo al día.

—¡Pero esto es demasiado!

—¿Sabías que un billete de cien dólares dura aproximadamente siete años y medio? Después es inservible. Es basura.

—Claramente, es demasiado, pero te lo agradezco.

—¿Por qué nunca hay mujeres en los billetes? Resultaría bastante más agradable que ver la cara asquerosa de este tipo.

—Es Benjamin Franklin —dice Meme—. Uno de los padres fundadores de los Estados Unidos. Inventó el pararrayos.

—Pues también necesitaba un cambio de imagen. ¡Un corte de pelo y una pequeña liposucción en el mentón!

—Oye, quería pedirte un favor, nada importante...

—Ahora mismo no, ¿vale? Deja que me relaje primero y luego hablamos. Prometido. He trabajado toda la noche. ¡Estaba tan inspirada que tengo material para dos colecciones! Abrigos para el invierno y vestidos para el verano. *I'm ready!*

—¡Bravo!

—No sé cuándo debutaré realmente. Porque yo quiero hacer auténticos debuts. Desfile, prensa y todo lo demás. Todo depende de ese hombre, Jean-Jacques Picart. Todo está en sus manos. Así que he de estar totalmente preparada. Elena me lo ha explicado todo. En la primera cita, él mira mis esbozos. Me dice: la llamaré. O no. Y reflexiona. Segunda cita: ya ha reflexionado y viene a verme.

—¿A tu casa?

—Sí. A mi casa. Porque todavía no tendré taller. Se fija en cómo vivo, cómo me comporto. Me hace preguntas. Yo tendré preparado un pequeño discurso. Mi discurso es perfecto.

Se incorpora, se pone seria y empieza:

—Yo quiero hacer prendas para una mujer fuerte, poderosa, creativa. Una mujer que va a la moda y que prescinde totalmente de la moda.

—Dame la otra mano y deja de moverte —dice Meme.

—Yo no trabajaré solo la ropa, sino la filosofía de la mujer que solo le pertenece a ella misma.

Meme suelta un silbido irónico.

—*Boring!*[9]

—¿Tú crees?

—Totalmente. ¡Invéntate alguna cosa más sexy!

—No has entendido nada. Yo he de ser distinta. Un bicho raro.

—¡Pues te meterán en una jaula!

—¡Tú no me conoces! Nadie me cortará las alas. Y por otro lado me pregunto si debería buscar algún otro socio…

—¿Elena no te basta?

—No me gusta depender de una sola persona. ¿Y si nos peleamos? Todo mi proyecto se iría al agua.

—Ella confía ciegamente en ti. Me lo ha dicho.

Meme deja sus pequeños alicates y mira a Hortense.

—¿No habrás ido a buscar capital a otra parte?

—No —replica Hortense—. ¡Estás loca!

Sí. Ha ido a buscar capital a otra parte. Rosie la avisó. Los fondos de inversiones Legman & Co buscaban proyectos para invertir millones de dólares. Los candidatos debían presentarse a las diez y media en el piso treinta y ocho de la Avenue of Americas, 1336 y tener preparado un *elevator pitch*.10 Diez minutos para venderse, para decir por qué eres el mejor, para impresionar al interlocutor. Y por último, dar con una palabra de seis letras que resuma el espíritu del proyecto. Seis. Ni una más. Rosie le había advertido: reciben tres mil dosieres al año, y seleccionan veinte. Pero si te seleccionan, ¡bingo! Vida de lujo, alfombra roja, lluvia de billetes. Las Vegas.

Ella había llegado a las diez. En las oficinas de Legman & Co ya había una multitud. Había recogido un dosier de candidatura en la recepción. La mujer que estaba detrás del mostrador había especificado: no estamos aquí para mimaros, estamos aquí para machacar vuestros sueños.

—¡Muchas gracias! —había replicado ella en francés.

La mujer había gritado: ¡el siguiente!

Ella había rellenado la documentación, hizo cola, repitió su discurso. Rosie la había prevenido: prohibido usar palabras abstractas como «revolucionario», «extraordinario», «maravilloso», «sublime».

—Te de-sa-cre-di-ta-rás inmediatamente.

—¿Estás segura? —había dicho Hortense.

—Sí. Porque no quieren decir nada y todo el mundo las usa. Trata de referirte a lo humano, a los detalles, el color, las emociones.

Ella había entrado en la sala. Alrededor de una mesa ovalada había cinco hombres con traje oscuro y camisa blanca, y una mujer con traje de chaqueta azul marino y el pelo recogido hacia atrás. Apenas habían mirado a Hortense. En sus ojos ella había detectado que el cronómetro se ponía en marcha y había soltado su *elevator pitch*. Ellos daban golpecitos con sus bolígrafos sobre el tablero de la mesa, y miraban de reojo la pantalla de sus portátiles. No parecía que les entusiasmara. ¿La moda? La manera ideal de perder dinero, había murmurado la mujer entre dientes.

Hortense había continuado.

Y soltó la palabra que lo resumía todo:

—*Winner*.11 Seis letras.

—Bien —había dicho la mujer—. ¡El siguiente!

Loser,12 había resonado en la cabeza de Hortense. *You're a total loser*.

—A Elena no le gustaría nada —insiste Meme—.Cuenta contigo.

—¿Estás loca o qué? ¡Claro que yo nunca haría algo así! ¿Y tus búlgaras? ¿No estarían interesadas?

Meme se echa a reír.

—¿No te has enterado?

Hortense niega con la cabeza.

—¡Pues debes de ser la única de todo Nueva York! ¿No ves nunca la televisión?

—No. No hay nada interesante.

—¿Tienes tele en tu teléfono?

—Sí.

—Escribe *The Siamese Sisters Show*. Venga, mira.

Hortense obedece. Ve aparecer en la pantalla a las dos hermanas, Svetlana e Yvana. Y se acuerda. Le han hablado de este programa que tiene una audiencia espectacular. Los minutos de publicidad baten todos los récords. El programa sigue el día a día de dos hermanas siamesas que viven pegadas desde los hombros a las caderas. Comparten el mismo jersey, el mismo pantalón, la misma cama, van al lavabo balanceándose como un pato obeso, comen, se maquillan juntas y se rascan la nariz, una con la mano derecha, la otra con la izquierda. Esperan al hombre de su vida y solo entonces se separarán gracias a un simulacro de operación.

—Es una estafa total —dice Hortense.

—Sí. Pero tiene un éxito de muerte porque ellas se prestan realmente al juego. ¡Están pegadas con cola de verdad, y para separarlas tendrán que escaldarlas! ¿Conoces el eslogan?

Hortense dice que no con la cabeza.

—*Love hurts!*[13]

—¡No!

—La idea es de su padre. Él es el productor y el autor del guion. Le compró el espacio a WWBO y su programa es un éxito. Cada día gana más dinero y sus hijas están cada día más locas. Y el próximo *reality* ¿sobre qué será? ¿Me lo puedes decir?

—Amor entre cadáveres. Solo un beso puede resucitarles. ¿Quién les amará lo bastante como para besar los labios gélidos y fétidos de un cuerpo conservado en formol?

Meme hace una mueca horrible.

—O sea que a las búlgaras ya es imposible acercarse —concluye Hortense.

—Tienen guardaespaldas día y noche.

—Solo me queda Elena y no tengo más remedio que confiar en ella.

—¡Pero si Elena es perfecta!

—Pero me gustaría tener más flechas en la aljaba.

—¿En la qué?

—Aljaba. ¡Tú no has tenido una madre especialista en la Edad Media!

—¿En qué?

—Olvídalo. ¿Qué querías preguntarme antes?

—Tengo una sobrina, Kyung Soon, que está loca por tu blog.

—Tiene buen gusto.

—Ella viste muy mal y además no es demasiado guapa...

—Pues reza por ella o mándala a Lourdes. Es lo único que se me ocurre: un milagro.

—No te burles. No todo el mundo puede ser como tú.

—¡Pero si no me burlo! Me parece espantoso ser fea. ¿Qué querrías que hiciera yo?

—A ella le gustaría aparecer en tu blog, que la escojas como la chica a transformar. Le he dicho que te conocía.

—Imposible.

—Pero ¿por qué?

—Porque quiero conservar la credibilidad. Cre-di-bi-li-dad. Ese es mi único capital. No lo dilapidaré por tu sobrina.

—¡Pero nadie sabrá que te lo he pedido!

—Sí. Ella acabará contándolo y me hundirá. Perderé mi reputación. Y mi reputación es mi reserva de oro. Yo digo que no a todo, Meme. A la publicidad, a los patrocinadores, a los socios, lo rechazo para seguir siendo creíble, de manera que no.

—No eres nada comprensiva.

—¡Tienes razón, por suerte no soy comprensiva! ¡Estaría acabada desde hace mucho! Las personas comprensivas son *losers*. Aunque también existe la posibilidad de que sean comprensivas porque no tienen talento, y ese sea el único modo de lograr que les acepten.

Meme le indica con una seña a su jefa, detrás del mostrador, que ya ha terminado y que está libre para otra clienta.

—¿Estás enfadada? —pregunta Hortense admirando sus manos.

Meme no contesta. Limpia sus instrumentos e ignora a Hortense.

—Si quieres puedo verla y darle algunos consejos —acepta

Hortense—. Lo haré gratis porque es tu sobrina. Pero nunca aparecerá en mi blog.

—Ella quería su minuto de fama. Como todo el mundo. ¿Qué tiene de malo? No eres nada comprensiva —repite Meme con tristeza.

—Si piensas eso, es tu problema, no el mío. ¿No me haces los pies?

—*I hate you!*14 —murmura Meme.

—*No problem.* ¿Sabes qué, Meme? Tú no tienes ninguna obligación de quererme, pero yo sí. Y además..., ¡si todo el mundo me quisiera no me gustaría nada! Eso querría decir que he perdido todo interés. Que sería vulgar, espantosamente vulgar.

Se vuelve a calzar las sandalias, se mira los pies. Irá a ver a otra Meme. Manhattan está repleto de institutos de belleza donde trabajan chicas amables, triviales.

Y explotadas.

Sale y aspira el aire. Sus pulmones se llenan de una intensa alegría de vivir. ¡Qué bella es la vida en Nueva York! ¡Qué azul y vibrante es el cielo! Dan ganas de proyectar tus sueños.

¡Qué bien le va esta ciudad!

Hace calor, las aceras vibran. Lo único que tiene que hacer es poner los dedos en el aire como si fuera un enchufe, y las ideas aparecen a una velocidad de vértigo.

Frena en seco. Su ojo se convierte en una antena telescópica, se detiene en una chica que está comiendo un hot-dog en la esquina de la calle. ¡Parece una salchicha! Lleva el pelo pajizo, un pantalón marrón sin forma y un jersey amarillo muy apretado, y tiene salsa roja y grasienta en la barbilla. Hortense saca el móvil, saca una foto. Clic-clac, va a hacer feliz a alguien. Las ideas surgen tan deprisa que tiene que pararse para apuntarlas.

Está exultante. Es magnífico ser ella. Estar sentada en sí misma como en un trono. Las personas siempre quieren complacer a los demás en lugar de complacerse a sí mismas. Y entonces empiezan los problemas. Porque uno no sabe qué hacer para complacer a los demás. Se doblega, se contorsiona, se arrastra y acaba con mala fama.

En cambio ser uno mismo es muy fácil.

¡Todo se decide en un plis-plas!

Bordea Central Park y va hacia Madison. Los árboles del parque dibujan sombras oscilantes en la acera. Ella respira el olor a estiércol de las calesas para turistas, observa a los vendedores de bagels y hot-dogs, los doseles en las entradas de los edificios, los *doormen* que silban para parar un taxi, y extienden la mano con disimulo para quedarse una propina. Ella no camina por Nueva York, se nutre. Esta ciudad es un pozo de petróleo. Ella perfora, excava, extrae y hace brotar géiseres de ideas. Se le hace la boca agua. La vida surge ante sus ojos, y a veces se ve obligada a cerrarlos para tomar nota y no olvidarse de nada.

Es lunes. Ha quedado con las chicas.

Dentro de un mes, a esta hora, estará en un avión rumbo a París-Charles-de-Gaulle.

Gary y ella se van a Europa. Irán a Londres. Irán a Escocia. Irán a París. Y ella tendrá que trabajar además. En cuanto Junior haya encontrado un fabricante capaz de reproducir su tejido, se dedicará a producir su primera colección. No le entusiasma demasiado la idea de ir a dar vueltas por las murallas del castillo, pero Gary insiste. Superabuela lo ha conservado y yo debo demostrarle mi agradecimiento. Y además ese castillo me parece bonito, misterioso, romántico. Estoy seguro de que me inspirará.

¡A mí no creo que me inspire!, refunfuña ella, mientras cruza la Quinta Avenida a la altura de la tienda Apple.

—¿Tiene un castillo? —exclama Rosie—. Es un príncipe encantador de verdad.

—¡No hace falta eso para ser encantador! —replica Jessica.

—¿Y quién se ocupa del castillo cuando él está en Nueva York? —pregunta Astrid.

—Su abuela —responde Hortense—. A distancia, pero se ocupa.

—Eso ya no tiene tanto glamour —comenta Astrid con sarcasmo—. Tendrá que ir a verla…

—Eso seguro —dice Hortense—. La quiere mucho.

—¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y ocho.

—¡Uf! —exclama Astrid—. ¡Debe de estar totalmente gagá! ¡Seguro que pierde la dentadura, lleva pañales y se le cae la baba cuando bebe té y hace ganchillo en la residencia donde se consume

poco a poco!

—Pues... ¡no exactamente! —comenta Hortense con ironía.

—¡Es horrible hacerse viejo! Te pasas las horas muertas arrastrando los pies de un sofá al otro y te acuestas a las seis después de haber desmenuzado un pedazo de pastel seco. Ojalá nunca me haga vieja...

—¡Hablemos de otra cosa! —protesta Jessica—. ¡Me estáis deprimiendo! ¿Y tus proyectos, Hortense? ¿Cómo los llevas?

—Por fin estoy lista. Tengo dos colecciones en cartera. ¡Voy a conquistar París y el mundo!

—Y no te veremos más...

—Error. Volveré a Nueva York. Pero necesito despegar.

—Antoinette parece encantada. Se divierte mucho contigo.

—¡Yo me esfuerzo muchísimo! Eso del reloj de arena me traumatizó. He quedado con ella mañana para una prueba, y esta noche tengo que leerme un libro entero para tenerla entretenida y que aguante de pie sin moverse. ¡Da mucho trabajo contratar a tu hermana!

—En casa nos tiene hartos. Siempre está con un libro en la mano y nos prohíbe hablar en la mesa porque no puede concentrarse. Ha empezado a hacer fotos y no para de bostezar de aburrimiento.

—¡Te prometo que conmigo no se aburrirá!

—¿Y Gary? ¿Volverá a Nueva York después de vuestras vacaciones?

—Sí. Tiene que terminar los estudios y también tiene un montón de proyectos. El concierto fue un éxito. Ha recibido propuestas para festivales y no sé qué más cosas...

—Pues corres un riesgo dejándole solo aquí —dice Jessica—. La caza del hombre es feroz. La otra noche, estaba en el restaurante con David y una chica que casi no conocía me mandó un mensaje que decía: «Cuando hayas terminado con él, ¿me lo pasas? Es mono». ¡Es el colmo!

—No te preocupes por eso. No tengo miedo de nadie. Él está loco por mí y yo estoy loca por él. No nos aburrimos nunca y no hemos perdido las ganas de devorarnos el uno al otro.

En ese momento la mirada de Hortense se cruza con la de Rosie y pregunta, malévola:

—¿Y qué tal con Scott Hésitant? ¿Te lo has hecho por fin?

—¡Todavía no! —se lamenta Rosie—. No lo entiendo. A lo mejor

no le gustan las mujeres…

—Atácale —dice Astrid.

—¡Tengo miedo de que se quede paralizado!

—¡Has de saber lo que quieres!

—Esa es la cuestión precisamente… Que ya no lo sé.

Se miran y ríen a carcajadas.

Las echaré de menos, se dice Hortense. Y sin apenas pensarlo añade, para su propia sorpresa:

—¡Chicas! Os propongo un trato: ¡nos vemos en París en mi primer desfile!

—¿Nos pagas el avión?

—¡Os pago el avión y os alojo en casa!

Astrid, Jessica y Rosie chillan de alegría y palmean la mano de Hortense.

—¿Prometido? —preguntan sin dar crédito.

—Prometido —contesta Hortense, que en realidad echa pestes, ¡ay, ay, me estoy equivocando, me estoy equivocando, me estoy volviendo sentimental!

En un estudio de la Juilliard School, Gary ensaya con Calipso y Rico, un violoncelista de origen colombiano. Interpretan el tercer movimiento del *Trío nº 7 para piano, violín y violoncelo en si bemol mayor* de Beethoven. El piano y el violín brincan al ritmo de una serenata, cuyo arranque subraya el violoncelo, proporcionándoles un punto de apoyo para coger impulso cada vez que repiten las notas.

—Nosotros, Calipso y yo, lo dilatamos y tú lo contraes —le dice Gary a Rico, que le mira detrás de su arco.

En cada pausa, Rico se queda un buen rato mirando al vacío. Podría describírsele con dos palabras: concentración y contemplación.

—Lo extraordinario de Beethoven —dice Calipso, ensimismada— es que no se puede eliminar ni añadir una sola nota. Todas están en su sitio. Si quitas una, la melodía entera se derrumba.

—Estoy seguro de que tú sabías tocar incluso antes de nacer —dice Rico—. Es increíble el modo en que penetras en la música, cómo la vives sin haberla trabajado siquiera. Si estamos con Brahms te conviertes en Brahms, si hablamos de Dvorak, te conviertes en Dvorak. ¡Y así, de golpe!

—Mi abuelo me enseñó a concentrarme. Él lo llama fijarse. Dice

que sirve tanto para la vida cotidiana como para la música.

—¿Qué más dice?

Rico espera la respuesta como si fuera algo decisivo para toda su vida, como si fuera a aportarle lo que busca desde hace mucho tiempo.

—Dice que hay que concentrarse incluso en el gesto más insignificante…

Rico se queda quieto, esperando, inmóvil.

—… en el detalle más pequeño. Y que así todo adquiere importancia. Todo es más rico, tú te llenas y progresas. Sin embargo, las personas que viven muy deprisa se olvidan de todo. Y al día siguiente vuelven a hacer lo mismo que hicieron ayer, no aprenden nunca.

—¡Tiene toda la razón!

—Por ejemplo, cuando le dices buenos días a alguien, díselo pensando que realmente le deseas un buen día, buenos días.

—¡Buenos días, Calipso!

—Y sonríe de oreja a oreja. Eso lo cambia todo. El buen día se convierte en real, se materializa, completa el espacio destinado a un sentimiento, a una pasión, a un afecto, y puede cambiar la vida de la persona a quien se lo digas. ¡Y la tuya también!

Ella habla y Rico la contempla con adoración. Esta chica que los alumnos consideran fea es magnífica. Te empuja de golpe a una intimidad valiosísima. Maneja oro auténtico y te abre cofres y cofres llenos de joyas.

—Buenos días —repite Rico—, buenos días, Calipso.

Se queda callado un momento.

—Es verdad. ¡Lo cambia todo! —exclama—. ¡Hasta tu nombre suena distinto! Te veo, existes, estás aquí de verdad. ¡Es como si fuera un ciego que recobrara la vista!

La mira con emoción. Acerca el arco para tocar la punta de los dedos de Calipso, para asegurarse de que existe y de que la felicidad que siente no es un sueño. Por otro lado es una felicidad extraña, él nunca había experimentado esta alegría tan intensa y tan etérea al mismo tiempo. Ella le coloca ante un abismo de luz. ¡Es una hechicera! Él tiene miedo de desaparecer y perderla de vista. Extiende el arco y su alma se aferra a la mirada líquida y febril de Calipso, que le arponea y le atrae. Rico se deja arrastrar, querría diluirse en el aire e ir a posarse en la palma de su mano, en el hueco de su hombro, en la

manchita roja de la base de su cuello.

Gary sigue el gesto de Rico y Gary ve. Y Gary siente un pellizco de celos. Se siente excluido de la trayectoria del arco. Algo le ha mordido por dentro. Casi le ha hecho daño. Ha estado a punto de soltar un grito, ¡no la toques! ¡NO LA TOQUES! Estoy celoso, se dice, estupefacto. Celoso. Este chico a quien apreciaba hace un par de segundos, con quien le gustaba tocar, a quien había invitado a la burbuja perfecta que forma él con Calipso…, este chico acaba de reventar esa burbuja y de arañarle el corazón.

Apoya las manos en los muslos y se echa atrás en el taburete, como si acabara de quemarse.

—¿Y sabes quién le había enseñado eso? —prosigue Calipso, la hechicera.

Rico dice que no con la cabeza.

—¡Nadia Boulanger en persona!

—¡Nadia Boulanger! —repite Rico—. ¿La conocía?

—Sí.

—¡Vaya! ¡Tu abuelo debe de ser un hombre extraordinario!

—Sí. Lo es —se pavonea Calipso, muy orgullosa.

Gary les escucha y es como si una ola le llevara muy lejos. Fija la mirada en Rico y le ve de otra manera. Rico tiene encanto, una sonrisa de querubín, un pelo castaño y rizado, unos ojos negros que brillan anhelantes, y extrae del arco de su violoncelo los sonidos más melodiosos que Gary ha oído jamás.

Gary carraspea y propone:

—¿Vamos a tomar un café?

Rico y Calipso se giran hacia él, atónitos.

—¿Lo dejamos por hoy? —pregunta Rico.

—Seguid vosotros si queréis, pero a mí me apetece tomar el aire.

—Como quieras —dice Rico—. ¿Nos vemos mañana después de clase?

Guarda el instrumento, se levanta y antes de irse dice lo siguiente:

—Ha ido bien hoy. Hemos trabajado bien. Adiós.

Y se va como si anduviera sobre una nube.

—Lo siento —dice Gary—, no sé qué me ha pasado… ¿Sabes qué? Para hacerme perdonar te acompañaré a casa.

—¿Hasta la 110? —replica Calipso—. ¡Estás loco!

—¿Y por qué no? Me gusta pasear por Nueva York. Cruzaremos el parque. ¡Pronto estaremos en verano y eso hay que celebrarlo!

Quiere hacerle olvidar la mirada de Rico, las palabras de Rico, el paréntesis que Rico ha abierto para encerrarse con ella.

Quiere andar para que desaparezca el malestar que le oprime.

Quiere andar para reencontrar su camino.

A la altura de la 89 se han parado. El semáforo está rojo y los autobuses les rozan al pasar. Son las siete de la tarde, la gente vuelve a casa con prisas o empuja la puerta de un restaurante. Ellos se abren paso, avanzan en zigzag, ignoran los bocinazos, intercambian palabras y risas. Un perro levanta la pata junto a una boca de riego y su propietaria espera a que termine. Tiene en la mano una bolsa de plástico negra por si… Pero el perro sigue adelante, eso lo deja para después.

Gary hace una mueca. Pensaba en el ensayo y no le gusta la imagen del perro meando. Era tan bonito su ensayo… Tan bonito, tan elevado… Una vez más han alcanzado el cielo.

Calipso no ha visto al perro meando.

Él la rodea con el brazo para protegerla.

Retrocede en la acera para evitar el peligro. Su brazo emana seguridad, protección. Ella se deja llevar. Baja la cabeza. Mira con disimulo la mano de Gary apoyada en su hombro. Está a punto de desfallecer y se agarra a su brazo.

—¿Lo ves? ¡Menos mal que estoy aquí! —dice él, para hacerle creer que su gesto es caballeresco y no debe malinterpretarlo.

Ella mantiene la mano sobre su brazo, nota el calor de su piel bajo la camisa, aprieta un poco para asegurarse, y espera aguantando la respiración. Se abraza a su violín. Saborea este instante. El semáforo se pone verde.

Gary desliza el brazo y su mano se apodera de la de Calipso. Sus dedos se entrelazan. Ellos miran hacia un lado.

Cruzan sin intercambiar palabra.

Al pie del edificio de Calipso, él le aprieta más los dedos y la atrae hacia sí.

El violín se coloca entre ambos.

Ahí están, torpes, envueltos en el calor del otro. Él huele a jabón de lavanda, se dice ella. Ella es tan liviana que podría romperla, se asombra él. No se atreven a mirarse. Ella se considera un poco boba, no sabe qué hay que hacer, pero sabe que va a pasar algo.

—¡Este Guarneri es una carabina estupenda! ¡Siempre está en medio de los dos!

Ella se ruboriza y baja los ojos. Quiere acordarse de todas y cada una de sus palabras y del tono en que las dice. Crea una melodía en su cabeza. «Este Guarneri es una carabina estupenda», Calipso es capaz de colocar cada sílaba en un pentagrama, como si fueran notas de Beethoven.

Y luego él se inclina.

La mira y se queda callado. La mira como si no la hubiera visto nunca.

Incluso los silencios hay que anotarlos, se dice ella, son tan importantes como una nota.

Y su piel, tan cálida, tan suave, con ese perfume de lavanda. Y ahí, en mi mejilla, su barba rasca un poco, ha olvidado afeitarse ese centímetro cuadrado y me irritará la piel, me da mucho miedo que enrojezca y me salgan placas. Me gustaría tener la piel tersa y blanca, los labios suaves y repletos de besos expertos. Él se dará cuenta de que no soy experta en dar besos y voy a quedar como una tonta.

Y él la besa.

Y la música la arrastra. Abre los labios y bebe ese beso, apoya suavemente sus labios en los de Gary y recibe, asombrada, ese primer beso. Y es perfecto, ¡es un primer beso tan perfecto! La cabeza le empieza a dar vueltas, la calle también se pone a dar vueltas, los árboles están al revés, los coches circulan por el aire, ella se deja caer contra la pared de ladrillo rojo, recupera el aliento, se suelta, aturdida.

—No tienes que..., no tienes que besarme.

—¿Por qué? —pregunta él sin separar los labios de los de Calipso, y acentuando la presión del brazo sobre su espalda.

—Porque para mí es importante.

—¿Quieres decir que es un detalle importante? —dice él en un susurro, sin apartar los labios de la boca de ella, para que no parezca que se retira.

—¡Oh! —suspira ella—, es importante, muy importante.

Ambos susurran y sus bocas permanecen pegadas. Hablan al

unísono y son muy convincentes. Ella ya no tiene miedo, ya no le da miedo confiarse.

—Para mí es muy serio.

—Es como decir buenos días —murmura él—. Pones toda tu alma, todo tu corazón.

—Sí. Toda mi alma y todo mi corazón.

—¿Y tienes miedo?

—No, no tengo miedo. No tengo miedo en absoluto. Digo lo que siento. Es como un juramento. Para mí todo es serio. O nada es importante. No sé lo que es el término medio. No puedo disimular.

Él le pasa la mano por el cuello, la acaricia. Marca el terreno.

—Estas palabras, «término medio», son feas, tibias, flojas, vacías y vanas —dice ella con tozudez.

—Y a ti las cosas feas, tibias, flojas, vacías y vanas no te gustan —dice Gary.

—Nada.

Ella ha dicho eso con un gesto vehemente y él recibe sus palabras emocionado, enternecido.

—Y tú no besas a la ligera…

—¡Oh, no!

—Pues entonces voy a besarte muy seriamente, Calipso.

Y repite, vocalizando y mirándola:

—Vamos a besarnos muy seriamente. Y este va a ser nuestro primer beso muy serio, muy pleno, muy atrevido.

Ella cruza los dedos, los mete en los bolsillos de él, en los bolsillos de su viejo pantalón de tela de Brooks Brothers, ese que lleva siempre en primavera y en verano, sabe que le gusta llevarlo porque está cómodo, porque le sienta como un guante. Ella cruza los dedos y se deja besar con un terror delicioso que la anonada, pero la mantiene de pie aferrada a él, aferrada a ese primer beso en la 110 esquina Madison, justo delante de su casa, este lugar que en su mente se convertirá en solemne, este lugar donde pronto levantará un monumento. ¡Ay, ella se conoce muy bien! Esto es el principio de una felicidad deliciosa, y también es el principio de un desconsuelo terrible, pero lo asume todo. ¡Oh, cómo lo asume todo! Cómo lo olvida todo cuando sus bocas se besan…

¿Después?

Después él se dirigió hacia Madison, se dio la vuelta una vez, sonrió separando los brazos como diciendo es así, no se puede evitar, ella le vio alejarse sin moverse, no podía, él se llevaba todas sus fuerzas, necesitaba recuperarse.

Espera unos minutos apoyada en la pared de ladrillo rojo, y escribe unas notas sobre su corazón desbocado.

En la cocina hay luz, oye voces. Una voz de hombre y una voz de mujer. Una voz de mujer que suplica, y el tono seco de Míster G. que chasquea como un látigo. Su voz chasquea, chasquea y la otra suplica, se arrastra, implora. Ella capta dolor en la voz de esa mujer, y Míster G. se levanta bruscamente y derriba una silla de la cocina.

—¡He dicho que NO! —grita Míster G.—. ¡NO, NO Y NO! ¿ESTÁ CLARO?

Calipso avanza sin hacer ruido por el pasillo que lleva a su habitación. Abre la puerta despacio. La vuelve a cerrar. Abandona su aspecto de ratita que corre por las paredes, ¡ah, no, ya no soy una ratita, soy una reina!

Gary Ward me ha besado.

Be-sa-do.

Avanza como una reina. Victoriosa, casi arrogante. Soy bella, se dice, soy bella, él me ha besado, se ha tomado todo el tiempo del mundo para besarme, y eso quiere decir algo, porque yo le he avisado, le he avisado y él no ha retrocedido. ¡Cómo fluye la vida y cómo me gustaría bebérmela!

Guarda el violín. Abre la hoja de la ventana. Se instala en la escalera de incendios. La escalera completamente oxidada que raya la ventana con un trazo oblicuo. El sol se pone sobre Manhattan y una luz colorada ilumina los árboles, los transforma en un fuego fatuo que se arremolina entre las ramas. Parece un incendio. Ella aguza el oído, pero no oye las sirenas de los bomberos.

Se frota la nariz como si tuviera un millón de hormigas.

Creo que estoy completamente trastornada. Creo que ya no sé qué pensar…

Gary Ward me ha besado.

Desde lo alto de la escalera de incendios, Calipso ve una Virgen de yeso que preside un jardín vecino y yermo. Una Virgen María rodeada por una guirnalda luminosa que parpadea, y ella siente su

alma religiosa y se persigna. Gary Ward me ha besado, Gary Ward me ha besado. Tengo que aminorar mis pensamientos y el ruido de mi corazón. Un día, puede que pronto, diré simplemente Gary y entonces, y entonces…

Entonces no sé. Yo no sé gran cosa del amor. Soy una principiante.

¿Qué va a pasar?

Observa la maceta donde antes se levantaba, viva y colorida, la violeta cornuda, reducida ahora a unas pocas hojas marrones, mustias. No ha sido capaz de tirarla. Le insufló aire, la roció con agua, le habló del concierto y de los aplausos, pero la violeta ya no la oía. Se marchitó y dejó caer la cabeza. Ella lloró al verla, pero se recuperó, es una flor, Calipso, una flor, y un día se muere, lo sé, lo sé, dijo frotándose la nariz, pero era mi confidente.

Suspira, le gustaría que alguien detectara la felicidad en su piel transformada en blanca, en sus labios henchidos y dueños de un beso.

Las voces de la cocina suben de tono, se convierten en quejas y gritos. Y la de Míster G. sigue predominando sobre la de la mujer.

—¡Pero eso ni hablar! —vocifera—. ¡Ni hablar! ¿No lo entiendes?

Y luego es como si alguien llorara.

Calipso se tapa los oídos, no quiere oír.

Quiere permanecer en su melodía, Gary Ward me ha besado *do, re, mi, fa, sol, re,* y sus labios eran suaves y cálidos. No era un beso distraído, era un beso de verdad, Gary Ward ha posado sus manos en mi cara, ha levantado mi boca hacia su boca. Era un beso de verdad, un beso auténtico…

—¡Ni hablar! ¿Me oyes? ¡Ni hablar!

Ahora es Míster G. quien parece trastornado. Hay angustia en su voz, una negativa doliente. Como si repeliera un peligro. Como si él fuera el último baluarte ante ese peligro y tensara los músculos para que no le derribaran. Ella detecta ese peligro en los estallidos de voz que surgen de la cocina y rebotan hasta la escalera de incendios.

Vuelve a cerrar la ventana.

Avanza con prudencia por el pasillo. Entreabre la puerta de la cocina.

Hay una señora sentada a la mesa. Una señora rubia mirando a Míster G. que recorre, furioso, el espacio entre la mesa y el viejo horno. Una señora rubia y guapa. Un torrente de lágrimas inunda sus mejillas.

Ella tiene la impresión de que la conoce. ¿Quizás es una actriz? La señora se vuelve hacia la puerta y la ve.

Se seca los ojos con el dorso de la mano derecha. Lleva dos anillos muy bonitos.

Míster G. ve a Calipso y grita:

—¿Qué rayos haces aquí? ¡Vete a tu cuarto!

Ella no puede moverse. La habitación vibra con el drama que se desarrolla ante sus ojos. Míster G. se apoya en el respaldo de la silla, como un boxeador grillado. Menea la cabeza y sopla.

—¿Tú eres Calipso? —pregunta la mujer.

Parece hambrienta. Contrae el cuerpo como si fuera a saltarle a la cara.

Calipso asiente con la cabeza.

—¡Me cago en la puta! —vocifera Míster G.—. ¡Lárgate a tu habitación! ¡Aquí no tienes nada que hacer!

Calipso se sobresalta y da un brinco hacia atrás.

La mujer rubia se ha levantado e intenta retenerla.

—¡Calipso! ¡Calipso!

—¡Emily! ¡Vuelve a sentarte! ¡Déjala en paz!, ¿estamos? ¡Déjala en paz o te mato!

La mujer rubia vuelve a sentarse y se tapa la cara con las manos.

—No tienes derecho, no tienes derecho —repite entre sollozos.

Y en su nuca ajada está la sumisión de una mujer acostumbrada a obedecer.

Míster G. le indica por señas a Calipso que se marche corriendo.

—¡Mierda! ¡Lárgate, te digo! ¡Lárgate!

A la mañana siguiente, cuando despierta, siente una bocanada de felicidad, ¡es una brizna de paja en un huracán de dicha! Tiene ganas de desperezarse, de volar, volar y atrapar un pedazo de cielo, y comérselo como quien devora una sandía. La felicidad le chorrea por la boca, por los dedos, la impregna, la perfuma, la baña, la engulle, le teje un vestido de hada, y ella mueve los faldones, los abre y los cierra, majestuosa, majestuosa. Alguna cosa importante pasó ayer y eso le ha cambiado la vida, le ha cambiado la piel, el brillo de su rostro, de sus cabellos, el contorno de sus uñas, el terciopelo de sus puños. Ella espera, tumbada en la cama, que ese estado difuso de felicidad se concrete, que se encarne y se convierta en una felicidad

mayor aún. Está al acecho, palpita, duda, busca, ríe por lo bajo, se troncha de risa, no quiere saberlo aún, ¡todavía no! ¡Que esta espera dure un poco más, que esta duda deliciosa se eternice! ¡Se pasa los dedos por los labios y se echa a reír a carcajadas, se acuerda! ¡Se acuerda! ¡Él me besó, él me besó! Apoya los labios en la mano, finge un beso, rueda sobre la cama, se envuelve con la sábana y baila, un, dos, tres, un, dos, tres, él me besó, vuelve a decir las palabras, las frases que pronunciaron anoche sus bocas pegadas, encajadas, dispuestas a fundirse una con otra, abrazadas, prisioneras, Calipso se rasca la nariz, las hormigas han vuelto transformadas en lentas colonias, esto es nuevo, se dice, es el beso que me aturde, ¡oh, es él, es él! ¡Y Gary Ward es aún más grandioso, ella no está a su altura, desearía que él estuviera allí, no, no quiere que la vea así, sería demasiado fácil, parecería una presa, tiene que inclinarse otra vez, que olerla, oh, sí, ese olor a lavanda, la cabeza le da vueltas llenas de sentimientos y de palabras, es tan intenso..., y le pide a la Virgen de yeso del jardín que interceda para enviarle un poco de majestuosidad, de distancia, un poco de prestancia, por favor! ¡Oh, sí, un poco de contención para que él me conquiste, que esté nervioso, que no le caiga en las manos sin más! ¡Virgen María, por favor, quiero provocar un incendio!

Se calla, arruga la nariz, oye sus palabras convertidas en notas, escucha otra vez, una nota, otra nota, ¡parece el kirie de la *Pequeña misa solemne* de Rossini! ¡El piano se lanza, galopa, galopa, y la emoción aumenta, aumenta, ella está a punto de explotar!

La *Pequeña misa solemne* se ve interrumpida por el timbre del teléfono. Calipso hace una mueca, vacila antes de descolgar, pero el timbre insiste y ella extiende el brazo, dice: diga, diga para mantener al intruso a distancia, se incorpora, *abuelo, abuelo,*[15] ¿eres tú? Él ha hecho progresos sorprendentes y ahora ya habla, no muy deprisa, a trompicones todavía, pero se expresa y ella le entiende. Va a decírselo a él, va a hablarle de toda la luz y del aire maravilloso, del sol y la potencia de esta pasión nueva, ¡*abuelo*, él me ha besado, me ha besado, Gary, Gary Ward, mira, he dicho Gary, me he acercado a él, él se ha acercado a mí, y le he avisado de que esto era serio, que para mí era tremendo! Y lo cuenta, porque, si no lo cuenta, se borrará, desaparecerá y además puede que lo haya soñado, ¡no, no, no lo ha soñado!

—¿Él te acompañó? ¿Subió todas esas calles hasta la casa de

Míster G.?

Ulises parece impresionado.

—¡Subimos Madison a pie, él, el violín y yo! Paseamos, paseamos, cogidos de la mano, con los dedos unidos como los enamorados, aunque, aunque no lo sabíamos aún..., él y yo, yo loca de contento, él muy dispuesto, yo muy puntillosa, él muy atento a las palabras que yo decía y eso era el amor, *abuelo*, era el amor que se posaba, y oí cantar a los pájaros. ¿Es eso el amor, *abuelo*? ¿Es eso? ¡Cuando ya no puedes moverte sin pensar en él, sin preguntarte qué hace en este momento! ¿Y su risa, y su piel y su boca? ¿Cuando le llevas siempre contigo, incluso cuando duermes, incluso cuando extiendes el brazo? ¿Lo sabes tú?

—Lo supe en otro tiempo, *amorcito*. En otro tiempo.

—¿Tú has sentido esta parálisis en la cabeza, en las piernas y en los brazos?

—La sentí una vez.

—¿Y acariciaste el cielo?

—Y acaricié el cielo.

—Entonces conoces..., conoces todas esas emociones, ese hormigueo y ese picor en la nariz.

—Sí —dice Ulises, y carraspea.

Se queda callado. Ella le oye respirar más fuerte al otro lado del teléfono. Le oye tragar saliva.

—¿Míster G. le vio? —pregunta él, como si quisiera cortar de cuajo unas emociones que le asfixiarían.

—No. No subió.

—¡Oh! ¡Habría podido hacerme un informe!

Ulises tartamudea otra vez, se atasca y las palabras se quiebran. Y cuando se lanza, habla como una metralleta por miedo a pararse y no volver a arrancar.

—¡Un informe! —se indigna Calipso—. No hace falta ningún informe.

—Sí. Me habría descrito cómo te miraba, si te comía con los ojos, o si se mantenía a distancia, como el tipo que ya ha ganado y se lava las manos.

—¿No me crees, *abuelo*? Si lo digo es que lo sé, es que mi piel y mi alma lo saben, tú me conoces, me he mantenido mucho tiempo al margen de este instante, no sé qué esperaba. ¡Pero sabía que iba a ser inmenso y misterioso! O que no sería.

—¡Tú no sabes nada! ¡Eres demasiado joven! —Ulises se altera.

—¡Eso son idioteces! ¡No es propio de ti! ¿Por qué te enfadas?

—No me enfado.

—Sí. Los hombres se enfadan constantemente. Gritan, dan golpes, pretenden dar miedo. Creen que así impresionan, pero es mentira. No impresionan a nadie. Y de todos modos, ayer Míster G. era incapaz de ver nada, tenía los ojos llenos de rabia, de desesperación, sufría y escupía, yo le oía desde mi habitación, ¡gritó hasta quedarse sin voz!

—¿Él solo? ¿En su cocina?

—No, no estaba solo. Había una mujer con él. Una norteamericana rubia un poco ajada, con pinta de abandonada. Llevaba anillos bonitos y tenía los dedos largos, finos, cuidados, pero daba pena. Lloraba. Pero yo no me quedé mucho rato con ellos y no pude averiguar nada más.

—Esto es nuevo. ¡Una mujer en su vida!

—¿Tú crees que es eso?

—¡Si se peleaban es que se conocían bien!

—¡Anoche él estaba furioso! Se le salían los ojos de las órbitas y la señalaba con el dedo, la mandaba callar, quedarse sentada.

—¡Deben de ser íntimos, *amorcito*! Eso era una discusión doméstica. El amor también son discusiones y gritos.

—¡Eso nunca!

—Sí. Pero no es para tanto. Se reconciliarán, se amarán y un día ella te abrirá la puerta sonriendo.

—Pues parecía que Míster G. estaba realmente indignado. En un momento dado ella se levantó, como si quisiera retenerme, pedirme que me sentara a su lado para que habláramos las dos, y entonces él se lo prohibió, se lo prohibió, ¿me oyes?, le prohibió que se me acercara y le gritó: «¡Déjala en paz, Emily!».

—¿Le dijo QUÉ? —pregunta Ulises acentuando muchísimo el ¿QUÉ?

—«¡Déjala en paz, Emily!», y gritó tanto que ella se volvió a sentar de golpe. Con los brazos colgando. Parecía que él no quería que yo la viera. *¿Abuelo? ¿Abuelo?* ¿Me oyes?

Él no contesta. Ella se asusta, cree que ha tenido un ataque, que se ha caído, que se ha hecho daño, repite: *abuelo*, ¿estás ahí? ¿Me oyes? *¡Abuelo!*

Golpea el teléfono, chilla.

—Estoy aquí —dice Ulises con un deje cavernoso.

—Has cambiado el tono de voz. ¿Por qué? Yo lo oigo todo, ¿sabes?

Después de un silencio prolongado, él pregunta:

—¿Cómo es esa mujer?

—Es rubia, delgada, tiene pinta de rica, de alguien que sabe vestirse, y también parece infeliz. Debe de tener cuarenta y cinco años, está un poco operada, ya sabes, como las mujeres de aquí, tan artificiales y al mismo tiempo muy perdidas, muy inseguras, siempre mirándose al espejo para disimular las arrugas.

—¡Eso que describes es solo una imagen! —dice él con tristeza—. ¿Estás segura de que esa mujer es real?

—Segura, *abuelo*.

—Es un fantasma —añade él como si hablara consigo mismo—. Es un fantasma.

La mujer no es un fantasma. Vuelve a menudo y Míster G. le abre la puerta. Furioso, pero le abre la puerta. Como si no pudiera hacer otra cosa. ¿Así que esta mujer tiene poder sobre él? Ella se sienta en una silla al lado de la mesa, junta los dedos y se ponen a hablar los dos. ¿De qué? Calipso no lo sabe, pero la señora rubia se empeña, no cede. Parece que a Míster G. se le han agotado los argumentos y la paciencia. Discuten, razonan, se pelean con vehemencia, pero siempre se callan cuando ella empuja la puerta.

Calipso les observa. Le gustaría mucho saber qué pasa entre ellos.

Pero la verdad es que tiene otra cosa en la cabeza.

Gary la acompaña a casa todas las tardes. Caminan por las calles de Manhattan, con las manos enlazadas, suben por Madison, ella ve pasar los autobuses que ya no coge. El M1 y el M2. Él compra un helado, una manzana en una tienda de la esquina de una calle, dice que le gusta mucho comprar las cosas una por una, así las aprovecha, las saborea. Cuando tienes demasiadas cosas, no les sacas partido. Así que se comen la manzana o el helado haciéndolo durar y durar. No tienen prisa. Se besan al pie del edificio de ladrillo rojo. Se apoyan contra el muro, apartan el violín, todavía conservan el gusto de la manzana o del helado de chocolate y degustan los últimos sabores en los labios del otro. No van más allá, ponen mucho interés en ser

lentos, muy lentos, en disfrutar de cada instante.

Y la cabeza le da vueltas. Y los árboles se ponen del revés...

A menudo, cuando Calipso entra, la señora rubia está allí, en la cocina. Los dos discuten con acritud, pero se callan en cuanto ella empuja la puerta. Siempre. La señora se vuelve hacia ella y dice: Calipso, Calipso. Míster G. se interpone ¡ya está bien, basta! ¡Tú, vete a tu habitación!

Emily, pues ese es su nombre, se inclina hacia ella y, cuando dice Calipso, el cuello se le alarga, los ojos se le agrandan, y tiene una mirada profunda, llena de preguntas. Y huele a un perfume que Calipso conoce. Un aroma suave, no uno de esos perfumes norteamericanos que te irritan las fosas nasales, no, un perfume sutil. Con esencias de verdad. Calipso distingue cada fragancia. El olor a mandarina, a naranja, a hoja seca de violeta con una pizca de cananga, a rosa poivrée�, a vainilla. Detecta esos aromas, sabe que los conoce, los ha olido antes en un vestido, en un echarpe, una tela. Es un olor del pasado, se dice, un olor que conozco.

No solo es eso lo que le intriga de Emily. Está esa sensación de conocerla. ¿Será una actriz? Pero Calipso no cree que lo sea. Se lo preguntó como si nada a Míster G. ¿Tu amiga es famosa? ¿Es una estrella de cine? Él explotó. ¡Una estrella! ¿Porque sale en la tele? ¡Esa no es nadie, cualquier día de estos pueden cargarse su programa! Es una pobre mujer, Calipso, una pobre mujer dispuesta a todo para llenar su vida vacía. ¡Porque la tele no te llena la vida, más bien la arruina! ¡La tele es como una bañera que se vacía!

El trabajo de Emily consiste en mostrar su cara en pantalla, por eso ella creía conocerla.

—¿La gente la reconoce por la calle? —pregunta entonces.

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —vocifera él.

—Bueno..., eres su amigo.

—No soy su amigo. Es una antigua conocida que ha vuelto a encontrarme y ya no me suelta. ¡Le gustaría que saliera en su programa y yo me niego!

—¿Querría que tú salieras en su programa?

—Sí. ¿Te sorprende? Yo he sido un gran músico, ¿sabes?, y cuando la conocí ella no era nadie. Solo era una mocosa que se arrastraba por los clubs de jazz. ¡Y ahora se me pega y no me la quito

de encima!

—¡Debería halagarte que una estrella de la tele te acose! Eso quiere decir que te admira, que quiere que vuelvas a los escenarios...

—Cállate, tú no sabes nada.

Míster G. no cede.

Y Emily siempre vuelve.

Llama a su puerta o le aborda en la calle.

Y él siempre se ve obligado a hacerla subir, porque un día será con Calipso con quien se encontrará en la puerta del edificio, ¡y entonces, entonces, no se reprimirá! ¡Se montará un follón, y habrá muertos, y llanto y crujir de dientes! Él está obligado a evitar eso. No tiene alternativa.

—¿Y cómo me encontraste? —le preguntó él.

—Conozco a los productores de *60 minutes.* Les pedí la dirección de Calipso y me la dieron. Yo no sabía que vivía en tu casa.

—¿Y te la dieron, sin más? ¿Sin preguntar nada? ¿O también te abriste de piernas con ellos?

—Eso es vulgar, muy vulgar. No es propio de ti. Antes eras más sutil.

—¡Eso es lo único que sabes hacer, abrirte de piernas y sonreír en la tele!

—¿Crees que así conseguirás ofenderme y desanimarme?

—Pero ¿qué quieres?

—¡Es mi hija!

—¿Desde cuándo es tu hija? ¿Desde que la viste en la tele? Pero cuando estaba en la cuna y tenía apenas un día, ¿qué hiciste? ¿Quieres que te refresque la memoria? Te marchaste. MARCHASTE.

Ese es siempre el momento en que él pierde el norte y empieza a gritar, porque en ese momento surgen los recuerdos y le dominan.

—Tú la abandonaste. ¡Preferiste a tus padres blancos y ricos, el gran apartamento de Park Avenue y esos novios vanidosos y perfumados, a esa niñita en su cuna! Y veinticinco años después tienes la cara de decir: es mi hija. Pero «mi hija» es levantarse de noche cuando llora, «mi hija» es tener fiebre cuando ella está enferma, «mi hija» es vivir un infierno cuando la operan, «mi hija» es hacer páginas y páginas de caligrafía y de sumas, darle vitaminas, clases de violín, ¡no es venir a buscar a una jovencita bien alimentada, bien cuidada,

ya criada, atiborrada de amor! El día que te fuiste, te fuiste para siempre.

—¡No puedes decir eso, Míster G.! Tú no sabes cómo he sufrido.

—¡Sentimientos de niña rica! ¡Sentimientos que repites porque los ves en la tele! ¡No estás en la televisión, estás en la vida! ¡LA VIDA!

—¡La vida es que una madre y su hija vuelvan a reunirse!

—¡Pero una madre, una de verdad, no abandona a su hija! ¡Una madre, una de verdad, se va con su hija en brazos pensando que saldrá adelante, que la criará, que se dejará la piel por ella, que recibirá golpes y humillaciones, pero la acunará cada noche!

—Es mi hija.

Míster G. se muerde los puños, aparta la mesa, tira al suelo el periódico, las conservas, las latas de cerveza, un paquete de arroz y sus gafas.

—Si la quieres como dices, ahórraselo. Ahórrale el trago de tener que repensar toda su vida: que Óscar no es su padre y que Ulises no es su abuelo. ¿Y Rosita? ¿Has pensado en Rosita? No, tú solo piensas en ti. Tú. Tú. Tú.

—Es mi hija. Contra eso no puedes nada. Tienes que dejar que la vea. Si no iré a buscarla y hablaré con ella.

Míster G. se abalanza sobre ella gritando.

—¡Si haces eso te parto la cara! ¡Eso ya lo sabes, y por eso vienes a mendigar de este modo indigno, porque tienes miedo de no volver a salir en la tele si te destrozo la cara!

—Lo único que te pido es que dejes que me acerque a ella... —murmura Emily.

—¡Pero cállate, por favor, al menos ten el pudor de callarte! ¿Crees que no has hecho suficiente daño ya? ¡Le prometiste a ese atontado de Óscar que te casarías con él, te entregaste a él una noche para hacerle creer que era el padre, le tentaste con la carta verde, la nacionalidad, la legalidad, y luego te largaste! A mí Óscar no me gusta, pero tiene motivos para sentirse humillado, ¿no?

—¡No merecía otra cosa!

—Puede, pero aun así... Piensa en Calipso. Déjala avanzar, déjala crecer, amar, aprender, no le eches encima la tragedia familiar. Ya ha sufrido bastante, golpes, insultos, malos tratos, pero siempre ha vuelto a levantarse y se ha convertido en una persona estupenda. Sigue tu camino y déjala tranquila. Ahora es feliz, y lo que tú le dirás no la

hará feliz. Le provocará una tristeza atroz. No siempre es bueno decir la verdad. ¿Tuviste ganas de decirles la verdad a tus padres cuando te viste frente a la cuna de tu hija en el hospital? No. Y cuando cogiste el avión para volver a Nueva York a escondidas, con el vientre plano y libre de aquel fardo vergonzoso, ¿tuviste ganas de decirle a la azafata: espere un momento, por favor, voy a buscar a mi hija? No. Te abrochaste el cinturón y te fuiste. Sin darte la vuelta. Sin lamentarlo.

—¡Era muy joven! —rechista Emily.

—¡La abandonaste, se la entregaste a esa bestia que la molía a golpes de llave inglesa! Porque habías comprendido que él pagaba el pato.

—Como Ulises no quería saber nada de mí, decidí hacerle creer a Óscar que él era el padre. Solo me acosté con él por eso. ¡Y solo un par de veces! Para poner celoso a Ulises. ¡Yo era una niña!

—No. Eras egoísta, cobarde, interesada. Utilizabas a las personas. ¡Utilizaste a Ulises, y prefiero no saber por qué! Utilizaste a Óscar. ¡Te has aprovechado de los tíos para hacer carrera! Y ahora ¿de quién te aprovechas? ¿De una chica de veinticinco años para jugar a las mamás? ¡Es patético!

Emily se defiende.

—¿Es que tú siempre has sido perfecto?

—No, pero al menos he sido valiente. He asumido mis tonterías. Tú no.

—Tú siempre consigues quedar bien —protesta Emily.

—Calipso no te servía para nada y la abandonaste. ¿Cómo pudiste abandonar a un bebé?

Míster G. levanta los puños al cielo.

—Si no tuviste el valor de reconocerla cuando era un bebé, ¿por qué vas a tener valor ahora? Me has dicho que tenías un amante y que estaba a punto de casarse contigo, ¿le has dicho que tienes una hija?

—No.

—¿Y por qué?

—No le gustan los niños. No quiere tener hijos.

Emily baja la cabeza.

—¡Ah! ¿Ves?, me gustas más cuando no me mientes. ¿Y tendrías la valentía de sacarte de repente de la manga una hija de veinticinco años?

—Creo que sí.

—¡Lo crees! ¡Pues no basta con creerlo!

—Lo haría poco a poco.

—¿Sabes lo que harás? Cogerla y tirarla. Y hacerla desgraciada. La abandonarás por segunda vez.

—Quizás no...

Míster G. ruge y golpea la mesa con las dos manos.

—¡CALLA! ¡Ya basta! No quiero oír nada más. Tú tenías veinte años, Ulises tenía cincuenta, lo pasasteis bien una temporada, nada más. Fin de la historia. Él pensó en Rosita y no quiso reconocer a su hija, tú pensaste en tus padres y tampoco quisiste reconocerla.

—No sabía nada, Míster G., no sabía nada de nada.

—¿Quieres que te diga una cosa?

Ella le mira, sin decir nada.

—¡Sigues sin saber una mierda!

—¿Y qué me cuentas, hoy?

Antoinette ha dejado su reloj de arena en una esquina de la mesa larga de Hortense y está de pie, en sujetador y bragas, dispuesta para otra prueba.

—¿Es obligatorio el reloj de arena? —pregunta Hortense, a quien le incomoda ver ese trasto.

—¡La vida es demasiado corta para aburrirse más de tres minutos seguidos! —contesta Antoinette y se alisa el pelo con los dedos—. Yo te presto mi cuerpo y tú me nutres la cabeza. *It's a deal!*[16] ¡No intentes hacerme una jugarreta!

—¡No me atrevería! —suspira Hortense—. Pero me estresa tener esa cosa delante. Tengo la sensación de estar en un examen.

—Ignóralo. Sé más fuerte que él. Solo se trabaja a base de superar obstáculos.

Hortense se encoge de hombros, coge un rollo de tela, se le ha ocurrido una idea esta noche y querría probarla con Antoinette.

—¿Así te va bien? —pregunta Antoinette con las manos en las caderas y la barbilla alta.

—Sí. Y relaja un poco los hombros...

Hortense da vueltas a su alrededor y reflexiona. Ha leído de una tacada el libro que le prestó Elena de Joan DeJean *Du style: Comment les Français ont inventé la haute couture, la grande cuisine, les cafés chic, le raffinement et l'élégance.*[17] Debe reconocer que no se ha aburrido. Y que sabe cómo parar el reloj de arena.

—Érase una vez un rey de Francia bueno... —empieza, intentando no tragarse los alfileres que sostiene entre los dientes.

—Imposible —interrumpe Antoinette—. Los reyes no son buenos, son tiranos.

—No todos.

—Imposible.

—Bueno... Érase una vez un rey de Francia muy alto...

—Imposible, en aquella época todos los hombres eran bajitos.

—Luis XIV era alto. Un metro ochenta y cinco como mínimo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Eso cuánto es en medidas inglesas? —la interrumpe de nuevo Antoinette.

—Vaya, ¿siempre eres tan cargante? —replica Hortense.

—Siempre. Me gusta ser precisa. Cuando algo es preciso, se me graba; si no es preciso, no se me graba.

—Cuando te dedicas a Spinoza, ¿también eres cargante?

—No, él me impresiona. Tu Luis XIV de momento no me produce el menor efecto.

—Era un genio.

Antoinette se encoge de hombros y Hortense la llama al orden.

—Te he dicho que no te muevas. Pues Luis XIV era un rey carismático dotado de un gran sentido del estilo, de la historia y del gobierno del país. Al principio de su reinado, Francia no era especialmente sinónimo de elegancia o de lujo. Otros países como Inglaterra, Italia e incluso Holanda le llevaban ventaja. Y sin embargo, al final de su reinado, es decir, setenta y dos años después, el mundo entero se inclinaba ante los franceses y les consideraba árbitros incontestables del estilo y del buen gusto. Francia había inventado el lujo, se había convertido en una superpotencia comercial y había arrinconado a todas las demás.

—Lo cual sigue siendo cierto —reconoció Antoinette, picada por la curiosidad.

—Las arcas del reino estaban vacías, había que llenarlas, y para eso había que encontrar un concepto. Luis XIV decidió que sería el lujo, la moda, el refinamiento; en resumen, la elegancia a la francesa. Todo tenía que ser perfecto. Desde los jardines de Versalles a las pelucas de las damas de la corte, pasando por el arte de la buena mesa, los vestidos y los trajes. Transformar a franceses y francesas en

gourmets y en reinas de la moda se convirtió en un asunto de estado. Para ese empeño, el rey contaba con un aliado notable, el supervisor general de finanzas, Jean-Baptiste Colbert.

—¿Coleberte?

—No, Colbert.

—¿Como ese de la tele?

—Por ejemplo. Pero deja de interrumpirme o se me olvidará todo.

Hortense coloca un trozo de tela alrededor de la cadera de Antoinette y continúa:

—Así que podría decirse que Francia entró en la etapa de creatividad más impresionante de su historia por necesidad, y que a finales del siglo diecisiete, cuando el rey murió, habían sido inventados los dos conceptos indispensables para la reputación del país y su balanza comercial: la cocina de calidad y la alta costura.

Antoinette ya no dice una palabra. Absorbe los nuevos conocimientos y se deja manipular por Hortense sin protestar.

—El rey controlaba todos los detalles. Buscaba ante todo el refinamiento, ya fuera en los cisnes del parque de Versalles o en la elaboración de una *crème brûlée*, los vestidos de las mujeres de la corte, los faroles de la capital e incluso los talones de los escarpines masculinos. Todo debía rozar la excelencia. Y el escrupuloso Colbert se aseguraba de que cada producto creado a partir de la imaginación del monarca se elaborara exclusivamente en Francia y por trabajadores franceses, consiguiendo de este modo una gran entrada de divisas. Colbert se ocupaba también de que estas mercancías se exportaran a toda Europa, Turquía, Rusia, y de que se expandiera por todas partes la idea de que «lo bello» venía de París, y que sin el sello «Fabricado en París» la prenda más bonita no era más que un andrajo informe. El rey y el ministro formaban un equipo perfecto. La cultura y el instinto eran cosa del soberano y la misión de llenar las arcas del financiero. Y todos los artistas, todos los artesanos, los sastres, los joyeros, los peluqueros, cocineros, bailarines, decoradores les seguían, impulsados por el entusiasmo del rey…

Y la prueba continúa sin que Antoinette se canse. Hortense coloca alfileres, ajusta la tela, gira alrededor del cuerpo inmóvil de su modelo, articula un brazo, endereza un hombro y desgrana las frases del libro sin tener que pensar siquiera.

El reloj de arena, olvidado, sigue en una esquina de la mesa sin que le hayan dado la vuelta ni una sola vez.

Esta tarde, en la calle Éperviers, se puede presenciar un espectáculo extraño. Un hombre alto y esbelto avanza llevando en brazos algo que parece la mitad de una mujer. Un cuerpo partido en dos. En un lado, una pelambrera y dos brazos que emergen de una blusa negra, y en el otro...

En el otro, no hay nada.

Ni zapatos, ni piernas. Como si un dibujante bromista hubiera borrado las pantorrillas, las rodillas, los muslos y los pies para conseguir un efecto gracioso. Un tronco con dos brazos. Eso es lo único que él quería dibujar. Y supuestamente hay que deducir que es una anciana, porque tiene el pelo canoso, unas arrugas profundas y unos ojos negros hundidos con un destello malévolo.

El hombre ha aparcado su coche, un Maserati precioso, en el parquin del edificio y avanza con paso firme.

Visto de espaldas camina con gallardía, sin doblarse ni encogerse, pero de cara tiene las mandíbulas crispadas, la mirada perdida, y un par de lágrimas ruedan por sus mejillas.

—No llores, cariño mío —dice la media mujer—. Aún no estoy muerta, todavía no he dicho mi última palabra.

—No lloro, mamá, es que el viento me irrita los ojos.

La mujer abraza un viejo bolso negro de polipiel y lo abre para sacar un manojo de llaves.

Vienen de la clínica Montretot de París, donde a la media mujer le han amputado la pierna que le quedaba. Fue el vicegobernador quien les recomendó ese centro. Él se operó de varices allí el año pasado.

Ellos entran en el edificio y el hombre sube los escalones hasta el entresuelo sin desfallecer.

—Ya te he dicho que habríamos podido subir en ascensor, esto no tiene sentido —dice la mujer apretando el manojo de llaves contra el pecho.

—Llegamos igual por la escalera.

Y además, piensa él, así no nos encontramos con nadie. No lo dice, pero la media mujer le contesta como un eco:

—Tienes razón, cariño mío, no sirve de nada dejarme ver en este estado. Nunca hay que dar pena. Es el principio de la decadencia.

Y se aferra al cuello del hombre con sus brazos robustos.

Este hombre y esta media mujer forman una pareja. No necesitan hablar para entenderse, y si el hombre miente y dice que no llora, es

por respeto al coraje y la sangre fría de la mujer.

Entran en el piso, y el hombre deposita con cuidado a la mujer sobre la cama de su dormitorio. La cubre púdicamente con una colcha y se tumba a su lado.

Mira al vacío sin decir palabra. De vez en cuando alarga la mano para acariciar la pierna de la mujer, pero se reprime.

—Sé fuerte, hijo mío.

—¿Qué le has hecho tú al Señor para merecer tal cosa?

—He trabajado demasiado, he tensado demasiado la cuerda, nada más. De la mañana a la noche, siempre de pie, siempre trabajando como una mula. Pero la fuerza la sigo teniendo.

Y se golpea el pecho.

—¿Y sabes por qué?

Ray menea la cabeza con los ojos llenos de lágrimas, y su mano vuelve a buscar a tientas las piernas que no están.

—Porque tú estás aquí, cariño mío. Tú eres toda mi vida y siempre lo has sido. Mientras estemos los dos juntos, nunca seré desgraciada, ¿me oyes? Nunca. Me lo pueden quitar todo y cortarme en pedazos, pero si tú estás aquí, yo sigo viva y fuerte.

Ray reprime las lágrimas y asiente.

—Yo también te quiero, mamá.

—¿Ves...? ¡Estas palabras valen más que todas las piernas del mundo!

—¡Ay, mamá! —dice él con un sollozo—. ¡No digas eso!

Ella mira a su hijo extasiada. Junta las manos y las mueve, como esas campesinas que dan gracias a Dios ante el exvoto de una capilla oscura. ¡Qué guapo es! Pero ¡qué guapo! Nunca ha visto a nadie tan alto, tan corpulento, con esos ojos negros y altivos, el torso ancho y fuerte. Es una obra de arte.

—Habrá que hacer volver a esa —dice cambiando de tono—. ¿A qué esperas para llevártela a la fuerza del hospital?

—Lo he intentado todo, mamá. Lo he intentado absolutamente todo. He enviado a Turquet, amenacé a Duré. Le emborraché, hice que le detuviera la policía y le encerraron en una unidad de rehabilitación. Fui a verle, le expliqué que si no me la entregaba, yo no intervendría en su favor y que corría el peligro de que le expulsaran del Colegio de Médicos.

—¿Y? — pregunta Fernande con el cuello erguido, implacable.

—Se negó. Me dijo: no cuentes conmigo, ¡mándame al trullo, me

da igual!

—¿Dijo eso?

Fernande está estupefacta. Se revuelve en la cama, da puñetazos en la colcha.

—No te pongas así, mamá, no te conviene.

—¡Pero yo creía que ese Duré era un blandengue!

—Yo también, y le tenía dominado. Hasta ahora. Me obedecía a ciegas. Pero… ya no quiere saber nada. Dice que le da igual, que le faltan dos años para jubilarse, y ya no puedo presionarle con nada. ¿Cómo lo haremos? ¿Cómo nos organizaremos? Tienes que ser razonable y aceptar que venga alguien a cuidarte. Yo no puedo estar aquí metido a todas horas.

—¡Ni hablar! —grita Fernande apretando los dientes—. ¿Para que todo Saint-Chaland esté al corriente de lo que pasa en mi casa? No, muchas gracias.

—¡Pero si no pasa nada! ¡No hay nada que contar!

—Yo sé cómo es la gente. Todos van con mala intención. Les encanta contar mentiras, airear chismes. Ya sufrí mucho cuando tú naciste. Me señalaban con el dedo, hablaban a mis espaldas. Decían que era madre soltera, algo vergonzoso. ¡Nunca más! No quiero a nadie en mi casa.

—Pues ¿cómo lo haremos?

—¡Ve a buscarla!

—Pero no…

—¡Que vayas a buscarla, te digo! Es tu mujer, no puede negarse. ¿Cuánto tiempo hace que vaguea en ese hospital, eh? ¿Te parece normal eso? Y durante todo este tiempo, yo me lo tengo que hacer encima, ir empapada de pipí. ¡Es ella quien debe ocuparse de mí!

—Pero si Duré no quiere… Él es el único que puede darle el alta.

—Ese Duré se arrepentirá. Le expulsarán.

—Pero eso no pasará ya mismo. Tardará un tiempo. Primero tengo que presentar una denuncia en el Colegio de Médicos y tiene que pasar por un tribunal, que hay que convocar… ¡No se consigue en veinticuatro horas!

Fernande menea la cabeza y cruza los brazos, furiosa. Mira a su hijo a su lado, abatido. Parece totalmente desamparado y muy infeliz. ¡Como aquella Nochebuena en que no pudo comprarle el camión de bomberos que le había pedido! Eso le duele en el alma.

—Lo solucionaremos entre los dos, hijo.

Ray suspira. Le gustaría mucho que se solucionara sin él.

—Cuando estamos juntos somos más fuertes, ¿verdad? Siempre hemos formado un equipo estupendo tú y yo.

Ella le coge la mano, la aprieta, le sonríe con ternura, casi con coquetería.

—¿No estamos bien así, los dos?

Él sonríe con tristeza y no dice nada. Violette le espera esta noche. Tendrá que levantarse otra vez de madrugada para volver con su madre, ponerle una venda limpia, darle las medicinas, cambiarle el pañal. Llevarla a la trona. Asearla, curarla, cogerle la mano, escucharla. Ya no puede más. Matará a palos a esa que sigue en el hospital, lo hace adrede, seguro.

—Nos organizaremos, no te preocupes —insiste Fernande—. Tú puedes seguir ocupándote de tus asuntos, yo ya me espabilaré. ¿Sabes?, cuando yo era pequeña un verano pasó un circo por Saint-Chaland. Había una artista tullida que se llamaba Miss Nikita. Era una enana muy bien proporcionada, con una cara espectacular pero sin piernas. Se movía con la agilidad de un gato, ¿y sabes cómo lo hacía?

Él dice que no, le importa bastante poco Miss Nikita.

—¡Andaba con las manos, Raymond, con las manos! ¿Te das cuenta?

Es muy capaz, se dice él, es capaz de aprender a andar con las manos. Por mí.

—Encontraré una solución y no seré una carga para ti. Mamá está aquí. Mamá siempre ha estado aquí para ti. Mamá es fuerte.

Tiene razón, se dice Ray. Ella siempre tiene respuesta para todo. Fue ella quien tuvo la idea de que me casara con Léonie, ella quien había dictado el contrato de matrimonio, ella quien había decidido que vivirían los tres en el pisito para no gastar dinero. Léonie sería la criada. Solo vale para eso, decía ella. Y también era ella quien invertía su dinero, quien se informaba por la prensa de los planes de ahorro más rentables, quien telefoneaba a los bancos, discutía, argumentaba. Él no era nada sin ella, y aunque la viera mermar día a día, esta horrible enfermedad no tenía por qué devorarla por completo.

Se levanta, va a servirse un vaso de vino a la cocina.

—¿Quieres un vaso de agua, mamá?

—Hazme un café, ¿quieres?

Ray calienta agua. Escucha el gorgoteo del hervidor. Tiene ganas de pegar a alguien. Lanza un grito de rabia y se muerde las falanges. ¡Y ese cerdo de Duré que no se arruga! Fue a verle a su celda, le obligó a tomar una decisión.

—Si le das el alta a Léonie, la poli eliminará tus antecedentes por conducir borracho. ¿Sabes lo que te juegas?

—Sí —dijo Duré mirándole a la cara—. Mira, Ray, monta el trapicheo que quieras, no me importa, me doy asco y nunca volveré a ser tu cómplice.

Tuvo que recurrir a todo tipo de amenazas. Duré no cedió.

—No puedes imaginar hasta qué punto me siento mejor, desde que decidí que esto se había acabado. Me has jodido la vida, Ray, pero se acabó. Pienso empezar de cero.

—¡A tu edad eso es una ridiculez! —replicó él a gritos.

—¡No, es un estímulo!

Finalmente los policías acabaron soltándole. Hubo uno que incluso murmuró: ¡como mínimo tiene huevos! ¡Le admiraba! Es el colmo, había pensado Ray. ¡Vivimos en un mundo de locos! Ya no quedan valores.

El hervidor ha dejado de gorgotear. Ray prepara el café. Se lo lleva a su madre.

Se fija en los muñones de Fernande. Dos muñones patéticos que la harán sufrir durante el resto de su vida.

Reconoce el broche que él le regaló en Navidad, un broche de brillantes, e interpreta como un desafío la mirada torva y decidida de su madre. Todavía no estoy acabada, parece decir mientras se apoya en sus brazos, ¡mira!, ya empiezo a hacer ejercicio para muscularme.

—¿Estás bien, mamá? ¿Estás segura? —Le tiembla la voz.

—No te preocupes, hijo mío. Ve a ocuparte de tus cosas. Tráeme la palangana, y ya me las arreglaré mientras espero que vuelvas.

Él va a buscar la palangana, se la da y sale prometiendo volver lo más pronto posible.

Masacraré a Léonie, la recuperaré aunque tenga que andar con las manos para conseguirla, rumia Fernande en la cama. Las cosas no han acabado entre nosotras. ¡Ah, ellos me obligaban a comerme las hojas de alcachofa que sobraban de la mesa, después de haberlas chupado y rechupado! ¡Y esa se cree que se librará así como así! ¡Como si no

tuviera culpa! El padre y el hijo están muertos, ella tiene que pagar por ellos, y todavía no ha terminado de pagar. Yo acabé con su aventura con ese parisino finolis. Aquello estuvo muy bien. Todavía no sabe cómo me enteré. Durante todos estos años he detectado que me preguntaba con la mirada: «¿Cómo se enteró?». Bueno..., ¡eso cuando era capaz de sostenerme la mirada! Porque, al cabo de un momento, dejaba de planteárselo, divagaba, vivía en una especie de bruma. ¡De lo reventada que estaba! Pero le dio una hija a mi hijo. No lo hizo voluntariamente, pero eso da igual. A mí Stella no me gusta, pero salvó el honor de mi hijo. Acalló las malas lenguas. Porque al fin y al cabo un hombre estéril no es un hombre. ¿Cómo lo supo?, se preguntaba Léonie. Y yo disfrutaba. ¡Como si a mí pudieran engañarme, a Fernande Valenti! Yo lo sé todo. Siempre. La suerte me ha dado la espalda muchas veces, pero eso también me ha servido. Por fuerza. La felicidad y la desgracia son dos caras de la misma moneda.

Incluso la infelicidad tiene un lado bueno. Aquella noche, cuando él se me tiró encima en aquella cuneta, me desgració la vida y me convirtió en el hazmerreír de Saint-Chaland, pero me dio el mejor hijo del mundo. Mi hijo.

Y que ella se atreviera a engañarle me hervía la sangre. ¡Solo de pensarlo, todavía me indigno!

Ella no sabrá nunca cómo me enteré. Eso la perseguirá toda su vida.

Es mi venganza.

Lunes por la mañana. Stella se levanta. Estamos en junio pero esta noche ha helado. El tiempo está loco. No vale la pena intentar entenderlo, refunfuña ella, poniendo la mano sobre los radiadores fríos. Se le olvidó encargar fuel. Tendrá que llamar a Delamotte y que se lo entregue lo más rápidamente posible. También tendré que pensar en tapar el motor del camión de noche, ¿dónde he guardado la lona? Y no poner el freno de mano si empieza a helar.

Vuelve a la rutina de los lunes y de todos los días de la semana. Sale a alimentar a los animales. Las gallinas se revuelcan en la ceniza que ha expandido Georges. Las cenizas les sirven de champú seco y de antipulgas. Las partículas penetran en las plumas y matan los parásitos. A los burros también les gusta revolcarse en la ceniza. Y van a frotarse contra los troncos de los árboles.

Anoche, Julie la telefoneó. La policía ha vuelto a ir a verla para hablarle de los robos en los cementerios. Las placas, los objetos de bronce, las estatuas son el objetivo de ladrones especializados en el tráfico de metales. No les importa cometer un sacrilegio y también saquean las iglesias. Si ve circular alguna mercancía sospechosa, llámenos, señorita Courtois, contamos con usted.

—Es la rutina —suspiró Julie.

A veces Stella se pregunta si a ella esa rutina le gusta o si la soporta porque no le queda otro remedio. Aunque evita planteárselo, la duda surge a menudo y le corroe la mente, como la carcoma. Siempre le pasa cuando va en coche. Cuando se para, mira por el retrovisor y se plantea: ¿y si me marchara de Saint-Chaland? ¿Y si me llevara a Tom y me fuera a vivir con Adrian? Siempre llega a la misma conclusión: ¿cómo podría mirarme al espejo si abandonara a mi madre? Porque para vivir hay que poder mirarse al espejo, ¿no?

Y embraga bruscamente y provoca que cruja el cambio de marchas.

Se aparta el mechón rubio que le cae sobre los ojos, deja a Tom en el colegio. Adrian se ha marchado en plena noche. Ha sonado el despertador, y se ha puesto el tejano, el jersey, el anorak y las botas. Se ha inclinado sobre ella. Le ha besado un cachito desnudo del cuello que sobresalía de la manta. Ha susurrado: ¡adiós, princesa!

Ella ha oído la puerta de abajo que se cerraba despacio.

Pasos en el jardín.

Ha suspirado y ha vuelto a dormirse.

Esta mañana, como todas las mañanas, pasa por el hospital.

Asoma la cabeza en la habitación de su madre.

Léonie duerme. Todo parece tranquilo. Una enfermera le hace una seña con la cabeza, aquí estamos, Stella, vigilando, y ella le contesta con una sonrisa.

Vuelve a cerrar la puerta. Va al despacho del doctor Duré, llama. No contesta nadie. Deja sobre la mesa un papel doblado en dos donde ha escrito: «¡Aguante! Stella».

Es lo único que puede decirle.

Entra en el patio de la Chatarrería y aparca.

Ve a Julie haciéndole gestos exagerados detrás de la ventana de su despacho.

—¡Ven, corre! ¡Corre, entra! ¡Tenemos que hablar! —dice detrás de la cristalera.

Stella no la oye pero le lee los labios. Sube los escalones y entra en el despacho.

—He pasado por el hospital, quería ver a Duré. Saber si había vuelto. Si le habían soltado...

—¿Y le has visto?

—No. No estaba. Le he dejado una nota encima de la mesa.

Julie se pasa un tornillo grande de una mano a la otra y le brilla la mirada.

—La poli le ha soltado. Ha vuelto a su casa. Está decidido a plantar cara. ¡Estamos salvadas, Stella! Creo que vamos por buen camino.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha telefoneado a papá.

—¿Y...?

—¡Le ha dicho que estaba harto de tenerle miedo a Ray y que lo contará todo!

Stella se deja caer en la silla frente a Julie y abre los ojos como platos.

—¡No puede ser!

—¡Sí, sí! Todos los trapicheos, el dinero mangoneado, los pactos. ¡Quiere contarlo todo! ¡Y sabe un montón de cosas!

—Pero ¿qué puede haber pasado?

—Pues la gota que desbordó el vaso. Ray le amenazó con sacar toda la documentación que tenía acumulada contra él si no firmaba el alta de Léonie. Duré replicó que él también tenía pruebas contra él.

—¿Tú crees que es verdad?

—No tengo ni idea. Puede que finalmente sea un farol, pero la cuestión es que se ha rebelado y ahora las cosas están así. Quieren machacarse el uno al otro. Ha estallado la guerra. Ya no seremos las únicas que plantan cara...

—Me parece demasiado bonito —suspira Stella.

—Duré no parece dispuesto a ceder. Está hecho un jabato.

—Si tuviera algo lo habría utilizado antes... Lleva años cediendo.

—Yo no digo que hayamos ganado, pero es un primer paso, ¿no?

—¿Y todo eso cómo lo sabes? ¿Tu padre ha vuelto?

—Sí, esta mañana. Duré le telefoneó mientras estaba esperando el equipaje en Roissy. ¡Stella, esto es estupendo! Esto quiere decir que mantendrá a Léonie en el hospital y vigilará que no le pase nada.

—Yo no creo en los cuentos de hadas.

—Yo sí. Yo quiero creer.

—Duré no conseguirá nada solo. Es un farol. Se siente satisfecho por haber recuperado el valor y se dedica a alardear. Pero puede arrugarse tan rápido como se ha envalentonado.

Stella reflexiona un momento y continúa:

—Necesitaríamos que nos apoyara alguien más. Alguien que conozca la trama por dentro, que nos soplara información, y nosotras se la pasaríamos a Duré. Él es una persona importante y le escucharán. Pero hay que ayudarle. Si no, no aguantará.

—¿Y Violette? —sugiere Julie—. ¿No se pondría de nuestro lado?

—¡Qué dices! ¡Ray acaba de regalarle un Mercedes cupé, un anillo para cada dedo y un collar de veinte mil quilates! ¡Ha prometido meterla en un rodaje, convertirla en una estrella, y ella le lee el periódico para instruirle! Ahora son socios. Ella ha apostado por él. Es su sostén económico. Su última esperanza para llegar a ser alguien. Se ha encerrado en su mundo y no saldrá de ahí. Ha encontrado un sistema que le conviene.

—Es verdad. Está comprometida con otros.

—Había pensado que podía sernos útil, pero no tuve en cuenta cómo son las cosas en realidad.

—Seamos positivas. Tu madre se queda en el hospital y tú no tendrás que esconderla en ninguna parte para salvarla.

—Sí. Eso ya es algo. ¡Pero te repito que no nos libraremos de Ray fácilmente!

Julie cae en la cuenta, decepcionada.

—Eso no impide que en principio sean buenas noticias...

Stella la mira y sonríe.

—Tienes razón, peonza. ¿Qué programa tenemos para hoy?

—Hay que encargarse de seleccionar las placas de alu... Esas que cargaste el otro día.

—Ok.

Stella se levanta, va hacia el vestuario, se queda quieta un momento, se da la vuelta y pregunta:

—¿Ha pasado por aquí Jérôme esta mañana?

—Sí. Como siempre.

—¡Cuenta!

—Me parece que me he imaginado cosas. A fuerza de vivir sola, te inventas historias.

Stella se acerca otra vez a la mesa, pone las manos planas sobre el tablero y dice:

—¿Y el poema, eso también lo has soñado?

—¿Y si no fuera para mí? ¿Y si fuera para otra?

—Si fuera para otra, ¿por qué lo habría colado entre los papeles que te entrega cada tarde?

—No sé… A lo mejor se le coló en un descuido. A lo mejor está enamorado y quiere impresionarla. Busca palabras bonitas para impresionarla. Se inspira en poemas que encuentra en Internet. ¡No sería el primero!

—Es de ti de quien está enamorado.

—No. Yo no tengo el físico adecuado. Yo solo soy una amiga. O una jefa a quien aprecia. Nada más.

Hace rodar sobre la mesa el tornillo, que se para justo en el borde y vuelve hacia ella.

—Tu mesa está inclinada —comenta Stella.

—Esta mañana me ha pedido un anticipo. Yo le he contestado que vale y él ha dicho: «Gracias, Julie, eres una buena chica». ¿Si estás enamorado de alguien la llamas «buena chica»?

—…

—¿Lo ves? ¡No contestas!

—Porque no lo sé.

—Porque es mala señal…

Julie vuelve a lanzar el tornillo, que esta vez va más allá del borde y cae. Stella se agacha para recogerlo y lo vuelve a dejar frente a Julie.

—Enséñame ese poema —dice.

—¿El que estaba entre las facturas?

—Sí. Enséñamelo.

Julie levanta un montón de hojas, listas de cifras, folletos, y encuentra el papel donde está copiado el poema.

—Toma. —Se lo da a Stella—. Es de Charles Baudelaire. Lo pone abajo.

Stella lee el papel:

A LA QUE PASA

La avenida estridente en torno de mí aullaba.
Alta, esbelta, de luto, en pena majestuosa,
Pasó aquella muchacha. Con su mano fastuosa
Casi apartó las puntas del velo que llevaba.

Ágil y ennoblecida por sus piernas de diosa,
Me hizo beber crispado, en un gesto demente,
En sus ojos el cielo y el huracán latente;
El dulzor que fascina y el placer que destroza.

Relámpago en tinieblas, fugitiva belleza,
Cuya mirada me ha hecho renacer de repente,
Yo ignoro adónde huyes, tú no sabes adónde voy yo.

¿Jamás, lejos, mañana?, pregunto con tristeza.
Nunca estaremos juntos. Ignoro a dónde irías.
Sé que te hubiera amado. Tú también lo sabías.

—¿Es este poema? —exclama Stella señalando la hoja con el dedo.

—Sí…

—¿Y no lo reconoces?

—No. ¿Por qué?

—¿Estás de broma?

—¡Te digo que no! ¿Por qué?

—¡Porque es el que está en el libro que me prestaste para mamá! *Hombrecito.*

—¿Entero?

—No. Solo un par de frases, escritas en la parte de arriba de una página. «Fugitiva belleza, cuya mirada me ha hecho renacer de repente, yo ignoro adónde huyes, tú no sabes adónde voy yo…». ¿No lo viste?

Julie se ruboriza. Gira la cabeza. Stella comprende y se echa a reír.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando me prestaste ese libro?

Julie encoge la cabeza entre los hombros como si quisiera desaparecer.

—«Es genial, se lee como si nada y se aprenden un montón de cosas…». ¿Me dijiste eso y no lo habías leído?

Julie dice que no con la cabeza y se ruboriza otra vez.

—¡No has leído el libro! ¡Y era un regalo de Jérôme!

—Lo empecé, pero era demasiado gordo y eso me impresionaba. Me dije que él debía de quererme mucho para regalarme algo así. Con eso me di por satisfecha, no necesitaba leerlo. Me bastaba con mirarlo y pensaba en él y me imaginaba historias.

Las dos se tronchan de risa.

—Los libros no son lo mío. Pero me gustó mucho que él me hiciera un regalo.

—¡Y a lo mejor resulta que él te regaló un libro para impresionarte! ¡Sois el uno para el otro! ¡Ninguno está preparado para dar el primer paso!

—Yo, para relajarme por las noches, prefiero hacer patchwork o puzles…

—Si lo hubieras leído como yo, habrías visto que en la parte de arriba de una página alguien había escrito estos versos: «Fugitiva belleza, cuya mirada me ha hecho renacer de repente…», ¡y hablaban de ti!

—¡Oh, no! —se lamenta Julie con un gemido—. ¡Y no vi nada!

—Y desde entonces, él está esperando que le respondas de alguna forma. ¡No me extraña que no se atreva a declararse!

Stella menea la cabeza y mira fijamente a Julie sonriendo.

—Y el otro día copió todo el poema para que reaccionaras. ¡Y tú no le has dicho nada otra vez!

—No podía saberlo…

—¡La próxima vez te regalará las obras completas de Charles Baudelaire!

—¡Ay, Dios! —exclama Julie.

—Y yo que me he pasado todo este tiempo imaginándome un complot, una amenaza. Es horrible…

Stella le cuenta a Julie lo que le dijo a su madre cuando encontró la cita en el libro.

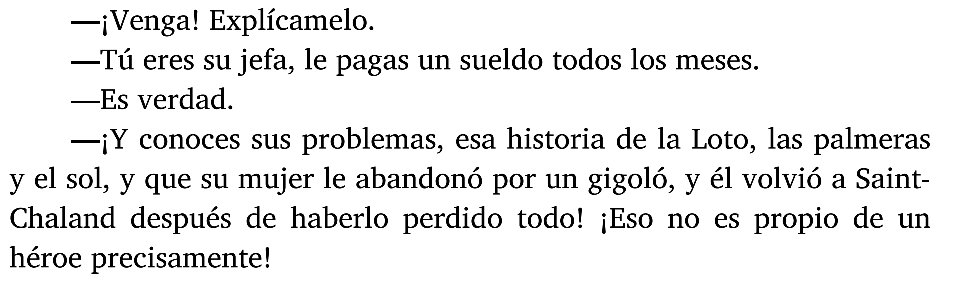
—Empecé a sospechar de Jérôme por culpa tuya. Creí que era peligroso cuando simplemente estaba enamorado…

—Entonces tú realmente crees que…

—No lo creo. ¡Estoy segura!

—¿Por qué no me lo dice a la cara?

—¿Quieres que doble la rodilla y se declare? Eso solo pasa en las películas. Y solo en las muy antiguas. Ponte en su lugar. Siempre hay



que ponerse en el lugar del otro.

—¡Venga! Explícamelo.

—Tú eres su jefa, le pagas un sueldo todos los meses.

—Es verdad.

—¡Y conoces sus problemas, esa historia de la Loto, las palmeras y el sol, y que su mujer le abandonó por un gigoló, y él volvió a Saint-Chaland después de haberlo perdido todo! ¡Eso no es propio de un héroe precisamente!

—Esto también es verdad.

—Tú vuelves a contratarle en la empresa, le ofreces un puesto de confianza. Él te ve todos los días, y comprende hasta qué punto eres una persona estupenda, única...

—¡No exageres!

—Sí, y se enamora.

—¡Dilo otra vez! —suspira Julie, en trance.

—Pero no sabe cómo decírtelo. No tiene un físico seductor...

—¡Eso lo dirás tú!

—Debe de pensar que no es gran cosa... ¡Va en bici, está medio calvo, todo el mundo sabe lo que le pasó y le considera un cornudo!

—A mí me parece muy mono con su bici. Y además, así no engorda.

Se queda callada un momento y pregunta:

—Dime, ¿me devolverás el libro?

—Sí. De momento lo tiene mi madre, pero en cuanto pueda te lo traigo.

—Porque me gustaría mucho...

—Prometido —dice Stella.

Juguetea con el tirante del mono y luego pregunta:

—¿Qué edad tiene Jérôme?

—Debe de tener cuarenta y cinco años.

—Vale, él tiene cuarenta y cinco, tú tienes treinta y cuatro, debe de pensar que es demasiado viejo o demasiado calvo o demasiado... ¡No sé! Nadie está seguro de sí mismo cuando está enamorado.

Julie mira a Stella con aire de súplica.

—¿Tú te crees lo que acabas de decirme?

—¿Tú tienes ganas de creerlo? —pregunta Stella.

—Sí.

Oyen pasos en la escalera y la puerta se abre.

Es Edmond Courtois.

Al ver a Stella se queda quieto en el umbral. Lleva un impermeable arrugado con las mangas subidas. El pantalón también está arrugado y asoman unos calcetines demasiado cortos. Va sin afeitar y parece agotado. Lleva una maleta en la mano.

—¿Estás bien, papá? —pregunta Julie, preocupada.

—Ya no tengo edad para viajar así —dice él. Deja la maleta y se seca la frente—. Todas estas diferencias horarias me cansan mucho.

—Siéntate —dice Julie—. ¿Quieres beber algo?

Él asiente con la cabeza, sonríe débilmente y se deja caer en una silla.

Julie se inclina hacia él, le da un beso, le pasa los brazos alrededor de los hombros y le estrecha contra sí.

Él se deja hacer, inerte.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí. Hazme un café.

Se diría que no ve a Stella. O que pasa la mirada sobre ella como si no quisiera verla.

—Os dejo —dice ella y se cala el sombrero.

—¡No! ¡Quédate! Nos tomaremos un café los tres —dice Julie.

—Es que tengo trabajo —replica Stella que no olvida los reproches de Edmond Courtois.

—¡Eso puede esperar! ¡Quédate, te digo!

Julie le hace un gesto para que se siente. Quiero aclarar lo de Jérôme, no te vayas, vocaliza en silencio y a espaldas de su padre. Stella sonríe, conmovida.

Edmond Courtois cree que la sonrisa es para él y se relaja. Tiene ganas de pedir perdón, de explicar que no está bien, que a veces dice tonterías, pero se azora y dice simplemente:

—Siento mucho. Lo del otro día.

Querría confesarle lo que le impide dormir, eso que le hace correr como alma que lleva el diablo, subirse a aviones, enfurecerse por un contrato mal redactado o un guiso demasiado picante, le gustaría contarle la conversación con Lucien Plissonnier, los remordimientos que le agobian. Él murió por mi culpa, ¿comprendes, Stella? Por mi culpa. Edmond intenta decirle todo eso en una mirada, y el tiempo se vuelve lento y pesado.

Los segundos duran minutos, los minutos, horas.

Julie, solícita, pone el agua a hervir y pregunta: ¿alguien quiere azúcar con el café? Ni Stella ni Edmond contestan.

—¿Queréis azúcar o no? —repite más alto.

Parece que ellos recuperan de golpe la conciencia y dicen: no, no.

—¿Leche?

—¡Tampoco! —contestan al unísono.

Y entonces Edmond Courtois inspira profundamente y suelta en un susurro, casi una exhalación:

—¿Podemos hablar tú y yo?

Stella, sorprendida, contesta: sí, cuando usted quiera.

—Te llamaré.

Ella asiente. Y detecta en los ojos de Edmond un malestar que no comprende. Extiende la mano hacia él, la apoya en su brazo y dice sin saber por qué:

—No se preocupe, es que está cansado, nada más.

—¡Aquí tenéis! ¡El café está servido! —proclama Julie y pone una bandeja sobre su mesa—. Me quedan cruasanes, no son de hoy, pero los tenía envueltos en un paño y todavía están buenos...

—¿Sabe lo que le pasó a Léonie la otra noche? —pregunta Stella a Edmond.

—Julie me lo contó por teléfono. Trataron de llevársela, ¿es eso?

Stella asiente.

—Pero la buena noticia —dice Julie— es que ahora Duré está de nuestro lado. Definitivamente.

—Sí. Me pareció decidido. Hablaba de otra manera.

—Esperemos que no se desinfle —farfulla Stella.

—Mantendremos la vigilancia durante las noches —afirma Edmond—. Puedes contar conmigo, Stella. Siento muchísimo lo que pasó. ¿Crees que podría ir a ver a Léonie?

—Eso dependerá de cómo esté.

—Puede que no tenga ganas de verme.

—No lo sé. Se lo preguntaré.

Y se beben el café en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos.

Mientras se pone los guantes, supervisa las planchas de aluminio grueso y las coloca en la máquina que las corta, Stella se reprocha a sí misma: tampoco yo sé hablar, siempre hay que descifrar lo que digo. Suelto las palabras de cualquier manera, como si tirara piedras a la cara del otro.

El otro día, con Joséphine Cortès, estuvo torpe. Fue directa al grano. «Entonces, ¿usted sabía que Lucien Plissonnier era mi padre?». Soltó la pregunta como un grito, como si hubiera que reparar una injusticia.

—Necesito tiempo para pensar. Lo comprende, ¿verdad? —había replicado Joséphine Cortès.

Y luego había añadido:

—¿Tiene pruebas?

No lo dijo con un tono agresivo. Solo lo preguntó. Es normal. ¿Qué me había imaginado? Necesito tanto tener un padre que me lanzo sin tener en cuenta lo que puedan sentir los demás.

—No —había contestado—. No tengo más pruebas que lo que me ha contado mi madre.

Por un segundo había pensado en mencionar a Maese Cerezo, pero se contuvo. Joséphine Cortès no podía saber que su padre le había regalado un oso de peluche a Léonie. Seguro que no había ido corriendo a contarle a su hija de diez años: «¡Tengo una amante y le he regalado un peluche!».

Solo contaba con la palabra de su madre para convencer a Joséphine Cortès, que había añadido:

—Compréndalo..., me resulta violento esto que me cuenta.

Stella no tuvo más remedio que admitir que estaba de acuerdo con ella.

—Me habría gustado decírselo más suavemente pero me he aturullado...

Y entonces Joséphine había repetido:

—Querría alguna prueba.

Stella había colgado.

Echa de menos la voz de Joséphine Cortès. También echa de menos sus cursos. Aprendía cosas inútiles pero que le gustaban mucho. Cosas de las que casi se sentía orgullosa. ¡Mi hermana no es ninguna imbécil!

Observaba a los estudiantes sentados en el aula y les envidiaba. Formaban parte de un club del que ella estaba excluida. El club del saber. A ellos les parece normal estar en esta aula. Y yo siempre tengo la sensación de haberme colado.

No estoy inscrita en ningún sitio.

Stella nunca había imaginado que podría ir a la facultad.

De repente tenía la sensación de que esa mujer, Joséphine Cortès, era el camino que la conduciría hacia la luz. Ese saber que destilaba de una forma tan vívida, tan cordial, la impulsaba hacia las alturas. Porque, efectivamente, daban ganas de permanecer cerca de ella, de hacerse amiga suya.

Stella desconocía ese sentimiento. Aparte de Julie, no tenía amigas.

Muchas veces, volvía de Lyon con ganas de contárselo a alguien. Pero no podía. Así que mentía. Decía que todo aquello lo había oído en la radio.

La historia de la negación, por ejemplo. Aquello le había abierto la mente. De repente se había sentido más inteligente.

En la Edad Media, para expresar la negación en francés se utilizaba el término «ne». Con eso bastaba. Se decía, por ejemplo, *«je ne veux faire à manger ce soir». «Je ne veux voir cet homme».*[18] No hacía falta añadir «pas».

Y si se quería precisar se decía: *je ne marche pas (pas même un pas)*.[19]

Je ne couds point (pas même un point).

Je ne mange mie (pas même une miette).

Je ne bois goutte (pas même une goutte).[20]

Yo no suelto una palabra.

Y así sucesivamente.

Y después, poco a poco, esas palabras empezaron a emplearse en cualquier situación. Se habían hecho compatibles con todos los verbos. Y la lengua coloquial solo había conservado el «pas». Así había nacido la doble negación.

A Stella le había gustado aprender eso.

Se lo había contado a Adrian, a Boubou, a Houcine, a Maurice.

—¿Os dais cuenta? ¡Los idiomas tienen vida! ¡No son inamovibles!

—Ah… —habían dicho ellos, un tanto sorprendidos por su entusiasmo.

—Y ahora el «pas» incluso ha conseguido borrar el «ne». Ahora se dice: *«je mange pas», «je vois pas», «je bois pas»*.[21] Es curioso, ¿eh?

Adrian, Boubou, Houcine y Maurice habían sonreído y preguntado:

—¿Así que ahora estudias francés antiguo?

—Esto..., no. Lo oí el otro día en la radio del camión. En un concurso. Era una pregunta comodín.

—Y de entrada, para empezar, mientras esperamos que surja una película y que haya un papel para ti, te encontraré un trabajo —había dicho Ray un día cuando estaba en la cama con Violette—. Algo bien pagado. ¡No un trabajo cualquiera!

—Yo quiero hacer cine y punto. El resto no me interesa.

—Escúchame antes de decir que no.

Le había pasado un brazo sobre los hombros y la había achuchado, muy satisfecho de sí mismo. Había encontrado el modo de que ella se quedara en Saint-Chaland, que no volviera a irse en un arrebato de ira, ¡*ciao,* yo me largo, eres demasiado idiota! Porque con ella nunca estaba seguro de nada. Una noche se apretaba contra él entre gemidos, y le acariciaba hasta que le hervía la sangre, y al día siguiente le mandaba a la mierda. Él nunca sabía a qué atenerse. De repente, ella se ponía de mal humor, y por la noche, en la cama, nada de nada. Cuando no le echaba entre insultos. ¡Esa chica era un verdadero volcán! ¡Había que reconocer que tenía temperamento!

Ray necesitaba fumar un cigarrillo para armarse de valor. Había cogido el paquete con la mano libre y había soltado:

—¿Vas a buscarme un cenicero, gatita?

—¡Ve a buscarlo tú! Yo no soy tu criada. ¡Y deja de llamarme gatita! Es carca.

Él se la había quedado mirando, estupefacto. Pero había optado por callarse. ¡Nada de líos! ¡Sobre todo! Se había levantado, había encontrado un cenicero, se había vuelto a acostar, había encendido un cigarrillo y dado una primera calada. Había notado que se le relajaba el cuerpo y había vuelto a la carga.

—Hablé con el alcalde. Quiere ser diputado, pero para eso tiene que trabajar su imagen.

—¡Yo quiero hacer cine! ¡No cambiar el *look* de un viejo pueblerino!

—Harás cine, te lo prometo. Pero primero escúchame. En Saint-Chaland puede seguir siendo un campesino, pero si quiere llegar a París, tiene que cambiar. Molar. Y para eso hay que ayudarle. Y yo he pensado en ti. He exagerado un poco. He dicho que conocías a mucha gente en París y que habías tratado con periodistas, con gente del

mundo del espectáculo, esos que le hacen babear cuando los ve en la tele.

—¡Pero si es verdad! —Violette estaba ofuscada—. Yo conozco a mucha gente en París. ¿Qué te crees?

—Yo ya lo sé, gatita, yo ya lo sé. Pero él no, ¿entiendes? Tenía que venderte bien, que darte importancia para que él abriera la cartera y dedicara presupuesto.

—¿Es colega tuyo el alcalde?

—Aquí todos son colegas míos.

—¿Cómo le conociste?

A Ray le gustaba hablar de sus hazañas, de sus condecoraciones, de sus entrevistas, de todas las veces que había protagonizado las noticias. De manera que esa noche, había abrazado a Violette, había sacado pecho y había alisado la sábana, como si se pusiera firmes para contar su historia.

—Chirac me había recibido en el Elíseo y me habían condecorado varias veces, todo eso ya lo sabes. En presencia del prefecto, el subprefecto, la comisaría al completo, los empresarios de la zona, los peces gordos, como suele decirse. Toda la región había sido condecorada a través de mí. Se hablaba de Saint-Chaland, de Sens, de la Borgoña y todo el mundo se sentía halagado. El alcalde aún no era alcalde, pero ya estaba en el consejo municipal. Nos conocíamos y nos apreciábamos, pero, cuando me vio en primera página representando los valores de la República, en cierto modo cambió. Quería ser amigo mío a toda costa. Cuando yo salía en la tele, se pegaba a mí para salir en imagen. A mí me divertía, pero le hacía sitio, porque pensaba que un día podría utilizar todo aquello. Luego él fue escalando poco a poco y llegó a ser alcalde, y la verdad es que me ha sido muy útil. En aquella época ya no era guapo, era bajito, rechoncho, con los ojos pequeños y juntos, y tenía mofletes y la piel rojiza.

—¡No es Brad Pitt! ¡Eso está claro!

—Yo era su héroe. Me invitaba a su mesa, me pedía consejo, tomaba medidas que favorecían a empresas de mis amigos. En fin, es demasiado largo de explicar pero nos entendíamos y, sobre todo, nos iba muy bien.

—¿Tú qué hacías, por ejemplo? No serían cosas ilegales...

—Digamos que estaban en el límite.

—¿Qué quiere decir en el límite?

—Certificados de idoneidad dudosos, convocatoria de ofertas

amañadas, ya hacía de intermediario en determinadas operaciones y de paso cobraba. ¡Bingo! Gracias a él le metía mano a todo, y me llenaba los bolsillos.

—¿Y a cambio?

Ray había dudado. Había mirado a Violette y había preguntado:

—No te pondrás como una fiera, ¿verdad?

—No... Solo es por saberlo. Me interesa.

—Vale. ¿Seguro?

—¡Sí, ya te lo he dicho!

—Bueno, pues... yo le proporcionaba chicas o le llevaba a juergas privadas. Compartimos tías varias veces y casi daba pena verle. ¡Se dedicaba a observar cómo me comportaba yo y me imitaba! O a veces... coincidíamos en partidas de caza. En las cenas de lujo que se organizaban después. Llenas de tipos con todos los títulos y la pasta del mundo, pero incapaces de levantarse a una tía de bandera. Se acostaban con busconas de segunda fila. Eran torpes, patosos, y yo les impresionaba. Las conseguía a todas y todas estaban locas por mí. Yo me aprovechaba de todo eso e iba montando mi tinglado. ¡Yo, el pequeño bastardo de Saint-Chaland! Les tenía a raya, ¿lo entiendes?

Lo había contado como si aún le costara creerlo. Violette había captado el asombro en la voz de Ray, y le había dicho:

—Bueno..., eso es bastante lógico. ¡Tú estás claramente por encima de todos los tíos de aquí!

—Gracias, gatita. Es que yo he pasado mucho, ¿sabes? Y no estaba tan seguro de tenerlos a todos en un puño, pero me funcionó y me sigue funcionando, así que haremos lo siguiente...

Y así fue como Violette Maupuis había encontrado trabajo con el señor alcalde. Un contrato para mejorar la imagen del candidato electo. Como su consejera de relaciones públicas y comunicación. Un puesto creado expresamente para ella y con un buen sueldo, tres mil quinientos euros al mes, más un presupuesto ilimitado para comprar ropa, pagar facturas de restaurantes, billetes de tren, de avión, alquiler de coches.

Después de la primera entrevista con el alcalde para firmar su contrato, había quedado con Ray en el local de Lancenny. Violette meneaba la cabeza y soplaba como si ya estuviera agotada ante la perspectiva de trabajo.

—Pero tú has estudiado teatro y sabes hacer comedia. Lo único que has de hacer es pensar que interpretas un papel.

—¡Un papel, dices! ¡Necesita un cambio de *look* auténtico, total! ¡Esto no va a ser coser y cantar!

—Eso es verdad, ¡trabajo hay! —había ironizado Ray—. Pero dime, ¿ya has firmado?

—¡Sí, pero solo por darte gusto a ti, porque, lo que es yo, lo pasaré fatal! ¡Es un curro de verdad!

—¿Has firmado? ¿Me lo juras?

—¡Sí! ¡Te digo que sí!

Perfecto, había pensado Ray. Así ella no puede largarse de repente y al alcalde lo tengo cogido. Malversación de fondos públicos. Ella cobra del presupuesto municipal. Les tengo pillados a los dos.

Tres mil quinientos euros al mes, había pensado Violette, más las dietas. Así podré ahorrar. Porque yo no me pudriré aquí. *No way!*

Porque Violette Maupuis hablaba inglés también.

Tuvo su primera entrevista con el alcalde.

En su enorme despacho presidido por el retrato del presidente de la República, una serie de litografías baratas y una cabeza de ciervo disecada.

Él estaba sentado y ella le había visto los calcetines blancos por debajo de la mesa. Había hecho una mueca. ¡La cosa empezaba bien!

Había empezado por una evaluación de la situación.

—Vamos a hacer balance —le había propuesto a Hervé Lignon—. ¿Permite que le llame Hervé?

—Sí, sí, entre nosotros no habrá formalidades. Venga, con franqueza, Violette. ¡Estoy listo!

—Bien, bien... Primer punto esencial: sonría siempre como si estuviera delante de una cámara.

Él se había vuelto hacia ella y había sonreído hipócritamente, esperando el veredicto.

—¡No! ¡Así no!

—¡Ah! —había dicho él levantándose de la silla—. ¿No sonrío bien?

En cuanto le tuvo descolocado, Violette había continuado:

—Sonría ampliamente, con seguridad, con los hombros relajados pero firmes. Usted tiene agallas, recursos. Es el padre, el marido, el

hijo cariñoso que vela por sus ciudadanos y se preocupa por ellos. ¡Vamos!

El alcalde había vuelto a intentarlo. Sonrió radiante, con su dentadura irregular y amarillenta por culpa del tabaco y el café.

—¡Sí pero... no sirve!

—¿Por qué? —había preguntado él, sorprendido.

—Habrá que arreglarle la dentadura, está hecha un asco... ¿Conoce a un buen dentista?

—Sí. En Sens.

—Vaya a verle en cuanto pueda.

—Entendido.

Él había descolgado el teléfono y le había dicho a su secretaria que le concertara una cita de inmediato con el doctor Jacquet.

—Por qué la sonrisa, me preguntará usted —había proseguido Violette.

Él asintió y esperó a que ella se lo explicara.

—Usted sonríe porque eso le permite No contestar a las preguntas. NUNCA hay que contestar a las preguntas. Eso podría cerrarle puertas. Si sonríe deja todas las preguntas en el aire. Usted tiene algo muy importante que decir pero no piensa decirlo de forma inmediata. Lo dirá cuando llegue el momento adecuado. *The right time...*

El alcalde había adoptado una expresión firme y voluntariosa.

—Ahora abra los brazos un poco. Debe parecer atento, protector, paternal.

Él había abierto los brazos y el traje le había apretado en la sisa.

Violette había hecho una mueca.

—Tendrá que cambiarse el traje, la camisa, la corbata, los zapatos, el reloj y el corte de pelo.

—¿Todo eso? —había suspirado el alcalde, abatido.

—Sí. Todo eso. No podemos permitir que lleve un traje mal cortado y el pelo desaliñado. Debe provocar envidia, no lástima.

—Pero ¿cómo lo haré? Yo no tengo ni idea de todo esto, es nuevo para mí. La ropa me la compra mi mujer.

—Efectivamente..., es más grave de lo que pensaba.

Ella había vuelto la cabeza, como si el asunto ya no le interesara.

—¿Podría ayudarme usted? ¿Darme consejos?

Y como ella no contestaba, él había insistido:

—Por favor, Violette... Viajaríamos a París. Usted debe de

conocer los establecimientos adecuados. Es importante para mí, ¿sabe?

—Tendré que pensarlo, eso no estaba en mi contrato. Yo creía que usted tenía un guardarropa. ¡Con su cargo es lo lógico!

—Le daría un pequeño plus… Diga que sí. Por favor…

Ella había fingido que vacilaba y cedía.

—Bien. De acuerdo. Le acompañaré a París y saquearemos las tiendas. Necesita un buen corte de pelo, manicura, tratamiento de piel: ¡tiene puntos negros como lentejas!

Él se había rascado el bulto que tenía sobre la nariz y, solo con pasar el dedo, había comprendido que efectivamente aquello no quedaba bien.

—De acuerdo —había dicho con una sonrisita humilde—. Usted sabrá ser paciente, ¿verdad? No voy a cambiar de la noche a la mañana…

—Sí, pero tendrá que poner de su parte. Y adelgazar un poco, además, y beber menos; el alcohol engorda y favorece la cuperosis. ¿Hace ejercicio?

Él había puesto mala cara.

—Es indispensable. Una hora de jogging todas las mañanas. Es bueno para la salud y para la imagen. Incluso Obama lo hace.

Él se había reído a carcajadas. ¡Obama! ¡Jogging!

Violette se impacientaba. ¡Menudo palurdo! De haberlo sabido, habría exigido mejor sueldo.

El alcalde escuchaba, tomaba notas, se aplicaba.

Ella había sentido la tentación de perjudicarle. De aniquilarle.

—¿Y su mujer? —había soltado con un tono mordaz—. ¿Cómo es?

—Es mi mujer —había contestado él encogiéndose de hombros.

—Eso ya lo sé, pero ¿cómo es?

Él había reflexionado. Ella se había inclinado sobre su mesa y le había preguntado:

—¿Es la de la foto?

—Sí, y mis dos hijos. Thierry y Sébastien.

—Los chicos no me importan, pero ella… ¡Aquí hay trabajo también!

Violette había resoplado, desanimada, y él había caído directo en la trampa.

—Puedo hacerle un segundo contrato. Quiero decir, para que se

ocupe de mi mujer…

—¡Esto no estaba previsto! —había protestado ella.

—Lo sé perfectamente. Pero es necesario, ¿no?

—Sí. Ella desentonaría. No puede ser que usted experimente una metamorfosis y se exhiba por ahí con una cateta.

Violette había acentuado lo de «metamorfosis». Se hizo un silencio. Él no había discutido. Había asegurado con rotundidad que le haría un segundo contrato y ella, magnánima, había dejado caer:

—Su mujer no puede seguir así. ¡Es blanda e insignificante, y eso no gusta nada! Tiene que adelgazar y convertirse en una rubia vaporosa. ¡En una ganadora también! Como Michelle Obama, que es parte importante del éxito de su marido y es más popular que él… ¿Ella estaría dispuesta a cambiar?

—Creo que sí. Si yo se lo pido…

—Si no habrá que esconderla en un armario mientras dure la campaña…

—¡No, no! Ella querrá participar. Y de cara a la ciudadanía es mejor. Una pareja da sensación de solidez.

—Ya veremos. Pero lo primero es que adelgace y pida hora corriendo al peluquero. Eso como mínimo.

—Es usted muy amable —había contestado él—. No dude en pedirme lo que necesite, cualquier cosa.

—Eso espero. Todo esto lo hago por hacerle un favor y porque Ray me lo ha pedido. Él cree en usted.

—¿De verdad? —había dicho el alcalde, incorporándose—. Pues tiene razón y, ya lo verá, no la decepcionaré. Tengo grandes ideas para Saint-Chaland, y si usted puede ayudarme a conseguir que mis conciudadanos las acepten, también será recompensada.

El alcalde había intentado recuperar la iniciativa con promesas, pero Violette había aprendido hacía mucho tiempo que las promesas solo comprometen a quien las recibe, y le había cerrado la boca.

—Veré qué puedo hacer, pero no me pida demasiado. ¡Porque, francamente, no sabía que me esperaba tanto trabajo!

Él había chistado, pero no se había atrevido a protestar.

—Ah, lo olvidaba. Con su esposa no empezaré hasta que el contrato esté firmado.

—Por supuesto, tiene mi palabra…

Ella se había dignado a dedicarle una sonrisa. Él había suspirado, aliviado, y Violette se había marchado pensando: «¡Corten!». Había

estado a punto de darse la vuelta para preguntar: he estado bien, ¿no?

Desde entonces trabajaba para él y la pavisosa de su mujer. Enseñaba al alcalde a estar delante de un micrófono, a vocalizar, a no contestar a las preguntas, a colar algunas citas, a hacer referencias históricas, a respirar, a colocar las manos, a sonreír. Era un alumno aplicado y dócil.

—¡Vaya, me ha puesto usted a caldo! —había exclamado él un día cuando la acompañaba a casa tras una sesión en la que ella le había vapuleado.

Había dicho esas palabras mientras se daba palmaditas en el muslo. Ella le había fulminado con la mirada.

—¡No vuelva a hacer eso! ¡Es muy vulgar!

Él había rectificado entre disculpas, y se había secado la mano en la pernera del pantalón.

¡Menudo imbécil!, había pensado ella.

Pero al menos ingresaba dinero.

Por la noche, en casa, Ray la hacía hablar, ¿cómo te ha ido?

Ella se lo contaba mientras se desmaquillaba, se aplicaba la mascarilla nocturna, se daba golpecitos en las bolsas de los ojos. Se impregnaba de crema grasa y reluciente, mientras él esperaba acostado en la cama.

—¡Eres impagable! —exclamaba Ray acariciándose el vello del torso—. ¡Eres una actriz estupenda! El mundo necesita personas como nosotros. Fuertes y decididas. Con huevos. En la vida hay gente que tiene pasta y gente que no. Poderosos y débiles. En resumen, listos y tontos. Tú no eres tonta, tú eres mi mujer.

Y se empalmaba, apartaba la sábana, le enseñaba en qué estado le ponía y le suplicaba que se acostara.

Ella acababa de masajearse la cara, el cuello, la parte alta del busto, procuraba que la grasa de la crema penetrara bien, se daba golpecitos y más golpecitos para tratar de calmar la rabia que la dominaba. ¡Mierda! ¡Yo soy actriz y estoy haciendo el payaso para unos palurdos de provincias! ¡Respira, chica! Pensaba en su cuenta bancaria, cerraba los ojos para canalizar la rabia, volvía a respirar y se acercaba lentamente a la cama.

—¿No te quitas la crema? —decía Ray.

—No. ¡Con lo que vale!

Él se apoyaba en un codo y ponía mala cara.

—¡Si no te gusta, no tienes más que volver a casa de tu madre!

—¡No, gatita, no!

Ella se tumbaba pegada a él, reprimía el asco, le cogía el rabo y masajeaba y masajeaba.

—Tienes razón —murmuraba él—, ¡con las manos grasientas es aún mejor!

Una noche, cuando le tenía entre las manos llenas de pringue, se le había ocurrido un jueguecito sexual nuevo. Le agarró los testículos y se los acarició alternando las manos untosas con las uñas afiladas, una caricia sutil con una pequeña tortura, y él se retorció de placer.

Tanto y tan bien, que al final Ray no pudo más. Se puso a horcajadas y quiso penetrarla con fuerza. Ella le detuvo en seco y murmuró: un condón. ¡Oh, no!, gimió él, ¡ahora no! ¡Ahora no! ¡Un condón!, ordenó ella alzando la voz. ¡No tengo ningunas ganas de acabar con un crío en el vientre! ¡Lo sabes perfectamente, no pienso repetírtelo cada vez!

—Los condones son una mierda. Yo quiero sentirte, es muy agradable estar dentro de ti.

—¡Me da igual! ¡Un condón!

Entonces, dominado por el deseo, Ray había soltado en un arrebato:

—Pero si no correrás ningún peligro, gatita, yo soy estéril.

—¿Qué?

Violette se apartó bruscamente.

—¿Eres qué?

—¡Estéril, te digo! ¡Mierda, que no puedo tener hijos!

—¿Y eso por qué?

—Cuando era pequeño me operaron y…

Ella se había dejado penetrar. Dócil como una boa constrictor.

¡Vaya! ¡Vaya!, había reflexionado mientras él jadeaba encima de ella. Así que era verdad lo que oía de niña. Esos chismes que circulaban tras los postigos cerrados, y que llegaban a tus oídos cuando los padres hablaban creyendo que los niños dormían. ¡Ray Valenti era estéril! ¡Se merecía el mote!

Pero entonces…

Pero entonces…

¡Stella no era su hija!

Fue Tom quien tuvo la idea. Una mañana, mientras se zampaba el chocolate caliente, y les daba trozos de pan con mantequilla a *Costaud* y a *Cabot*.

—Podría ir a ver a Léonie —dijo—. Mañana es miércoles. No tengo judo, el profe está enfermo.

Stella entraba y salía. Colocaba trozos de grasa de tocino en el alféizar de la ventana, llenaba el cubo de agua, cogía paquetes de semillas. Se había parado, le había mirado, había dicho: ¿por qué no? Seguro que estará contenta de verte.

Había telefoneado a Amina que también había dicho: ¿por qué no? Es una buena idea. Todo lo que le permita aferrarse a la vida es bueno para ella.

Y asunto concluido.

A veces hacemos una montaña de un grano de arena, cuando basta con preguntar. A Tom le había sorprendido que todo fuera tan fácil.

El miércoles se puso un pantalón limpio, una camisa blanca, se cepilló el mechón rubio, trató de aplanarlo, vació todo el tubo de gomina, se lavó las manos y dijo: estoy listo, podemos irnos.

Se llevó su balón de fútbol.

Stella le deja delante del hospital.

—No necesitas la pelota, déjala en el camión.

—No. Quiero llevarla.

—¡Pero con ella no podrás jugar al fútbol! —dice Stella sonriendo.

—Ya lo sé…

Se encoge de hombros. Le gusta andar con el balón pegado a la cadera. Le da cierta imagen. Se siente más fuerte. Y además, si no, no sabría qué hacer con los brazos. Parecería tonto.

Stella no insiste.

—Amina vendrá a buscarte, espérala en la entrada.

—Vale. ¿Es la habitación 144, del primer piso?

—Sí, pero espera que Amina venga a buscarte. ¿Prometido?

—Prometido.

Y Tom cruza los dedos a su espalda.

No esperará.

Quiere entrar solo en la habitación. Como un adulto.

Léonie no necesita un niño para llevarle de la mano, necesita un hombre. Lo ha hablado con Jimmy y Jimmy piensa lo mismo. Los adultos de esta historia ya han hecho bastantes tonterías, ahora te toca actuar a ti. Jimmy y él casi siempre están de acuerdo. Tom tiene un plan para su abuela. Y desde luego no se lo contará delante de Amina. Si una cosa ha entendido, es que no hay que contárselo todo a cualquiera. Él tiene una misión. Misión Léonie.

Es la primera vez que va a verla de verdad. Ha trepado muchas veces por el balcón para abrazarla, pero siempre con tantas prisas que no sabe si la reconocerá. Estaba muy delgada. Apenas se aguantaba de pie, y él le pasaba el brazo alrededor de la cintura con cuidado de no tirarla. Fueron las únicas veces en que se había sentido más fuerte que una persona mayor. Ella era como una hermanita pequeña, muy vieja.

¿Cómo la llamaré?, se pregunta mientras va hacia la entrada del hospital. Jimmy Gun le había propuesto «abuela», «abuelita», «abu». Pero eso no le pega a ella. Es demasiado frágil para ser una abuelita, no, no, la llamaré Léonie. Le pega más.

Tom camina con el balón apoyado en la cadera. Se cruza con una ambulancia, con unos camilleros, ve pasar a una señora malherida en una camilla. Lleva tubos en la nariz y gime de dolor en voz baja.

Él se hace a un lado y la deja pasar, con el balón pegado a la cadera.

Empuja la puerta de entrada. Echa un vistazo al espacio. Ve una escalera y muchas flechas con los números de las habitaciones. Busca a Amina con la mirada. No la ve. Mejor.

Empieza a subir la escalera. Le palpita el corazón. Nota un olor extraño. El olor del botiquín de Suzon cuando lo abre para ponerle una venda o limpiarle una herida. Eso le trae malos recuerdos. Tiene ganas de taparse la nariz, pero sería de mala educación.

Hace una mueca, sube las escaleras, llega al primer piso.

Lee los números en las puertas de las habitaciones. Ve siluetas

tumbadas, blancas, que se quejan y giran la cabeza hacia él. La verdad es que un hospital no es un sitio nada alegre.

Camina con la cabeza gacha. Busca el número mirando de reojo. Avanza pegado a la pared para no llamar la atención, se cruza con enfermeras cargadas con bandejas, con camillas que alguien empuja, avanza con sigilo, con disimulo, alguien podría preguntarle si está solo, dónde está su mamá, y para qué es esa pelota.

Intenta pasar desapercibido, levanta la cabeza una última vez, casi ha llegado. Habitación 143...

Es la siguiente.

Y entonces, justo frente a él, le ve acercarse.

Un tipo pelirrojo, encorvado, sudoroso, que impulsa una silla de ruedas resoplando. Tiene las piernas cubiertas de enormes vendajes y lleva un gotero en la punta de la nariz.

¡Turquet!

La mano de Tom se crispa sobre la pelota.

Camina hacia él. Se planta delante de la silla. Le mira fijamente a los ojos.

—¡Hijo de puta! —farfulla Turquet entre dientes.

Tom se da la vuelta, comprueba que nadie le mira, coge impulso y chuta con todas sus fuerzas contra una de las rodillas vendadas.

Turquet se pliega en dos con un gemido sordo, como si se partiera por todas partes.

Se queda doblado y sin respiración.

—Este por Léonie —dice Tom sin separar apenas los labios.

—¡Mocoso de mierda! —grita Turquet, con la boca torcida de dolor.

Tom echa una mirada alrededor. Todavía nadie. Se lanza de nuevo, apunta a la otra rodilla y balancea el pie como Zlatan cuando marca un gol.

—Y este por *Toutmiel*.

Turquet aúlla y se desploma.

Tom sale pitando. Deja a un lado la habitación 144.

No pasa nada, esperará a ver si aparece alguien y volverá hacia atrás, como si tal cosa.

Al principio la ve toda blanca. El pelo blanco, la piel blanca y los ojos azules, casi blancos también. Tiene el mismo color que las

camisetas que su madre deja demasiado tiempo en lejía. ¿Cuánto hace que no le da el aire? La habitación huele como cuando él está enfermo y Stella le obliga a tomar jarabe y le frota el pecho con Vicks.

Se queda al pie de la cama.

Ella le mira. Y con la mano, una mano que parece de momia, le hace un gesto para que se acerque. Él está indeciso por el tema del olor. Sus amigos del cole siempre dicen que sus abuelas huelen mal, y no le apetece demasiado comprobarlo.

—¿Eres Tom? —dice ella—. ¿Tom?

Él asiente. Se sienta en el borde de la cama.

—¿Puedo sentarme aquí? ¿No te haré daño?

—No. No soy de porcelana, ¿sabes? Puedo mover la cabeza y los brazos. ¡Incluso andar!

Ella extiende la mano y le acaricia el pelo.

—Me he puesto gomina —dice él—. Está un poco pringoso.

—Vas peinado como Stella. Es bonito.

Le roza las orejas, la nariz, las mejillas, las pestañas. Él se pregunta si le toca así porque está ciega.

—¿Estás mejor?

—Sí. Pronto podré salir.

Tom ha estado a punto de preguntar: ¿para ir adónde?, pero se ha reprimido justo a tiempo. Bota la pelota sobre las rodillas.

—Ayer di unos cuantos pasos por el pasillo, y esta mañana he ido hasta la entrada. Me puse un vestido. ¡No quería que me vieran en bata!

Es coqueta y a él eso le parece mono. No huele mal en absoluto. Si se pusiera un poco de color, un toque de rojo y de azul, podría ser guapa. Un poco arrugada, pero guapa. Parece mayor. No tiene ni un gramo de grasa, eso está claro. Pero es que no le han dado la oportunidad de acumular grasa, eso también está claro.

—¡Hay que ir con mucho cuidado, podrían raptarte!

—Todos me vigilan muy bien, ¿sabes? Y después de lo que le pasó a Turquet… Ese era el peor.

—Sí, pero Ray…

—¿Ray? Él no vendrá. Ray solo da las órdenes, no tiene el valor suficiente.

Lo dice con una sonrisita burlona.

—Es raro —dice Tom—, parece que ya no tienes miedo.

—Tengo menos miedo. Y pronto no tendré miedo en absoluto.

—¿Quieres que andemos un poco? Te puedo llevar al patio si quieres.

Tom detecta la palabra ATRÉVETE escrita en mayúsculas en la mirada de Léonie, que vacila un momento, pero finalmente se deja llevar por ese ATRÉVETE.

—Con una condición...

—¿Cuál?

—Que te des la vuelta cuando me levante para ir al baño a vestirme.

—No miraré. Te lo prometo.

—Y que tengas paciencia. Puede que tarde un rato.

—No hay problema. No tengo prisa.

La oye trastear en el cuarto de baño. Se aplana el mechón que se ha levantado. Se ata el cordón de la zapatilla. Tira el balón al aire. Lo para con la rodilla. Repite la operación.

—Estoy lista —dice ella.

Y salen de la habitación. Ella, un tanto vacilante. Él, muy tieso, le ofrece su mano para que se apoye y ella posa la suya como una novia que conducen al altar.

—¿Cuándo te casaste llevabas un vestido blanco muy bonito?

—Sí. Y fui a la peluquería.

—¿Y a la iglesia?

—No. Solo a la alcaldía.

—¡Ah! Entonces no tuviste música...

—No, pero llevaba un vestido blanco precioso y flores de plástico en el pelo.

Léonie ríe, o mejor dicho se carcajea entre sus dedos escuálidos. ¡Es graciosa! Se ha puesto un poco de rojo en los labios y en las mejillas.

—Me gusta que te pintes —dice él.

Ella pestañea. Seguramente por la emoción.

Avanzan por el pasillo. Tom debe reconocer que no sabe muy bien qué hacer con la pelota. Le incomoda.

Llegan a la entrada. La gente entra y sale y empuja la puerta sin mirarles. Él teme que ella se caiga. Ella dice:

—¡Dios mío! Me acuerdo del día que llegué aquí...

—No pienses en eso.

—Tienes razón, Tom. Andemos.

—¿Vamos hasta el parquin?

—Muy bien… —dice ella.

Retira la mano del brazo de Tom y camina sola. Él no se atreve a apartarse, dispuesto a sujetarla si se cayera.

—¿Y si nos largáram…? —dice ella con una vocecita pícara, mientras se da la vuelta.

Pero la pregunta queda interrumpida por un recuerdo desagradable.

—¿Para ir adónde? —murmura Léonie con la cabeza gacha.

Y pide sentarse en el murete para descansar, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que no tiene dónde ir.

Y entonces…

Tom nota que está de más.

Ve claramente que Léonie está absorta en sus pensamientos, y que trata de encontrar una solución milagrosa para cambiar de vida.

Se pone a botar la pelota a su alrededor.

Hace regates, pases cortos, fintas, un cabezazo.

Al final consigue que se fije en él.

—¿Quieres ser futbolista de mayor?

—¡Ni hablar! Son demasiado bobos.

—¿Pues qué quieres ser, entonces?

Él se sienta a su lado.

—No lo sé.

—¡Todavía tienes mucho tiempo para pensarlo!

—¿Tú a mi edad ya sabías lo que querías hacer?

Ella piensa y piensa y luego dice:

—Yo creo que nunca he sabido qué hacer conmigo misma. Es un poco absurdo, ¿no?

Repite esa risita burlona. Pero esta vez se ríe de sí misma. Con ternura.

—Estoy contento de estar contigo —dice él.

Por la noche, Tom le cuenta a Jimmy Gun su visita al hospital.

—Está muy delgada, ¿sabes? Le asoman las puntas de los huesos por debajo de la piel. Estuvimos un momento sentados al sol en el parquin y luego volvimos a entrar. Cuando me fui le dije que volvería y que le daría una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —pregunta Jimmy Gun.

—Sí. Me gustaría que papá y yo hiciéramos algo por ella. Todavía

no sé el qué, pero querría sacarla de allí. Enseñarle el mundo. Ella ya no lo conoce. Ese la ha tenido mucho tiempo encerrada. Como si fuera una esclava.

—¿Ha sido idea de tu padre?

—Suya y mía. El otro día subimos a la plataforma, ya sabes, la que ha construido en el árbol. Él se quedó mirando los bosques, los campos y el río a lo lejos y suspiró: «¡Qué bonito es todo esto! ¡Si te paras a contemplarlo se te quita la tristeza!», y yo dije: «Léonie tendría que ver todo esto, para recuperar fuerzas». Él lo pensó un momento y dijo: «¡Nosotros la sacaremos de allí, Tom, la sacaremos!» y nos dimos la mano. Los dos en la plataforma. Fue un auténtico juramento.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Todavía no está claro… Pero ya se nos ocurrirá algo. No la abandonaremos.

—Bravo, colega. ¡Eres un *crack*! «Para el valor de las almas bien nacidas, la edad no cuenta».

A veces Jimmy Gun habla como Corneille también. ¡Cuando menos te lo esperas te suelta una de esas frases! Las ha leído en el almanaque *Rustica* de Georges. Las hay de todas clases. Sobre babosas, rosales y lechugas, e incluso de Corneille.

Están los tres en la trastienda del café Lancenny. A media mañana, justo antes de la hora punta del mediodía. Martine Lancenny llena los cuencos de cacahuetes, las jarras de agua, las jarras de vino, corta el pan, dobla las servilletas, coloca los saleros y los pimenteros, y sirve a los parroquianos apoyados en la barra, mientras su marido atiende a sus «socios».

Ray hace las sumas, reparte las comisiones, mete dinero en grandes sobres amarillos y los reparte a cada uno. Ha pasado revista de las personas que le debían dinero y que le han pagado. Están al día.

—Nuestro negocio va como una seda —comenta, irguiéndose en el sofá—. Como decía Al Capone: «se consigue más con educación y un arma, que solo con educación». En nuestro caso el arma es el miedo. ¿Nos invitas a una ronda, Gégé?

Lancenny se levanta y se guarda su parte en el bolsillo de atrás. Asoma la cabeza por la puerta de la trastienda y le grita a su mujer:

—¡Martine! ¡Lo de siempre!

Y vuelve a sentarse.

—¡Nos va de puta madre! —comenta Ray.

—Pues sí —dice Lancenny—. ¿Te acuerdas de eso que Edmond decía siempre: «Metámosle miedo a la gente y se arrastrarán como culebras»? ¡Tenía toda la razón!

Se hace un silencio que lleva el nombre de Edmond Courtois.

—Ahora es todo un «señor» —dice Gerson—. Se lo tiene muy creído.

—¡Me habría gustado mucho meter mano en sus negocios! —dice Ray—. Nunca conseguimos pillarle.

—No será por no haberlo intentado —protesta Gerson—. Hemos tratado de tirar de la lengua a Jérôme, le hemos prometido el oro y el moro. Y nada. Nada de nada. Nunca ha querido participar en nuestros asuntos. Habría sido lo ideal: él lleva el registro de pedidos.

—¡No puede porque está enamorado de esa gorda de Julie! —se burla Ray—. ¡Me juego lo que queráis!

—Porque ella le solucionó la papeleta, simplemente. Es víctima de su gratitud.

—No hay que mezclar los sentimientos y los negocios. Es una regla de oro —dice Ray—. ¡Peor para él! Habría podido ganar un dinero fácil.

—¡Y nosotros también! Se mueve un montón de pasta en la Chatarrería. Y además se pueden hacer trampas fácilmente, y meterle mano a la caja, visto y no visto.

—Ya lo sé —suspira Ray—, lo sé. No me lo recuerdes. Pero aún no he dicho la última palabra. Todavía podemos conseguirlo. Se me ha ocurrido una cosa. ¿No creerás que lo he dejado pasar? No olvides que la venganza es un plato que se sirve frío.

—¡E incluso descongelado! —se carcajea Lancenny.

Se vuelve hacia la sala del restaurante y grita:

—¡Coño, Martine! ¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Tenemos sed!

Se oye la voz de Martine gritando: ¡ya voy, ya voy!

—¿Seguimos sin saber nada sobre Turquet? —pregunta Ray.

—¿Quieres decir quién le atacó? —dice Gerson.

—Sí. Hay que pillar al cerdo que le hizo eso. No puede quedar impune.

—¡Pobre Turquet! ¡Estar en una silla de ruedas toda la vida!

—No han averiguado nada. No hay ni una huella. Ninguna pista. Incluso se preguntan si no se lo habrá inventado él.

—¿Quieres decir que se habría pegado dos tiros en las rodillas por gusto? —Ray se parte de risa—. ¡Hay que estar pirado para pensar eso!

—Lo dicen porque no saben a qué agarrarse y quieren salvar la cara.

—A nosotros podría perfectamente pasarnos algo parecido —comenta Gerson.

—¡Tienes razón! —interviene Lancenny—. ¡Un tío, harto del chantaje, una noche se cabrea y pum, pum!, dispara. Esta historia le dará ideas a más de uno.

—¡Menudo acojone!

Martine Lancenny aparece en el umbral con la bandeja cargada de cervezas. No entra. Si están presentes Ray y Gerson lo tiene prohibido. Podría molestar. Oír algo que no es de su incumbencia. Gérard Lancenny se levanta, se acerca a ella y coge la bandeja sin decir palabra.

Suena el teléfono de Ray. Es Violette. Tiene una melodía especial para ella. Una canción de Bardot, «Desnuda al sol». Eso me excita, dice.

—¡Mierda! —comenta Gerson sin poderlo evitar—. Esa te tiene bien cogido, ¿eh?

Ray está a punto de darle una lección, pero prefiere contestar.

Se levanta para hablar aparte.

Lancenny pone sobre la mesa la bandeja que ha preparado su mujer.

—Ha puesto también unos trozos de salchichón, tostadas y rillettes.

—¡Al menos esta es simpática! —farfulla Gerson—, y no joroba como esa otra.

Y señala a Ray con la barbilla.

—¿Oís la vocecita que pone cuando habla con ella? ¡Joder, es increíble! Venga, ahora es el momento. Estamos los tres de buen humor, hablemos con él.

—Yo de ti no lo haría.

—¡Pero si tú piensas lo mismo!

Lancenny se encoge de hombros, incómodo.

—Está claro que la tía me tiene harto, y que Ray ha cambiado desde que sale con ella, pero ¿qué le vamos a hacer? ¡Está enamorado, enamorado!

—¡Mierda! ¡Ray se ha tirado a muchas tías, pero ninguna nos ha mirado por encima del hombro! ¡Ni muchísimo menos! ¿Tú has visto como nos trata esta?

Gerson se calla porque Ray se acerca. Pero no se sienta enseguida, se limita a mirarles de arriba abajo.

—¿Algún problema, tíos?

—Mira, Ray… —dice Gerson—. Es que…

—¿Qué?

—¿Tan importante es esta tía?

—¿Quieres decir Violette? Resulta que tiene un nombre. ¡Un respeto!

Gerson suspira de manera ostentosa y menea la cabeza hastiado.

—Entendido.

—¿Estás celoso, chato? —bromea Ray.

Se echa a reír, y le pasa una mano por el cuello a Gerson como si le acariciara.

—No es eso —responde Gerson, y se zafa con brusquedad—, pero ya no nos divertimos como antes. Tú apenas apareces y siempre tienes la cabeza en otro sitio, ya no salimos de cachondeo.

—¿Quieres decir que ya no vamos a pegar polvos por ahí? Pues no, colega. Esta chica me gusta mucho.

—Gracias. No nos habíamos dado cuenta —ironiza Gerson.

—Olvídalo —dice Lancenny—. ¿Has visto, Ray? Martine nos ha traído rillettes y salchichón.

—Violette no es negociable —zanja Ray.

—¡Pues vaya mierda! —exclama Gerson—. ¡Una tía innegociable! Y eso, ¿desde cuándo? Siempre habíamos dicho que…

—Cambiar de opinión es de sabios.

—Vale ya —dice Lancenny—. Lo principal es que sigamos con nuestro negocio, ¿eh, Ray?

—¡Pues claro que seguimos! A menos que estéis hartos.

Se vuelve hacia Gerson y le desafía.

—Enseña tus cartas y lárgate de la mesa. Yo no obligo a nadie.

—No, no —refunfuña Gerson—. Es solo que…

—Venga, chatito —dice Ray, y finge que le da un puñetazo en la barbilla—, sonríe, que cuando sonríes estás más guapo. Si quieres quedamos esta noche y nos duchamos juntos.

—¡Mierda! ¡No jorobes! —vocifera Gerson y da un puñetazo al aire.

—¡No me hables así! —grita Ray y le amenaza con el dedo.

—¡Eh, colegas! —interviene Lancenny—. ¡No vamos a pelearnos por una tía a estas alturas!

—Sí. —Gerson está indignado—. Si quieres pegarte una hostia, tú mismo. A mí me la suda, yo me largo.

Recoge su montón de billetes, los enrolla, se los mete en la cazadora y se levanta de la mesa sin despedirse.

—¡Mierda, Ray, haz algo! —le ruega Lancenny.

—Deja que se le pase, ya volverá a comer de mi mano.

—Yo no estoy tan seguro, me parece que está indignado de verdad. ¿Quieres otra cerveza?

—No le queda más remedio. No puede pasar sin la pasta que le doy.

—¡Y que se gana! No olvides, Ray, que Gerson se gana su pasta. No le cae del cielo, así como así.

—Te digo que volverá.

—Te has pasado con él.

—¡He hecho cosas peores y todos vuelven con el rabo entre las piernas! ¿Pretendes enseñarme cómo son los tíos? Les conozco perfectamente. Pasta, más pasta y solo pasta.

Se golpea los músculos del vientre con los puños.

—¿Has visto? ¡Estoy en forma! ¡Treinta minutos de abdominales todas las mañanas! Tú deberías hacer lo mismo.

Se levanta, le da un golpecito en el cráneo a Lancenny. Va hacia la puerta, da media vuelta y dice:

—¡Y basta de rillettes!

Stella arregla las cosas de su madre. Recoge la ropa sucia, cuelga la limpia en el armario. Llena la jarra de agua. Ordena los CD. Llena un pequeño cuenco con cerezas de su huerto. La visita de Tom le ha hecho mucho bien a Léonie, que no para de comentar lo guapo, simpático y cariñoso que es.

—¡Es un niño estupendo!

—Lo cual no impide que me haya desobedecido, le había dicho que esperara a Amina en la entrada…

—Quería que estuviéramos solos los dos. Era la primera vez que nos veíamos de verdad. Yo lo entiendo.

—¡Encima le defiendes! —bromea Stella.

—Sí. Me gustó mucho nuestro pequeño paseo. Si Amina hubiera estado presente no habríamos podido salir.

Léonie coge una cereza del cuenco y la saborea.

—Cuando vuelves a la vida todo te parece buenísimo… —dice.

Y después pregunta:

—¿Ha vuelto a llamar Joséphine Cortès?

—No. Debe de estar reflexionando. Es una persona pausada. Me pidió pruebas y no las hay. Aparte de Maese Cerezo, y eso no demuestra nada.

Léonie escupe el hueso en la palma de la mano. Se lo da a Stella que lo tira a la basura.

—De todos modos me gustaría mucho verla… —dice Léonie.

—¿No te pondrías un poco nerviosa?

—No. Algo ha pasado en estos últimos meses. Ya no tengo miedo, bueno…, no constantemente. A veces vuelve a aparecer sin motivo. De repente me siento hundida, aterrorizada. He hecho o he dicho algo malo, soy tonta… y entonces me acurruco, esperando el golpe. Pero luego se me pasa. Aparte de eso… estoy mejor. Tengo ganas de vivir.

—¡Eso es fantástico, mamá! —exclama Stella.

—El otro día, cuando salí con Tom, paseamos, me senté en el murete, todo iba bien y de repente, por culpa de una frase, de una idea, tuve miedo. No podía respirar, me ahogaba. Pero la ola pasó, recuperé pie, y dejé de tener miedo.

Yo, piensa Stella, en cuanto aparece el miedo me preparo para atacar.

Es curioso, se dice Léonie, después de pasar varias horas siguiendo el metrónomo con los ojos me siento limpia, renovada. O casi.

Solo hay un recuerdo imborrable, grabado en su memoria.

Inaceptable.

Léonie siente vergüenza.

No se atreve a mirar a Stella.

Stella es una buena hija. Abnegada, solícita. Cumple con su obligación sin tacha. Habla con las enfermeras, con el médico, se ocupa de la ropa, le corta el pelo, le masajea los pies y las manos, le trae compotas y purés de zanahoria, libros y CD.

Es perfecta.

Salvo…

Salvo esa leve frialdad que Léonie detecta.

Una distancia imperceptible que Stella crea entre su madre y ella, como si…

Como si hubiera un obstáculo entre las dos.

Y que corresponde a Léonie superar.

Solo a ella.

Léonie lo sabe.

Yo acepté algo inmundo. Algo que leo todos los días en los ojos de Stella. Ella trata de disimular, siempre está ocupada ordenándolo todo, y se traga la pregunta, pero yo la oigo: ¿cómo pudiste, mamá? ¿Cómo pudiste?

Yo le dejaba entrar en el dormitorio de mi hijita. Me tapaba los oídos.

No sabía. Yo ya no sabía nada.

Ya no tenía cuerpo, ya no tenía cerebro, era la señora Toc-Toc.

Ray volvió a la calle Éperviers. Ella estaba tratando de leer el periódico que había dejado Fernande. Él se lanzó sobre ella y le tiró del pelo, gritando:

—¡Pero… piensa un poco, burra! ¡Tú no eres capaz de leer este periódico, no puedes! ¿Crees que entenderás lo que dice? ¿De verdad lo crees? Yo te lo explicaré. Tú no puedes leer el periódico porque no tienes cerebro. Lo lees, pero no entiendes nada. Por ejemplo, ¿qué quiere decir este titular?

Le enseñó un titular enorme que ella leyó en voz alta: «1 de noviembre de 1993: la Comunidad Europea se convierte en la Unión Europea tras la entrada en vigor del tratado de Maastricht».

—¿Puedes explicarme qué has entendido?

Léonie no había entendido nada.

Tenía miedo de que él le levantara la mano.

—¿Lo ves? No tienes cerebro. Pero ¿es posible que no lo sepas aún? ¿Quieres otro ejemplo? Yo te lo doy. Uno cualquiera, mira…

La miró con astucia, con malicia. Le tiró del pelo y la obligó a mirarle a los ojos. Y le dijo, deletreando cada sílaba:

—Y se te ha ol-vi-da-do que metiste los dedos expresamente en la puerta del coche, para no presentarte al examen de licenciatura en la facultad. ¡Se te ha ol-vi-da-do!

Ella le miró, atónita, helada. Aquello fue hace mucho tiempo. ¿Es posible que hubiera pasado como él decía?

Él seguía en el mismo tono:

—Así puedes decir que fue culpa MÍA, culpa del cruel Ray. Pues te recuerdo que tú metiste los dedos en la puerta EXPRESAMENTE. Porque sabías que ibas a suspender. Porque eres tonta. Muy tonta. Idiota, incluso. Eso se llama el inconsciente. Es lo mismo que lo del techo del Himalaya. Tu padre a veces tenía razón.

Léonie no entendía lo que él decía, pero acababa pensando que tenía razón, que ella tenía el cerebro vacío.

No oía lo que oía, no veía lo que veía, no entendía lo que debería haber entendido.

De manera que cuando él se levantaba de noche para ir a la habitación de Stella...

Al fin y al cabo, quizás fueran imaginaciones suyas, puede que se lo inventara.

Señora Toc-Toc, señora Toc-Toc.

La voz de Ray se apaga.

Este es el último recuerdo que quiere borrar de su memoria.

El ruido de la puerta de la habitación cuando Ray se levantaba y los gritos de su hija: «¡No, papá, no! ¡Mamá! ¡Mamá!».

Léonie se mordía la mano con tanta fuerza, que por la mañana tenía el arco de la dentadura marcado en rojo en la piel.

Ha acabado la jornada. Stella sube al vestuario a dejar el casco, el mono de trabajo y los guantes. Julie ha dispuesto un rincón para ella, detrás de un tabique de contrachapado. Dos duchas, una para los hombres, una para Stella, armarios y cestas grandes para que tiren los monos que van a la lavandería una vez a la semana. Una sala contigua donde hay una tele, un microondas, un catre. Julie ha hecho bien las cosas.

Los chicos salen de la ducha. Tienen el pelo mojado y se frotan con las toallas. Bromean, se dan golpes con el hombro, se birlan una camiseta, una camisa. Boubou ha jugado a la Loto y ha perdido.

—Como Suzon —comenta Stella por encima del tabique—. ¡Juega todas las semanas y nunca gana! Intenta compensarlo con el Rasca, pero tampoco le va bien.

—¡Pero a mí un día me tocará, lo noto en la piel!

Boubou ha reservado una mesa para dos en el barco que recorre el Sena, en París, para celebrar sus treinta años de matrimonio.

—Y antes iremos a pasear por la ciudad más bonita del mundo.

—Es verdad que París es bonito —dice Houcine—.Hay muchas cosas que ver.

—¡Hay demasiada gente y eso es un asco! —se queja Maurice mientras se pone la camisa—. Y además los monumentos no son lo mío.

—A ti solo te interesa el ejército. No entiendo por qué no te has alistado. ¡Habrías hecho carrera!

—No quería irme de Saint-Chaland. Estoy bien aquí. Y siempre he estado bien. Cuando tengo ganas de evadirme, leo descripciones de batallas y con eso tengo bastante. ¡Y viajo con la mente mucho más lejos que vosotros!

—Apuesto a que nunca has ido a París —dice Boubou.

A Stella le gustan estos finales de jornada, cuando todos se reúnen en el vestuario. Este alboroto de los hombres, esta complicidad tácita entre ellos.

—¡Sí que estuve en París! —protesta Maurice.

—Ah, ¿te habían llevado tus padres a la fuerza?

—No, fui en 1977. Tenía veintiún años. Para ver el desfile del 14 de julio.

—¿Tienes testigos?

Boubou y Houcine se carcajean.

—Tú dices eso, pero no hay nada que lo pruebe —se pitorrea Houcine—. Es verdad, ¿no, Boubou? ¿Pediste que te hicieran una foto en los Campos Elíseos, por ejemplo?

—No.

—¿Te trajiste un recuerdo de París?

—Pues no... ¿Por qué debería haberlo hecho?

—Yo opino que nunca has salido de aquí.

—¿Por qué os metéis con él de esta manera? —pregunta Stella

asomando la cabeza—. Yo estoy convencida de que estuvo en París. Maurice no es un mentiroso.

—Gracias, Stella —dice él, aliviado—. No paran de meterse conmigo porque no viajo.

—¡Y con razón! —dicen a coro los dos compinches—. Siempre estás encerrado en la Chatarrería y con esas historias de batallas. ¡No conoces nada más!

—Me basta con eso.

—¡Porque tienes la cabeza pequeña!

—¡Es tan grande como la vuestra! ¡Dejad de fastidiarme!

—¡No te enfades! Venga, vamos a tomar algo.

—No tengo ganas. Ya me habéis jorobado bastante.

—¿Lo veis?, le habéis ofendido —dice Stella—. Tienes razón, Maurice, no cedas.

—¡Lo cual no impide —dice Houcine— que, si tuviéramos una prueba, dejaríamos de fastidiarte!

—¿Lo ves?, ¡ya estás otra vez!

—No sé —continúa Houcine, jovial—. Descríbenos la plaza de l'Étoile o los cafés de los Campos Elíseos. ¡Eso debió de impresionarte, como mínimo!

—La plaza estaba cerrada a la circulación, así que me paseé por los alrededores.

—¡Qué casualidad! ¡Se habían llevado el Arco de Triunfo porque molestaba!

Maurice se enfada y cierra el armario pegando un portazo.

—Cuando diste una vuelta por el Arco de Triunfo, ¿no viste a Napoleón por casualidad? ¡Eso sería una prueba!

Se ríen a carcajadas.

—No, pero vi al jefe —replica Maurice.

—¿A Courtois? —exclaman los dos hombres, estupefactos—. ¿Y qué hacía ese allí?

—No lo sé, pero le vi. ¡Y ahora, qué! ¿Ya habéis acabado de jorobarme?

—¿Estás seguro?

—Pues sí... —grita Maurice, enfadado—. Llegué el 13 de julio, aparqué el coche en la avenida Grande-Armée, fui a pie para ver el espacio, para ver dónde podía colocarme mejor..., y al final de los Campos Elíseos, en la avenida Hoche, vi a Courtois. Él no me vio, pero yo sí, como os estoy viendo a vosotros. Estaba muy cerca.

—¿Qué hacía Courtois, un 13 de julio, en París? ¿Se preparaba para desfilar?

Se dan un codazo y vuelven a reír.

—Metía en un taxi a un pobre infeliz que no se aguantaba de pie y repetía: «Sí, Lucien, sí, Lucien». Puedo aseguraros que el tipo estaba fatal y que Courtois le aguantaba. Después vio cómo el taxi se alejaba. Parecía indignado y por eso me escondí. Me pareció que estaba de más. Que había visto algo que no debía ver...

Stella, que se estaba alborotando el pelo frente al espejo, se da la vuelta y pregunta:

—¿Estás seguro de que el tío se llamaba Lucien?

—Segurísimo.

—¿Y que era el 13 de julio?

—¡Te lo estoy diciendo! No me atreví a decirle nada porque parecía muy enfadado. ¡Es mi jefe!

—¡Tú no habías nacido, Stella! —interviene Boubou—. ¿Por qué te importa todo esto?

Stella empuja la puerta del despacho de Julie.

—¿Está tu padre?

—Sí. ¿Por qué?

—Tengo que verle.

—Pero no está solo.

—¡Me da igual!

—Espera al menos que salga el tío...

Stella se queda de pie, rabiosa. Con los puños metidos en el fondo de los bolsillos y a punto de explotar.

Julie se retuerce en su silla y murmura con una vocecita:

—Stella... Ya está. Se ha declarado. Me ha regalado un estuche.

—¿Quién?

Julie la mira con la boca abierta.

—¡Pues... Jérôme!

—Ah, Jérôme.

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada. ¿Y? —pregunta con voz monocorde, como por educación.

Y le da un puntapié a un extremo de la mesa.

—¿Pasa algo?

—No. Todo bien. ¡Venga! ¡Cuenta!

—No pareces… ¿Estás segura?

—¡Mierda! ¡Julie! ¡Desembucha! De todos modos, tengo que esperar, o sea que…

Julie se ajusta las gafas, tira de las mangas del jersey, se ruboriza.

—Vino a verme…

—¿Quién?

—¡Jérôme! No sé por qué hablo contigo, no escuchas.

Vuelve a sus papeles y finge que está concentrada en las cifras.

—Perdona. Venga. Te mueres de ganas de contarlo.

—Sí, es verdad.

Julie sonríe y se yergue.

—Entró, dejó un regalo encima de la mesa y me dijo: «Toma, es para ti». Y luego se fue corriendo.

—¿Y…? —pregunta Stella, mientras mira la puerta cerrada del despacho de Edmond y se impacienta.

—Es un estuche «belleza total». Dentro hay de todo: perfume, cremas de día, cremas de noche y toda la línea de baño. ¡E incluso una toalla bordada! Ha debido de costarle caro. ¡Tenías razón, Stella, está enamorado de mí!

—¡Bueno, estupendo! Me alegro mucho por ti.

—Nadie lo diría.

Stella observa a Julie. Lleva la felicidad impresa en el rostro.

—Estoy indignada. ¡Ya no soporto más mentiras, no soporto más secretos, han de dejar de mentirme todos!

—¿Por eso quieres ver a mi padre?

—Sí. ¡Porque él es el más mentiroso de todos!

Léonie oye pasos en el pasillo. Los reconoce prácticamente todos. Los pasos del hijo de la señora de al lado, que viene después del trabajo, los del padre de la chica de la 145 que cada mañana le trae cruasanes, los de la mujer que le deja un Tupperware a su marido a la hora de comer. Reconoce el ruido de las suelas y sabe frente a qué puerta van a pararse.

A veces, cuando no los identifica, se acurruca bajo las sábanas, angustiada.

¿Y si fuera él?

Ese día oye unas pisadas que no conoce. Sus dedos se crispan sobre las sábanas.

Los pasos se acercan. Contundentes. Las suelas se pegan al suelo y emiten un chirrido. Deben de ser unas suelas gruesas, suelas de obra.

Ella se cuela bajo la sábana.

Los pasos se detienen frente a su puerta.

Vacilan, se quedan atascados.

Él debe de comprobar que no se acerca nadie. Quiere entrar y llevársela. Ella abre la boca para gritar, pero no emite ningún sonido. Ya no sabe gritar.

Llaman a la puerta. Ella no contesta.

El picaporte de la puerta se mueve.

Es Edmond Courtois.

—¡Edmond! —murmura, aliviada—. ¡Me has dado un susto!

—Lo siento mucho. No quería... Se lo dije a Stella, me parece.

—Sí, se me había olvidado.

Léonie le indica que se siente. Ella se incorpora, se arregla el pelo, se abrocha el botón de arriba del pijama, se mordisquea los labios y observa a Edmond.

Él se sienta en el borde de la butaca, cerca de la cama. Se desabrocha la chaqueta que le aprieta. Se pasa la mano por la cabeza. Tira un poco de la corbata. Se tritura los dedos, los apoya sobre el vientre, empieza a despellejarlos, los apoya otra vez.

—¡Oh, Léonie! ¡Hace tanto tiempo!

—Sí. Hemos cambiado, ¿verdad?

Está grueso, arrugado, tiene la cara llena de rojeces, y el cabello escaso y teñido de un rubio un poco sucio. Va desaliñado. Aunque viva en una casa bonita con su mujer y su hija, no parece que haga esfuerzos para complacerlas. Parece un solterón. Siempre tuvo ese aspecto un poco desastrado, un poco incómodo consigo mismo. Pero decidido, también. Inteligente. Culto. Y torpe. Un hombre extraño. Como si fuera con el freno de mano puesto.

Léonie vuelve a verse tumbada junto a él, mientras Ray, en la sala de al lado, animaba a su equipo de fútbol y bebía cerveza. Era una habitación de soltero. Con una bombilla colgada del techo que la iluminaba con una luz cruda. Ella se tapaba los ojos con el codo para evitar que la deslumbrara.

—Vine una vez... aquí... a ver cómo estabas, pero dormías.

—Ah... —contesta ella, molesta—. ¿Y me miraste mientras dormía?

—Sí.

—Ah...

Mientras le tenía encima, en aquel cuartito, Léonie miraba fijamente la espalda blanca de Edmond cubierta de pelo rojizo. Por mucho que él fuera amable y respetuoso, ella no podía evitar pensar: ¿por qué siempre son los hombres quienes salen ganando? ¿Por qué tienen más peso que nosotras? ¿Es una cuestión de costumbre?

—Estás bien instalada —dice Edmond.

—Gracias al doctor Duré.

—Entonces, ¿ha vuelto a trabajar?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Tuvo un pequeño accidente. Nada grave. Me alegro de que haya vuelto a su puesto.

—Es muy discreto. Apenas le veo.

—Tiene mucho trabajo.

—Como tú. ¿Van bien los negocios?

—Ahora está difícil, pero salimos adelante. Tenemos la materia prima. Hay que luchar mucho. Yo viajo mucho al extranjero.

—Sí, lo sé. Stella me lo cuenta.

—Es una buena chica...

—Querría darte las gracias por lo que haces por ella.

—Julie la quiere mucho. Y yo también... Es un poco como mi hija.

Y se pone de color grana. El recuerdo de las noches en que Ray le llevaba a Léonie le incomoda. Estira las piernas, las encoge. Se revuelve en la silla.

—¡No debería haber dicho eso! —se excusa.

—Todo aquello pasó. Éramos jóvenes. Jóvenes e ingenuos. Sobre todo yo. Me parece algo tan lejano... Cada cual ha seguido su camino.

—Tú tienes que recuperar peso —dice él sonriendo, para hablar de otra cosa.

—¡Nunca he sido gorda, ya lo sabes!

—Es verdad. Yo tenía miedo de que salieras volando cuando ibas en bicicleta.

—Siempre eras muy atento conmigo.

—Y un poco patoso también.

—Sí. Un poco torpe. Y eso a las chicas no les gusta. Prefieren a los echados para adelante. ¡Qué tontas son!

Ella le mira con una sonrisa tan confiada y tan luminosa, que él de repente siente vergüenza y se lanza.

—Léonie, he de decirte...

—¿Qué, Edmond? Todo eso acabó. No hablemos más.

—Stella lo sabe. Yo se lo conté.

—Pero ¿por qué? —exclama Léonie—. No hacía falta. ¿Qué va a pensar ella? Soy su madre, ¿te das cuenta?

Léonie flaquea. Se siente impulsada al vacío, cubierta por una capa de agua tibia. Se ahoga. Se resiste.

—¡Y ella no me ha dicho nada! ¿Por qué lo hiciste, Edmond? ¡Stella no tenía por qué saberlo!

—Stella lo sabe todo, Léonie. Incluso cosas que tú no sabes...

—Pero ¿qué dices? ¡Se te va la cabeza!

—Déjame hablar... Me estoy volviendo loco. Tienes que saberlo. Me odiarás. Seguro. Pero no importa...

Le cuenta su tarde con Lucien Plissonnier en el bar Grands Hommes de la avenida Hoche, el 13 de julio de 1977.

Ella se aferra al ribete de la sábana y le escucha, lívida. Las lágrimas se deslizan por sus mejillas, pero no pestañea, está pendiente del más mínimo detalle.

Y lo comprende.

—¡Él murió por tu culpa!

—¡No digas eso, te lo pido por favor!

—Sí. Por tu culpa. Tú siempre has estado enamorado de mí, estabas celoso y me privaste de mi amor. ¡Oh, yo le quería! ¡Yo le quería! ¡Y murió por culpa tuya!

—Léonie —suplica él y le tiende la mano para hacer las paces.

Ella la rechaza.

—¡Pero esta historia no terminará nunca! ¿Qué os pasa a todos para que os ensañéis de esta forma conmigo? ¿Qué os he hecho yo?

—Yo no quería...

—Tú eras como Ray, querías tenerme dominada, poseerme, aunque, eso sí, tú no me pegabas, tú tenías la conciencia tranquila, ¡pero mataste a un hombre, Edmond, tú le mataste!

—Me siento culpable. Si supieras lo culpable que me siento... Yo

estaba loco por ti, no quería que él se quedara contigo.

—¡Pero yo no soy una cosa! —grita ella con lágrimas en los ojos.

—Yo había encontrado un apartamento para ti y pensaba...

—Pero ¿te preguntaste lo que pensaba yo? ¿Lo que quería yo?

Él niega con la cabeza y la mira, desolado.

—Yo le habría esperado toda mi vida —dice ella—. Una carta de vez en cuando, una llamada, una palabra de amor me habrían bastado. Habría recuperado fuerzas. ¡Y Dios sabe que las necesitaba! Y en lugar de eso, tú dejaste que me hundiera. Y me convertí en la señora Toc-Toc. Tú volviste a tu vida. Te casaste y me olvidaste.

—Yo nunca te olvidé, Léonie. Jamás.

—¡Y eso qué importa! Yo me ahogaba, vivía un infierno, creía que él me había olvidado... Los golpes de Ray, las vejaciones de Fernande no eran nada comparado con la tortura de no saber nada de él.

—Léonie... —murmura él tratando de rozarle la mano.

—Me imaginé todo tipo de cosas y al final me dije que era normal, que yo no valía para nada, que ningún hombre podía quererme. ¡Que Ray tenía derecho a pegarme, que tenía razón incluso!

Se seca los ojos, le mira fijamente.

—¡No tienes perdón, Edmond!

Él no se atreve a mirarla, le tiemblan los dedos.

—¡No tenías derecho! Y yo nunca supe nada, nada. No hay nada peor que no saber.

Él mueve la cabeza y la deja caer sobre el pecho. Ella le ve hundirse y vocifera con rabia:

—¡Nunca te lo perdonaré! ¡Nunca!

Él se incorpora, saca una carta de la chaqueta, se la entrega.

—Él me había dado esta carta para ti.

Ella coge la carta temblando. Lee las palabras «para ti, Léonie, de parte de tu Lucien». Toca el papel como si fuera una reliquia sagrada. Posa los labios en el sobre amarillento. Cubre la carta con las manos. La leerá cuando él se haya ido.

Edmond insiste:

—Yo haría cualquier cosa por ti. Cuando salgas de aquí no te faltará de nada, te lo prometo. Te encontraré un piso donde tú quieras. En París o en Sens. O en Valparaíso, si lo prefieres.

Exhibe la sonrisa patética de un hombre que ya no sabe cómo hacerse perdonar.

—¿Sabes lo que de verdad me gustaría, Edmond? —balbucea Léonie.

Él la mira, temblando.

—¿Lo que me haría feliz por encima de todo?

—Dímelo…

—Que nadie más se ocupe de mí. Que me dejen tranquila. Decidir mi vida yo sola. De eso es de lo que tengo más ganas. Lo pienso todas las noches. Vivir sola. Nunca lo he hecho, nunca…

Se pega el sobre al corazón. Lo acaricia con la punta de los dedos.

Y pregunta con voz monocorde:

—¿Fuiste tú quien se lo contó a Fernande?

Edmond protesta:

—¡No, no! ¡Léonie, no! Yo nunca habría hecho una cosa así.

—Pues ¿cómo se enteró?

—No lo sé.

—Porque ella lo sabía todo de Lucien. Su nombre, su edad, su situación familiar.

—Sabes perfectamente que en estas ciudades pequeñas todo el mundo está al corriente de todo. Y si no lo saben, se lo inventan. Fue una locura creer que pasaríais desapercibidos.

Aquel día de junio de 1977, Fernande había ido a Nouvelles Galeries.

Hacía tanto calor que sudaba mucho. Con el pañuelo hecho una bola, se frotaba las sienes, las axilas, el cuello. Hervía como una olla a presión por culpa de la canícula. Se guardó el pañuelo en la manga de la chaqueta, refunfuñando. Nunca salía sin chaqueta, una americana de gabardina morada. Y un sombrerito de fieltro burdeos o negro. Dependía del humor. Y del tiempo. Ese día llevaba el burdeos.

Cada vez le costaba más andar y arrastraba las piernas como si fueran patas de palo.

No podía respirar y se había apoyado en la puerta de vidrio de la entrada y había esperado unos minutos antes de seguir. ¡Se había olvidado los medicamentos!

¡Siempre se le olvidan! Se niega a reconocer que está enferma. Ray la necesita, necesita sus guisos, su atención constante. Es ella

quien le compra los calzoncillos, los calcetines, las camisas. No permite que nadie se ocupe de él. Sabe su talla, qué colores le favorecen, la tela que conviene a su piel, la espuma de afeitar que no le irrita. Cuando Ray está en casa, insiste en que ella siga al pie de la letra las recomendaciones del médico. Pero ahora no está, se ha ido a echarles una mano a los españoles. ¡Hasta en tierras de Valencia necesitan a su hijo!

Había entrado en la tienda, había echado un vistazo a la lista de la compra. Oyó la canción de un joven cantante de moda, «Ay, mamá, mamá, por qué no me hiciste guapo», y piensa: ¡yo hice un chico guapo! ¡Una maravilla de hijo! ¡Todas las mujeres le desean, las tiene a todas a sus pies! Incluso consiguió quedarse con la niña Bourrachard. Eso es una presa importante. Una venganza estupenda. ¡Yo la envío a Carrefour tres veces al día, la mando a comprar kilos y kilos de cosas y luego a devolverlas! ¡Eso la trastorna, le destroza las manos, le descoyunta la espalda! ¡Se lo merece!

Las compras en Nouvelles Galeries se las guarda para ella. Le gusta esa tienda. La luz es favorecedora, los artículos son de buena calidad y las dependientas son muy amables, la saludan al pasar.

Fernande había ido a la sección de ropa interior. Había comprado bragas. Bragas grandes de algodón para ella y para su nuera. De la misma talla, para impedir la menor coquetería de Léonie. Ella se ríe de eso con su hijo, y Ray no protesta. El otro día en el desayuno, le dijo:

—¡Para lo que me sirve! Es igual que meterla en un agujero.

Y se había zampado dos cruasanes y un bollo de chocolate.

Fernande estaba mirando bragas, cuando había oído a dos mujeres que charlaban al otro lado del expositor. Se había puesto a escuchar. En estos sitios siempre te enteras de algo. De una anécdota picante, del último cotilleo, de un secreto.

—Me gustó bastante la película del otro día —decía una de ellas.

—¿Cuál?

—Ya sabes, la que fuimos a ver a Auxerre, esa de un hombre y unas mujeres y etcétera, etcétera.

—¡Vaya una pista!

—¡Que sí..., esa historia de un tío que se dedica a espiar a las mujeres!

La otra debió de ponerse a pensar. Hubo un silencio. Y luego exclamó:

—¡Ah! *¡El amante del amor!* A mí me gustó mucho.

—¡Sobre todo te gustó espiar a la gente que había en la sala! ¡Parecías una veleta con tanto mover la cabeza!

—¡Tienes razón! Todas las parejas clandestinas se esconden allí. Creen que no les verán. Son tontos. Acuérdate de Léonie... hace quince días. Así nos enteramos. ¡Esa es tonta a más no poder!

—¡Nunca lo habría pensado de ella! ¡Si Ray se enterara! ¿Qué te parece este modelo? Mejor con un poco de encaje, ¿no?

Fernande dejó de hacer ruido con las perchas.

—¿Quieres encandilar a Henri?

—¡No, no sé lo que haría falta para encandilar a ese! De repente se me sube encima y ya ha bajado. ¡Un orgasmo, ja, ja! ¡Yo aún no he tenido tiempo de arrancar y él ya ha terminado la faena!

—A mí me gusta mucho Dim. Esos anuncios que hacen. Tararira, tarariro. ¡Y las modelos son francamente preciosas!

—Los conjuntos también.

—En cualquier caso, no esperaba encontrarme a Léonie allí.

—¡Y tan bien acompañada!

—Nunca me lo habría imaginado.

—¿Qué?

—Que alguien engañara a Ray. ¡Es muy sexy!

—Eso, si hay alguien sexy, es él. Supersexy. ¡Yo me lo comería!

—¡Qué boba eres!

Se habían tronchado de risa.

—Además, ese tío que estaba con ella no le llega a la suela del zapato a Ray.

—Es viejo. Debe de tener cuarenta años. Tiene una sonrisa bonita, me fijé, y los ojos también...

—Ella le llamó Lucien, ¿lo oíste? Cuando entraron él fue al baño y ella se sentó en la butaca, y luego, cuando él entró en la sala, ella dijo: «Estoy aquí, Lucien, estoy aquí» haciéndole gestos con la mano. ¡Qué tonta!

—Yo no le conozco. No es de por aquí.

—No. Viene de París. Se lo pregunté a Henri. Ya te imaginarás que me he informado. ¡Pero engañar a Ray! ¡Qué valor!

—¿Qué te contó Henri?

—Que es el parisino que trabaja en esa obra nueva de Sens. Ya sabes, ese edificio para la SAVICAM, en la avenida Jean-Jaurés.

—¡Es verdad! Ella dijo algo de esa obra. Dijo que quería que durara toda la vida. Que estaba dispuesta a encadenarse a las grúas. ¡Y nosotras estábamos justo detrás y no nos vio!

—Y Henri también me dijo que el tío está casado y tiene dos hijos. Dos niñas.

—¡Caramba! Y todo eso ¿cómo lo sabe?

—Ese parisino come todos los días en Coq. Y Henri también. Y

claro, al final hablaron. Henri le preguntó muchas cosas. Pero lo hizo bien, ¿eh…? Henri es muy metódico y lo sabe hacer. Y el otro se lo contó todo. Se llama Lucien Plissonnier. ¡Un tipo raro, con un nombre raro!

—Espero que Ray no se entere. Le partiría el corazón.

—Voy a quedarme con estas bragas y este sujetador, es fresco, ¿qué te parece?

—Sí… Podrías probar algo un poco más escotado, ¡eso excitaría a tu Henri!

—¡Para que vaya aún más rápido! ¡Ni hablar!

Fernande había fingido que leía atentamente las etiquetas y había ordenado los modelos por talla y por color, mientras esperaba que las dos mujeres hubieran desaparecido para ir hacia la caja.

En una vieja calle adoquinada de Sens, frente a un lutier y cerca del mercado, hay una tienda iluminada por las noches y decorada como un árbol de Navidad. Es la Casa del Patchwork. Los cursillos son los martes y los jueves por la noche, después de cenar, cuando los niños ya están acostados y los maridos o las abuelas los vigilan.

Esas noches suben por la calle grupos de mujeres pegadas unas a otras. Intercambian consejos, opiniones, enseñan la esquina de una colcha o de un bordado, y comparan su trabajo mientras caminan. Se nota que tienen prisa por llegar y ponerse manos a la obra.

Los patchworks están expuestos en el escaparate sobre unas tablillas de madera. Hay marionetas, payasos y duendes de fieltro saltando entre rollos de tela, collares de perlas multicolores que sobresalen de tarros de cristal. Y justo detrás, colocados como libros de arte en unas estanterías, se ven más retales, cajas de cartón, collares de perlas y lentejuelas, cartonajes, láminas con cintas, botones, estuches de costura, y más lejos aún, máquinas de coser, tablas para cortar, reglas.

Todos los jueves por la noche, Stella y Julie se ven en la Casa del Patchwork con su labor.

Stella continúa con el relato de su vida. Acaba de enseñarle cómo avanza su tapiz a Valérie, la propietaria de la tienda. Los jueves por la noche es gratis. Stella no compra nada en el local de Valérie, es demasiado caro. Ella consigue todo lo que puede en las tiendas de Emaús o en los mercadillos de segunda mano. Compra por cuatro

cuartos una camiseta con lentejuelas, un vestido adornado con perlas, un abrigo raído con un cuello de piel. Y los despieza. Encuentra collares por veinte céntimos o chaquetas viejas y les arranca los botones. Arrasa los estantes de nácar y de bisutería de los mercados de viejo. Corta unos pantalones de terciopelo que Georges ya no usa, unas cortinas descoloridas de Suzon o las blusas de flores que ya no se pone.

Le gustan estas noches de los jueves, dedicadas a cortar y a coser sobre el mostrador con otras chicas. Ella no habla, ella escucha. Trabaja. Cuenta la historia de su vida en un tapiz compuesto de grandes escenas. Cada personaje está representado por un color. A Léonie le corresponde el azul, el rojo a Adrian, a Tom un amarillo brillante como el sol, a ella el verde, el violeta a Georges, el blanco a Suzon, y a Ray Valenti el negro. Ray Valenti representado a base de ángulos y aristas, garras y dientes temibles. Stella cose manos y dedos, bocas que gritan, cabellos que se retuercen y se arrancan. O puntos grana y oro en los abrazos de Adrian. Un remolino de pelo rubio en la cabeza de Tom.

Stella utiliza la aguja para hacer balance.

Oye hablar de Violette y de Ray. Se les ve juntos por todas partes, no se esconden.

Una mujer describe las veladas en casa del prefecto, el alcalde, el jefe de bomberos. Ray del brazo de Violette. El alcalde mueve la cola cuando la ve. El prefecto tiene planes para ella. Esa llegará lejos, afirma la mujer, muy segura de lo que dice.

—Ray tiene la crisis de los cuarenta —masculla otra, y suelta la aguja para cortar un hilo.

—¡Más bien de los sesenta! —corrige una tercera que está cosiendo botones de colores en un traje de payaso.

—Ella le tiene completamente dominado —dice una cuarta—. La carne joven debilita a los hombres.

—¡Pues si Violette acosara a mi hombre, yo la mandaría a paseo enseguida!

No les incomoda hablar delante de Stella.

Es como si mamá no existiera, piensa ella. No cuenta para nada.

Corta el hilo con los dedos y rehace un punto.

Una chica entra en tromba en el taller y se sienta al lado de Julie y Stella. Lleva gafitas y el pelo recogido atrás con una cola de caballo alta. Se le abre el bolso, se da la vuelta y se inclina para recogerlo.

—¿Qué tal, qué tal? —pregunta con apremio—. ¿Llego demasiado tarde? ¡He corrido como una loca!

—No. Acabamos de empezar.

Marie Delmonte. Una de las cuatro *muchachas* del señor Toledo. Secretaria de dirección de *La République libre.* Ella es quien decide la primera página del periódico.

—¿Has podido escaparte? —dice Julie.

—Esta noche no me toca trabajar.

—¡Pero tú trabajas a todas horas! —se asombra Stella—. No se te ve muy a menudo por aquí.

—Qué quieres, tengo un horario de locos: estoy seis noches seguidas en el periódico y luego tengo tres días de descanso.

—¿Y te gusta?

—Es emocionante estar siempre pendiente de las noticias y de la tele para pescar cualquier asunto, escuchar *France Info*... Incluso aquí me fijo, por si me entero de algo.

—¡Es una enfermedad! —dice Julie—. Como la mía con la chatarra.

—¡Un día vendréis a verme al periódico y lo entenderéis!

—¡Cuando tú quieras! —dice Stella, que está concentrada en hacer un nudo y saca la lengua.

Se forman grupos, amistades que nacen y se deshacen, a veces se escapan frases que hieren. Se hace el silencio. Pero ninguna renunciaría a estas sesiones de los jueves por la noche, bajo la mirada vigilante de Valérie.

Julie le enseña a Stella una pieza que acaba de terminar.

—¿Qué te parece?

—Estupenda —contesta Stella, y Julie continúa: feliz.

Siempre es necesario un punto de vista ajeno para avanzar, piensa Stella. Te estimula y te impulsa a seguir con más brío.

Rebusca un trozo de tela acolchada de color rojo para representar a su hombre más alto y más fuerte aún. Si fuera por ella, pondría rojo en todas partes.

—Todavía no me has devuelto el libro —protesta Julie, sin dejar de mirar su pedazo de tela.

—¡Ay! Se me ha vuelto a olvidar.

—Entiéndelo, es el primer regalo de Jérôme y...

—¿Piensas abrir un museo?

—No te rías.

—Pero con una condición…

—…

—Que te lo leas. ¡Si no, me chivaré!

Se tapan la boca con las manos para disimular las carcajadas.

—¿Has visto mi sudadera?

Julie exhibe la prenda con la frase bordada *«I'm a candy girl»*.

—Me la he puesto adrede. Soy muy feliz. He empezado un régimen.

—Pero ¿por qué? Jérôme te quiere tal como eres.

—Quiero estar guapa para él.

—¡Ay, Dios! —dice Stella—. ¡Te vas a volver tonta de remate!

Julie se inclina y le advierte:

—¡No grites! Valentine Laignel está pendiente de todo lo que decimos, y luego lo repite.

Valentine está cortando fieltro sobre el mostrador.

—Su marido, el policía —añade en voz baja—, es compinche de los trapicheos de Ray. No hay más que verla a ella, va cubierta de oro. Colecciona marcas y siempre está fardando. Deberías investigar a esa pareja —le susurra a Marie—, a mí me parece sospechosa. Estoy segura de que tendrías tema con esos dos.

—Tampoco hay que exagerar y ver culpables por todas partes —dice Marie mientras coloca los retales.

Stella mira de reojo a Valentine. Lleva los brazos cargados de pulseras, unos pendientes de diamantes, el bolso Vuitton de la temporada y un Rolex enorme.

—Parece Violette —le susurra a Julie—. Ray y Laignel deben de comprarlo todo a pares y con descuento.

—Ya te he dicho que Ray tiene mano en todo.

—Nunca conseguiremos nada —suspira Stella.

—¡Sí, sí! No digas eso. A veces basta con tirar de un hilo para devanar toda la madeja… ¡Mira!

Julie tira del extremo de un ovillo de lana y provoca que caiga al suelo.

La madeja rueda y se deshace.

—¡Tan fácil como esto! —exclama Julie.

Valentine Laignel las observa, intrigada.

Al salir de la comisaría, Bernard Duré había vuelto a su casa y se

había tomado unos tranquilizantes. Luego se había instalado frente a la televisión, había visto un documental sobre el león, el rey de los animales, y se había acurrucado como una bola sobre el sofá, pensando: voy a dormir una siesta.

Necesitaba un momento de descanso, tras la decisión que acababa de tomar en la celda de desintoxicación.

Para decirlo claramente, estaba cagado de miedo.

Ray Valenti lo cantaría todo y todo el mundo sabría que él era un alcohólico, que había causado la muerte de varios pacientes y malogrado muchas operaciones. Habría consecuencias judiciales, procesos, demandas de indemnización. Incluso puede que le expulsaran del Colegio de Médicos.

¿Realmente sería capaz de llegar hasta el final?

Estaba solo en su casa. Su mujer y sus hijas prolongaban su estancia en París.

De repente, su salón le había parecido muy grande, el techo muy alto, los sofás muy blancos, la pantalla de la televisión inmensa. Y él se había sentido muy pequeño.

Había contemplado los cuadros de las paredes y le había asombrado no haberlos visto nunca antes. Había sonado el teléfono, había saltado el contestador, y se oyó la voz de su mujer: «Ahora no estoy...».

Se había servido un buen vaso de whisky, se había rascado la barba de tres días y se había preguntado cómo iba a comunicarle su fracaso a su padre. Desde que era pequeño, la ciencia de Paul Duré, su exigencia y su excelencia le aplastaban y le aterrorizaban.

Siempre que hablaba con él le daban ganas de ponerse de puntillas. Empleaba un tono varonil, grave y profundo, y la actitud de un hombre seguro de sí mismo, pero evitaba la mirada paterna por miedo a ser desenmascarado.

Iba a tener que enfrentarse a él.

¿Aguantaría el golpe?

Era inútil mentir, ya flaqueaba.

Había estado un buen rato bajo la ducha. Se había afeitado. Vestido. Se había mirado al espejo para ver si efectivamente era él.

Se había atrevido a desafiar a Ray Valenti. No daba crédito. Ese era el acontecimiento más importante de su vida. Pero también intuía que si tardaba demasiado, se desinflaría y desaparecería bajo la alfombra.

La valentía es un estado gaseoso, se había dicho mientras se pasaba el peine por el pelo, con un golpe de viento el gas se evapora. Se desinfla enseguida.

No debía retrasarse.

Había cogido las llaves del coche. Buscó las gafas. Echó un último vistazo a su colección de sílex, de hachas pulidas y granito. Armas e instrumentos que había desenterrado excavando en Normandía, en Bretaña, en los Pirineos cuando estudiaba. Siempre dedicaba los tres meses de verano a hacer cursillos de arqueología. Era su pasión. Se tumbaba sobre una plancha con su rascador de zinc, su escobilla, su palita y su cubo, y limpiaba las superficies seleccionadas, rascaba milímetro a milímetro, quitaba las capas para despejar el suelo original y descubrir otros vestigios.

Iba de maravilla en maravilla.

Cada vez que descubría algo, lo dibujaba, lo anotaba en un cuaderno y se lo llevaba todo al jefe de la excavación para que lo analizara en el laboratorio.

Ebrio de felicidad. Sabía que era excelente, no hacía falta que se lo dijeran.

Se pasaba las vacaciones excavando. Dormía poco, se alimentaba de sardinas y de pan, se quedaba dormido contemplando la luna, las nubes, se afeitaba con agua fría, era el primero en llegar al yacimiento por las mañanas.

Había compaginado las excavaciones y la carrera de medicina. Pero al cabo de siete años, tuvo que escoger.

Su padre había levantado la ceja, y aquel arco perfecto expresaba prohibición, sorpresa. Es una broma, espero, había dejado caer. ¿No dudarás en serio?

Él había balbuceado: no, no, claro, era una broma.

Había guardado el rascador, la escobilla, la palita.

Su padre había dicho: ya lo sabía, eres mi hijo. ¡De tal palo tal astilla! Le había regalado esa plaquita enmarcada con su nombre grabado y el poema de Kipling.

Él le había dado las gracias a su padre.

Paul Duré había seguido leyendo el periódico y no le había vuelto a dirigir la palabra.

Aquella misma noche, Bernard Duré cogió su primera curda.

Pasó por el hospital. Quizás le necesitaban.

Sobre su mesa de despacho vio un papel blanco doblado por la mitad. «¡Aguante! Stella». Bajó la cabeza, arrugó la nota, se la metió en el bolsillo.

Iría a hablar con su padre.

Luego pasaría a ver a Léonie Valenti.

—Léonie, me gustaría hablar con usted pero ante todo, y esto se lo pido como un favor, no me interrumpa.

Léonie asiente y junta las manos.

—Usted va a ser mi última paciente, Léonie. Cuando esté en situación de irse, de abandonar este hospital, cosa que sucederá muy pronto, yo firmaré su historial, presentaré mi dimisión y me iré. Llevo demasiado tiempo perdido.

—A mí me ha cuidado muy bien, doctor. Ya vuelvo a andar.

A Léonie le gustaría sincerarse, preguntarle con franqueza si le quedarán secuelas, pero no se atreve. Cree que puede confiar en él, pero no está completamente segura.

—He examinado las últimas radiografías y está todo bien. Ha reaccionado de forma notable a todos los tratamientos. Mi padre habría hablado de su capacidad de resistencia y le habría dado una nota buenísima.

—Me acuerdo de él. Me operó de apendicitis. Citaba frases y poemas cuando visitaba...

—Sigue igual —dice Bernard Duré—. Le gustan las palabras. Las venera.

—A mí me impresionaba muchísimo.

—Nos daba aceite de hígado de bacalao para fortalecer el cuerpo...

—¡Era la moda de la época! —Léonie sonríe.

—¡... Y nos obligaba a aprender párrafos de memoria para fortalecer el alma! Recuerdo la definición del alma que nos hacía repetir a mi hermana y a mí: «El alma es lo que se opone al cuerpo. Es lo que se opone a huir cuando el cuerpo tiembla, lo que se opone a atacar cuando el cuerpo se enfurece, lo que se opone a beber cuando el cuerpo tiene sed, lo que se opone a poseer cuando el cuerpo desea, lo que se opone a abandonar cuando el cuerpo siente terror».[22] Está bien, ¿verdad?

—Sí.

—Así que yo me entrenaba. Me negaba a comer o a beber. Pero tenía la impresión de representar un papel. El papel de hijo modelo. ¡Quería que él estuviera orgulloso de mí por encima de todo!

—¡Ha tenido un millón de razones para estar orgulloso de usted!

—Eso es lo que usted cree...

Duré toma la mano de Léonie. Le da palmaditas.

—Era todo lo contrario, Léonie. Cuanto más grande era mi padre, más me encogía yo. Y me he encogido mucho. Hasta el punto de dejarme manipular por Ray Valenti.

Desvía la vista y se fija en el cuarto de Léonie, como si no hubiera visto nunca una habitación de hospital.

—Había perdido el alma.

Se queda un momento mirando al vacío, luego resopla y continúa:

—¡Pero tengo la firme intención de recuperarla! Me quedan muchos problemas por resolver, eso es evidente, pero he dado el primer paso. Le he dicho no a Ray, que pretendía llevársela.

—Lo sé... Sé que le amenazó. La gente habla en los pasillos.

Ella esboza una pequeña sonrisa para excusarse por saber algo que él preferiría ocultar. Duré la mira con franqueza.

—Asumo el hecho de que tengo un problema con el alcohol, y pienso tratarme. He ido a ver a mi padre, no las tenía todas conmigo, se lo aseguro. Le he pedido perdón. Está claro que me llevarán a juicio y que su nombre quedará en entredicho. Pero él me ha tendido la mano y yo se la he estrechado. Él ha levantado la barbilla con actitud castrense y me ha dedicado una sonrisa. Un gesto escueto, pero muy viril.

Léonie le observa enternecida. Duré no lleva bata y parece una persona cualquiera con las que te cruzas por los pasillos del hospital.

—Ha sido usted muy valiente, Léonie. Pronto se marchará de aquí. Cuídese mucho. Y... me gustaría decirle también... que lo que ha soportado durante todos estos años..., en fin, los..., yo debería haberlo...

No termina la frase.

—He sido como todo el mundo en Saint-Chaland. Un cobarde. Y algo peor aún, cómplice.

Se moja los labios, traga saliva. Y continúa:

—Pienso colaborar para que la tiranía de Ray termine. Aún no sé

cómo lo haré pero… Ya ha hecho sufrir a demasiada gente. No me callaré, se lo prometo.

Léonie mueve la cabeza, desolada.

—No tiene que hacer eso… Ray no se lo perdonará nunca.

—Me arriesgaré.

—Le hará callar. Tiene amigos con cargos importantes.

—No se preocupe. Yo también conozco a mucha gente.

—Le declarará la guerra.

—Lo asumiré. Y además, Léonie, ya no tengo nada que perder. Por fin podré respirar.

—¿Aunque él le meta en la cárcel?

—Aunque él me meta en la cárcel.

Esta mujer es rara, se dice Calipso cada vez que ve a Emily sentada a la mesa de la cocina. Porque Emily vuelve. Se diría que espera algo de Míster G., algo que él no quiere darle. Y cuando me ve, me mira insistentemente, me sigue con los ojos como si viera un fantasma.

Un día que Míster G. hablaba en el pasillo con un tío del edificio que decía que había vuelto a tener una inundación y que eso no podía continuar así, Calipso había entrado en la cocina. Emily había rebuscado en su bolso, y había sacado una polvera con una elegante tapa dorada y se había empolvado la nariz con la borla. Luego había añadido con coquetería:

—¿Quieres que te maquille?

Míster G., en el rellano, se estaba enfadando y subía el tono.

Emily había abierto un estuche lleno de pinturas, sombras de ojos y lápices.

Calipso se había prestado al juego, había cerrado los ojos mientras Emily la maquillaba. Cuando los había abierto, había quedado encantada. Seguía teniendo la barbilla un poco hundida, pero el resto estaba mucho mejor. Sus ojos desbordaban luz, sus cejas dibujaban dos pequeños paraguas, tenía las mejillas sonrosadas, los labios brillantes y el pelo…, ¡oh, el pelo! Caía con estilo sobre sus hombros.

Se había puesto a dar saltos de alegría, y a dar palmadas.

—¿Lo repetiremos? ¿Lo repetiremos?

Se había levantado, había abrazado a Emily y había notado el

olor de su perfume. El delicado aroma de ese perfume. Había frotado la nariz sobre el cuello de su vestido, frotó y frotó para retenerlo y tratar de identificarlo después. Estaba convencida de que conocía esa fragancia.

Y luego había preguntado:

—¿Hace mucho tiempo que conoce a Míster G.?

Míster G. decía que Emily estaba enamorada de él. ¡Me persigue desde hace años! Empezó cuando yo tocaba con Ulises en las salas de fiesta de Miami, y ella se nos pegó a los talones. Era una cría. No tendría ni dieciocho años. ¡Seguro que no tenía edad para entrar! Nosotros salíamos por ahí después de las actuaciones, bebíamos, charlábamos y ella no nos dejaba en paz.

A Calipso le cuesta creerle.

Míster G. tenía muchas cualidades, pero no enamoraba a las mujeres. Era demasiado rígido, demasiado brutal. Cuando intentaba un gesto cariñoso, extendía el brazo con brusquedad, acercaba la mano, la dejaba quieta en ángulo recto, como a punto de la caricia, y refunfuñaba: ¡ya está, ya lo has entendido, venga, largo!

Emily no había tenido tiempo de contestar. Míster G. había regresado. Ellas se habían puesto inmediatamente en guardia, fingiendo no hacerse caso. Pero él había explotado:

—¿Qué narices estás haciendo tú aquí?

Vociferaba, los faldones de su abrigo y la ceniza de su puro barato volaban, y Calipso había dicho: me he equivocado con el horario, esta tarde no tenía clase.

Él había gritado: ¡A TU CUARTO!

Era increíble que esa mujer le pusiera tan nervioso.

Ulises se vuelve impreciso cuando Calipso le habla de Emily.

Tanto, que ella acababa preguntándole:

—¿Por qué divagas cuando te hablo de ella?

Él había refunfuñado: ¡mentira, ¡mentira!, ¡mentira!

Ella había replicado sin rendirse: ¡verdad!, ¡verdad!, ¡verdad!

Y luego había añadido:

—*Abuelo*... ¿Qué sabes tú que no quieres que yo sepa?

Él no había contestado.

—*Abuelo*... Emily lleva el mismo perfume que el del vestido azul con el bordado de perlas.

—¿Y qué?

—Es raro, ¿no?

—Pero ¿qué te inventas? Es un perfume francés, muy conocido y muy caro. Se llama «Ivoire» de Balmain. Lo venden en todas las tiendas, en todas las perfumerías.

—Pero, aun así, es raro...

Y como parecía que él iba a estallar, ella había cambiado de tema.

De todos modos, ese no es su problema.

Ella ama. Ella es una burbuja y es vaho, soplo y ráfaga suave. Revolotea por el cielo con los árboles y los coches. Le sopla a la violeta y la resucita, levanta la mano y el semáforo se pone rojo, arruga la nariz y llega el autobús, desliza el arco y todos los demás la siguen en fila india. Ya no se ríen a sus espaldas, ni la empujan en la cafetería.

Es normal, piensa ella, vivo un amor con Gary Ward. Impulsada por una fuerza invisible.

Y este estado se perpetúa.

No obstante, es sabido que a veces el amor se detiene para subir y bajar, para dibujar agujeros en el aire en los cuales uno tropieza. Entonces uno se hace preguntas, duda, sufre, se envenena la sangre, se ahoga, se provoca soplos cardíacos, hernias, acidez. Ella no. Ella salta sobre los agujeros, las cloacas, las grietas, salta por encima de los precipicios y acampa en el otro lado.

Con Gary Ward.

Siempre.

El curso se termina. Juntos organizan picnics en el parque. Almuerzan sobre la hierba. A veces Rico les acompaña. Cada uno trae un trozo de torta, o un poco de pollo, unas zanahorias ralladas, un helado de caramelo salado. Abren una partitura, hablan de un nocturno de Fauré, de esa melodía tan pura y tan melancólica que uno tiene la impresión de retorcer un corazón en plena noche. Deciden el

ritmo.

—¿Por qué optamos? —pregunta Rico—. ¿Primero aparece el acompañamiento, o primero la melodía y va subiendo?

—La melodía. Hay que usar la mano derecha con sordina, para amortiguar cada acorde del acompañamiento —afirma Calipso—. Si no le das el timbre adecuado, te saldrá una cosa difusa, débil, sin sustancia, y eso sería una pena.

—Pero si tocas lento desde el principio —dice Gary— aportas un toque muy sesgado, muy sombrío, y eso también es una pena.

Se acaloran, canturrean, silabean, marcan el compás, roen los últimos huesos de pollo, se secan las manos grasientas en la hierba y vuelven corriendo al estudio para ensayar lo que han imaginado.

Ella no querría estar en ninguna otra parte.

La felicidad también es esto. Cuando en la vida todo está en su sitio y una tiene el suyo reservado.

Y la vida está por todas partes. Surge de la música, de una imagen, de un olor, de una escena de la vida cotidiana.

Ellos no necesitan hablar. Quizás palabras muy cortas que rebotan. Miradas que se lanzan por encima de la red.

Ayer tarde cuando él la acompañó...

Una chica venía hacia ellos. Balanceándose, contoneándose. Habría podido ser guapa pero insistía tanto que perdía la gracia. Ambos habían dicho al mismo tiempo: «plástico».

Plástico.

—¿No es la felicidad eso?

Calipso tiene muchos más ejemplos como ese.

Ella toca el violín en el parque, Gary la escucha, tumbado sobre la hierba. Con una sonrisa enorme en la cara. La cabeza apoyada en el codo, el otro brazo extendido hacia las ardillas.

Pasa el señor raro del impermeable largo. Hace una pequeña seña con la cabeza. Luego un gesto de excusa, no quiere molestar y se aleja.

Gary se echa a reír.

—¡Parece que esté hecho de papel y haya salido de una novela de 1900! ¿Has visto cómo va vestido?

—¡No te burles de mi pretendiente!

—Tu pretendiente soy yo —afirma él con rotundidad y le agarra el tobillo y lo sujeta.

Ella se pone tan colorada que tiene que ponerse de espaldas.

Y millones de hormigas le invaden de nuevo la nariz. Colonias

atiborradas que provocan un atasco y golpes en la carrocería, bocinazos, escapes de gas. Ella está a punto de explotar.

Finalmente, un día Gary aborda al desconocido.

—Mi amiga y yo nos preguntamos por qué nos sigue.

—Lo comprendo —responde el hombre que lleva bufanda aunque ya haya empezado el verano—. ¿Puedo sentarme con ustedes?

Se sienta en el césped con un elegante movimiento de experto gimnasta. Extiende una pierna, dobla la otra. Arranca una brizna de hierba y se la mete en la boca.

Explica que en otra época fue un violinista de renombre, en el Concert Hall de Filadelfia hay una placa con su nombre, y luego... tuvo un accidente de moto, la mano derecha le quedó destrozada, nunca ha vuelto a tocar.

Tiene los ojos llenos de melancolía y saca del bolsillo una mano deforme protegida con un guante blanco sin dedos. Parece un lagarto viejo y reseco vendado. Calipso retrocede horrorizada. Mete las manos en los bolsillos para protegerlas bajo la tela caqui de su vestido veraniego.

El hombre ha visto el gesto y sonríe con tristeza.

Calipso se muerde el labio. Entonces él la acaricia con una mirada que la absuelve y continúa:

—Yo la sigo, señorita, porque, cuando usted toca, vuelvo a oír mi violín. Es un Guarneri, ¿verdad? Yo también tenía uno. Toca usted tan bien...

Les invita al Café Sabarsky.

Gary apoya el brazo en los hombros de Calipso con una presión que significa: estoy aquí, no tengas miedo, si vuelve el lagarto le retorceré el cuello.

Y a ella le parece delicioso.

En el Café Sabarsky piden dos tés, un chocolate, pasteles y cerezas confitadas con nata.

El hombre dice que le gustaría ayudar a Calipso. Económicamente, se entiende. Él sabe que un violinista que empieza no gana mucho dinero. Él posee una gran fortuna y no tiene hijos.

Se vuelve hacia Gary, añade que él no parece necesitar ayuda. Se le ve desahogado. ¿Es así?

Gary asiente.

El hombre tiene razón. Él no necesita dinero.

Pero se equivoca, necesitaría mucha ayuda.

Pasa los días con Calipso, su violín, su piano. Come sentado en el césped del parque, habla con las ardillas, observa la forma de las nubes blancas en el cielo. Cierra los ojos. Jura que nunca ha sido tan feliz.

La acompaña hasta la 110, la besa contra la pared de ladrillo rojo, susurra palabras mudas, aprieta sus dedos enlazados, oye las burbujas ahogadas en su voz, acecha la luz en sus ojos, dice: son las siete y cuarto, las siete y veinticinco, la abraza, oye el latido de su corazón, pero nunca pasa de la puerta.

Se va. Se da la vuelta, gesticulando.

Baja por Madison. Pasa frente al garaje que guarda los coches amontonados unos encima de otros y siempre se pregunta cómo hace la gente cuando tiene prisa por recoger el coche.

Atraviesa el parque. Va hacia el oeste. Contempla el sol que se esconde lentamente detrás del Dakota. Sale del parque. Se mete por la 66. Fauré no era precisamente viejo cuando compuso ese nocturno. Apenas tenía treinta años. Yo no puedo perder ni un minuto. Oh, esta música tan pura, tan melodiosa…

Abre la puerta del piso.

Hortense lanza un grito de alegría. Le echa unos brazos como guirnaldas al cuello. Él le da palmaditas en las nalgas, la llama pichoncito, ella se ríe a carcajadas, le besa en la boca.

Inclina la cabeza hacia un lado, le coge de la mano y exclama: ¡ven a ver!

Lleva lápices en el pelo. Tiene tinta en los dedos. Manchas rojas y azules en la punta de la nariz. Eso la hace bizquear un poco. Le increpa: ¿qué te parece? ¡Es que tengo tantas ideas que he de poner un poco de orden!

Le enseña sus dibujos, le agarra del cuello, le besa otra vez.

—¡Soy tan feliz! ¡Pasan tantas cosas! ¡La vida es intensamente bella! ¡Te deseo! ¡Eres alto, eres guapo, eres fuerte, eres mi héroe!

Y él se queda en el salón mirándola, mirándola sin moverse durante más de tres minutos, y se dice: qué guapa es, es espectacular,

como sus ojos, su cintura, su piel, su cabello... ¡Oh, cómo me llena de belleza! ¡Es la mitad de mi piel, la mitad de mi vida! ¿Cuánto tiempo hace que respiro con ella? Y ante la idea de... ¡Oh, no! ¡Le falta el aire! La abraza, la lleva a la cama. Ha tenido miedo de perderla.

Y Hortense, rendida, cautivada, se deja llevar, se pega a él, feral, enloquecida, clava los ojos en su mirada, le mordisquea el labio superior, pronuncia muy claramente su nombre como si plantara una banderilla ardiente una y otra vez.

Y él olvida inmediatamente a Fauré, el estudio, Rico, Calipso, el parque, la 110, el Guarneri que les golpea las piernas.

La mira, embelesado, ¡eres tan guapa!

Lo había olvidado. Hortense Cortès. Hortense Cortès. ¿Cómo puedo haber tenido la osadía de olvidarte? ¡Hombre de poca fe y poca consistencia! Olvidadas las borrascas, los ciclones, los vendavales violentos... Olvidadas tu mano golosa, tus caderas bailarinas, tu pie que se desliza y...

Y se sumergen en la cama comiéndose la boca. Y se agarran y se enredan. Y se desnudan. Y... Ella se despliega como una espiral larga y él se para, hace una pausa. Inclina la cabeza, musita: no, no. Demasiado fácil, pequeña, demasiado fácil. ¿Quién te crees que eres? ¿Tú crees que se me seduce con eso? Y ella se arquea y él recula...

Para recuperarse, para tratar de conservar el poder y no dejarse llevar de inmediato. Salpimentar con inquietud y crueldad el abrazo de otro modo tan banal, tan fatal, hacerla esperar, obligarla a hacerse preguntas, a bajar de su pedestal de mujer tan bella que duele mirarla, chist, chist, musita él otra vez, vas a sufrir, preciosa, vas a sufrir. Y ella lo sabe, lo sabe pero se le olvida y suplica, suplica, y sus juegos vuelven a empezar como si nunca los hubieran interrumpido, ella sonríe con astucia, se desliza y él la dirige, haciendo un esfuerzo para mantenerse frío y duro, hasta que pierde la cabeza y se une a ella en el vértigo voluptuoso de la dicha, del inmenso fuego de artificio final. E inmediatamente, rendidos, saciados, descansan uno en brazos del otro y ella le pregunta con astucia nuevamente, para hacerle creer que es una mujercita paciente, que le ha esperado todo el día acurrucada junto a la chimenea, le pregunta conteniendo el aliento:

—¿Te ha ido bien el día?

¡A ella le da igual cómo le haya ido el día! Ella quiere su mirada, sus manos, su peso, su boca, sus gritos, ella quiere devorarle, despiezarle. Él la hace salivar. Salivar. Pero ha aprendido que debe

doblegarse a su deseo, a sus fantasías, a su música, Fauré, Chopin, Mozart, Beethoven y *tutti quanti*.

Y él juega con sus mechones largos color miel y contesta:

—He estudiado el *Nocturno nº 1* de Fauré y hacía así...

Canturrea y lleva el compás con una mano.

—Todavía no sé si lo tocaré en seis u ocho tiempos, me pregunto si...

—¿Mano izquierda o mano derecha? —pregunta ella, pues todavía le queda un poco de paciencia para concederle.

—Precisamente, esa era la pregunta que me hacía y...

Y repasa mentalmente los argumentos de Rico y de Calipso, pero ya no quedan argumentos. Ya no tiene ni el color, ni la emoción, ni siquiera el sonido que se elevaba hace un rato en el parque.

Hortense lo ha borrado todo con sus brazos como guirnaldas, con besos, con la danza de sus caderas.

Y entonces, jadeando todavía, él se pega a ella, la abraza y pregunta: ¿y a ti? ¿Tú qué has hecho?

Ella no sabe por dónde empezar, mezcla Luis XIV, Antoinette, Elena, Junior, una foto para su blog, la oferta de un periódico, una página para ella sola, ¡sí, sí, te lo juro!, un libro de ilustraciones que ha encontrado en Corner Bookstore de Madison con la 93, ya sabes, esa librería tan bonita, he ido con Astrid, ella buscaba un libro sobre Diana Vreeland...

Él empalidece.

Madison con la 93.

Ella ha estado a punto de entrar en su reino.

Ese cuya reina es Calipso.

Él teme el choque entre las dos reinas.

No quiere perder ni a una ni a otra.

—¡Quien a hierro mata, a hierro muere! —proclama Hortense.

Él se sobresalta y pregunta: ¿por qué dices eso? Se ha debido de perder una parte.

—¡Al primero que me ataque, me copie o me engañe, me lo cargo!

Y ella explica que esa chica, Mandy Marriotta, ha tratado de copiarle el blog.

—¡Y yo ataqué! He ido a verla y la he amenazado con enviarle un virus mortal. He ido con Mark. Él ha representado el papel del informático friki capaz de crear un virus letal. Se había hecho un

tatuaje falso en la cara. Un dragón amarillo con pinzas de escorpión de color verde. ¡Ella estaba aterrorizada! No hará nada más.

Hortense frunce el ceño, un gesto propio de alguien duro de pelar. Él la hace rodar por la cama.

Ama a dos mujeres con el mismo embeleso.

¿Es posible eso?

Algunos dirán que no. Él puede afirmar que sí.

Pronto se marchará a Europa.

Quizás todo volverá a su sitio cuando esté lejos del parque, de la escuela, del muro de ladrillo rojo de la 110.

O no.

Entonces será el momento de pensar.

Uno no sabe realmente lo que pierde hasta que lo ha perdido.

Emily insiste en ir a llamar a la puerta de Míster G. Le acecha en la calle, le espera bajo la lluvia, se cuelga de su brazo en cuanto le ve. Él la rechaza, ella se aferra, él sube la escalera y la lleva a rastras.

—Necesito que me des tu bendición. ¡Si no, ella creerá que estoy loca! ¡Que lo que cuento son tonterías!

—¡Y yo se lo confirmaré con gusto! Cuenta conmigo para eso.

—¡No tienes derecho!

—Es inútil que insistas. No dejaré que te acerques a ella.

—Pues hablaré con Ulises. Iré a verle y él decidirá.

—¡Eso ni hablar!

—¿Y por qué?

—¿Sabes en qué estado se encuentra Ulises?

Da un puñetazo en la mesa y las gafas le resbalan hasta la punta de la nariz.

—Anda con muletas y Rosita le lava. Y eso que... está mejor últimamente, ya puede hablar. Pero hasta hace poco no podía ni pronunciar palabra.

—¿Qué le pasó?

—¡También es culpa tuya! ¡Todo es culpa tuya! ¡Tú has traído la mierda a esta familia!

—¡Es demasiado fácil culparme de todo! ¡Hace veinticinco años que no veo a Ulises Muñez y, que yo sepa, no le violé!

Los ojos de Míster G. lanzan chispas. Levanta la mano, como si fuera a darle una bofetada, y luego se derrumba en una silla y suspira.

—Bueno. Como no lo quieres entender, te lo voy a explicar. Intentaré conservar la calma...

Lanza una especie de gruñido desde el fondo de la garganta, y recupera la compostura.

Extiende las manos sobre la mesa y da un golpe, como para avisar que empieza el primer acto.

—Óscar se queja constantemente a su padre de que Calipso haya heredado el Guarneri y él no. Que ese montón de dinero pase delante de sus narices le come la cabeza. ¿Por qué Calipso?, ¿por qué? ¡Soy yo quien debería tener ese violín! Un día, hace varias semanas, Ulises se hartó y le echó. Fue una pelea más. ¡Prácticamente las coleccionan! Óscar fue a consolarse al bar de costumbre. Y una vez allí, como seguía quejándose, un tipo de la barra le soltó: ¿en qué andas, *chiquito*? Óscar miró al tipo que le hablaba y vio que era Ignacio Ochoa. De la famosa familia Ochoa.

—¿Yo debería conocer a los Ochoa? —pregunta Emily, con los ojos muy abiertos.

—¡Seguro que Ulises te habló de los Ochoa! —se indigna Míster G.

—No. Nunca.

—Los Muñez y los Ochoa, en Cuba, eran como los Montesco y los Capuleto de Verona. ¡Son enemigos desde hace siglos! De padres a hijos, podría decirse. En 1978, cuando todavía vivían en Cuba, Óscar e Ignacio se pelearon como fieras por un asunto de tráfico de dólares procedentes del exilio cubano en Miami. Ignacio se había quedado con la parte de Óscar, unos dólares que eran el medio de vida de la familia Muñez. Los dos acabaron en la cárcel. En 1980, cuando Fidel permitió que los cubanos viajaran a Miami, aprovechó para vaciar sus cárceles, e Ignacio acabó en un barco rumbo a Key West con el resto de los *marielitos*. Óscar, por su parte, se marchó con Rosita y sus hermanos y hermanas. Todos se instalaron en Hialeah. Óscar e Ignacio se cruzaban, pero se evitaban. Aquel día en el bar, vete a saber por qué, en cuanto Ignacio Ochoa vio a Óscar encabritado, resurgió la antigua enemistad entre clanes, y no pudo evitar soltarle a Óscar lo que todo el mundo sabía, pero callaba por consideración a la familia. Porque para los cubanos la familia es más que sagrada. Es la Santísima Trinidad y la Virgen María juntas. Así que Ignacio soltó: ¿de qué te quejas, *asshole*? Es Ulises el padre de Calipso, no tú. Y si le ha dado la gana de darle el violín es asunto suyo. Ella es tan hija suya como tú.

¡En plena cara! ¡Y delante de todo el mundo!

—¿Le dijo eso? —pregunta Emily, estupefacta.

Suena su móvil, no contesta.

Míster G. asiente y da unos golpecitos con la punta de los dedos. Segundo acto.

—Y ahí, Óscar perdió el oremus. Su peor enemigo le comunicaba oficialmente algo que siempre había sabido, y que le volvía loco: él no era el padre de Calipso. Él no era nada de nada. Es más: se había dejado engañar por su propio padre.

—Entonces, ¿lo sabía?

—¡Es bobo, pero no idiota! Se daba perfecta cuenta de que le habían utilizado. ¡A él, que está muy orgulloso de su rabo! ¡Eso era lo peor! Había comprendido que le habían utilizado como a un peón, y eso le había dolido muchísimo. Pero esa vez, en aquel bar, fue algo terrible. Era una afrenta pública. ¡Porque el tío siguió machacándole, machacándole, y sorprendiéndose de que Óscar hubiera podido creer por un segundo que era capaz de seducir a una americana guapa, rubia y tan excitante que hasta los pelos de debajo del calzoncillo se te ponen de punta! En fin, que se lo soltó todo, mientras Óscar se agarraba a la barra para aguantarse de pie.

—Es sorprendente que eso se haya mantenido en secreto tanto tiempo.

—... Incluso Rosita lo sabía. Pero lo ocultó. No quería ver cómo se destrozaba su familia.

E indica con un golpe el principio del tercer acto.

—Aquello fue un golpe terrible para Óscar. En el vecindario ya no le apreciaban, pero a partir de ese día se burlaban de él. Los tíos hacían el gesto de los cuernos cuando entraba en un bar, se había convertido en EL cornudo. *¡El cornudo!* Así que decidió darle una lección a su padre.

—¿A Ulises? ¿Se atrevió?

—Sí. Fue a recoger a uno de sus colegas de Radio Mambi, una de esas radios cubanas de Miami. Un tío que se hace llamar Nino y es miembro del 04-17.

—¿Qué es eso?

—Una especie de grupúsculo anticastrista de Miami. Medio clandestino. El nombre hace referencia al desembarco en la bahía de Cochinos. El 17 de abril de 1961.

—¡Pero de eso hace un siglo!

—Puede, pero los cubanos de Miami siguen recordándolo. El resto... es fácil... Óscar contacta con Nino, se citan en el McDonald's de la 8, en la esquina con la Decimocuarta Avenida. Y Óscar le confía, como si fuera un secreto de estado, que Ulises, su padre, es un espía a sueldo de Fidel.

—¡Pero eso es una ridiculez!

—Tienes razón. Pero te digo que esos tíos son unos fanáticos peligrosos. Tienen una relación de amor-odio con Cuba y se inflaman como las antorchas del KKK. Óscar reúne pruebas ficticias y jura que hay que castigar a Ulises. Matarle no, solo meterle miedo para que vuelva al buen camino. Nino se pone en contacto con dos matones, dos colombianos, unos auténticos aficionados, y les ordena que le den una paliza a Ulises.

Los dedos golpean la mesa para anunciar que empieza otro acto.

—Los dos colombianos quedan con Ulises en el restaurante Morro Castel de Hialeah con una excusa cualquiera. Ulises acepta, llega el primero y pide un café con leche. Aparecen los dos colombianos, Ulises les sigue al parquin detrás del local.

—¿Y...?

—Ellos le meten a empujones en su camioneta y arrancan corriendo. Al cabo de media hora paran cerca de las pistas del aeropuerto, sacan a Ulises, le dan el recado, ve con cuidado o te mandamos a Cuba con los pies por delante, y le muelen a palos.

—*Oh! My God...*

—Eso fue espantoso, pero aún faltaba lo peor.

Y golpea por última vez para anunciar el fin de la tragedia.

—Ulises, ya muy malherido, cae hacia atrás sobre los muretes de hormigón que sostienen la cerca que rodea el aeropuerto. Su cabeza impacta contra el muro. Le da un ataque y los dos tíos, aterrados, se largan a toda prisa. ¡Le encontró un empleado del aeropuerto al día siguiente, en muy mal estado!

—¡No puede ser! —gime Emily y se tapa la boca con la mano.

—Diagnóstico: fractura de columna vertebral, hemiplejia, parálisis... ¡Y desde entonces se arrastra con ayuda de las muletas!

—¿Y nadie se ha metido con Óscar?

—¡La sacrosanta familia, otra vez! Ulises sabe lo que ha hecho Óscar. Pero calla. Rosita también lo sabe. Pero no dice nada.

—¡Otro secreto! —murmura Emily.

—Y si Ulises ha sobrevivido es porque Calipso habla con él todos

los días por teléfono y le toca el violín. Eso no solo le ha mantenido con vida, sino que le ha permitido recuperar primero la palabra y pronto las piernas. Él lucha con todas sus fuerzas para recuperarse.

—Ella es estupenda...

—¿Tú sabes qué es una familia, Emily?

—No. Yo nací por un descuido de mi madre. ¡Inmediatamente se operó para que no volviera a pasarle nunca más!

—La familia son mentiras, son omisiones y traiciones que se tapan con otra mentira, mayúscula en este caso, la de la familia feliz. El clan debe resistir ante todo. Los Muñez han conseguido preservar su clan, ¡no se te ocurra venir a echarlo todo por tierra con tus confesiones!

—Pues sería lo justo...

—Se aliarán todos contra ti. Yo diré que mientes, Ulises dirá que mientes, que estás loca, que eres una desvergonzada, una americana desesperada porque no tiene hijos, y que veinticinco años después ve a una cría en la tele y va a reclamarla a objetos perdidos.

—¡Pero Calipso es mi hija, es la verdad!

—¡La verdad no importa! *Fuck the truth!*[23] Y te diré otra cosa además... Si hablas con Calipso, Óscar se creerá obligado a vengar el honor de su madre. Es capaz de intentar mataros, a Calipso y a ti. Así que cállate.

—Pero es increíble que yo no pueda...

—Lo que es increíble, Emily, es lo que hiciste hace veinticinco años. Nada más. Ahí está el pecado original. En la habitación del Hospital Jackson Memorial. En ninguna otra parte.

Golpea la mesa con la palma de la mano y concluye:

—Fin de la conversación. Caso cerrado. ¿Te apetece un café?

Robert Sisteron pasea por el inmenso salón rojo y oro de Elena, arriba y abajo, arriba y abajo. Hace clic con el capuchón de su pluma estilográfica, se lo lleva a la boca, lo mordisquea, se para, se frota la frente, da media vuelta, empieza de nuevo y al final abre los brazos con un gesto ostentoso y teatral, y declara:

—No deberíamos apostar por esta chica, Elena. No la veo. No me dio buena impresión. Demasiado inestable, demasiado segura de sí misma, demasiado imprevisible...

Elena, con los dedos metidos en su caja de *loukoums* y la boca

embadurnada de azúcar glas, se da golpecitos en la comisura de los labios, inclina la cabeza hacia él y contesta:

—No es imprevisible, tiene carácter. No es lo mismo.

—Repito: es arriesgado.

Elena sigue con la mirada el rayo de sol que se abre camino sobre la alfombra que compró en el gran bazar de Estambul, y extiende una mano para acariciarla. Aquel fue un día glorioso, el conde estaba feliz y quería que se supiera. Así que gastó y gastó, la cubrió de regalos.

Elena olvida el rayo de sol, vuelve a la conversación y coge un *loukoum* rosa. Fue en Estambul donde aprendió a apreciar los *loukoums*.

—¡Usted sabe perfectamente por qué quiero hacerlo, Robert, y eso debería bastarle! ¡Basta de discutir! ¡Le haremos firmar un contrato draconiano, y ya está!

El *loukoum* tiembla bajo el rayo de sol y se vuelve casi transparente. Elena abre una boca enorme y se lo traga. Robert hace una leve mueca de disgusto.

—¿Le desagrado? —pregunta ella, divertida.

—No. En absoluto.

—¡Miente muy mal!

Elena tiene ganas de poner nervioso a este hombre, que retrocede ante la sombra amenazadora de una cría.

—¡Un contrato! ¡Eso no será suficiente! —repite él con tozudez.

Ella se esfuerza en no perder los nervios y le dedica una sonrisa frívola, totalmente hipócrita.

—¡Todo irá bien, Robert, todo irá bien! ¡Y nos divertiremos!

—Ella es demasiado joven. No debería usted…

Elena pierde la sangre fría y los nervios, y explota:

—¡Ya lo hemos hablado mil veces, Robert! ¡Es usted cansino! ¡Es como todos los viejos, siempre repite los mismos argumentos! La vida hay que vivirla a fondo mientras dura. ¿No está harto de ser una momia?

Robert Sisteron se para en seco, muy ofendido.

—¡Gracias por lo de momia!

Elena suspira.

—¿Qué más quiere que le diga? ¡Mire lo que están haciendo las grandes firmas en este momento! LVMH, Kering. Apuestan por los jóvenes. Nicholas Kirkwood, J. W. Anderson, Joseph Altuzarra, Christopher Kane. Jóvenes, jóvenes, jóvenes. ¿Por quién apostaron a

principios de los años 2000? Por Stella McCartney y Alexander McQueen, recién salidos de la escuela. ¡De la misma escuela donde ha estudiado Hortense, por cierto!

—Se volverá intratable enseguida…

—La domaremos. Esta chica tiene aguante y personalidad. ¡Trabaja veinte horas al día! Crear una marca exige carácter, ambición, valentía, tenacidad. ¡Y todo eso ella lo tiene, Robert!

—¿Y si es un error?

—Habremos dilapidado un Zutrillo o dos. No es el fin del mundo. ¡Oh, me crispa mucho que vaya con esos pies de plomo!

Elena se echa atrás en el sofá. Nota cómo le hierve la sangre en la punta de los dedos. Le gustaría destrozar algo. Romper un jarrón. Dar un portazo. Chillar. Llamar a los bomberos. ¡Acción! ¡Él no ha entendido que no quiero morirme! ¡Tengo diecisiete años! La pobreza me exaspera el cuerpo, llevo un blusón y medias negras. Soy como una avispa atrapada en melaza marrón. ¡Vigilo al conde desde mi ventana, va a venir a pedir mi mano a mis padres, lo susurró anoche bajo su bigote rubio, y yo le concedí un beso!, ¡rezo para que mi padre diga que sí, y ya he recogido mis cosas!, ¡ansío cambiar de vida! ¡Dejar a mis padres, la miseria, el piso amueblado de la puerta de Clichy! No me importa que su verdadero nombre sea Jean-Claude Pingouin, ni que sea un tramposo. Me da igual que sea más viejo, y no demasiado elegante a veces. ¡Si quiere ser ruso, conde y rico, me parece muy bien! Tiene los ojos brillantes, los labios rojos y carnosos, unas patillas largas y rubias que huelen a pan blanco. ¡Me gusta que sus ojos se metan bajo mi blusa y acaricien mis senos! Y sobre todo, sobre todo, tiene hambre. Quiere dominar el mundo. Manejar monedas de oro, disfrutar del champán y las trufas, organizar bailes, contratar orquestas, comprar castillos, manantiales, fábricas, barcos, coches, desviar trenes, bandas, escuadrillas. ¡Lo quiero TODO!, proclama acariciando la cadena de oro de su reloj de bolsillo. Lo quiero TODO y te quiero A TI. Gatita mía, pantera, semillita de mujer, mi sustancia. ¡Sí! ¡Sí! ¡Seré su mujer! Y desvalijaré la vida.

Eso es lo que había hecho. Con entusiasmo. Y cuando el conde se desmandaba, y se iba detrás de alguna falda, ella se vengaba. Huía lejos de París y del conde. Y él la perseguía por balnearios, estaciones, playas y pastos alpinos. Allí donde fuera. Ella destrozaba corazones, los coleccionaba. Echaba un vistazo atrás para ver si el conde la seguía. ¡Atrápame si puedes! ¡Pero te saldrá muy caro! Él la pillaba y

la sujetaba por la cintura, furioso. Ella le ajustaba las cuentas, le ignoraba. Él saboreaba su cólera como si fuera un gran reserva. Dejaba un collar de diamantes o una tiara de rubís sobre la mesa. Ella se los daba como propina al chico. Y subyugado, ebrio de amor, él se lanzaba sobre ella, la sujetaba por los codos, la tiraba al suelo.

—¡Pero si solo te quiero a ti! —gruñía—. ¿Por qué te enfadas, amor de mi vida?

—¿Y si me apetece a mí huir y tener varios amantes?

Él se llevaba una mano al corazón y palidecía.

—Varios...

—Sí. Eso es. Te devuelvo, multiplicado, lo que tú me haces. Es normal, ¿no?

Entonces él doblaba una rodilla y le besaba la punta de los pies con ternura, le cogía los tobillos, los besaba también, apoyaba la frente en el suelo y declaraba: ¡quédate con todo lo que tengo, porque yo muero sin ti!

Jean-Claude Pingouin se había vuelto ruso.

Regresaban cogidos del brazo, y se peleaban una última vez en el dormitorio, antes de sumergirse en las delicias del lecho.

A ella le gustaban esas disputas conyugales. Siempre terminaban con diamantes, monedas de oro, una vuelta por el casino, la compra de un criadero de caballos, de un velero de tres palos o de un palomar normando.

¡Hasta el día en que una desvergonzada le había clavado un cuchillo en la espalda! ¡La había humillado, humillado! Y Jean-Claude Pingouin, disminuido, había dejado hacer.

Elena menea la cabeza y se lamenta al recordar aquello. Pero enseguida se rehace, ¡se cobrará la revancha! ¡Y este hombre precavido que no entiende nada! ¡Que me habla de riesgos y de ahorro, menudo palurdo!

—Y yo que me deslomo para gestionar su fortuna con prudencia...

¡Un anciano! ¡Un anciano!, sisea Elena, con las manos sobre los brazos del sofá. Tiene ganas de gritar pero se contiene. Le necesita, necesita su meticulosa sabiduría con los números.

Contesta, más calmada:

—Y yo se lo agradezco, Robert, se lo agradezco mucho. ¡Pero déjeme emocionarme, pelear! Esta chica puede aportarme todo eso. Me aburro en esta casa enorme comiendo *loukoums*. ¡Me aburro, me aburro, me aburro!

Él menea la cabeza, disconforme. Aparta lentamente la cortina de la ventana. Contempla el espectáculo de la calle. Todas esas personas ajetreadas a todas horas. Con lo tranquilo que estaba él en París, haciendo transferencias, operaciones, tomándose sus pastillas, y viendo el informativo por la noche en televisión.

—Lo que usted quiera, Elena —contesta dándose la vuelta.

Ella detecta en su rostro la bandera de la rendición.

—Quiero la revancha y la tendré. He decidido no morirme sin haberme vengado. ¡Y usted sabe perfectamente que la última palabra siempre la tengo yo!

¡Desde luego que lo sabe!

Mira con expresión de vencido a la mujer que tiene enfrente. Le parece más pequeña que antes, más menuda, pero en sus ojos arde el destello de la luchadora de otros tiempos, aquella que se negaba a estar triste, a ser pobre, a ser gorda, a ser fea, esa que gemía de placer cada mañana al ver el cielo, se tapaba las orejas para no oír las malas noticias y no toleraba envejecer ni ponerse enferma.

Ayer, Elena fue a la peluquería. Para que le tiñeran el pelo de rojo escarlata. ¡Rojo sangre, rojo revolución, ese rojo que trepa por las cortinas y les prende fuego!

Él había olvidado que nadie conseguía nunca que ella cambiara de opinión.

Antoinette está muy tiesa, con los brazos curvados, las caderas hacia delante y el pecho tenso. Su corona de pelo lacio le da un aspecto marcial.

—Espero servirte de inspiración, al menos... —dice, mientras gira las muñecas.

Hortense no le contesta y la cubre con un pedazo de tela.

—¡Cuidado! ¡Llevo diez segundos aburrida! ¡Voy a sacar el reloj de arena!

—¡Estoy currando, Antoinette, estoy currando!

—¿Dónde estábamos? Ah, sí... En el momento en que los chinos desafían el comercio francés y amenazan con vaciar las arcas de Luis y

Colbert…

Hortense farfulla, con la boca llena de alfileres:

—¡Un segundo! Déjame pensar… ¿Y si hago un pliegue por dentro, así?

—¡Hace dos horas que estoy de pie dejando que me claves telas! ¡Háblame! ¡Quiero noticias de ese Todo-Poderoso Ilustrado!

—Si hablo, ¿me dejas trabajar en paz?

—Sí, sí.

Antoinette se ha convertido en una entusiasta de Luis XIV y de Colbert. Les considera unos tíos formidables. Mano férrea, inteligencia y sentido común. ¿Sabes cuándo me gustan los hombres? Cuando son inteligentes como las mujeres.

Quiere saberlo todo sobre su prolongada alianza.

—Las mujeres de Versalles solo vestían telas muy caras —empieza Hortense, mientras alarga un dobladillo—. Su delicada y aristocrática piel no toleraba materiales bastos. Aparte de que habían entendido que la ropa lujosa reafirmaba la categoría social y el poder de quienes la lucían, y no vacilaban ante ningún dispendio. Ese es el origen del principio básico, cuanto más caro, mejor.

—¿Caro, hasta qué punto? —inquiere Antoinette.

—El lamé dorado más sencillo costaba cinco mil euros el metro…

—¿En dólares?

—¡Siete mil dólares!

—¡El metro! —Antoinette está escandalizada—. ¿Y había tejidos más baratos?

—Claro. El terciopelo o la seda adamascada. Mil dólares el metro.

—¡Mientras el pueblo se moría de hambre! ¡Qué vergüenza!

—Pero nada era suficientemente bello para las damas nobles de la corte. Todo debía realzar su rango y su fortuna.

—¡Y llenar las arcas de Colbert!

—Has entendido bien la lección. Y un día…

Antoinette ya no se mueve, ya no respira, parece un maniquí de cera. Hortense aprovecha para estrecharle las pinzas de las caderas.

—Un día de 1683, el jefe de la policía parisina informó al rey de que trabajadoras de los arrabales vestían telas procedentes de China, mucho más baratas que las francesas. Eso podía perjudicar mucho el comercio nacional. El rey y Colbert prohibieron inmediatamente las importaciones procedentes de Oriente. Y para que las trabajadoras no tuvieran la tentación de conseguirlas de contrabando, publicaron un

decreto que obligaba a los fabricantes textiles a copiar los tejidos extranjeros, de forma que todos los beneficios de la alta costura se quedaran en las cajas fuertes francesas. Imitar para vencer. Eran bastante listos, ¿eh?

—¿Estás segura de que eso es verdad?

—Está en el libro que me prestó Elena. Yo no me invento nada.

Apenas ha pronunciado el nombre de Elena, cuando la susodicha entra en el apartamento con su caja de *loukoums* en la mano.

Saluda a Antoinette, besa a Hortense.

—¿Molesto? —pregunta por mera formalidad.

Tiene un aire de niña traviesa. Pero hoy no es miércoles, no es el día de Grandsire, piensa Hortense.

—¿Qué te parece mi nuevo tinte? —pregunta Elena exhibiendo su cabello.

—Le sienta muy bien —contesta Hortense—. Ya había notado algo distinto...

—¡Estaba aburrida de mi pelo!

Hace un mohín y observa de reojo una punta de cabello rojo.

—Robert también me aburre. Es demasiado viejo. Se repite. Solo tiene números en la cabeza. ¡Es como una calculadora!

—Cada cual a lo suyo —replica Hortense, y retrocede tres pasos, examina su drapeado y murmura: es perfecto.

—¿No me preguntas qué le has parecido?

—No. Me da igual su opinión. Yo ya sé lo que valgo. Si no le gusto, es su problema, no el mío.

—¿Puedo irme? —dice Antoinette, cansada de mantener la postura—. No tengo nada que hacer en esta conversación. Estoy perdiendo el tiempo.

—Sí. Gracias. Te llamo mañana.

Hortense retira la tela. Antoinette se queda desnuda ante Elena, que la mira y parece disfrutar con el espectáculo.

—¡Es usted francamente preciosa, señorita! ¡Tiene unas curvas doradas, moldeadas, largas, tersas, y todas en su sitio! ¡Perfecta! Felicidades.

—Y usted tampoco debía de estar nada mal. A pesar de las arrugas y las estrías, todavía debe de excitar a más de uno. Apuesto a que todavía tiene éxito...

Las mejillas de Elena se tiñen de grana y mueve la cabeza diciendo: ¡no se equivoca!

—Está muy delgada —prosigue Elena—. ¿Hace régimen?

—¿Está loca? Tengo mejores cosas que hacer que controlar mi peso.

Se encoge de hombros, levanta la mirada al cielo y desliza sus largas piernas en unos vaqueros ceñidos.

—Muchas chicas se estropean con esos regímenes absurdos —comenta Elena.

—¡Yo no! ¡Me niego a dedicar el noventa y cinco por ciento de mi tiempo a perder cinco kilos! *Ciao, Ciao,* guapa —le dice a Hortense—. ¡Y usted, abuela, no cambie, es lo más!

Elena la ve marchar, asombrada.

—¿De dónde la has sacado? ¡Es una auténtica rareza!

—Es la hermana de una amiga. Va a ser mi Egeria.

—¡Nuestra Egeria, Hortense!

Hortense junta las cejas y arruga la nariz, no le gusta esta colaboración obligada. Elena detecta la reticencia en su cara gruñona.

—Sí... ¡Tendrás que acostumbrarte, cariñito!

—Esto no es lo que tenía pensado...

—Tú te ocupas de crear, yo me ocupo del dinero. *Fifty-fifty*. Es lo que acordamos. Si cambias de opinión, más vale que lo digas ahora.

—Pero ¿la firma llevará mi nombre? Me lo había prometido.

—Sí, y estamos las dos en esto. ¡No lo olvides nunca!

—No lo olvido —protesta Hortense en voz baja.

—Las dos juntas ante el éxito... y yo sola ante el fracaso. Yo invertiré mi dinero. ¡Mucho dinero!

Elena escoge un *loukoum*, se lo traga, se calla un momento.

—Pero te aseguro que no creo que sea un fracaso. Incluso estoy convencida de lo contrario.

Hortense busca la mirada de Elena e insiste, contrariada:

—Pero a escena saldré yo sola, ¿verdad? Son mis diseños, mis ideas, es mi trabajo. Usted solo pone el dinero...

—Que es la savia de la guerra. Sin mi dinero no harías nada. Así que sonríe. No vamos a enfrascarnos en una discusión sin interés.

Hortense sonríe sin convicción, y Elena inclina la cabeza para darle las gracias.

—Te cederé el primer plano en el escenario y en las fotos. Pero quiero que se sepa que yo estoy detrás. Con mi poderío. No seremos las primeras en formar un tándem de dinero y talento. ¡Así que trágate tus sueños de grandeza y esos pucheritos de niña pequeña, aprende a

compartir y sigue trabajando!

—¡No necesito que me lo diga, no hago otra cosa en todo el día! — replica Hortense enfadada.

—Perfecto. Quiero saber dónde pongo mi dinero… ¿Qué haces ahora?

—Espero una llamada de Junior.

—Y ese, ¿quién es?

—Mi contacto en París. Un chico muy inteligente que dirige una empresa de objetos para el hogar. Una especie de Ikea. Está al corriente de todo, conoce a los fabricantes, los productos, los mercados. Tiene que llamarme para confirmarme que ha encontrado a la persona capaz de reproducir el tejido de la faja.

—¿Y se sabe algo ya?

—Sí. Podremos abordar la producción. Ya tengo como mínimo dos colecciones completas dibujadas.

—¿Le enviaste una muestra de mi corsé?

—Sí. Me había dado permiso.

—No lo recuerdo.

—¡Bueno, pues haga un esfuerzo! ¡Si hemos de ser socias, le hará falta memoria!

—¡Hortense, cuidado con esa boca!

—No me gusta el tono en que me habla. ¡No me silbe como si llamara a un perro! ¿De acuerdo?

—Lo único que te pido es que sepas cuál es tu sitio.

—¡Y usted el suyo!

—¡Hortense! —exclama Elena.

—¿Sí? —responde Hortense con tono de falsa sumisión.

—Antes de arrancar quiero que veas a Jean-Jacques Picart. Su opinión es importantísima. Su opinión y sus cartas de presentación. No conseguirás nada sin él.

—Entendido. En cuanto hable por teléfono con Junior me compro el billete a París.

—De acuerdo. Yo ya le avisé de que le llamarías. Concierta una cita con él. Y dime, ese chico que llamas Junior, ¿qué edad tiene?

Hortense finge estar absorta en el largo de la falda, se inclina sobre la tela, toma una medida e increpa a Junior. ¡Junior, por favor, telefonea enseguida! ¡Si no tendré que mentir sobre tu edad! ¿Te imaginas la cara que pondrá si le digo que tienes seis años? Se le atragantará el *loukoum*. ¡Date prisa!

—¡Hortense! —repite Elena con más énfasis—. Te he hecho una pregunta...

—Estaba pensando si acortarlo o alargarlo un poco... ¿Usted qué opina?

Elena se inclina hacia la tela y la pega al maniquí de madera, calcula el largo. Sus manos revolotean, felices. Recupera gestos de otras épocas. Busca el talle, palpa el tejido con las palmas de sus manos arrugadas y con las uñas pintadas de rojo, y las pulseras de oro se deslizan por sus antebrazos. Su mirada se vuelve penetrante, presa de un ansia de otros tiempos. Ya no es una vieja loca que come *loukoums* y se acuesta con su masajista los miércoles, es una mujer astuta, creativa, que en una época tuvo un oficio que renace bajo los movimientos expertos de sus dedos.

Hortense, sorprendida, la observa. Elena me oculta cosas. Sabe cortar, tallar, montar, dibujar. Todo esto ha sido más que un pasatiempo para ella. ¡No me lo has contado todo, querida condesa! Lo adivino en tus dedos, en el brillo de tu mirada sagaz, tú tienes ganas de coger las tijeras para cortar ese centímetro que se me ha olvidado. Y tienes razón. Mucho mejor así. Pero ¡coger las tijeras! ¡Qué atrevimiento! Eso ni hablar... ¡No te lo permitiré! ¡El vestido es mío! ¡No tuyo!

Está a punto de arrebatarle a Elena las tijeras de las manos, cuando esta se aparta y la fulmina con la mirada.

—¡Déjame! —grita.

Sus ojos expresan su empeño en ser la jefa, en reinar sola. El deseo cruel de excluir a aquella que quiera reemplazarla.

Las dos mujeres se miden. La anciana parece despertar de un sueño muy feliz, la joven acaba de vislumbrar una pesadilla en ciernes.

—¡No vuelva a hacer algo así! —dice Hortense sujetando la muñeca de Elena—. ¡Nunca más!

Le quita las tijeras de las manos y las deja sobre la mesa.

Este es el momento que escoge Junior para intervenir. Suena el móvil de Hortense, que se aleja para contestar y oye:

—¡Hola, preciosa mía!

—¡Apareces en el momento justo!

—Lo sé, lo sé.

—Si llegas a tardar un minuto más, esto estaba...

—Lo sé todo, tesorito inquieto. ¡Permíteme anunciarte una gran

noticia! He encontrado a nuestro fabricante. Pasé por Sherezade, por toda una serie de tejedores, artesanos, obreros especializados. ¡Cuánto talento hay en nuestra pobre Francia atormentada!

Suspira con tristeza.

—¡Pero no nos aflijamos! No perdamos el buen humor. He descubierto una alhaja, preciosidad mía. Un taller que trabaja la calidad, la belleza y la funcionalidad de la tela, que fabrica materiales que no solo seducen la mirada, sino que iluminan, incitan, modelan, absorben. He encargado una pieza de piqué, tal como me habías pedido, para ver cómo trabaja esta gente. Reproducirán el motivo del corsé a nivel alta costura. El asunto está en marcha… Pero hace falta dinero.

—¡Normal! —dice Hortense—. Dime, hombre informado, ¿has oído nuestra conversación de hoy?

—Sí. Me conecté un poco antes de llamarte. Quería saber dónde me metía. No es fácil esa anciana. ¡Pásamela, que voy a embaucarla!

—¡Ay, Junior! ¡No sabía que te echaba tanto de menos! ¡Pronto nos veremos, saldremos por ahí y charlaremos como si nos fuera la vida en ello!

¿Por qué me pongo a hablar como él?, se pregunta Hortense, asombrada de oír esas frases anticuadas en su boca.

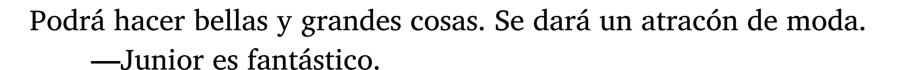
—¡Ay, preciosidad mía! ¡Cuánto te quiero, cuánto te quiero! Pásame a la vieja. Hay que neutralizarla de inmediato. Te la dejaré blanda como un *loukoum*.

Elena dice en voz alta: buenos días, joven, recoge un pedazo de tela sobrante, lo utiliza de abanico, se instala en un sofá y se reblandece, se transforma en líquido y deja caer los párpados pesadamente, con sumisión. Luego emite una serie pautada de síes, sus manos revolotean, asiente con el mentón, y golpea con el pie el parqué, feliz de estar en sintonía con su interlocutor.

Y con un último gesto del mentón cuelga, deslumbrada.

—Este chico parece estupendo. Agudo, conciso, visionario. ¡Ve más allá! Nuestros intereses están en buenas manos. Mañana haré el ingreso para el piqué blanco. Él me mandará los datos de ese artesano. ¡Me muero de ganas de ver su trabajo!

Levanta la cabeza hacia Hortense que saliva otra vez. ¡Un primer cheque! ¡Eso es prácticamente un compromiso! ¡Qué emocionante!


Podrá hacer bellas y grandes cosas. Se dará un atracón de moda.

—Junior es fantástico.

—No me he acordado de preguntarle qué edad tiene.

—Junior no tiene edad —exclama Gary que aparece en el umbral —. Junior es Junior. Cuando le conozca, quedará encantada. Todo el mundo le quiere y le valora. ¡Es único en el mundo!

Está de pie ahí, con la nariz un poco quemada por el sol. Sus ojos parecen más negros y exhibe una sonrisa propia de un filibustero. Tiene hierba en el cuello y en la suela de los zapatos.

—¿Por dónde andabas? —pregunta Elena.

—En el parque.

—¿Solo?

—No, éramos toda una banda.

—¿Toda una banda? ¡Dios mío! ¡Si a ti no te gusta ir en grupo!

—¡No tengo más remedio! Ensayábamos un movimiento.

—¿En el parque? ¡Qué cosa tan rara!

Gary se encoge de hombros e intenta despistar.

—Hacía buen tiempo, hemos salido y nos hemos sentado en el césped. Teníamos las partituras, y ya está. ¡Hace un tiempo…, un tiempo espectacular!

Elena se le queda mirando. Ese entusiasmo tiene un punto de exageración. Una nota falsa, una energía falsa que la intriga. Insiste:

—¿Por qué no llevas a tu banda a dar un paseo en mi precioso coche? Lleva mucho tiempo sin circular, tienes que sacarlo, si no se estropeará.

—Porque a mí eso de pavonearme no me va. No es lo mío, ya lo sabe. Solo lo hago por hacerle un favor…

—Y además sois demasiados y no cabéis, es eso, ¿verdad, Gary?

Gary se ruboriza bajo el bronceado. Busca la mirada de Elena.

¿Podría contárselo a ella?

¿Podría ser que ella ya haya amado a dos personas a la vez?

Ya la imagina. Rubia, guapa, sonriente, en un cartel enorme que dirá: «Salón de belleza Tif-Tif: ¡la calidad, no el bolsillo! Quince euros el corte». Pósteres de ella por todo Saint-Chaland. ¡En las calles, en los cruces, en los autobuses! ¡Todos se empalmarán al verla y él se dirá, el

que se la tira soy yo! Soy yo el suertudo que se la mete.

Anoche mismo, ella le envolvió con su cuerpo y le chupó el rabo, ¡una locura! Él le suplicó que parara un poco para que aquello durara y durara. Pero no había aguantado mucho. Se había corrido. ¡Menuda guarra! ¡Una guarra divina!

Lo cual no impide que…

En el póster parezca una mosquita muerta. Rubia, pura, guapa. Miss Tif-Tif. La imagen del salón de belleza.

No se escatimarán los medios. La alcaldía le echará una mano con una pequeña subvención. Hay que estimular el comercio, ¿verdad? Colocación de carteles y, y… primera página de la revista mensual *Tif-Tif*, mil ejemplares distribuidos gratuitamente por la región.

Tif-Tif es el único salón de belleza de la ciudad y los pueblos vecinos. La señora Robert, la propietaria, había sido una de sus amantes. ¡Pero paga su impuesto como los demás! Nada de favoritismos. Tiene tres empleadas muy apetecibles. Él se las ha tirado a todas. ¡Ni siquiera tuvo que insistir, las chicas se ofrecieron por sí mismas! Las has educado bien, le dijo a la señora Robert sujetándole la barbilla. Con sesenta años todavía tiene un polvo. Los pómulos firmes, el vientre plano, los muslos prietos. Cada vez que va a verla le mete una mano entre las piernas, palpa y dice: ¡no está mal! Ella se ruboriza. Él vuelve de vez en cuando a mojar. Los buenos polvos sirven para hacer buenos amigos, ¿no?

—Si Violette es cabecera de góndola, te perdono la cuota durante… seis meses.

Ella dijo que sí. También dijo:

—Cabecera de góndola…, ella no debe de estar demasiado contenta.

—¡Como las góndolas de Venecia! ¡Yo soy Ringo y ella es Sheila!
24 —dijo Ray, creyéndose muy ocurrente.

Con ese mismo entusiasmo llama esa noche a la puerta de Violette.

Ella le abre con un cigarrillo en la boca.

Él exclama, contrariado:

—¡Te he dicho muchas veces que no fumes, gatita!

Y se lamenta, decepcionado por tener que repetirlo siempre.

—¡Métete en tus asuntos y entra, que hay corriente de aire!

Él da un paso adelante, se quita la chaqueta de cuero, la deja con cuidado en el respaldo de un sofá, se desabrocha el cinturón y se quita los zapatos; le gusta ponerse cómodo. La agarra de la muñeca, tira de ella y la abraza fuerte. Violette hace una mueca y se aparta masajeándose la nuca.

—¡Pero, bueno! ¡Oye, un poco de calma, que no soy de goma!

—¡Ay, gatita! ¡No te muestres tan recalcitrante!

Es una expresión que ella le enseñó ayer. Debería estar contenta de que la haya recordado y de que la utilice. Pero Violette no se fija en nada.

—Tengo una sorpresa para ti. ¡Te pondrás muy contenta! Te colgarás de mi cuello…

Y añade, libidinoso:

—… y de mi bragueta.

Violette da una calada al cigarrillo y le mira con disgusto. Lleva demasiado tiempo pudriéndose en este pueblucho, ya es hora de que pase algo. Por el momento, solo ha conseguido promesas. Sigue esperando esa gran película, el gran papel, el gran director.

Ray se instala en un sofá, la sube en sus rodillas, mete una mano bajo su blusa y proclama a lo grande la buena noticia: ella va a posar para la campaña del salón de belleza Tif-Tif. Estará expuesta en todas las paredes de Saint-Chaland y alrededores. Y saldrá en la portada de la revista del salón de belleza.

—Y el eslogan será: «Tif-Tif: ¡la calidad, no el bolsillo!». Yo me he encargado de todo. Todo ha sido idea mía. ¿Te das cuenta, gatita? ¡Serás una estrella! He visto a Fabrice, el redactor jefe de *La République libre*, y está de acuerdo en hacerte una entrevista. Me aseguró que el artículo saldrá en todas partes. ¡En emisoras locales y todo eso! ¡Serás famosa, gatita!

—¿Y la película? —pregunta ella con un tono glacial, tirándole una bocanada de humo a la cara.

Él entorna los ojos con gesto de asco.

—¿Qué película?

—La película. La región. El vicegobernador. Mi papel. ¿Lo has olvidado?

—Eso ya llegará. No te pongas nerviosa. Empezamos con Tif-Tif y luego pasamos al gran lanzamiento.

Ella se pone de pie de un salto y empieza a dar vueltas por la habitación.

—¡Eso no pasará nunca si acepto determinadas cosas! ¡Yo soy una artista, no el florero de un salón de belleza!

—¡Es un trampolín, gatita!

Violette explota:

—¿Un trampolín? ¡Más bien es una tabla podrida donde voy a tumbarme! ¿Vender un corte a quince euros en Tif-Tif es la idea que tú tienes de la gloria? ¡Que me den el Oscar ahora mismo! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? ¡Es de locos! ¡Todos estos años yendo a cursos, presentándome a castings, suplicándole a mi agente que me colara en el cartel, aprendiéndome papeles..., y ni una sola vez se me ha ocurrido pensar en Miss Tif-Tif! ¡Es de locos!

Violette chilla, se da golpes en la frente y le mira, indignada.

—Muchos empiezan haciendo publicidad, no es ninguna vergüenza —dice él, abatido.

—¡Son desconocidos! ¡Y tienen veinte años! ¡Y si es a nivel nacional se les perdona!

—Se hablará de ti...

—¡En una revista gratuita y por las calles cochambrosas de este pueblucho cochambroso! ¡Angelina Jolie no puede dormir desde que se enteró!

—¡Exageras, gatita!

—¡Y deja de llamarme gatita! ¿Lo haces expresamente o qué? ¡He cumplido treinta y cinco años! ¡Tengo prisa! ¡No puedo perder tiempo con paletos! Ni con el líder de los paletos, y me refiero a Raymond Valenti. Así te llama tu mamá, ¿verdad? Raymond. Es bonito. Tiene clase. Ella tiene toda la razón, fíjate, no eres más que eso: un tal Raymond.

Ray está ofendido y se hunde en el sofá, contrariado.

Violette continúa, desatada:

—¿Y sabes por qué, tarado?

Ray se sobresalta. ¿Ha oído bien? Acaba de llamarle tarado.

—Porque yo soy una artista. Una ar-tis-ta.

¡Puta de mierda! Le ha llamado tarado.

Ray se frota la mejilla para asegurarse de que efectivamente está allí, de que acaba de encajarlo sin pestañear. Un rayo le cruza la mente y de pronto lo ve todo rojo. Tiene ganas de darle una hostia. A menudo tiene ganas de darle una hostia. Pero la boa le retiene siempre. ¡Tarado! Es demasiado bueno con ella, le tolera todos los caprichos. Se acabó. La aplastará como a las demás. ¡Tarado! Un

destello maligno enturbia su mirada. La destrozará, le partirá la cara, y ella acabará arrastrándose a sus pies, le pedirá perdón, y tendrá que dar patadas para despegársela de las suelas. Hay que tratarlas así a las tías. Y cuando le piquen los huevos, irá a que se los rasque otra, candidatas no faltan. Está a punto de levantar la mano, cuando de repente piensa: sí pero… no hay ninguna boa como ella.

Reprime el gesto, se muerde las falanges hasta hacerse sangre. Grita con aspereza:

—¡La única que se cree eso de que eres una artista eres tú!

No le dará una tunda, pero tampoco se dejará pisar. Volverá a poner las cosas en su sitio.

—¿Qué dices? ¡Repítelo! —le increpa ella.

—Bueno, es la verdad. La única que cree que eres una artista eres tú. ¿Dónde lo dice? ¡En los periódicos no y en los cines tampoco! Yo no te he visto nunca en la pantalla. Nunca he oído hablar de ti. Y no soy el único. Incluso el vicegobernador duda en recomendarte. Dice que nadie te conoce. Así que artista me parece una palabra muy importante para una rubita desconocida.

—Porque tú no has salido nunca de tu agujero. ¡Eres un pueblerino, Raymond!

Él pega otro respingo. Ella continúa insultándole. Y él no la abofetea. ¿Qué le pasa? La cabeza le da vueltas. Se vuelve viejo. La sangre ya no coagula, el brazo ya no se alza, está débil. Devorado por la boa.

Pero siente un último arrebato de orgullo, y replica furioso:

—¿Quieres que te diga la verdad? La única vez que te he visto en la tele fue en el informativo regional. En la inauguración de un Sofitel en Mâcon. No tengo ni idea de qué hacías allí. Estabas detrás de una planta. ¡Ibas del brazo de un viejo cargado de medallas y con un barrigón enorme! Creo que era un ex combatiente. ¿Se la mamabas o no se la mamabas?

—¡Vete a la mierda, Raymond! —chilla Violette—. ¡No quiero volver a verte más! ¿Lo has entendido? ¡Nunca más!

Y levanta el brazo para darle un bofetón y él la detiene, estupefacto.

—¡Pero lárgate, viejo cateto! ¡Que te largues!

—¡No me lo vuelvas a repetir, Violette! ¡Soy capaz de hacerlo!

—¡Pues hazlo! No te prives. ¡Buen viaje! ¡Ya no aguanto más! ¡Eres viejo, roncas, apestas y la tienes pequeña, muy pequeña! ¿Nunca

te lo han dicho? ¡Pues mira, yo te lo explico! ¡Por mucho que vayas por ahí fardando, la tienes muy pequeña y haces el ridículo!

Se echa a reír. Y separa los dedos apenas un par de centímetros, la medida de un pene muy pequeñito.

Él traga saliva, se come el orgullo. La vagina-boa acaba de darse el piro. Él ya está llorando. Dispuesto a suplicar perdón.

—Lo decía en broma, gatita. ¡Ya no se puede ni bromear!

—Pues mira, yo no. ¡Lárgate!, ¡que te largues, he dicho!

—Pero gatita...

Ella le recoge la cazadora, el cinturón, los zapatos, se los tira a la cara y le empuja hacia la puerta.

Espera a que Ray haya bajado atropelladamente los escalones, abre el ventanal y grita para que lo oigan todos:

—¡Huevoseco! ¡Huevoseco! ¡Huevoseco la tiene muy pequeña!

A la mañana siguiente Violette telefonea a Stella.

Se ha pasado la noche rabiando. Dando vueltas en la cama. Encender, apagar, encender, apagar. Vaso de agua, vaso de leche, de leche con miel, de leche sin miel. Abdominales, manicura, depilado de las cejas. Y luego ha pasado a los somníferos y al whisky.

—¿Stella? Tenemos que vernos —dice con voz pastosa—. Es urgente.

—Ah —dice Stella—. ¿Quieres que vaya a tomar el té con Ray?

—No —replica Violette—. ¡Quiero destruirle, matarle, hacerle polvo! ¡Me las pagará muy caro!

Stella se queda en babia, con la boca abierta. No da crédito. Extiende un brazo y le dice en voz baja a Julie: pellízcame. Julie la pellizca flojito y Stella dice: ¡no, no estoy soñando!

—¿Estás ahí? —pregunta Violette.

—Sí. No acabo de entenderlo.

De hecho, se pregunta si lo que oye no será fruto de su imaginación.

—¿Quieres decir que has terminado con Ray?

—Sí. ¡Le eché ayer y de malas maneras! ¡Tenías razón, es un don nadie! Es un gilipollas. El rey de los gilipollas.

Stella levanta el pulgar, le guiña el ojo a Julie, que está sentada enfrente de ella, y murmura en voz baja: *YES! YES! YES!*

—¿Y dónde quieres que nos veamos? —pregunta.

—En el local de Lancenny.

—¡Ni hablar! Yo no pongo un pie en el bar de ese tío.

—¡En el bar de Lancenny, te digo! Tiene que ser allí. Comemos juntas. ¡Espabílate! No pienso insistir. Y no te arrepentirás de haber venido, ya lo verás, te…

Interrumpe la frase. Stella se queda escuchando.

—¡No iré con las manos vacías, te lo prometo, le hundiré en la miseria! ¡Gilipollas! ¡Menudo gilipollas!

Cuelga de golpe.

Stella se rasca una heridita del pulgar, como si reflexionara: ¡Lancenny nada menos, ese cabrito de Lancenny! Pone los brazos cruzados sobre la mesa de Julie, y apoya la cabeza.

Julie la mira sin decir nada. La conversación ha debido de ser bronca. Stella rueda la cabeza sobre sus brazos cruzados, luego se incorpora y declara:

—¡Julie, peonza querida, creo que el pez gordo ha mordido el anzuelo!

—¡No! ¡Imposible!

—Violette se rebela y quiere abandonar al tío.

—¿Crees que le ha pegado?

—Puede ser… En todo caso, parece muy indignada. Y estoy bastante segura de que está dispuesta a ajustar cuentas.

Stella empuja la puerta del restaurante e inspira profundamente. Yergue los hombros para parecer más fuerte. Mete la barbilla y, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos, va hacia la mesa donde está sentada Violette. En el centro mismo de la sala. Frente a una jarra de vino tinto.

Violette Maupuis, que exhibe una mirada malévola entre las pestañas todavía impregnadas del rímel de la víspera, traga saliva como una ahogada a quien acaban de practicarle el boca a boca y dice:

—Has venido…

—…

—Y has hecho bien. ¡Te va a salir muy a cuenta!

Se echa a reír y se sirve otro vaso de tinto.

Ha bebido demasiado, piensa Stella. Tiene los ojos hinchados, las mejillas coloradas como si se las hubiera rascado con lija y pequeños

capilares reventados en los ojos. Y gruesos mechones de pelo pegajosos y sucios. Está muy arrugada.

—Más te vale que sea algo jugoso, porque he tenido que dejar a mi hijo en el comedor y es algo que no soporta.

—Ya debe de saber que nos dejará pronto, señora Valenti —dice Amina—. Ya está recuperada. Como nueva.

—¿Puedo quedarme un poco más? —pregunta Léonie con una vocecita que en realidad significa: ¿y dónde voy a ir?

—El doctor Duré no la dejará marchar sin más… Lo arreglará todo con Stella. Mientras tanto se quedará con nosotros.

—Es muy amable…, muy amable…

Y en este intervalo entre los dos tramos de la frase, Léonie reconoce el miedo, ese miedo que la domina cuando piensa en lo que pasará cuando salga del hospital.

Se aferra a la sábana como si quisiera clavarse a la cama y quedarse allí para siempre.

Pero ¿a dónde voy a ir? ¿A dónde voy a ir?

Espera a que Amina se haya marchado, se haya llevado la bandeja del desayuno, haya comentado una vez más el tiempo que hace, le haya dedicado una última sonrisa desde la puerta, y se incorpora. Mete la mano bajo la almohada y saca un sobre un poco amarillento donde una mano varonil escribió: «Para ti, Léonie, de parte de tu Lucien».

Todas las mañanas acaricia el sobre con los dedos, lo palpa, le da la vuelta, lo huele, pero no lo abre. No sabe por qué. Quizás porque esa simple frase y la firma, «tu Lucien», ya contienen felicidad suficiente.

Esa mañana coge la carta, acaricia el papel. Es un poco granuloso, con trama. El sobre tiene un membrete, «Hotel des Grands Hommes», y ella sonríe, emocionada. Pasa el dedo sobre la tinta, resigue las mayúsculas, las letras alargadas y redondas. Fue él quien escribió estas palabras, él.

No la había olvidado.

No la había tirado a la cuneta cuando salió de Saint-Chaland.

Vuelve a verle en la panadería aquella primera vez. Esa nuca bien

rasurada por encima del cuello de la camisa. ¡Y los pies planos! Le oye reír en el coche mientras se besaban y comían garrapiñadas y caramelos salados. Le oye contar anécdotas del despacho, de sus viajes, son viajes modestos, porque yo no salgo nunca de Francia, soy un viajero a pequeña escala.

Él exhibía una sonrisita de felicidad. En la comisura de la boca, con los labios hacia arriba, como embobado. Decía: ¿tú sabes qué es una *midinette*?25 Pues el nombre que a finales del siglo XIX se les daba a las mujeres que se contentaban con un tentempié a mediodía. Así llamaban a las chicas que trabajaban en los talleres de costura y no tenían tiempo de comer.

Y luego la besaba, la besaba durante minutos eternos, hasta el punto de que ella se derretía en sus manos. ¡Es inexplicable, inexplicable fundirse de este modo!

Léonie besa la carta por última vez, coge el lápiz del cajón de la mesilla de noche. Rasga con cuidado la parte superior del sobre. Saca una hoja blanca doblada en cuatro. La desdobla. La tinta está un poco borrosa, pero todavía es legible.

Cariño:

¡Qué contento estoy de que este hombre se haya puesto en contacto conmigo! Dice que te conoce. Dice que corres un grave peligro si me acerco a ti. También dice que está dispuesto a ejercer de mensajero.

Cariño mío, lo pensaré y encontraremos una solución. Es absolutamente necesario, porque tú eres mi amor, mi gran amor, tanto, que se me desboca el corazón mientras te escribo.

Ya sabes que no soy libre. No me malinterpretes. Soy libre de abandonar a mi mujer. Pero no de dejar a mi pequeña Joséphine. Ella me necesita. Debo quedarme para cuidarla, para protegerla.

Soy incapaz de optar por mi felicidad y sacrificar la de mi hija. Es tan maravillosa, tan sensible…, no lo superaría. Y tú no querrías que yo hiciera algo así, ¿verdad, cariñito? Lo sé, lo he leído en tus ojos. Hay mucha bondad y amor en tus ojos.

Pero te prometo que pronto estaremos juntos y que viviremos libres y felices los dos.

Esta noche ordenaré mis ideas, son un caos. No consigo aclararme.

Te beso con la pasión con la que te amo.

Tu Lucien

P.D. ¡Cuida bien de Maese Cerezo!

P.D. Adjunto a la carta mi poema preferido. Es de Rilke. Léelo y vuélvelo a leer, te hablará de mi amor. Te dará fuerza y esperanza.

Lucien Rilke

Una ficha cuadriculada cae del sobre. Es un texto escrito a máquina, con caracteres redondeados y las *oes* y las *ues* un poco corridas.

Transformar los dragones - Rainer Maria Rilke

… si fuéramos capaces de acomodar nuestras vidas al principio que nos lleva a confiar siempre en las dificultades, lo que hoy se nos antoja más extraño se convertiría en nuestra experiencia más íntima y fiable. ¿Cómo podemos olvidar esos antiguos mitos que están en el origen de todos los pueblos, esos mitos que hablan de dragones transformados en príncipes en el último momento?

Quizás todos los dragones de nuestras vidas sean príncipes que esperan vernos actuar, por una vez, con valor y gallardía. Quizás todo lo que nos atemoriza es en esencia algo que, impotente, anhela nuestro amor.

De modo que no has de temer nada… si aparece ante ti la tristeza, la mayor que hayas visto jamás; si una ansiedad, como la luz y las sombras de las nubes, se apodera de tus manos y de todo tu ser. Has de darte cuenta de que te está sucediendo algo, de que la vida no te ha olvidado, de que te sostiene en sus manos y no te dejará caer. ¿Por qué quieres excluir de tu vida toda intranquilidad, sufrimiento o abatimiento, si al fin y al cabo desconoces la tarea que dichas circunstancias están realizando en tu interior?[26]

Al final de la ficha, él había añadido a mano: «La vida, la vida, la vida. Hay que confiar en ella, preciosidad mía, y abrazar a los dragones».

¡Mierda! ¡Lleva ocho horas sin verla! Tiene hambre, tiene hambre. Se masturba como un loco, pero no sirve de nada. Ni siquiera llega hasta el final. Lo deja estar.

Ocho horas han pasado desde que ella le puso en la calle con todas sus cosas. ¡Desde que le insultó! ¡Varias veces! Y al día siguiente, la gente ya le miraba de reojo. Con miradas pringosas y pegajosas, y cuchicheaban a sus espaldas Huevoseco, Huevoseco. Él les oía. O creía oírles. En cualquier caso, volvía a empezar todo aquello. ¡Siempre la misma canción! ¿No están hartos ya, después de tanto tiempo? Ahora añadían un latiguillo nuevo: ¡la tiene pequeña! ¡La tiene pequeña! ¡La muy cerda! Debería haberle dado una paliza. Como a las demás. Pero… mierda, ¡esta lo hace muy bien!

En parte es culpa mía, pensaba, dejaba de masturbarse y se abrochaba la bragueta. Cuando uno sueña con Hollywood, Tif-Tif no es nada excitante. Es evidente que entre esas dos cosas hay un abismo enorme.

Todo es un caos.

Ya no sale de casa. Solo para sacar el Maserati y pasar bajo su ventana, ver si ella fuma en el balcón, si lleva un vestidito escotado con esos tirantitos que le resbalan y le asoma un pecho…

¡Ay, mierda, sus pechos!

Si ve luz, frena, ¿voy o no voy?

Se arrastra por casa en zapatillas. Ve la tele. La programación entera: la teletienda, el tiempo, el concurso del mediodía, el informativo, la telenovela, otro concurso, los programas locales, una serie americana, una serie francesa. Cuando no ve la tele, cuenta su dinero. Tiene mucho. Una pequeña fortuna. Su madre la ha administrado bien.

Pero…

No le basta con eso. Echa en falta la sal de la vida, las inclinaciones de cabeza, las sonrisas serviles, los ofrecimientos de las mujeres, las entradas de pasta que va contando montoncito a montoncito. Es una locura, piensa, cómo te acostumbras a eso.

Sigue con su paseo. Entra en el bar de Gérard. Como en los viejos y buenos tiempos. Cuando todo funcionaba de maravilla.

Esa chica le ha traído mala suerte.

Gerson tenía razón.

Se instala en el mostrador. Se limpia las suelas en el reposapiés. Recorre la sala con la mirada. No hay mucha gente. Pronto será la hora del aperitivo y se llenará. Pide un whisky.

—Con hielo. ¡Pero sin agua! —precisa, mirando fijamente a Martine Lancenny.

Ha engordado. ¿Cómo se la puede tirar Gégé? ¿No está asqueado? Hace tantos años que se la cepilla que ya se ha acostumbrado.

Martine Lancenny le deja un whisky delante y un bol con cubitos.

—¿Gégé no está? —pregunta Ray y se inclina sobre la barra para llegar a los cacahuetes.

—No. Tenía que ir a comprar no sé qué.

—¿Cuándo volverá?

—No sé. Eso es cosa suya.

—¡Vaya, no estás muy habladora!

—No tengo tiempo. Tengo trabajo.

—¿Es que yo tengo trabajo, acaso?

—Yo no he dicho eso.

—No me hables así, ¿vale?

Ella abre el lavaplatos y saca los vasos humeantes. Se aparta. Apoya las manos en las caderas.

—¿No te ha dicho si vendría a papear aquí?

—No.

Ella le mira de un modo extraño. Peor aún, le mira con malicia y levanta el codo. Como si quisiera limpiarse de la suciedad que él genera.

¡Y se limpia!

¿Estoy soñando? Acaba de limpiarse delante de mí con la punta de una toalla. ¡Como si yo fuera una mancha que le molestara ver! Anda pero... ¡Qué fuerte! ¡Repítelo, idiota, repítelo y verás!

Se queda allí, en la barra, la sigue con la mirada. Prepara una cerveza con Picon, Perrier con limón, vasos de vino blanco, de casis, escribe el menú del día en una pizarra pegada a la pared.

Ray no le quita la vista de encima. Ella se comporta como si supiera algo.

¡Y ese otro idiota que no viene! ¿Dónde habrá ido a golfear esta vez? ¿Es posible que se lo monte por su cuenta? ¿Que cobre las cuotas y se las meta en el bolsillo? ¡No me extrañaría! Gerson le ha comido la cabeza. Tengo que recuperar el mando...

¡Y esa Martine que no para de dar vueltas por el local! Sonriente. Atareada. Bromeando con uno, riendo con el otro. ¿Hablarán de mí?

No parece alguien que tiene miedo de todo.

Normalmente, cuando él entra, ella baja los ojos y se queda en un

rincón, y eso a Ray le gusta. Le hace cosquillas en el bajo vientre.

Pero hoy… parece que se burle de él.

Ha vuelto detrás de la barra, se pavonea, y sigue teniendo esa expresión de que sabe algo. Pero ¿qué sabes tú, guarra? ¿Qué sabes?

¡Y hala! ¡Acaba de limpiarse otra vez el rabillo del ojo! Mirándole fijamente. Sin disimulo.

¡Eso ya es el colmo!

Ray pasa detrás de la barra. Inmoviliza a Martine Lancenny contra la máquina de café.

—¿Por qué me miras de ese modo? ¿Acaso tengo monos en la cara?

—No, no…

—Sí. No dejas de mirarme. ¿Pasa algo?

Le mete una rodilla entre las piernas. Ella trata de zafarse, pero él le agarra un pecho y se lo retuerce.

—¡Para, Ray! Me haces daño —dice ella y da un golpe de hombro.

—¿Tú sabes algo que yo no sé?

—No, no… ¿Qué te imaginas?

—¿Es Gégé? ¿Te ha dicho algo? ¿Se ha quejado Gégé? ¿Qué quiere?

—¡Y yo qué sé! ¡Esos son asuntos vuestros! ¡Y además yo no te miraba! ¿Estás enfermo o qué?

—¿Por qué no está aquí? ¿Has visto qué hora es? ¿Es que papea en otro sitio ahora?

Ella le aparta con un gesto brusco.

—¡Yo no lo sé! ¡Si crees que me dice a dónde va, te equivocas de medio a medio!

—No me hables así, ¿entendido?

Ella se encoge de hombros, se vuelve a cerrar la blusa. Recoge el trapo, frota la barra.

—Vuelve a sentarte, Ray. Estás dando un espectáculo.

Él se da la vuelta y mira la sala.

En una mesa hay cuatro hombres que juegan a las cartas. Tienen la cara vuelta hacia él.

—¿Queréis mi foto? —grita.

Los cuatro vuelven inmediatamente a su partida.

Él pasa al otro lado de la barra.

—Tienes suerte de librarte así. Esta tarde no estoy en forma. ¡Ya

te arreglaré mañana!

Ella le dedica una sonrisa despreocupada y le da la cuenta.

¡La cuenta! ¡Así que ahora hay que pagar!, refunfuña.

Algo va mal, está claro.

Nada funciona como antes.

Todo es un caos.

Primero Turquet. La poli no ha encontrado nada. Han registrado a fondo los alrededores de la granja, han sacado muestras. Ni la menor prueba de ningún agresor. ¿Y si en realidad se hubiera disparado él mismo? ¿Para dejar de formar parte de la banda? ¿Y si hubiera tenido miedo? ¿Y si tuviera ganas de contarlo todo? ¿Por qué circula ese rumor de que podría ser un traidor? ¿Traidor a quién? ¡A Ray Valenti, claro! Y lo peor es que Turquet en el hospital… verá a Duré constantemente. ¡Vete a saber, ese a lo mejor ha vuelto! ¡Y con esos aires renovados de héroe capaz de todo conseguirá aliados! Además la denuncia no ha prosperado. El comité de disciplina del Colegio de Médicos ha archivado el caso. Solidaridad entre ricos.

Ha errado el tiro.

Y luego Gerson, que desde el altercado que tuvieron el otro día le trata con frialdad. Siempre está ocupado cuando le pide algo. Tiene otras cosas que hacer. Trabajo, dice. Pero ¿qué trabajo? Su principal fuente de trabajo soy yo. No es con su taller de tres al cuarto, ni llenando depósitos o cambiando aceite con lo que se ha pagado su casa en Saint-Chaland y su chalet en Arcs, ¿eh? ¿Y el Mercedes? ¿Lo ganó en una tómbola? ¡Esos dos tienen cierta tendencia a olvidarse de todo eso! Pues ahora que Turquet está fuera de combate, tendrán que echar el resto. Y lo menos que puede decirse es que no tienen la más mínima prisa.

Se han vuelto «lacónicos».

Otra palabra que ella le ha enseñado…

¡Cómo la echa de menos! ¡Joder! ¡Es la hostia esta tía! Desde que le echó, ya no se atreve ni a ir a cenar a casa del prefecto o del alcalde. Tiene la vergüenza impresa en la cara. Ray Valenti expulsado como un payaso. ¡Expulsado! ¡A patadas y a golpes debería haberla tratado! Ha sido demasiado bueno. Y ahora está en casa atendiendo a su madre. ¡Menudo porvenir de mierda!

Su madre es muy lista. No hace falta explicarle nada. El otro día, mientras la bañaba, le dijo: ¡hicimos muy bien pensando en el futuro y procurando que entrara dinero, por si un día la gente deja de pagar lo

suyo! ¡Le dolió en el alma que dijera eso! ¿Cómo lo sabe? Nunca sale de casa y él siempre echa la llave delante de ella para que esté tranquila. Cuando duerme, sonríe como un bebé en su cuna. Él la mira y eso le calma.

Verdaderamente es lo único que le sirve de consuelo.

Y Léonie holgazaneando en el hospital, mimada por Duré y por todo el personal. ¡Como en un hotel! ¡Meses golfeando por un golpecito de nada! Él no se atreve siquiera a rondar por los pasillos para recuperarla. Tiene miedo de que le echen como a un vagabundo. Duré no debe de apreciarle demasiado, eso seguro.

Paga el whisky y se va.

Sube al Maserati.

Pasa una última vez bajo las ventanas de Violette.

Marca su número. Ella descuelga, él dice: soy yo, y ella contesta: ¡vete a la mierda!

Todo es un caos.

Martine Lancenny se queda mirando la puerta, que vuelve a cerrarse cuando sale Ray. ¡Adiós muy buenas! ¡El tío le ha estrujado un pecho, está loco! Coloca las servilletas para el servicio de la cena. En forma de orejas de conejo. Es su figura preferida. Reflexiona. Estoy convencida de que Ray pierde la chaveta. Parecía nervioso. La verdad es que tiene motivos para estar preocupado. Violette ha puesto en marcha el ventilador. Y la mierda está salpicando a todo el mundo.

El otro día, ella atendió a Violette Maupuis.

Fue un viernes a mediodía.

Martine no olvidará esa comida.

Acababa de recibir el pedido de los adobos. Había firmado la factura de Germain y estaba contando las salchichas, los patés, los jamones y los colocaba en la despensa, cuando llegó Violette.

A ver, ese tipo de chica no entra en un local como todo el mundo. Violette Maupuis irrumpe. Lo tiene todo estudiado. Los brazos, las piernas, los pies. El pecho erguido hacia delante. Todo sincronizado. Como un ballet de sirenas de Disney.

—Querría una mesa para comer. Para dos.

—¿Una mesa en un rincón tranquilo?

—No. Al contrario. Quiero una en el centro de la sala.

—Lo he dicho por decir. A Ray le gusta tener intimidad.

—¿Y quién te ha dicho que como con Ray?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has supuesto. Vale, pues te has equivocado. Como con una amiga.

La tuteaba. La miraba por encima del hombro. Imitaba las maneras de Ray.

Había escogido la mesa.

Se había sentado, había cruzado las piernas. Llevaba una falda de cuero negro, un top de leopardo que le marcaba los pechos, un cinturón que le ceñía la cintura, unos tacones de diez centímetros como mínimo y medias negras de rejilla. ¡Una fulana, vamos!

Había sacado el móvil. Un Samsung último modelo. Lo había dejado sobre la mesa a la vista de todos. El bolso era un Vuitton. Nuevo también. Y las gafas, Ray-Ban. ¡Todo eso no se lo había podido pagar con la herencia de sus padres! Los señores Maupuis eran buena gente. Ella era maestra y él, funcionario de Correos. Tenían unas jubilaciones modestas y solo venían al restaurante cuando tenían algo que celebrar. Se ponían sus mejores galas. Ella siempre les invitaba a un licor, pero ellos apenas se mojaban los labios y comentaban: raspa un poco en la garganta, pero es bueno. Nunca hablaban de su hija. Seguro que no se acostumbraban a la idea de haber engendrado una criatura así.

Y ahí estaba ella, Violette, cruzando y descruzando las piernas, mirando el reloj, suspirando.

Y había llegado Stella.

¡Vestida con el mismo mono de siempre! ¡Y esos zapatos! ¡Pisamierdas llenos de barro! ¡Y esa cresta rubia! ¿Es un peinado eso? ¡Que no somos indios nosotros! Ni maquillada iba. Aunque es verdad que con esos ojos azules y esa piel de bebé no lo necesita. ¡Si yo me vistiera así, me plantarían en un campo para que espantara a los cuervos!

Stella se había sentado. Se había quitado el sombrero, lo había apoyado sobre las rodillas. Ni una sola palabra amistosa. Lo mínimo para ser educada. Era evidente que no tenía ganas de estar allí.

Se había subido las mangas, apoyado los codos sobre la mesa.

Fue entonces cuando me acerqué.

Había ido a tomarle el pedido a la mesa vecina. Les daba la espalda pero estaba muy atenta. No perdía comba. Dejaba que los clientes tardaran todo lo que quisieran en escoger. Unos holandeses de visita en Borgoña, que querían probar los platos de la región.

Yo los enumeré uno por uno. No tenía prisa.

Violette empezó fuerte:

—¿Por qué no me dijiste nunca que Ray no era tu padre? —preguntó en voz muy alta para que todo el mundo lo oyera.

¡En ese momento casi se me cayó el bloc y el bolígrafo!

Stella Valenti no contestó.

No debía de esperar entrar en materia de ese modo.

—¡No puede ser tu padre porque es estéril!

Stella no rechistó. Debía de preguntarse si aquello era una especie de treta. Había aprendido a desconfiar. Yo no la veía, pero en cualquier caso no dijo ni pío.

—¿Por qué lo sé? —continuó Violette.

Entonces se quedó callada unos segundos, para darle énfasis al tema, y anunció dando una palmada en la mesa:

—¡Porque me lo ha dicho él! ¿Te lo puedes creer? ¡Tal cual, el tío!

Yo oí una especie de crujido en la silla de Stella. ¡Toma!, me dije. Pero ella seguía callada. Y la otra siguió perorando cada vez más alto.

—Sí, amiga mía. Ray Valenti es estéril. Estéril. Por lo tanto no puede ser tu padre. ¿Es que tú no lo sabías?

Yo capeaba el temporal. Los holandeses dudaban entre un buey borgoñón, unas ancas de rana o un pollo al vino. Yo les decía: no hay prisa, piénsenlo bien.

—¡Ray Valenti es Huevoseco! ¡Huevoseco!

Violette subrayó esas palabras dando golpes en la mesa.

Yo levanté la vista de la libreta, miré la sala y vi a los parroquianos con el cuello tenso sobre el plato, como tortugas saliendo del caparazón. Huevoseco, aquello les sugería algo. Les devolvía al pasado. Les quitaba años de encima, y estaban encantados.

—¡Me lo ha dicho él…, así que no vale la pena negarlo! Estaba en plena faena y no tenía la cabeza en su sitio, yo le agarraba el rabo, se lo chupaba y lo soltaba, es mi arma secreta…

Lo dijo en voz muy alta. Sin esconderse.

Los viejos estaban congestionados. Sacaban la lengua y babeaban,

se secaban la barbilla. Se miraban con una chispa maliciosa en el fondo de los ojos, rejuvenecían a marchas forzadas.

—¡Yo le había dicho que se pusiera un condón porque no tomo la píldora y el diu me horroriza! ¿Y sabes qué me contestó? Dijo: «No vale la pena, yo soy estéril», «soy estéril», ¿has oído, Stella?

Stella seguía sin pestañear.

—Y yo tomé buena nota —siguió la otra—. ¿Y? ¿Qué me dices?

Stella Valenti debía de preguntarse en qué trampa había caído. Había vuelto la cabeza. Todos estaban pendientes de su mesa.

—¿Por qué tú no has dicho nunca nada? —insistió Violette.

Los holandeses ya habían escogido y tuve que despegarme de su mesa.

Volví al bar, y encargué a gritos un pollo al vino, un buey borgoñón y dos de caracoles de primero. Michael, el irlandés, me agarró del codo y me dijo:

—¿Tú has oído lo que yo he oído?

Yo dije que no. Estaba ocupada con los clientes.

—¡Eso es imposible! ¡Gritaba mucho!

—¡Te digo que no!

—Bueno, pues te has perdido una bomba. ¡Las chicas guapas nunca mienten! Ray es estéril. ¡Así que aquel antiguo rumor es verdad! ¡Joder! Pero entonces, Stella ¿de quién es hija?

—¡Ese rumor es más viejo que andar a pie, y todo el mundo sabe que es mentira! —protesté yo.

No quería que le dijeran a Gégé que le había traicionado. Tenía muchas ganas de saldar cuentas con Ray, pero en grupo, cuando todo el mundo le acosara. En aquel momento era demasiado arriesgado. ¡No iba a hacerme la fanfarrona y dirigir el cotarro entonces, para ganarme una hostia después! Con Gégé no se sabe nunca. Hoy odia a Ray, y mañana es capaz de cambiar completamente de opinión y salir cogido de su brazo. ¡Y entonces yo estaría vendida!

—¡Pues en mi vida he visto una mentira que parezca tan real! ¡Y la señorita está en la posición ideal para decirlo! —protestó el irlandés.

—Sí —se burló otro tío en la barra—. ¡Justo debajo! ¡No hay posición mejor!

Yo me largué a la cocina.

Yo también tengo miedo de Ray.

Cuando él está delante, Gérard me trata como a una criada.

Pero me alegré de haber oído aquello y estuve a punto de invitar a una copa a Violette.

Máxime cuando seguía insistiendo. Y venga a decir Huevoseco, estéril, cero esperma…, erre que erre.

Al final Stella, que todavía no había dicho nada, murmuró:

—¿Por eso querías verme?

—Es una noticia bomba, ¿no? Creo que vale la pena que lo hablemos como viejas amigas. El héroe de la ciudad tiene el esperma seco. Y además, yo puedo decírtelo, un pito muy pequeño. Hay que cogérselo con pinzas para depilar.

Entonces vi que todos lo habían oído, porque se atragantaron y se taparon con el codo o con el vaso. ¡Pito pequeño! ¡Huevoseco! Estaba listo, Ray Valenti.

Stella había dicho algo en voz muy baja y no lo pillé.

Violette replicó:

—¡No, no te preocupes! Ya he tomado precauciones. ¡No me lanzaría de ese modo! ¡Eso ya hace tiempo que lo he aprendido, gracias!

Stella volvió a decir algo o más bien lo susurró.

Y luego se levantó. Y se fue.

Violette dejó un billete de veinte euros sobre la mesa y la siguió.

¿Qué se dijeron luego? No lo sé.

Aparté la cortina, miré a la calle. Siguieron andando juntas y luego las perdí de vista.

Debieron de continuar la conversación en otro lado.

Dejé caer la cortina. Me ahuequé el pelo. Saqué el pintalabios. Sonreí. Estaba encantada. ¡Estuve a punto de pagar una ronda a todo el mundo!

Estaba harta de que mi marido me tratara como a una bayeta por culpa de ese bocazas de Ray. Aunque eso nos suponga pasta, y no poca..., pero, aun así, ¡una tiene su orgullo!

Desde esa comida con Violette, Stella no puede dormir. Le da la cena a Tom, supervisa sus deberes, le acuesta, y se sienta en el alféizar de la ventana de su habitación.

Deja las piernas colgando en el vacío, las mueve un poco para notar el aire. Es una noche cálida, no hay ni pizca de viento, las ramas de los árboles están totalmente inmóviles. Ella apoya la nuca en la piedra, nota que se despega un pedazo de revoque, y frota hasta que se desmenuza y el polvo le cae sobre los hombros y los muslos. Escucha los ruidos de la noche, espía a las gallinas salvajes, a los patos, a los pavos.

Violette se lo contó todo.

TODO.

Tengo una bomba entre manos.

¡Nunca en mi vida habría imaginado una rabia de ese calibre en una mujer ofendida!

Cuando salieron del café Lancenny, fueron juntas a casa de Violette.

Hacía mucho tiempo que Stella no ponía los pies en casa de los Maupuis. Cuando era pequeña iba a veces a merendar. La señora Maupuis le daba una tostada con mantequilla con una buena tableta de chocolate Meunier rallada por encima. Tenía una mirada dulce oculta tras las gafas, y llevaba el pelo recogido con dos peinetas y un cuello redondo siempre inmaculado. Los domingos la ropa le olía a incienso. Stella se decía: ¿ella también hace el amor como mamá? ¿A ella le pegan, llora, le muerden el cuello?

Reconoció el pasillo que subía al primer piso y llevaba a las habitaciones, a la sala, a la cocina. En la planta baja estaba el taller del señor Maupuis y las tres bicis de carreras que reparaba.

Todos esos recuerdos habían reaparecido de golpe.

Por culpa del olor del papel pintado de la escalera.

Un olor a almendra y a manzana verde. El señor Maupuis usaba una cola especial con disolventes vegetales para empapelar. «¡Y por eso huele a huerto!», decía imitando al tío que aspira la naturaleza a pleno pulmón. Era bromista, respetuoso, no tenía pinta de morderle el cuello a la señora Maupuis.

Habían pasado frente a la habitación de Violette. Stella había visto la cama deshecha con un albornoz color lavanda tirado encima, las cortinas arrugadas, las almohadas en el suelo y la bandeja del desayuno.

Se habían instalado en el salón. Violette había ido a buscar una carpeta y la había dejado caer sobre la mesa, provocando una nube de polvo.

—¡Aquí tienes todo el asunto! —había declarado, satisfecha—. ¡Ese tío está jodido!

Se lo había entregado todo. Se lo contó todo, con las pruebas correspondientes.

Stella, sentada en el borde de la silla con el sombrero hacia atrás, no daba crédito.

Violette le había enseñado su contrato con el alcalde.

Tres mil quinientos euros al mes por ocuparse del marido, dos mil euros por la mujer. Cinco mil quinientos euros por unas horas de blablablá.

—¿Es o no es un caso de contratación fraudulenta? Mira, te paso una fotocopia de los contratos, así tendrás una prueba.

Había metido los documentos en un sobre marrón grande, que Stella había reconocido. Era uno de los que usaba Ray para repartir las ganancias, ella los había visto muchas veces sobre la mesa de la cocina cuando era pequeña.

—¡Y no solo eso! —había proseguido Violette, con una mirada incendiaria—. La dentadura del alcalde, sus trajes nuevos, sus camisas, sus corbatas, sus calcetines: pagados también por los ciudadanos. Malversación del erario municipal. El tío nunca pone un duro de su bolsillo. Lo tiene por norma.

—Considera normal que le mantengan.

—¡Y la cosa no acaba aquí! —había añadido Violette, mientras le daba golpecitos a un portafolio de cartón—. En este dosier están los chanchullos del alcalde y Ray. Los contratos de seguros falsos, los certificados de idoneidad, la lista de los comerciantes chantajeados, las cuentas, y no te digo nada de las orgías: encargan el alcohol y la comida a través de la alcaldía. ¡Unos auténticos corruptos! ¿Quieres otro ejemplo? El salón de belleza Tif-Tif y la señora Robert, la propietaria, ¿la conoces?

Stella había asentido. La conocía, pero no ponía los pies en su local.

—Ella paga cada mes un impuesto que va a parar a la caja de Ray. Para la Asociación de Bomberos. El alcalde cobra un porcentaje y hace la vista gorda. Ray es intocable y ha tejido una red que se extiende cada día más. Aparte está el registro que lleva para hostigar al que no paga. Están anotados todos los nombres y todas las cantidades. Los retrasos, los créditos, las multas...

—Pero ¿tú cómo has conseguido todo esto?

—Porque él quería impresionarme y venía a trabajar a mi casa. Se hacía el importante.

—¿A esto le llamaba «trabajar»?

—Sí. Estaba muy orgulloso de sus chanchullos. Me explicaba lo listo que era y lo bien organizado que lo tenía todo. ¡Menudo patoso! ¡Un patoso! ¡Como te puedes imaginar lo primero que hice fue fotocopiarlo todo! Era pura dinamita, y me dije que siempre podría utilizarlo si...

Stella no podía creerlo. Abría los ojos como platos y no se atrevía ni a respirar.

—Pero ¿Ray nunca sospechó de ti? ¡Se estaba entregando atado de pies y manos!

—Digamos que necesitaba demostrarme hasta qué punto era importante. Un auténtico cacique. Quería deslumbrarme. Y yo decidí guardarme las espaldas por si un día me apetecía largarme… No quería irme con las manos vacías.

—¿Le habrías hecho chantaje?

—¿Y por qué no? Sé suficiente para mandarle al trullo.

—¿Crees que habría ido?

—¿Que si habría ido? —había contestado Violette con una carcajada—. ¡Sí! ¡De cabeza! ¿Te das cuenta de lo que hay aquí dentro? ¡Esto es muy gordo! ¡Muy gordo! ¡Y aquí no está todo!

Le había explicado la operación de las multas falsas. Una estafa montada por Ray y llevada a cabo por el sargento Laignel.

—Ray nunca se ensucia las manos. Él solo saca tajada. No es precisamente un valiente. Pero en ese caso se mojó. Con Laignel, quiero decir…

—¿Laignel, el marido de Valentine?

—El mismo. Yo te lo explico… Laignel se colocaba con su uniforme de tráfico en la carretera y paraba a los conductores que corrían demasiado. Exigía que le pagaran «la multa en efectivo». Esa norma, por lo visto, solo afecta a los extranjeros que no puedan demostrar un domicilio o un empleo en Francia. Él falsificaba la copia de papel carbón de la sanción destinada a la administración y transformaba los treinta y dos euros de multa en seiscientos, ochocientos, mil. Explicaba a los conductores que si pagaban en el momento y en efectivo les dejaría seguir con el vehículo, si no se vería obligado a inmovilizarlo. Escogía sobre todo propietarios de Mercedes o BMW. ¡No era tonto! Se embolsaba el dinero y se lo partía con Ray. Se lo ingresaba directamente en su cuenta. ¡Grave error! ¡Y yo lo tengo todo anotado en este dosier de la carpeta verde!

—Pero ¿por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué te lo cargas ahora? ¡No hace mucho decías que era un chico encantador! ¡Y querías que hiciéramos las paces!

Violette había apretado los labios, había cruzado los brazos y había replicado con sequedad:

—Me ha humillado.

—¿Te pegó? —había preguntado Stella, estupefacta.

—¡Peor! ¡Mucho peor!

Violette se había levantado de un salto, como si no soportara seguir sentada.

—¿Mucho peor? —había exclamado Stella, que no imaginaba nada peor que recibir palizas a todas horas.

—Me insultó como artista —había replicado Violette, muy digna.

Stella se quedó muda unos segundos.

—No lo entiendo, Violette. Está loco por ti. Te cubre de regalos. ¿Sabes cuánto cuesta ese Mercedes?

Violette había desechado ese argumento con un gesto y continuó:

—Yo te lo explico: en primer lugar empezaba a ponerse muy pesado. Le tenía todo el día en casa, me vigilaba, quería dirigir mi carrera...

Violette había indicado con el dedo índice que esa era la primera queja.

—¡Te quiere, guapa!

Ella se había encogido de hombros. Argumento rechazado.

—En segundo lugar...

Había levantado el dedo medio, segunda queja, y su cara se había convertido en la imagen de la ira.

—Hace promesas que no cumple. ¡La película, el papel, el vicegobernador, pffff! ¡Olvidados! Y por último...

Tercera queja y exhibición del tercer dedo, prácticamente deformado por la indignación.

—... por último, y esta es la verdadera afrenta, la humillación, no se dio cuenta de que yo era una actriz. Se ha burlado de mí, de mi carrera. ¡Si hubieras oído lo que me dijo! Yo te lo explico...

Se lo había contado.

—¡Le odio! —había concluido con un gruñido de rabia.

Y Stella lo había comprendido. Ray Valenti había herido a Violette en su posesión más preciada: sus ilusiones. Las había destruido con una carcajada.

Violette se había enfrentado a la realidad. Adiós al papel protagonista en una película. Hollywood desaparecía como el *Titanic*, y Ray no sabía tocar el violín.

Stella había captado inmediatamente el provecho que podía sacar de esta pelea entre los dos amantes.

—¡Pero si es un idiota! —había estallado, indignada—. ¡Un idiota!

—¡Ah! ¿Lo ves...? ¡A ti también te da asco!

—Es evidente que eres una actriz. Una gran actriz. Se nota enseguida que tienes talento, tienes el don de expresar el dolor, la risa,

las lágrimas, el abandono, la grandeza… ¡Verte andar es como ver una película en 3D en pantalla grande!

—¡Tú has captado todo esto!

—Desde siempre… Tú llevas el cine en la sangre. ¡En cuanto tengas la oportunidad para destacar, dominarás la pantalla!

—¡Pues él no ha visto nada! ¡Nada!

Reprimía las lágrimas. Se mordisqueaba el labio inferior y miraba fijamente el suelo, indignada.

—¿Sabes qué pretendía? Mira, me da vergüenza contártelo… ¡Es horrible, horrible!

Stella había murmurado: dímelo, Violette. Dímelo, ya sabes que puedes contármelo todo, soy tu amiga.

—¡Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar! Ay, soy muy desgraciada…

—Cuéntame… Eso te calmará, ya lo verás.

Violette había inspirado profundamente y había soltado de golpe:

—Que me convirtiera en Miss Tif-Tif, la imagen del salón de belleza de la señora Robert.

—¡No! ¡Imposible! —había exclamado Stella, falsamente escandalizada.

—¡Sí! ¡Y creía que con eso de Miss Tif-Tif me hacía un regalo! ¡Como si fuera un mandamás! ¡Iba a lanzar mi carrera, a meterme entre las candidatas al Oscar!

—Pues la verdad… —repetía Stella— eso me cuesta creerlo. No se lo contarás a tu agente, ¿verdad? No hace ninguna falta que lo sepa. Podría perjudicar tu caché…

—¡Oh! ¡No! ¡No lo había pensado! ¡Tienes razón! ¡Eso sería terrible!

—Sí. Terrible.

—Me he equivocado tanto con él… Creí que me ayudaría. Creí en sus sentimientos, en sus camelos. Yo te lo explico…

Pero Stella ya no la escuchaba.

Después de haber abrazado a Violette, había cogido los dosieres y se había marchado. Le había aconsejado que se acostara temprano, que se metiera en la cama y se pusiera compresas de tila en los ojos. Para tener buen aspecto al día siguiente.

—Si no, él sabrá que te ha hecho daño, que eres débil, dejará de

tenerte miedo y vendrá a partirte la cara. Él es así. Debes protegerte por si cambia la situación.

Ray no debía sospechar nada. Stella necesitaba tiempo para poner en marcha su plan. Sin que él notara cómo se estrechaba el cerco a su alrededor. Mejor que siguiera revoloteando alrededor de Violette y que solo pensara en una cosa: recuperarla.

Violette la había mirado, azorada.

—¿Lo crees de verdad?

—Confía en mí. Sé de lo que hablo. Ese tío es una bestia. Es capaz de todo.

Se había quedado callada un momento y había preguntado:

—¿Por qué no vas tú misma a entregar estos dosieres comprometedores a la policía, a un juez o a un periodista? ¿Te acuerdas de Marie Delmonte, aquella chica de nuestra clase?

—No, la verdad.

—Sí. Una que se pasaba todo el recreo escuchando un transistor que tenía. ¿No te acuerdas?

—No.

—No importa. Ahora es periodista. Trabaja en *La République libre.* Podrías contárselo todo. Ella haría una investigación, lo publicaría como una gran primicia, y el efecto sería mayor. ¿Por qué me lo das a mí?

Violette había bajado los ojos.

—Porque tú tienes credibilidad y yo no. Porque a ti la gente te respeta y a mí no. Porque tú eres valiente y yo no.

—Gracias. Te agradezco que me lo digas. Esto despeja cualquier duda que pudiera tener sobre tu sinceridad.

Había estado a punto de añadir: y aumenta mi autoestima, pero se había callado. ¡Tampoco había que exagerar!

Había bajado la escalera. Había vuelto a pasar frente al taller, había visto las tres bicicletas del revés, sobre los sillines, había salido a la calle, había inspirado profundamente. Por primera vez tenía ganas de pasearse por Saint-Chaland. De mirar a los transeúntes a la cara y de pararse en los escaparates. Con todo el tiempo del mundo.

Había oído a Violette echando el cerrojo. ¡Ahora le tocaba a ella tener miedo!

Cabot y *Costaud* entran en la habitación. Apoyan las patas en el alféizar de la ventana y aspiran el aire. A veces, cuando hay luna llena y no puede dormir, se va a caminar por el bosque con los perros. Pegan los hocicos a su cadera y mueven la cola, quieren salir.

Ella les acaricia y murmura: no, no, tengo la cabeza en otro sitio, tengo que pensar, que concentrarme, para no equivocarme en la forma de actuar. Es verdad que tengo una bomba en las manos, pero he de decidir dónde la pongo. Ray, Lancenny, Gerson, Turquet, el alcalde, el prefecto, todos rendirán cuentas. Han de pagar.

Mira el cielo y la luna le sonríe. Los perros gimen y dan vueltas por la habitación.

—¡Chist! —ordena—. ¡No me dejáis pensar!

Se queda sentada en el alféizar de la ventana y deja pasar las horas. La noche brilla, late, se alza, se tiñe de azabache y de blanco. Los árboles crujen, le hablan. Ella conoce su lenguaje, les suplicó muchas veces cuando se refugiaba en sus ramas altas. Ellos siempre le contestaban, rezumaban, crujían, imitando el sonido de palabras dichas en susurros. Solo había que aguzar el oído y acompasar la respiración al viento, para dejarse llevar por las palabras de los árboles.

Stella entorna los ojos para aislar un pedazo de oscuridad gris, azulada, horadada por los rayos de la luna, y hace un pacto con la noche: dime adónde ir, a quién dirigirme, a quién entregarle los documentos que me ha dado Violette. Yo sola no puedo hacer nada. Ellos me atarán las manos y me callarán la boca. Necesito el apoyo de alguien con poder, para exponer las pruebas de sus fechorías en el despacho de un juez. La vida funciona así, yo no puedo hacer nada.

¿Edmond Courtois? ¿El doctor Duré? ¿Marie Delmonte?

De madrugada, mientras el jardín se recalienta y se tiñe de un color amarillo cálido con rayas rojas y violetas, Stella rasca el revoque y se le escapa un suspiro de calma.

Ya lo sabe.

Hará fotocopias de los documentos que le ha dado Violette. Se las llevará a Duré, y le servirán de munición en su guerra contra Ray. El médico conoce a gente importante y parece sincero. Pertenece a una familia de rancio abolengo, tiene influencias.

Él hará limpieza. A fondo.

Y ella tendrá la última palabra en su cara a cara con Ray Valenti.

Clavará el último clavo.

—¿Por qué te tapas con el cuello? No hace frío —pregunta Tom.

Adrian no contesta, finge que está absorto en la carretera.

—¿Es a la derecha o a la izquierda?

—De frente y, después del cruce, a la derecha —contesta Tom.

Rasca con la uña el metal de la armónica. Su padre le ha grabado «Para Tom, mi hijo».

—¿Y por qué llevas gafas negras?

—Para que tú me hagas preguntas. Tenía miedo de que no tuviéramos temas de conversación...

Adrian sonríe con ironía.

—¿Tienes miedo de que ellos te atrapen? —dice Tom, con una mirada penetrante.

Adrian intuye el recelo de Tom y decide no hacer caso.

—A mí me gusta mucho jugar a los detectives. Imagino que sigo la pista de un traficante de coches robados o que persigo a traficantes de drogas.

—¿Y los detienes?

—Sí. Siempre. Soy muy bueno.

Tom, desarmado, sonríe y se lleva la armónica a los labios. Toca dos acordes.

—Por ejemplo, ahora —continúa Adrian— imagino que vamos a llevarnos a tu abuela a hacer un picnic al bosque, cerca del río.

—Eso no es un juego, es la verdad.

—Déjame acabar... Nos la llevamos, salimos de la carretera principal, nos metemos en el bosque, llegamos al río y allí nos escondemos de un criminal peligroso que acaba de escapar. Todos los policías de Francia le buscan y nosotros topamos con él. Por casualidad... Al principio, es muy amable, nos hace preguntas, intenta averiguar si sabemos quién es... Nos pone a prueba.

—Pero ¿nosotros lo sabemos o no lo sabemos? —pregunta Tom,

intrigado por cómo sigue.

Adrian aparca cerca de la entrada del hospital.

—Luego te contaré el resto. Ve a buscar a tu abuela, yo te espero aquí.

—¿Tú no vienes conmigo?

—No. No he aparcado bien, prefiero quedarme en el coche.

—Me gusta mucho tu historia. Da miedo... ¿Acaba bien?

—¡Vete, venga!

Adrian se apoya en el cristal y espera.

Por fin va a conocer a Léonie. Stella telefoneó al doctor Duré para que permitiera salir a su madre unas horas, él dijo: sí, claro, le sentará bien, ¡pero no la llevéis a los autos de choque! Por fin conoceré a mi suegra, le dijo él a Stella con una sonrisa maliciosa y añadió: ¿quizás un día se me permitirá partirle la cara a Ray Valenti?

Stella le miró, sorprendida.

—¿Partirle la cara a Ray Valenti?

—Sí. Has oído bien.

—Eso es cosa mía.

—Pero yo soy tu hombre. Debo protegerte.

Ella no había contestado y no lo habían vuelto a hablar. No hace falta hablar para entenderse.

Él ha comprendido que Stella quería decidir sola el destino de Ray Valenti. Ha comprendido que Ray Valenti no es su padre. Él sabe que abusaba de ella, le ha visto marcas de antiguas quemaduras entre la espalda y las nalgas, en los muslos. Cicatrices tenues en forma de rosetón. Como flores muertas. En Aramil los chicos marcaban a sus novietas con la punta del cigarrillo, cuando se aburrían. Las chicas chillaban, se defendían, ellos se liaban a golpes y bromeaban. Ganaba el que más marcas hacía. Lo llamaban «hacer ramos». Así pasaban el rato. Para abreviar el suplicio de las chicas, Adrian se peleaba con ellos, que acababan tirándole en alguna cuneta. O llamándole marica. ¡Y las chicas se reían!

Todo lo que Adrian sabe de Stella lo aprende cuando ella duerme. Se inclina sobre su cuerpo, lo estudia. Lo recorre, lo analiza al detalle, insinúa preguntas, besos, acaricia las marcas rosadas, las zonas hinchadas. Ve el cigarrillo en la oscuridad. Oye los gritos de las chicas de Aramil. Aprieta los dientes hasta que le duele la mandíbula. Abraza

a Stella, la mece, la consuela. ¡Ella se defiende! ¡No! ¡Papá, no! Da puñetazos al aire, le pega y revela partes de su secreto en sueños.

De noche, Stella dice cosas que le avergonzaría confesar en pleno día.

Una tarde, después de haberse despedido, Adrian había cogido el coche en París y había ido a Saint-Chaland. Su intención era darle una paliza a Ray Valenti, una soberana paliza, mientras le amenazaba en voz baja al oído. Primer aviso: ¡lárgate o la próxima vez será la definitiva! Algo así. Adrian había sabido por Houcine que Ray iba los viernes por la noche a casa de su amigo Turquet. Para arreglar sus asuntillos. Los que compartían en secreto, a espaldas de Lancenny y de Gerson.

Había dejado su teléfono móvil en París para que no le localizaran, se puso unas bolsas de plástico en los pies, un pasamontañas negro y unos guantes. Sabe cómo pasar desapercibido. Se había escondido detrás de un árbol, había visto a Turquet entrar en su casa, había esperado a Ray y…

Había aparecido Stella. Disfrazada de astronauta. Adrian había oído la conversación, los disparos. Stella no había vacilado. Turquet había caído, se había arrastrado hasta su casa.

Esa noche él había comprendido que no debía intervenir. Estaba de más en esta historia.

Ve a Tom saliendo del hospital. Va del brazo de una mujer alta con el pelo blanco y lacio, delgada, muy delgada, que anda con la cara hacia el sol y sonríe.

—¡Abre los ojos, abuela! ¡Mira dónde pones los pies! ¡Te vas a caer!

La ha llamado abuela.

La mujer alta abre los ojos y Adrian se sobresalta. ¡Stella! La misma mirada azul, las mismas cejas rubias que se prolongan hasta la sien, la misma piel translúcida, la boca bien perfilada y todavía carnosa, los pómulos como dos cantos rodados en la dársena de la cara… Es una mujer guapa, casi transparente, un poco achacosa. Parece maravillada por el hecho de andar y prolonga cada paso, como si quisiera tomar posesión de la tierra. Afianza los talones, cierra los ojos, los vuelve a abrir y Tom la sujeta arrimándosela al brazo.

Parecen una pareja de patinadores.

Adrian sale del coche y va hacia ellos. Le da igual que le vean. Siente que debe ir hacia ella. Saludarla, presentarle sus respetos.

—Papá, ella es Léonie —dice Tom con tono solemne—. Léonie, él es Adrian, mi padre.

Él, emocionado, se queda paralizado. Léonie sonríe.

Extiende una mano temblorosa, que abandona en la de Adrian.

—Me alegro muchísimo de conocerle, señor.

—No le llames señor —se ríe Tom.

Léonie lleva una blusa blanca, una falda larga de algodón rosa y un jersey estampado. Se recoge el cabello canoso detrás de las orejas con sus dedos enjutos. Su cuerpo parece el tallo de una flor cortada.

—Perdone mi aspecto. Llevo mucho tiempo sin ir a la peluquería.

—¡Eso no importa, abuela! Vamos a llevarte a hacer un picnic cerca del río. Sube delante y así podrás ver el paisaje.

Léonie se calla, con la mirada fija en la carretera.

Se paran en un semáforo rojo y ella se acurruca en el asiento.

—No tengas miedo —dice Tom, y le pone una mano en el hombro.

—Hace mucho tiempo que no salía.

—Vamos a un sitio donde no hay nadie. Estaremos nosotros solos.

—¿Estás seguro?

—Es nuestro rincón secreto, ¿verdad, papá?

Adrian asiente con una sonrisa.

—Es donde vamos a pescar los dos. Te enseñaré mi roca. Donde me pongo con mi caña...

—¡Y lo hace muy bien! —añade Adrian.

—Eso está bien —dice Léonie, como si estuviera en otra parte, como si no estuviera sentada en el asiento del copiloto.

Padre e hijo callan.

Ella está tan tensa que no saben qué decir.

Tom apoya la mano con más firmeza en el hombro de Léonie, que la coge y la aprieta.

—No has de tener miedo —dice Tom—. Estás con nosotros.

Léonie cierra los ojos y suspira.

—Este picnic ha sido idea de Tom, ¿sabe? —comenta Adrian—, lleva mucho tiempo hablándolo. Esperábamos el día apropiado...

—Es muy cariñoso. Tengo mucha suerte.

Ha hablado desviando la mirada hacia un lado. Es una costumbre. Tiene miedo de recibir un bofetón si mira de frente. Adrian querría susurrarle: todo irá bien, no se preocupe, estamos aquí, no tema nada.

Cuando trata de rodearla con el brazo para calmarla, ella se echa a temblar, asustada. Esta vez su mirada se cruza con la de Adrian, que detecta la angustia ante el golpe inminente. Y la sumisión. Léonie ha encogido instintivamente la cabeza entre los hombros. No puede evitarlo.

—¡No debería pensar eso! —exclama él, casi enfadado—. Yo nunca le haré daño. Jamás.

Adrian se aferra al volante, temblando. Oye los gritos de las chicas de Aramil. ¡Déjanos tranquilas! ¡Déjanos en paz! ¡Lárgate! Él se alejaba, furioso, inútil. En busca de una pelota para chutarla contra una valla, para darle patadas.

Léonie se frota los antebrazos y murmura: lo siento mucho. Sus ojos se llenan de excusas.

—No te preocupes, abuela, no te pasará nada. Y hemos preparado un almuerzo buenísimo...

—¿Lo has hecho tú?

—No, Suzon. Expresamente para ti.

—Suzon, Suzon... —repite Léonie.

—Un picnic de verdad con un gran mantel blanco, un brioche relleno de salchichas, pollo con setas y fresas aliñadas. Coca-Cola y una botella de vino. Y yo he cogido unas flores para ponerlas encima del mantel blanco.

Léonie cierra los ojos. Esta felicidad demasiado repentina la deslumbra y le provoca lágrimas de dicha que se deslizan por sus mejillas.

Léonie está apoyada en un árbol, ha extendido las piernas y contempla el prado, el río, los árboles que marcan el principio del bosque. En otros tiempos este campo perteneció a su padre, y ella venía a jugar cerca del río. Construía pequeñas presas en la orilla, donde el agua se remansa. Levantaba las piedras, las seleccionaba, las apilaba, construía un muro, torretas, y le contaba a Suzon que tenía una piscina.

El mantel blanco está cubierto con los restos de la comida. La botella de vino está prácticamente vacía. Tom toca la armónica.

Adrian le ha dado la vuelta a la cazuela y le da golpes en el culo para acompañarle. Cantan una canción en inglés.

—¿Tú hablas inglés, Tom? —se asombra Léonie.

El sol le calienta las mejillas, le calienta las piernas. El olor de la hierba, de las flores, de las plantas le agarrota la garganta y la aturde. ¡Cualquiera diría que está borracha!

—Sí. Lo aprendo con las canciones. Bueno, papá me enseña. *Searching for a heart of gold*... ¿Sabes lo que quiere decir eso?

Ella dice que no con la cabeza y sonríe. Le gustaría mucho aprender. Todavía le queda espacio en la cabeza. O se ocupará de que lo haya.

Léonie contempla el río. Tiene ganas de quitarse la falda, de pisar la hierba, de acercarse, de meter los pies en el agua fría y clara, de remojarse los dedos de los pies, de sonreír al verlos pálidos, contraídos; ganas de notar las piedras puntiagudas, los cantos rodados, de hacerlos rodar, de perder el equilibrio quizás, y de recuperarlo balanceándose como una acróbata. Ella sabía balancearse.

Como antes. Como antes.

Adrian descubre un destello de alegría prohibida en su mirada. Detecta el deseo de huir, de saltar al río, de estar sola con la suave sensación del agua que le baña los tobillos.

Adrian le tiende la mano y le dice:

—¿Quiere remojarse los pies?

—¿Usted cree que puedo?

—¡No solo puede, sino que los médicos lo recomiendan!

La ayuda a levantarse y van juntos hacia el río, seguidos de Tom.

—Yo sé pescar peces con la mano —alardea el chico—. ¿Quieres que te lo enseñe?

Se quita los zapatos, los pantalones, entra en el agua con grandes zancadas que forman corrientes de agua a los lados.

Léonie se ha levantado la falda y tantea el agua con prudencia. Interroga a Adrian con la mirada, él le sonríe y la anima. Ella adelanta una pierna, mete un pie. Mete el otro. Nota cómo el agua le rodea las piernas. Se sube la falda. Es fresca, es suave, como una caricia. Se le relajan los dedos de los pies, y se extienden sobre una piedra lisa. Adrian la lleva con cuidado hasta la roca de Tom.

—Esta es su roca, pero creo que estará de acuerdo en prestársela...

Léonie tiene un brillo de ironía en la mirada y se inclina para

darle las gracias.

—Instálese —dice Adrian—, póngase cómoda…

—Habla usted bien francés —dice ella, extrañada—. ¿Lo ha aprendido en el colegio en su país?

Adrian suelta una risita burlona.

—¿En la escuela de Aramil? ¡Está de broma! ¡El maestro era estupendo, pero los niños se pasaban el rato peleándose, tirándoles del pelo a las niñas, robándose cosas unos a otros! No había un momento de tranquilidad… ¡Ya es mucho que aprendiéramos a leer!

Mueve la cabeza con gesto irónico.

—Lo que sé lo he aprendido en Francia. Con Boubou y Houcine, en la Chatarrería. Y con Stella, claro.

—¿Se conocieron en la Chatarrería?

—Sí.

No dice nada más. No puede evitarlo.

La mirada azul de Léonie se apaga.

—No se preocupe, todo va la mar de bien. Soy muy feliz con Stella.

—Debe de ser terrible tener que abandonar tu país.

—¿Y si es tu país el que te abandona y ya no lo reconoces?

Les interrumpe Tom exhibiendo un pez que sujeta con las manos:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Mira!

Adrian aplaude.

—¿Dónde lo pongo? —grita Tom.

Adrian deja a Léonie en la roca y va a buscar la olla vacía. Tom sale del agua corriendo y deja el pez dentro.

—Soy bueno, ¿eh? ¡Me he agachado, me he quedado quieto, he esperado y esperado hasta que le he visto, pero he seguido sin moverme, él ha dado una vuelta, otra vuelta y hop, le he cogido! Nos lo comeremos esta noche, ¿eh?

Léonie, sobre la roca, se masajea las piernas, las rodillas, los brazos. ¡Qué blanca tiene la piel, parece muerta! O de cartón. Coge agua en el hueco de la mano, se remoja las sienes, la nuca, y las gotitas que caen le hacen cosquillas. Reprime una risita. Cierra los ojos. Vuelve a ver la mansión, los bosques, el campo que recorría de niña. Cuando apoyaba la frente en un árbol. Abrazaba un tronco. Le susurraba secretos. Expresaba sus anhelos, me gustaría que Ray fuera

mi marido, es tan guapo, tan fuerte, tan agradable…, me dice que soy guapa, que ya no puede vivir sin mí, que tengo todas las virtudes y ningún defecto. ¡Ningún defecto! Y luego se contradice: en realidad sí, sí tienes un gran defecto…, y añade con voz grave: eres hermana de tu hermano, pero eso no puedes evitarlo, ¿no? De todos modos… es un defecto, ¡un gran defecto! Entonces yo me echo a temblar, tengo miedo, vergüenza… Y él me abraza y me dice: pero ¿de verdad te has creído que iba a hacerte daño, tontita? Y yo digo: ¡oh, no, no, para nada! Y él me besa.

¡Qué lejos y qué irreal le parecía todo eso!

Se había dejado llevar por el decorado de su infancia, destrozado como ella.

El parque y la mansión acogían ahora unas colonias de verano. Para niños alemanes. Es lo que Ray había querido. Se había cobrado la revancha con los Bourrachard.

Léonie llora suavemente recordando la venta de la mansión. A veces es bueno llorar, borra los recuerdos.

Tom desliza una mano en la suya.

—No hace falta que te escondas para llorar —dice.

—Para mí esta salida supone muchas emociones. ¿Lo entiendes, Tom? Estoy un poco perdida. Ya no tengo referentes.

—¿Quieres decir que no ha sido buena idea?

—Sí, ha sido una idea estupenda. Pero… ¿cuál es tu plato preferido?

—Macarrones con mucha salsa de tomate y queso rallado. Sé hacerlos, ¿sabes?

—¡Pues… es como si le dieras un plato enorme de macarrones con salsa de tomate y mucho queso a un hombre que vuelve del desierto y lleva como mínimo veinte años sin comer! ¿Cómo crees que reaccionaría?

—Estaría desorientado… Se los comería uno por uno, a lo mejor. Tendría miedo de atragantarse de lo buenos que están.

—Pues es eso. Yo estoy desorientada. De golpe hay mucha luz, mucho verde, mucho espacio.

—Pero un día te curarás, ¿no?

—Sí, cariño.

—Me parece que a mamá le gustaría mucho…

Se queda pensando un momento y añade como para sí mismo:

—Y a mí también. Ha llegado el momento de que toda esta

tragedia se acabe.

El otro día, Tom se había dejado su bolígrafo Bic de cuatro colores en el pupitre. Stella ya le había advertido delante del estante de material escolar de Carrefour: vale, yo te lo compro, pero si lo pierdes no tendrás otro. Eres responsable de tu Bic.

Él había vuelto al aula a buscarlo. Se había parado delante de la puerta entreabierta.

Su maestra estaba hablando con otra. Decía: vaya, en Saint-Chaland hay una auténtica revolución, ¿te has enterado de lo que dicen? Y la otra contestaba: yo soy nueva aquí, ¿sabes?, pero nunca me habría imaginado nada parecido en una ciudad aparentemente tan tranquila. ¡Menudas cosas pasan! Pues sí, había contestado su maestra, y ahora Ray Valenti ya es Huevoseco de por vida. Es increíble lo persistentes que son esos rumores. ¡Huevoseco, menudo apodo! ¡Una cosa así puede destrozar a un hombre!

Él había llamado a la puerta y ellas se habían callado. Él había recuperado su Bic de cuatro colores.

Más tarde había consultado la palabra «apodo» en el diccionario. Le había costado un poco encontrarla, porque buscaba «acodo».

Al final la había encontrado. En el viejo diccionario de su madre. Entre «apodíctico» y «ápodo». Complicado.

Apodo: sobrenombre familiar, a menudo burlón. Ejemplo: «Y murió de una embolia, cuando se enteró del apodo con que le ridiculizaban y que él ignoraba».

Por lo tanto un apodo podía matar.

Eso le había dado una idea.

Han doblado el mantel, han recogido los vasos, los cubiertos y los platos, han vuelto a subir al coche.

Han llegado al hospital.

Tom ha llevado a Léonie a su habitación. Ella se ha tumbado en la cama. Sin decir nada más. No se le da muy bien expresar los sentimientos, ha pensado él.

Ahora el que está abatido es él.

No sabe por qué.

Vuelve al coche, ve a su padre con el cuello levantado y las gafas

de sol puestas.

Le duele en el alma que se esconda siempre.

Se sienta, se pone el cinturón y suelta:

—Nunca lo superará. ¡Jamás!

—¡Que sí! Pero ¿qué se te ha metido en la cabeza?

—No sé. Tengo mal sabor de boca.

—¿Quieres que te cuente el resto de mi historia? Ya sabes, esa del criminal peligroso que se escapó…

Tom se anima.

—¡Ah, sí! Me gusta pasar miedo…

El rumor se extendió por toda la ciudad y más allá. Huevoseco estafador. Huevoseco estafador. Huevoseco estafador. Huevoseco estafador.

Corría, se inflaba y se llevaba consigo los viejos miedos, los rencores, las humillaciones sufridas, todo se mezclaba con el ruido de la ciudad, entonces, ¿él no es el padre? Pues ¿quién es? ¿Vosotros lo sabéis? Y además, se atragantaban las malas lenguas, ¡por lo visto no es trigo limpio! ¡Está pringado en un montón de cosas! Ayer mismo, mi cuñado que es policía me decía que…

Lo comentaban en los cafés, en la carnicería, en la charcutería, en el local de la señora Robert, en la panadería, en las cajas de Carrefour, ¿sabes la última? Ray Valenti… Yo lo he dicho toda la vida: ese tío no es legal… ¿Con qué se ha pagado el Maserati?

Su nombre abría todas las conversaciones, dominaba los discursos. Se divulgaba, se cotilleaba, todos disfrutaban y se vengaban por haber estado sometidos durante tanto tiempo.

El señor Settin, el farmacéutico, afirmaba que ya no cedería más, que en caso de que Gerson o Lancenny volvieran a pedirle la cuota de la Asociación de Bomberos les mandaría a paseo, y que ojalá se perdieran por ahí. Y eso porque soy un hombre educado, añadía cruzando los brazos.

¡Era el colmo que se volvieran valientes ahora que el enemigo estaba debilitado!

Violette, al volante de su Mercedes, avivaba el fuego. Contaba lo del alcalde, lo de su sueldo, ¡una vergüenza, es verdad, pero es que Ray me obligó! ¡Me amenazó si no aceptaba! Violette daba detalles que la gente podía verificar. Pues es verdad, mira, la mujer del alcalde

se ha teñido. ¡Ahora es rubia platino! Y ha perdido peso. Y el alcalde tiene la dentadura perfecta, lleva trajes de tres piezas y gafas de marca. ¿A costa de quién? ¡A costa de nosotros! ¡Qué vergüenza! ¡Y sale a correr todas las mañanas con un guardaespaldas detrás! ¡Esos tíos se creen con derecho a todo, que están por encima de la ley! ¡Pues si ese se cree que nos va a engatusar, lo tiene claro!

¡Y Vincent Laignel! ¿Te has enterado? Cobraba de las multas. ¡Otro chanchullo de Ray! Le denunció un compañero. El marido de la asistenta de los Duré… Lo confesó todo. ¡Estaba asqueado, y se preguntaba de qué sirve ser honrado! ¡Dicen que había desviado más de ochenta mil euros, el tal Laignel! Él y su mujer vivían muy bien. Y no se escondían. Todos son iguales, créeme. Las leyes no son para ellos. Se pegan la gran vida y a nosotros nos explotan. Han abierto una investigación y por lo visto huele mal, muy mal… La policía está examinando la cuenta bancaria de Laignel y ya han encontrado ingresos en efectivo sospechosos. Y transferencias a la cuenta de Ray Valenti. Cantidades importantes. No cuatro cuartos. ¡Laignel lo tiene mal! ¡Y Ray Valenti también! ¡No me gustaría estar en su lugar, te lo aseguro! ¡Sobre todo porque esto no es todo, hay mucho más!

Violette extendía la red cuando iba a comprar el pan, cuando aparcaba el coche, cuando hacía cola en Correos, cuando iba a la tintorería, cuando se tomaba un café. Precisaba: es verdad que éramos amigos, pero todo el mundo puede equivocarse. Y volvía a la carga: ¡sí, sí, juergas de fin de semana, sí, sí, orgías!, ¡sí, sí, aviones privados para ir a ver a Putin!

La gente se sentía aliviada por haber ahuyentado el miedo. Enumeraban las villanías, las exageraban y afilaban los cuchillos. La bestia estaba herida. Pronto podrían sangrarla.

En cualquier caso, decían convencidos, ha ido por mal camino y es una lástima. Antes era distinto, era valiente, muy valiente. Pero el dinero, qué quieres, destruye a los hombres, siempre, igual que el alcohol. Y Ray es como todo el mundo. Y además es un niño que no tuvo padre, y eso afecta. Digan lo que digan, para criar a un niño lo mejor es un padre y una madre. Últimamente no se le ve. Se siente desgraciado, se esconde. Ya no se hace el gallito por ahí.

Ray ya no salía de casa.

Apenas se atrevía a recoger el correo.

La mano le temblaba cuando abría el buzón. Recibía anónimos: «Huevoseco estafador, Huevoseco estafador». En letras enormes recortadas del periódico. Parecen piezas de ropa tendida. ¿Lo hacen entre varios o solo es uno? No lo sabe.

Tiene los nervios destrozados. A veces lloraría.

Se levanta por la mañana y abre los postigos para ver qué tiempo hace. ¡Qué más da! Él no saldrá.

Es absurdo lo vacía que está la casa sin Léonie, se dice mientras va de su habitación a la cocina.

Pone café en polvo en la taza, añade agua, corta las rebanadas, las unta con mantequilla, le lleva el desayuno a su madre. Ella tiene buen apetito. Pide más pan.

La conversación es siempre la misma.

Cuando él entra en su habitación, Fernande está haciendo ejercicio, hace pesas para muscularse los brazos. Sopla, suda, y las venas se le marcan en las sienes. Capta la mirada de su hijo y empiezan los reproches.

—¡En parte tú tienes la culpa! Les has consentido demasiado. Ahora ya están forrados y no necesitan dinero. ¡No tenías que darles tanto! ¡Nunca hay que malacostumbrar a las personas!

Ray se rasca mientras la escucha. Tiene eccemas en las piernas, en el cuello, en los brazos. Se pone una pomada mineral, un remedio casero prescrito por su madre. No se atreve a ir a la farmacia Settin a pedir consejo.

—¿Lo viste ayer? ¡Fui al lavabo sola, andando con las manos! Estás orgulloso, ¿eh? ¡Pronto me pasearé por todo el piso haciendo equilibrios!

Él mueve la cabeza, conmovido, ella es extraordinaria.

—Ay, mamá... —se le escapa.

—¡Ya verás, hijo mío, ya verás! Mientras hay vida hay esperanza.

Se palpa los músculos de los brazos que han doblado el volumen, y se golpea el vientre, ¡acero puro!

Él come, engorda. Se coge los pliegues de la barriga con las dos manos. ¡Podría ponerlos encima de la mesa!

Ve la tele. Vuelve a ver las filmaciones de los tiempos en que era un héroe. Asiste a su triunfo. Pone los aplausos de fondo. Aparecen las lágrimas, las reprime, eres un gran tío, colega, un gran tío. Como si necesitara convencerse. ¡Deja de comer porquerías! ¡Sal a correr! Pero no..., es más fuerte que él. Mira las imágenes, se pregunta cómo ha

podido estropearse todo, no lo entiende. ¿Qué ha fallado? Yo lo tenía todo y luego…

Empezó con el accidente de Turquet. Fue la primera vez que tocaron a uno de la banda. ¡Y de qué manera!, porque Turquet no creo que vuelva a andar.

Y luego…

La policía se metió en medio. Rebuscaron en la basura. La gente se fue de la lengua, tenían miedo, ¡la policía, la policía! Empezaron a hablar, mal, muy mal.

Y luego Gerson se rebeló…

Y después Violette…

Y luego Duré…

¿Cómo ha podido saberse lo de Laignel? Después de tanto tiempo… Nadie sospechaba nada. Fue Duré quien destapó el asunto. Él lo mandó al fiscal del estado. ¡Documentos fotocopiados! ¡Copias de mi cuenta bancaria! Consiguió que declarara la asistenta, ¡no es tonto! Para que pareciera una lucha de humildes contra poderosos, y el fiscal no pudo tapar nada. Habría sido sospechoso. Cada uno protege su posición, sus intereses.

Abre el ordenador para consultar sus cuentas en línea. Hace cálculos. Vuelve a empezar. Tiene miedo de equivocarse.

Llega Fernande arrastrándose, lleva un patín en cada mano. Suda, le falta el aire, tiene mechones de pelo pegados a la frente y lleva una camiseta de tirantes malva. ¡Miss Nikita debía de ser más sexy!

—¿Lo ves? —dice ella—. He gestionado bien tu dinero. Ahora somos ricos. Nunca volverá a faltarnos de nada. He invertido bien, ¡ladrillo, ladrillo y más ladrillo! Y todo a tu nombre. ¡Deja que la gente hable, no tienen nada mejor que hacer! Todo esto pasará. Después de la tormenta llega la calma siempre. Al final, se cansarán de rabiar.

Una tarde, apoyado en la barra del local de Lancenny, Gerson comenta: yo tenía razón, esa chica no era de fiar. Nos ha traído mala suerte. Es ella quien está detrás de todo esto, hazme caso, ella y nadie más. ¿Has visto cómo larga?

Lancenny, pensativo, pasa la bayeta por la barra. No ha digerido bien el chucrut y la cerveza del mediodía. Las salchichas le repiten. Seguro que Martine se ha despistado con la fecha y ha servido

salchichas caducadas… O la col ha fermentado.

—¿Se lo has dicho a Ray? —pregunta después de haber eructado.

—No sirve de nada. Me apuesto lo que quieras a que si ella volviera y le hiciera la danza del vientre, él la aceptaría. ¡Esta historia nos costará cara! Yo me callo la boca. Tengo una pequeña reserva que no está nada mal y no pienso tentar la suerte buscándole las cosquillas al jefe. ¡Ya he aprendido la lección, amigo mío!

—Ah… —dice Lancenny, deja la bayeta y se huele los dedos que apestan a lejía.

—Ray y Turquet maquinaban juntos a escondidas. ¡Sacaban tajada a espaldas nuestras!

—¡No!

—¡Como te lo digo! Turquet se lo contó a Margot. Esa chica que trabaja limpiando en el hospital. Él necesitaba hablar y como nadie va a verle se lo contó a ella. ¡Yo estoy hasta los huevos, mierda! ¡Hasta los huevos, tío!

—¡Hostia! ¡Pues yo creía que las cosas funcionaban de otra manera, que éramos colegas y lo compartíamos todo! ¡Como tiene que ser! ¡La amistad es eso!

—Vale…, pues eras tonto. ¡Y yo también! Así que ya lo sabes, no me mojaré por él…, no pienso comerme ese marrón.

—Tienes razón. Esperemos a ver por dónde sopla el viento, pero estaría bien que no se nos llevara por delante.

Lancenny se rasca la nariz con los dedos impregnados de lejía. Ahora que ya no se dedican a hacer negocios el tiempo pasa despacio. Él se pasa el día dando vueltas por el café. Oye la camioneta del fontanero que aparca en el patio del vecino, la tele a todo volumen con el informativo de Jean-Pierre Pernaut, y hace la limpieza. Martine se ha rebelado. Se va de compras y le deja una lista de faenas. Él ha perdido la autoridad y se ha convertido en el chico de los recados. Está anquilosado, aburrido. Acabará perdiéndolo todo, seguro.

—Hay que evitar que pillen a Ray —dice Gerson—. Sería capaz de cantarlo todo…

—¡No exageres! Tiene la piel muy dura.

—Es una dureza falsa.

—¡Hombre!

—Acuérdate de que nos prohibió tocar a Edmond y a su hija. Les tenía miedo. Al final Edmond es el único que le ha plantado cara.

—Ya veremos. Yo me mantengo a distancia. Ya no descuelgo

cuando me llama y, si telefonea a casa, le digo a mi mujer que conteste…

—Entonces, ¿estuvo bien esa salida con Adrian y Tom?

Stella pone orden en la habitación de su madre. Escoge los CD que ha de devolver a la mediateca, coloca las cajas de medicamentos, recoge las partituras, enjuaga un vaso, alisa la sábana, remete la cama. Tiene ganas de irse, de dar un portazo, pero no sabe por qué no se va, falta alguna cosa, queda algo en el aire, algo que la atormenta. Se retuerce las manos, siente un peso en la nuca, opresión en la cabeza. Tiene que dar vueltas, moverse, morderse los labios para no chillar.

—Sí —dice Léonie—. Me hizo mucho bien. Creí que volvía a tener veinte años…

—Es curioso, mamá, ya no haces ese ruidito como si tuvieras huesecitos en la garganta…

—Ah —dice Léonie—. No me había dado cuenta. De pequeña ya lo hacía y a Suzon le preocupaba. ¿Lo había vuelto a hacer?

—Era como si tuvieras algo roto y los huesecitos dieran vueltas. Yo pensaba que era porque tenías miedo…

—Ya no tengo miedo —dice Léonie, indecisa.

Se queda pensando. Cierra los ojos, los vuelve a abrir.

—Sí, todavía tengo miedo. Un poco…

—¡No desaparecerá así como así! Irás mejorando poco a poco.

—El otro día, cuando Tom y Adrian me llevaron de picnic, volví a encontrarme con la vida, ¡y eso es bueno, Stella!

—¿Este podemos devolverlo? —pregunta Stella, enseñándole un CD—. Te lo sabes de memoria.

Léonie hace una pequeña mueca de disgusto.

—¡No te los puedes quedar todos, mamá! Hay que hacer una selección. ¡Eres increíble, no quieres soltar nada!

—No te burles, cariñito.

—No me burlo pero es verdad que…

¿Qué pasa?, se pregunta Stella. Me crispa. No es la primera vez. Una rabia antigua le acogota la garganta.

Inspira profundamente. Se sienta en la cama, dobla un camisón.

—Pronto saldrás de aquí. El doctor dice que es cuestión de días. Tienes que prepararte.

—No volveré a casa de ellos —dice Léonie con voz de súplica.

—No. Claro. Podrías ir a casa de Georges y Suzon. Allí estarás bien. Y protegida.

—Tengo la sensación de ser un paquete que va de acá para allá... —suspira Léonie encogiendo los hombros—. Me llevan de derecha a izquierda... Sin preguntar mi opinión.

—¿Se te ocurre otra solución?

Ha debido de contestar demasiado rápido o en un tono demasiado cortante. Su madre se pone triste y le tiembla la barbilla. Se tapa con las manos.

—¡Oh! ¡Por favor, mamá! ¡Ir a casa de Suzon y Georges no es ningún castigo!

—Eres igual que Edmond. Él también quería encontrarme un piso. ¡Colocarme en algún lado para no volver a oír hablar de mí! No quiero que nadie se ocupe más de mí, quiero espabilarme yo sola.

—¿Edmond ha venido a verte? ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Te contó la conversación en el bar y te dio la carta?

—Pero ¿tú sabes lo de la carta?

—Sí. Esperaba que en algún momento tuvieras ganas de hablarme de eso...

Léonie vuelve la cabeza y se muerde los labios. Hace mucho tiempo que no tiene algo suyo. Algo exclusivamente suyo.

—Pero no te pido que me la leas, mamá, es tuya. Solo quería que me contaras cómo fue con Edmond.

—Me dio la carta de Lucien y...

Busca bajo el colchón, encuentra la carta y se la da a Stella, que la rechaza.

—¡No, mamá!

Pero Léonie insiste:

—¡Sí, léela, es muy bonita!

—Prefiero no hacerlo, es demasiado íntima. Al fin y al cabo era tu amante...

—¡Y tu padre!

—Yo no necesito un padre. Estoy contenta de saber que no tengo nada que ver con Ray, pero no pienso ir a llevar flores a la tumba de un desconocido. Lo he pensado mucho...

—A mí me gustaría mucho conocer a su hija, Joséphine Cortès. Me gustaría que fueras a buscarla y que ella me hablara de él.

—No sé si tengo ganas —dice Stella.

Léonie se la queda mirando, estupefacta.

—No —continúa Stella—, creo que no quiero conocerla. Pero si quieres iré a verla. Ahora que tenemos pruebas… Lo haría por ti, solo por ti.

—¡Pero es tu hermana!

Los labios de Léonie tiemblan, sus mejillas palidecen, no lo entiende y mueve la cabeza, desamparada.

Stella la mira sin verla y dice con voz monocorde, con la voz de una mujer que no quiere soñar más, ni esperar más, que no quiere que le cuenten más cuentos bonitos:

—No sé si tengo ganas de tener una hermana, no sé si quiero entrar en una familia nueva, de hecho estoy casi segura de no querer. ¡Las familias son un mal asunto!

Lo ha dicho sin vehemencia, como una simple constatación.

—¡Eres cruel, Stella! ¿Por qué dices eso?

No, yo no soy cruel. Stella se siente herida y se pone muy tensa. ¡NO! ¡YO NO SOY CRUEL! No soporto más este galimatías de palabras engañosas. Palabras que quedan bien, tu papá que te quiere, tu mamá que te quiere, ese papá tan guapo quiere a esa mamá tan guapa, palabras que te chupan la sangre en lugar de darte fuerzas. ¡Un padre que desapareció, otro que me viola y le da palizas a mi madre, una abuela que anima todo ese circo a golpes de bastón! ¿Y tú quieres que me guste la familia? ¡Estás de broma! Los gritos de noche, la sangre en las sábanas de la cama, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas? YO QUIERO QUE SE ME HAGA JUSTICIA. YO QUIERO QUE ME PIDAN PERDÓN. Yo quiero que se le pida perdón a la niña que temblaba de miedo en su cama. Quiero que bajes los ojos ante mí y que digas exactamente: Stella, he sido una inútil, he sido cobarde, Stella, ¿puedes perdonarme? Y yo te diré: oh, sí, oh, sí, te lo diré de todo corazón, con todo mi amor, con todas mis fuerzas, gritaré: ¡mamá, gracias, mamá, te quiero, te quiero mucho! ¡Y tendré ganas de reír, de bailar, de correr, de volar, de extender los brazos hacia el cielo! Pero tienes que decirlo, ¿entiendes? Después te perdonaré, después nos querremos locamente, seremos las campeonas del mundo, pero primero dime… Dime por qué no hiciste nada, por qué nunca te levantaste por la noche, por qué nunca te interpusiste entre él y yo. Por qué te tapabas los ojos y los oídos. Quiero saberlo. El día que lo sepa, volveré a notar la sangre correr por mis venas, esa sangre cálida que da vida, notaré tus brazos alrededor de mi cuello, tus labios en mi mejilla, dejaré que tu piel se frote con la mía y diré: ¡mamá, mamá querida, mamá, mi

mamá! Y saborearé la sal y el azúcar, mis piernas saltarán por encima de los obstáculos y abriré los ojos y el cielo será azul. Volveré a tener el color de una mujer, la dulzura de una mujer, las curvas de una mujer viva. PÍDEME PERDÓN, PERDÓN. Porque yo era pequeña, porque estaba indefensa, porque no había visto nunca el sexo de un hombre, jamás había tocado el sexo de un hombre, nunca me habían obligado a… ¿Lo ves?, ni siquiera puedo pronunciar las palabras, ¿ves?, tengo pánico como tú, así que, por favor, DI LAS PALABRAS, MAMÁ, DI LAS PALABRAS.

Las palabras suenan como un repique de campanas que la aturde, Stella cierra los ojos, se tapa las orejas y tuerce la boca con una mueca horrible.

—¿Qué pasa, cariñito? —pregunta Léonie, inquieta.

Stella no contesta. Querría que las campanas dejaran de aporrearle la cabeza. Pero continúan, en un tono más alto, se vuelven más agudas y deletrean: ¡PERDÓN! ¡PERDÓN!

—¿Por qué aprietas los puños? ¿Estás rabiosa?

—No es rabia, mamá. —Stella, agotada, lo deja pasar.

—¿Quieres decirme qué pasa, cariñito mío?

—¡Me duele, me duele!

—¡Stella, no juegues conmigo!

Stella suelta una carcajada sarcástica, y repite con voz melindrosa: ¡Stella, no juegues conmigo! Y se desata la furia.

—¡Yo nunca he jugado! ¡Nunca!

—Pero ¿de qué hablas?

—Yo no sé jugar. No tengo suficiente soltura. Ni gracia suficiente, ni sentido del humor. ¿Nunca te has dado cuenta de que no tengo sentido del humor? ¿Que me lo tomo todo en serio? A mí no me gusta reír. No me gusta hacer trampas. No me gusta fingir. ¡Yo no sé jugar! Él quiso jugar conmigo. ¡Yo, nunca! ¡Jamás!

Las dos mujeres se miran estupefactas.

Ya no pueden continuar fingiendo que esto no ha pasado.

Ya no pueden seguir callando.

Las palabras de Stella han provocado que estallara el silencio.

Léonie agacha la cabeza. Murmura: lo sabía, lo sabía, temía este momento.

Stella no la oye, y se inclina hacia ella para tratar de captarla.

—Ahora estamos empatadas, mamá. Tienes que hablar, tienes que tener la valentía de hablar. Ya no eres una mujer maltratada, eres una

mujer que ha sido amada, y tienes una hija...

Léonie mira fijamente el suelo. No puede enfrentarse a Stella. Solo trata de recuperar el aliento.

—Y esta niña, mientras tú no hables, mientras no le pidas perdón, mientras no digas por qué has permitido que sucediera esa cosa innoble, por qué has cerrado los ojos y los oídos, esa niña tendrá quince años eternamente, tendrá dolor de estómago eternamente, le dolerá el cuerpo y le dolerá el alma. No puede crecer. Está prisionera. Tienes que liberarla...

Léonie balbucea con los ojos bajos:

—No...

Stella se rodea con sus propios brazos para acunar a la niñita que espera en su interior.

—No grites —murmura Léonie.

—¡Yo no grito!

—Sí.

—Tengo derecho a gritar. ¡Tengo derecho! Y para empezar, ¿de qué sirve que grite? ¡Tú no me oyes! ¡No me oías cuando gritaba!

—Oh, sí..., oh, sí... —musita Léonie retorciéndose las manos y frotándolas una con otra.

Y un viejo dolor dibuja en la comisura de sus labios una arruga que evoca un sufrimiento lacerante.

—Y no te movías, y no hacías nada, y te metías en el fondo de la cama para no oír, pero ¿por qué? ¿No entiendes que yo no puedo vivir por culpa de eso? ¿Que estoy eternamente al margen de todo?

Léonie respira a base de sacudidas y hace ruiditos, como los críos cuando lloran.

—¿No entiendes que todo esto se interpone siempre? ¿Que los sentimientos, las emociones y las risas son como trozos de piel muerta?

—Él era más fuerte que yo, Stella.

—¡Eso no es una razón!

—Toda la ciudad estaba de su lado. Y yo era la señora Toc-Toc.

—¡No hay nada más fuerte que el amor que se siente por un hijo! ¡Nada!

—Tenía miedo... No tenía fuerzas para...

—¿Y yo? ¿Crees que yo era fuerte? Yo no era nada. Estaba muerta. Me dejaba hacer, inmóvil. Tu silencio me hacía sufrir tanto como sus golpes. ¡No sé si me dolía más incluso! ¡No lo entendía, me

decía: es mi mamá, empujará la puerta, le tirará del pelo, le dará bofetadas en la espalda, y tú no venías, no venías! Y por la mañana, cuando me levantaba, cuando notaba el aire frío sobre mi piel desnuda, me decía: vaya, pues estoy viva…, y cuando me miraba el vientre, me extrañaba no ver la marca del cuchillo, iba a la cocina y tú dabas vueltas alrededor de la mesa sin atreverte a mirarme siquiera, como una madre fantasma… Oh, qué sola me sentía, qué abandonada me sentía. ¡Pero nunca, ¿me oyes?, nunca me sentí culpable! Impotente, pero no culpable.

—¡Te acuerdas de todo!

—¡Cómo podía olvidarlo!

—¡Mi niña!

Léonie tiene una expresión suplicante y extiende la mano hacia Stella.

—¡Déjame! ¡No me toques! —chilla Stella.

—¡Mi niña!

—¡No sabes cuánto he lamentado ser una niña!

—¡Eres tan guapa!

—¡Cuánto he lamentado que él me mirara y me deseara!

—¡Tú me odias!

—Sabes perfectamente que no… ¡Siempre te perdonaba! ¡Eso me volvía aún más loca, más rabiosa, todavía más sola!

—¿Pues entonces…?

—¡Una sola palabra, mamá, una palabra, solo una! ¡Te lo suplico! Una sola palabra…

Léonie se muerde la mano para reprimir las lágrimas.

Levanta la cabeza, mira a su hija y balbucea:

—Perdona, cariño mío. Te pido perdón.

Stella se deja caer sobre la cama. Echa la cabeza hacia atrás como si hubiera recibido un golpe. Tirita, está ardiendo. Todo se vuelve cálido, vivo, la sangre vuelve a circular, y su cara libre de ira recupera color, su boca cobra vigor, sus pestañas se mueven, oye la risa de una enfermera, a un bebé que llora en la habitación contigua.

Coge la mano de su madre, cierra los ojos, sonríe.

Las campanas han dejado de repicar en su cabeza.

—Gracias, mamá.

—A mí me encantaría creer en la vida y creer en mí, pero debo

confesar que me cuesta —suspira Solange Courtois mientras se sirve una cucharada de isla flotante y tres barquillos—. ¡Espero que este año termine de una vez! Y los astros tampoco me ayudan. ¡Los Libra lo tenemos mal!

—¿Así que usted cree en la astrología? —pregunta una mujer que Edmond Courtois cree conocer. Su marido se quedó hace seis meses con la consulta dental que está en la esquina de la calle Prés con Grand-Pavé. Dicen que le ha costado hacerse una clientela. Parece ser que con el tema de las muelas es un poco bruto.

—Me lo tomo como un pasatiempo —suspira Solange Courtois—. Me interesa y a veces me parece muy sensato… Si Dios no existe, hay que encontrarle un sentido a la vida. ¿Por qué no los astros? A veces aciertan en las predicciones, ¿sabe…?

—¡Una de cada diez, y por casualidad! ¡Es como la ruleta rusa pero menos peligroso! —ironiza Raoul Petit, el notario.

Dicen que tiene cáncer de próstata y que se trata en París, para que en Saint-Chaland no se sepa. La enfermedad provoca inseguridad y un notario ha de generar confianza. Se murmura también que asiste a determinadas juergas privadas, que le vuelve loco la lencería, que le gusta que le peguen y que le aten. ¿Cuándo hay que fiarse de un rumor?, piensa Edmond rechazando la isla flotante que le ofrece la criada.

Solange Courtois se encoge de hombros y dice que si coinciden una vez de cada diez tampoco está mal, que todos tratamos a diario con personas con las que no coincidimos nunca en nada. Como si fuéramos de planetas distintos. *Ab amicis honesta petamus!*[27]

—¡Y también es una humanista, naturalmente! —se burla Raoul Petit—. Le gustan las lenguas clásicas…

—He pedido que me hicieran la carta astral y parece que este año próximo me irá mejor. Me han asegurado una renovación total, un nuevo ciclo. ¡Mi vida va a cambiar! ¡Siempre que esté en Saint-Chaland el día de mi cumpleaños, naturalmente!

—¿Y qué vas a hacer con toda esa energía nueva, Solange? ¡Si yo fuera tú me preocuparía, Edmond! —comenta Duré.

Edmond Courtois sonríe. Precisamente estaba pensando: me casé con una pava. ¿Cómo he podido pasar treinta y cinco años de mi vida en compañía de una pava? ¿Era guapa y me halagó llevármela a la cama? ¿O le disculpaba muchas cosas porque me moría de ganas de olvidar a Léonie? Nunca hemos hablado. Chapurreábamos dos idiomas

distintos. Un día recuerdo que le pregunté: «¿Tú crees que nos hemos equivocado...?». Me refería a haber escogido el color blanco para los sofás del salón. Ella respondió con una serie de sollozos compulsivos y echó a correr por el pasillo. Se tiró sobre la cama del dormitorio y se encerró con llave. Yo oí sus zapatos al caer y el crujido de los muelles del colchón. Más tarde, en la mesa, quise explicarme: «Me refería a los sofás del salón». Ella contestó: «¡No quiero hablarlo más!», me pasó la ensalada de endivias y comentó que Human Rights Watch hacía un trabajo magnífico.

Élise Duré se levanta. Los invitados la imitan y abandonan la mesa. El nuevo dentista tiene los dientes grises y la mujer del notario le pregunta cuántas veces al día hay que cepillarse los dientes.

Los hombres se agrupan en una esquina del salón y las mujeres se instalan en los sofás, sirven el café o escogen su bolsita de infusión.

Bernard Duré se acerca a Edmond y le dice:

—Tengo un orujo de Borgoña envejecido en barrica, de un color ámbar precioso, rasposo y muy aromático, ¿quieres probarlo?

Le ofrece un vaso. Tiene un brillo satisfecho en la mirada.

—Pareces recuperado, Bernard.

—Estoy mejor, estoy mejor...

Edmond se moja los labios, saborea el licor añejo.

Bernard Duré espera el veredicto.

Edmond Courtois cierra los ojos y murmura: ¡estupendo, estupendo!

Entonces, Bernard Duré suelta de sopetón:

—¡Ya está! ¡Me he puesto en marcha, Edmond! ¡Me he puesto en marcha! ¡Sin perder ni un minuto! Stella vino a verme la otra tarde. Me entregó un dosier enorme y muy comprometedor sobre Ray Valenti. ¡Le hundiré! Ya he organizado una primera filtración que ha dado en el clavo... A través de la asistenta. ¡Y me queda mucha munición!

Edmond Courtois reacciona con una sonrisa forzada.

—Tienes mi bendición y mi apoyo.

—Hiciste bien en provocarme el otro día cuando fuiste al hospital.

—Te harán falta aliados. Si necesitas algo de mí...

—Ya sé que puedo contar contigo.

—Puedo conseguir que la prensa lo publique. Mi hija Julie tiene una amiga que trabaja en *La République libre.* Marie Delmonte. Te daré

sus datos.

—¡Acepto!

Edmond Courtois finge que se concentra en el licor y entorna los ojos para esconder su decepción. Stella ha preferido contárselo a Duré. ¿Sigue sin fiarse de mí? ¿Cree que Duré tiene más categoría? ¿El buen doctor huele mejor que el chatarrero? No lo puede evitar. Su viejo complejo de adolescente desaliñado, rechoncho, mimado por su madre, su tía y su abuela le domina otra vez. Entreabre los ojos como un cocodrilo viejo y observa a Duré, que palpita embriagado por su nuevo valor. Se pregunta si se desinflará ante la primera amenaza. Nadie se vuelve valiente de la noche a la mañana, se necesita entrenamiento. No consiste solo en tener las armas, también hay que saberlas usar.

P.E.R.D.Ó.N.

Estas serán las letras que presidirán la última escena de su fresco en patchwork.

Perdón escrito a fuego.

Pedir perdón es devolverle su lugar al otro. Darle derecho a existir.

Ray ha de pedir perdón. O ella se lo cargará.

P.E.R.D.Ó.N.

Presidirá varias imágenes.

La de la pequeña Stella acorralada en su habitación.

La de su madre con la cabeza gacha junto a la mesa de la cocina.

La de Stella adulta con el dedo en el gatillo.

¡Venga, muchacha, venga! ¡Eres la mejor! ¡Eres fantástica!

Se verá al hombre que lanza cuchillos de noche al vientre de las chicas, postrado de cara al suelo. Decapitado. Su cabeza en una bandeja como la de Juan Bautista en el cuadro de Caravaggio. De niña le encantaba mirar esa pintura en su gran diccionario ilustrado. Besaba la fotografía en papel satinado. La lamía para saborear la sangre.

P.E.R.D.Ó.N.

Era bonito, era brillante, tenía prestancia. Era toda una proclama. Reavivaba el fuego.

¿Y su nueva hermana?

Ella no aparecía en su fresco.

Ella no necesitaba ni una hermana, ni una familia.

Pero iría a verla para darle pruebas. Tenía papeles que demostraban su buena fe. Una firma al pie de una cita, que por otro lado no estaba mal. Lucien Rilke. Y Maese Cerezo saldría de viaje.

Irían a París en el camión. Maese Cerezo, Lucien Rilke y ella. Irían a ver la torre Eiffel.

Y a Joséphine Cortès.

Ella no le robaría a su padre.

Ella no necesitaba un padre. No necesitaba clavar con chinchetas una imagen en la pared de su habitación. Ella no creía en las imágenes. Ni en los padres perfectos. Ni en muertos convertidos en héroes. Con aureolas.

La aureola se la colocaba ella en su propia cabeza.

Como una corona.

Ella sola.

El jueves por la noche, en el taller, Stella le enseña su historia en patchwork a Marie Delmonte, que se ajusta las gafas y se inclina hacia los cuadrados de tela. Su cola de caballo le barre la mejilla, y se incorpora, impresionada.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esto?

—Oh, es una larga historia —responde Stella, enigmática.

Marie se queda mirando su cubrecama que no avanza y suspira. El tiempo se me escurre entre los dedos. ¡El periódico! ¡El periódico! ¡Es un monstruo que me devora!

Y luego, de golpe, le dice a Julie:

—Tu padre vino a verme al periódico con Duré. Me pasaron un dosier sobre Ray Valenti...

Se dirige a Stella.

—Parece que ya no es tu padre, según dicen en la ciudad.

—¡Nunca lo ha sido!

—Y que le están descubriendo un montón de mierda.

—¡Un basurero entero! ¿Vosotros podréis hacer algo?

—Se lo pasé al jefe de redacción. No es el hombre más valiente del mundo, pero creo que Duré y Courtois le apretaron las tuercas. Le dijeron que si él no hacía nada, irían a otro periódico. Uno más

importante. Uno de París. Y que sería un gran escándalo…

—O sea que se decidirá…

—Eso espero.

—¿Nos tendrás al corriente? —pregunta Julie.

—¡Claro!

—A mí me encantaría ir a ver cómo trabajas. Me interesa —dice Stella.

—Un día que esté tranquilo, te llamo y vienes, ¿vale?

Joséphine y Stella han quedado al pie de la torre Eiffel. En el pilar norte. ¡A saber por qué! Quizás porque Stella nunca ha estado en París.

O sí…

Dos veces con el colegio.

Una vez para visitar la Ciudad de la Música. Un rollo. La otra para ver los escaparates de los grandes almacenes en Navidad. Un rollo también. Demasiada gente, demasiado ruido y demasiados Papá Noel. Uno cada diez metros. Con las barbas sucias y los disfraces zurcidos. Tíos que le tocaban el culo y le daban pisotones. Gente que olía a sudor y a perfume barato.

Pero el programa no incluía una visita a la torre Eiffel. Eso le había parecido el colmo. Al siguiente viaje no se había apuntado. Ray se había negado a darle el dinero con la excusa de que ella le había mordido. Le había arrancado un trozo de oreja. Naturalmente, ese viaje sí incluía la torre Eiffel.

La torre Eiffel de París se ve desde lejos, no hace falta plano para localizarla. Basta con pasearse con las manos en los bolsillos, mirando al cielo.

Stella llegó por la mañana temprano. Aparcó el camión en la avenida Suffren. Delante de un restaurante italiano. Pidió una pizza cuatro estaciones, pagó veinte euros, indignada. El camarero la miró con desdén. ¡Qué quiere, señorita, paga el sitio, el sol, la torre Eiffel! Si quiere ahorrar vaya a otro barrio. Para eso vaya a Barbès. ¿Dónde

está eso?, preguntó ella para plantarle cara. ¡Porque con estos precios me voy ahora mismo! En el quinto pino. ¡Le queda un buen trecho! Devuélvame el cambio, le había dicho ella, mientras esperaba.

¡Si quería propina que volviera a buscarla!

—¡Un céntimo es un céntimo! —había dicho él en tono burlón cuando soltó las monedas sobre la mesa.

—¡Con lo que usted cobra por la pizza, yo en mi pueblo compro comida para tres días! Y alimento a mis perros, mis burros, mis gallinas, mis patos...

Él se rio con ganas.

—... mi hijo, mi cerdo y mi loro!

—¿Es la primera vez que viene a París? ¿Ha visto Montmartre? ¿El Sagrado Corazón? Vale la pena.

—No. No lo conozco y no creo que vaya a conocerlo. A no ser que me lleve unos bocadillos y un termo y duerma en el camión.

—¡Es usted una cachonda! —decía él, meneando la cabeza y dándose palmadas en los muslos—. ¡Mire, la invito a un café! —había añadido al final.

—¿En serio? —había preguntado ella con desconfianza.

—Un café gratis.

—Vale, pues... gracias. Porque... ¿cuánto cuesta?

—Cuatro euros veinte...

Ella se había puesto a gritar como si la estuvieran degollando, y él se había marchado repitiendo: impagable, ¡una tía impagable!

Cuando había descolgado, Joséphine Cortès había dicho:

—Buenos días... ¿Quién es? ¿Diga? ¿Diga?

Stella no podía hablar.

Tenía la garganta agarrotada. Había oído ese timbre de voz suave y claro de Joséphine Cortès, había dejado pasar unos segundos, y al final había murmurado muy bajito: soy yo, soy...

No había tenido que añadir nada más. Joséphine Cortès había intervenido:

—Me alegro de que haya llamado. Había perdido su teléfono.

—¿Quiere decir que lo había borrado? —había replicado ella.

Joséphine había carraspeado, incómoda.

—Creo que en su lugar yo hubiera hecho lo mismo —había dicho Stella.

—Es que la noticia me violentó un poco... No estaba preparada. He necesitado tiempo.

—La entiendo, fui un poco bruta.

A las dos se les había escapado una risita que había relajado el ambiente.

—¿Sabe? —había precisado Stella—, ya tengo todas las pruebas que usted quería...

—Bueno, yo no debería haber...

—Tenía razón. Si no cualquiera podría pretender...

—Sí. Pero...

—Tenía toda la razón.

Se habían puesto de acuerdo en un día y una hora, en el pilar norte de la torre Eiffel, y estaban a punto de colgar cuando Joséphine había exclamado:

—Pero ¿cómo nos reconoceremos?

Stella se había echado a reír.

—Yo he asistido a sus clases, ¿recuerda? ¡Y además su foto está en la contraportada de todos sus libros!

—Ah, sí, es verdad...

—Y en cuanto a mí, es fácil. Soy rubia, alta, llevo un mechón de pelo en punta, como un indio, zapatos gruesos y un mono naranja.

Stella va hacia el pilar norte. Junto a un vendedor de torres Eiffel de plástico fluorescente, ve a la mujer que da cursos en la sala de actos de la facultad de Lyon. Esa que habla de la doble negación, de la imprenta y del estilo. La observa, estudia su cara, su nariz, la boca bien perfilada, el pelo castaño, el flequillo lacio. Unas piernas delgadas, largas. Un aire serio y desenfadado a la vez. Parece un buen presagio. Se acerca, dice: ¿es usted, verdad?

Joséphine Cortès abre los ojos como platos, asombrada.

—¡Me ha reconocido enseguida! ¡No ha dudado ni un segundo!

—Es por la nariz. Es igual que la mía. Fíjese. Muy recta, delgada, muy sencilla, sin pretensiones, con unas aletas muy discretas. Y con un puntito muy pequeño en la ventanilla izquierda. Una especie de hoyuelo. De lejos es como todas, pero de cerca es única.

—¿Quiere que andemos un poco? Aquí hay mucha gente.

—¡No me imaginaba la torre Eiffel así! —exclama Stella.

—Pues ¿cómo?

—Más pequeña, más plana. ¡Es imponente!

—Podemos subir por Champ-de-Mars si quiere... ¿Cómo ha venido?

—Con mi camión. Es mi herramienta de trabajo. Trabajo en la Chatarrería...

—Ah...

Ha pronunciado ese «ah» con un signo de interrogación, con curiosidad, como diciendo: hábleme de ello, me interesa.

—Me gusta mucho. Gastas energías, estás al aire libre. Ves a gente de todo tipo. Yo no podría estar en un despacho. No soporto estar encerrada.

Joséphine junta las manos y dice:

—A mí me gustan los libros, las bibliotecas, la tranquilidad que reina allí. Oyes pasar las páginas.

Y luego se para, se ruboriza y murmura:

—¿Su madre le ha hablado de mi padre?

—Sí. Un poco. Todo esto es por su libro.

—Ah...

—En los agradecimientos, al final, habla de él, del día que murió. Si no, no creo que ella me lo hubiera contado...

—Es delicado confesar algo así... ¡Especialmente a una hija!

Se cruzan con un grupo de chinos, que siguen a una mujer que sostiene en alto un paraguas rojo y recita a gritos una parrafada para turistas.

—Él la hizo muy feliz. Estoy convencida de que esos fueron los únicos momentos de felicidad que ha vivido en toda su vida. Dos meses de felicidad no es mucho.

—No tiene ninguna obligación de contarme...

—Es que me resulta raro hablar del amante de mi madre...

—¡Y a mí de la amante de mi padre!

Se miran las dos, incómodas, y sueltan una risita que las tranquiliza. Mientras hablan, Stella se da la vuelta para ver la torre Eiffel.

—¿Quiere que nos sentemos? —propone Joséphine—. Así podrá seguir mirándola y hablar conmigo al mismo tiempo...

—¿Le molesta?

—¡En absoluto!

Stella se sienta en el césped, con las piernas cruzadas y la espalda recta. Joséphine la imita y coloca las piernas a un lado.

—¡Al fin y al cabo los dos eran adultos! —dice Stella—. Sabían lo que hacían.

—Mi padre tenía cuarenta años...

—Mi madre veintisiete. Pero no había vivido mucho... En fin, quiero decir que no estaba prevenida.

Saca de su enorme bolso a Maese Cerezo, la carta de Lucien Plissonnier y el texto firmado por Lucien Rilke. Se lo entrega a Joséphine.

—La carta... no he querido leerla. Habla de usted, por lo visto.

—Era un papá muy bueno —murmura Joséphine con un sollozo —. ¿Lo ve...? ¡Ya estoy llorando!

—Mientras usted la lee, yo iré a contemplar la torre Eiffel desde más cerca...

Joséphine ha cogido entre las manos a Maese Cerezo y lo observa.

—¡El mío se llamaba Don Mostaza!

Stella se levanta, se aleja, ve un billete de diez euros en el suelo, lo recoge. Lo alisa, se lo mete en el bolsillo. Se pregunta si es una compensación por la pizza cuatro estaciones, o si es una especie de señal que bendice su encuentro con Joséphine. Hay cierta ternura entre ellas. Una familiaridad tranquila. Como si se reencontraran. No fingen. No se creen en la obligación de hablar, de llenar los silencios. El silencio solo da miedo a quienes no tienen nada que decirse. Y además las dos tienen la misma nariz. Y también... le gusta mucho cómo ríe Joséphine. Se troncha, se tapa la boca con la mano y entorna los ojos. Mueve un poco el cuello hacia delante, como diciendo que a lo mejor no es muy correcto pero que no lo puede evitar.

Sí, le gusta mucho esa mujer.

Su media hermana.

Todavía es pronto para saber si es definitivo. Stella siempre es de efectos retardados en cuestión de sentimientos. Cuando todo el mundo llora, ella se pregunta si ha entrado a los burros o le ha dado de comer a *Merlín*, el cerdo. La pena siempre le llega tarde. La alegría también. Mantiene las emociones y los sentimientos a distancia, sospecha que son malos consejeros. O grandes mentirosos.

Stella se tumba en el césped y observa a la gente. Hablan en voz

alta, tienen las piernas blancas, los calcetines grises, la nariz roja. Una madre extiende crema solar en los hombros de su hijita. La niña lleva un bañador rosa de dos piezas, y la parte de arriba, totalmente inútil, tiene unos volantes que le tapan el ombligo como una falda tahitiana.

Yo nunca podría vivir en París, se dice Stella. Y ¿son imaginaciones mías o el aire huele mal? Tengo que avisar a Adrian. Por si algún día le dieran ganas de vivir aquí.

Y de repente se queda paralizada.

Tiene la certeza absoluta de que Adrian está en París.

Retuerce el cuerpo, saca el móvil, le llama.

Él contesta y ella oye el sonido de una radio de fondo.

—Soy yo —suelta, e intenta oír qué dicen en la radio.

—¿Dónde estás? —pregunta él—. ¿No estás trabajando?

—Es sábado.

—Ah…, se me había olvidado.

—¿Y tú? ¿Dónde estás?

—Haciendo recados. Hoy no trabajo.

—Adrian, sé que estás en París. No me mientas.

Se hace un largo silencio al otro lado de la línea. La voz de un hombre en la radio habla del próximo parte meteorológico.

—Adrian…

—¿Princesa?

—Sé que estás en París.

—No estoy en París.

—Sí. No me mientas.

—No estoy en París.

—¡Adrian! Mis antenas te detectan. Estás muy cerca. Si cierro los ojos y me pongo a andar a ciegas, llegaré hasta ti.

—¡Stella! ¿Dónde estás? —grita él al teléfono.

—En París. Bajo la torre Eiffel.

Entonces Adrian emplea la voz ronca y temblorosa con la que le habla al oído.

—Esta noche estaré en Saint-Chaland…

—¿Prometido?

—Prometido.

Y él cuelga.

Pero no lo bastante rápido…

El locutor de radio ha dado la información meteorológica: «Y hoy, parisinas y parisinos, disfrutaremos de una tarde muy agradable en la capital, veinticinco grados, una brisa ligera...».

Ella lo sabía, él vive en París.

Vuelve con Joséphine, se sienta a su lado.

—¿Y? —dice al ver que su hermanastra tiene los ojos llorosos.

—¡Es una carta muy bonita!

—Ya lo veo.

—Él la quiso mucho...

—¿Irá a verla? Ella se muere de ganas.

—Prometido.

—Primero podría telefonearla. Para que no se lleve un susto...

—Buena idea.

—Todavía estará unos días en el hospital para que recupere peso. ¡Está muy delgada!

Stella no sabe qué más decir. Tiene prisa por marcharse.

Él está en París. Y miente.

Ella lo sabe. Es así.

—¿Tiene usted hijos? —pregunta Joséphine.

—Sí. Un niño, Tom.

Stella saca el billete de diez euros del bolsillo.

—He encontrado esto en el suelo cuando paseaba...

—Es señal de buena suerte.

—¿Está segura?

—Sí.

Stella parte el billete en dos y le da la mitad a Joséphine.

—Pues nos lo partimos, ¿vale?

Por la tarde, cuando Philippe la telefonea, Joséphine le cuenta el encuentro.

—He visto a mi media hermana. Al pie de la torre Eiffel.

—¿Cómo es?

—Está muy bien. Es muy alta, muy rubia, lleva una especie de cresta en la cabeza... Es distinta. Y parece muy buena persona. Se había encontrado un billete de diez euros en el suelo y lo rompió y me dio la mitad. ¡Y eso que no debe de tener mucho dinero!

—¡Así que tu padre tenía una amante!

—No, mi padre amó con locura a una mujer.

—¡Cómo le defiendes!

Ha anochecido. Es tarde. Es la noche más corta del año. Joséphine se acurruca en una esquina del balcón y mira el cielo. Zoé y Gaétan se han encerrado en su habitación. No han dicho una palabra durante la cena. Se pelean en silencio, con los ojos bajos y los hombros encorvados. Es agotador. Ella ha intentado entablar conversación, pero la han ignorado. Ella ha insistido. ¿Y qué habéis decidido para las vacaciones? ¿Os quedáis en París o...? Sin el menor éxito.

Contempla la luz blanca que cubre la bóveda celeste. Hace buen tiempo. Se paran dos taxis al pie del edificio. Oye gritos de alegría, y alguien pregunta: ¿quién tiene el código? ¿Quién tiene el código? Ella se quita una brizna de hierba de la blusa. Debe de ser del Champ-de-Mars.

Papá y Léonie. He tenido en las manos la carta que él le escribió horas antes de morir. ¡Es conmovedora! Él la amaba. Fue feliz con ella. Cuando tenía esa obra en Sens no paraba de silbar. Había reservado un hotel en Saint-Chaland, le parecía una ciudad bonita, a ocho kilómetros de Sens. ¡Decía Saint-Charmant[28] en lugar de Saint-Chaland!

Se habría podido marchar con esa mujer. Pero había pensado en ella, Joséphine, antes de correr hacia su propia felicidad.

Levanta la cabeza hacia el cielo, contempla la estrellita al final de la Osa Mayor. Le gusta creer que le habla, que centellea solo para ella.

—Papá, ¿qué voy a hacer con Léonie y con Stella?

La estrellita parpadea, se apaga, parpadea otra vez y Joséphine oye una vocecita en su mente que musita:

—Es muy fácil, Jo. Las querrás como las habría querido yo. Hay mucho amor en tu interior, mucho amor...

—¡Hace tanto calor que podríamos freír un huevo en el suelo! —exclama Hortense, y atraviesa el salón secándose la frente.

Sale de su dormitorio, donde está haciendo la maleta, busca una camiseta estampada que está segura de haber dejado encima del sofá,

es mi camiseta favorita, jura mientras revuelve los cojines. Gary y ella se van pasado mañana. Pasarán el verano en París, en Londres y en cualquier parte donde les apetezca. «El mundo es maravilloso y nos pertenece», es la nueva divisa de Hortense. Después Gary volverá a Nueva York para cursar su último año en la Juilliard School, y Hortense se quedará en Francia y pondrá en marcha su firma de moda.

—¡Uau! ¡Menuda aventura! —repite Hortense mientras lanza los cojines al aire—. ¡Dadme la vida que me la como! ¡Qué pena me dan las personas inapetentes!

Estruja un cojín, reflexiona y añade:

—Puede que no vayamos a ningún lado, Gary. A lo mejor tendré que ponerme a trabajar enseguida. Todo dependerá de Jean-Jacques Picart. ¡Porque ya veis, chicos, estoy en órbita y a punto de despegar!

El cojín debidamente manoseado cae a sus pies, y ella sentencia:

—¡Así nunca encontraré mi camiseta!

Gary arquea una ceja con ironía. No está especialmente pendiente del barullo que arma Hortense. Con un par de palabras le basta.

Van a tener que vivir el uno sin el otro, pero esta perspectiva, en lugar de deprimirles, reaviva su pasión. Se pelean con furor. Se miden, se besan, se amenazan y vuelven a la carga enfebrecidos.

Mark sigue el ballet de los dos amantes y se nutre de cada migaja apasionada que se les escapa.

Si Gary viaja ligero de equipaje, Hortense atiborra sus maletas hasta reventar.

—¡Y encima el aire acondicionado no funciona! ¡No me mires, Gary, debo de estar espantosa! ¡Tápate los ojos!

—Y yo, ¿puedo mirarte? —murmura Mark, tumbado en el sofá al lado de Gary.

Los dos llevan un auricular en una oreja y escuchan Timber Timbre, su nueva pasión, y menean la cabeza como si la tuvieran separada del cuerpo.

—*This is too damn good!*

—*This is so good!*

—*Sweet fucking song, man!*[29]

—¡Tú sí puedes..., no importa! —contesta Hortense, dando saltos —. ¡Tú me consideras maravillosa, aunque esté horrible! Es lo que me gusta de ti, que me valoras. Me gustaría llevarte a todas partes como una especie de trampolín.

—Gracias —dice Mark—. No sé cómo tomarme lo que has dicho, pero te agradezco que me dirijas la palabra.

Mark mira a Gary, observa a Hortense, dos seres que le fascinan. ¿Poseen esa sabiduría romántica tradicional en los franceses o es una característica propia de este par? Verles vivir, amarse, pelearse y reconciliarse le hace vibrar y aumenta sus conocimientos en materia de amor. Hortense tiene tanto encanto, tanta capacidad de seducción, que puede colmar a varios hombres a la vez.

Pasa una y otra vez, alegre, grácil, exhibiendo la actitud temeraria de quien tiene éxito en todo. La noche ha debido de ser memorable, se dice Mark, y se enardece pensando en ese placer que quizás él no conocerá jamás. Hortense ha sido muy clara: la voluptuosidad perfecta que ella vive con Gary está reservada para amantes muy selectos. En otras palabras: reservada para Gary Ward y Hortense Cortès.

Mark escucha «Lay Down in the Tall Grass» y balancea la cabeza con languidez. Da igual, parece decir, si no puedo disfrutarlo, lo imaginaré.

Se deja llevar por un vagabundeo delicioso, cuando Gary se levanta de un salto.

—¡Me voy!

—¿A dónde? —pregunta Mark y se quita los cascos.

—A la escuela. Tengo ensayo.

—¿Te acompaño?

—¡Como quieras!

Mark reflexiona y dice muy serio, como si su vida dependiera de ello:

—¡Voy contigo!

Hortense les ve a punto de marcharse, deja de dar vueltas, para a Gary, le abraza y le besa en la boca. Mark se ruboriza y mira hacia otro lado.

Solo oye los gemidos de los enamorados que juran volver a verse hacia las ocho, esta noche, en un restaurante estupendo.

—¡De tres tenedores, por favor!

Luego, dirigiéndose a Mark, precisa:

—¿Tú sabes cómo se reconoce a un hombre de verdad, gusanito cuatro ojos?

—No —balbucea Mark, y se le empañan las gafas.

—Porque no tiene miedo de tratar a su mujer como a una reina...

Sabe que eso no debilita su hombría sino que la refuerza. ¿Comprendes?

Mark, avergonzado, baja la cabeza.

—¡Ya puedes largarte!

Y ella se aleja otra vez bailando de puntillas, mientras Mark va tras los pasos del hombre de verdad.

Al llegar a la calle, Gary gira a la derecha. Mark pregunta:

—¿No vamos a la escuela?

—No. He quedado en el parque.

—¡Ah! ¡Ah! —exclama Mark, repentinamente feliz de tomarse la revancha. ¡La cosa se complica!

—Puedes reírte —sonríe Gary—. ¡Hace buen tiempo, soy feliz!

—¡Feliz pero... en un lío! —dice Mark.

Gary sonríe, y encoge un hombro para decir que sí.

—Tienes razón.

—Lo he entendido todo.

—Eres muy listo.

—No es muy difícil. Basta con mirarte.

—Pues explícate...

—Sientes por Hortense un amor visceral, y por Calipso un amor sutil. ¿Quién ganará, el instinto o la sensibilidad?

Hace un gesto imitando el coche entre dos platillos.

—¡No está nada mal! —Gary se ríe a carcajadas—. ¿Cuánto cobras por consulta?

—Repito la pregunta: ¿quién ganará, el instinto o la sutileza?

—¿Tú lo sabes?

—¡Tengo una ligera idea, pero no lo diré para no influenciarte!

Gary le da un empujón. Mark se lo devuelve. Y se ponen a dar saltos como si estuvieran en un combate de boxeo. Un asalto, dos asaltos, tres asaltos, y se paran jadeando.

—¿Sabes lo que me decía mi abuelo chino? —dice Mark apoyándose en el antepecho para recuperar el aliento.

—¿El de la mafia?

—Sí. Aunque nunca fue de la mafia...

—¡Ya lo sé, hombre! ¡Venga, suéltalo!

—Decía: «Si dudas entre dos mujeres, entre dos amigos, entre dos platos deliciosos, imagina que hay un incendio y pregúntate cuál

salvarías»...

Gary reflexiona un momento.

—Si tuvieras que rescatar a Hortense y a Calipso de las llamas, ¿a cuál de las dos salvarías primero? ¿Lo sabes?

—Sí —dice Gary sin dudar.

—¿Y...? —pregunta Mark con expresión ávida.

—Y no te lo diré. No es asunto tuyo.

—Entonces me largo y te dejo con tus divagaciones.

—¡Hasta mañana! Acuérdate, Pinkerton nos espera para la clase de armonía.

—Me acuerdo perfectamente, ¿qué te crees?

Calipso le espera. Junto al carrito de hot-dogs de la 72. En la entrada de Strawberry Fields. Gary se acerca y ve su trenza morena, los pelitos que tiemblan bajo el haz de luz cargado de calor. Su historia es un aleteo de mariposa. No hay que tratar de sujetarla con los dedos. Si aprietas demasiado, las alas se desprenden y la mariposa se convierte en un gusano de seda.

Ella le ve y sonríe.

Él le coge la nuca entre las manos, se inclina hacia ella, acerca los labios, y le da un beso tan suave que no sabe si es de verdad.

Ella cierra los ojos, bebe su beso.

Tan absorta que se tambalea y él tiene que sujetarla.

El mismo ritual siempre. Él entrelaza sus dedos, sus caderas se tocan. Él la abraza. Ella se deja llevar. Eternamente, dice su abandono silencioso.

Desde aquel primer beso, Calipso ya no lleva reloj. Ya no lo necesita. Ya ha llegado a destino.

No quiere saber que él vive con otra chica. Ni que la chica es tan guapa que les quita el sueño a todos los chicos. Se niega a oír que él se va a París dentro de poco.

Que se irán los dos a Londres o a Sevilla, allí donde les lleve el deseo.

Es feliz. Eso le basta.

La otra chica es guapa.

¿Y qué?

Se llama Hortense y ella Calipso.

No tiene nada que ver.

Vio a Hortense el otro día, al cruzar la avenida Madison a la altura de la 93. Hortense salía de The Corner Bookstore, esa librería tan bonita. La reconoció enseguida. A veces viene a recoger a Gary a la escuela. Le espera impaciente, dando golpecitos con el pie en el suelo en el enorme vestíbulo.

Esa noche, después de haberse cruzado con ella, Calipso se despertó, abrió los ojos como platos y pensó: Gary quiere a dos mujeres, una guapa y una fea.

Se incorporó como si le hubiera picado una abeja.

¿Cómo puedes decir algo así, Calipso Muñez? Tú no eres fea, tú eres diferente. Hay chicas que llevan la belleza en bandolera y tú la disimulas discretamente.

Se dio unas cuantas bofetadas. Unas cuantas bofetadas como castigo por haberse rebajado de ese modo. Te prohíbo que pienses así, se dijo mientras se abofeteaba. Tú eres Calipso Muñez. No te pareces a nadie. ¡Eres guapa! ¿Quieres una prueba? Cuando él te besa desliza sus labios sobre los tuyos, como si quisiera que ese beso durara eternamente.

Él puede amar a dos mujeres a la vez. Eso no me molesta. En lo más mínimo.

Porque me deja espacio. Un espacio precioso, muy claro, a la vista de todos. Nunca me arrastra a un callejón. Jamás se esconde detrás de un árbol para que no le vean conmigo. Él camina erguido y orgulloso, y yo tengo la impresión de ser bienvenida en todas partes. Calipso había parado de abofetearse y se había prometido no volverlo a hacer nunca más.

Había despertado a la violeta cornuda que se recuperaba con muchas dificultades y necesitaba dormir mucho. La había bombardeado a preguntas.

¿Por qué hay que amar a una sola persona cuando hay tantas mujeres y tantos hombres en el mundo? ¿Por qué hay que tener el corazón tan pequeño, tan limitado? Ulises, por ejemplo, amó a esa mujer, Emily. Noto cómo se le quiebra la voz cuando pronuncio su nombre. Y aun así ama a Rosita, su mujer, su cariñosa esposa. ¿A ti qué te parece, violeta cornuda?

Ha adivinado lo de Ulises. No hace falta ser una bruja, ni hacer brebajes con hierbas, ni quemar cuernos. En primer lugar, se queda

callado al teléfono cundo ella pronuncia el nombre de Emily, y luego… esa mirada sombría de Míster G., sus ataques de cólera, esas patadas en el suelo con la bota, está claro que defiende a su amigo. Quiere mantenerle a distancia de aquella que en otro tiempo le sedujo. Y por último, el perfume de Emily, tan parecido al del vestido azul con perlas blancas. Eso no es una casualidad como quiso hacerle creer Ulises.

Ese perfume francés tampoco es tan conocido.

Era conocido antes… Cuando Ulises se inclinaba sobre Emily y la devoraba a besos.

Pero hoy en día… está totalmente olvidado. Ella ha ido a la planta baja de Bloomingdale donde están expuestas las fragancias de todo el mundo. Pues bien… «Ivoire» de Balmain solo ocupa un espacio muy pequeño en una estantería muy pequeña, detrás del ascensor, justo al lado de los lavabos. No es un lugar preferente. En resumen, es un perfume que está de capa caída.

Ulises Muñez amó a Emily Coolidge. Aunque Ulises amaba a Rosita. Pero eso no había desanimado a Emily.

Parecía que los rayos de luna reanimaban a la violeta cornuda. La alteraban, y cambiaban el color amarillo y violeta de los pétalos cuyos bordes temblaban.

Era evidente que le daba la razón.

Ella también le decía: no vuelvas a pensar nunca más que eres fea y mala. Eso es cometer un pecado contra ti misma. El peor pecado del mundo. Aprende a quererte y todos te querrán, te llenarán de elogios.

Todo eso decía la violeta cornuda, bajo el brillo de los rayos de la luna blanca.

Pasean por el parque. Calipso menciona el nombre de una violinista, Hilary Hahn, que posee un violín francés, un Jean-Baptiste Vuillaume de 1864. Se va de gira por Europa para interpretar el peculiar *Concierto para violín* de Samuel Barber. Gary se vuelve hacia ella y dice:

—Calipso…, tú irás de gira por Europa con tu Guarneri. Tú todavía no lo sabes, pero tienes que tener confianza.

Ella se guarda esas palabras en el fondo de la mente, para pensarlas más tarde.

Él se marcha mañana.

Me marcho mañana, piensa Gary.

Partir, partir, olvidar quién soy, no pensar apenas, extender la mano, disfrutar del calor del sol, de los cambios del cielo, saborear a mordiscos un buen pan francés, un café solo en las terrazas de los bistrós parisinos, una copa de tinto, de blanco, un cruasán tierno, y Hortense, que recorre las tiendas, se impacienta, quiere saberlo todo, aprenderlo todo, patalea, y el Eurostar que cogemos corriendo, los *corgies* de Superabuela, los estanques de Hampstead, el té negro en cajas oscuras, las murallas de Escocia, el grito discordante de las gaitas, los hombres que se arrastran por los pubs. Partir, partir, olvidar quién soy, extender la mano, disfrutar del calor del sol…

JFK. Lunes tarde. Embarque para París-Charles-de-Gaulle. La sala está llena de viajeros cargados de maletas, de niños, de bolsos en bandolera, de ordenadores, de cámaras en la barriga. Son las dieciséis cuarenta y cinco. Su avión sale a las diecinueve en punto. Hortense y Gary hacen cola. Siguen los meandros de la larga fila de espera, empujan con el pie sus bolsas y sus maletas, soplan, sudan. Hay un desorden general. Las azafatas de tierra tienen el maquillaje corrido. A Hortense esta espera se le hace insoportable.

—¿Lo ves?, ¡por esto detesto ser pobre! Si fuéramos ricos, viajaríamos en primera. Tendríamos un acceso para nosotros solos, unos funcionarios de aduanas amabilísimos, un salón para descansar, un té, un café, una loncha de salmón, montones de periódicos…

—Deja de soñar y avanza —le indica Gary.

Una niña se cuela y le pega un pisotón a Hortense, que lleva unas sandalias de Hermès que apenas le cubren los pies. Hortense suelta un grito y fulmina a la cría con la mirada.

Ella no es mujer que se deje pisotear en una cola. Necesita un minuto y medio para pensar. Respira profundamente, se muerde los carrillos, cierra los ojos, se concentra. Parece un muñeco de nieve en verano, se dice Gary. Se ha puesto encima todas sus prendas favoritas, sus prendas fetiche. Se ha negado a meterlas en las maletas. ¿Sabes el porcentaje de equipajes que pierden las compañías aéreas? ¡Yo me he informado y es terrorífico! ¡Y si he de morir en pleno vuelo, mejor cubierta con mis mejores galas! Así no pasaré vergüenza cuando identifiquen mi cadáver.

Todas esas prendas le han dado ideas, pistas para diseñar otras,

eso no son solo trapos —palabra que Hortense odia—, son su fuente de inspiración.

Y de repente, el muñeco de nieve vuelve a abrir los ojos y declara:

—¡Dime que soy mágica!

—Eres mágica, Hortense Cortès —dice Gary, pendiente de no perder el sitio en la cola.

—¿Quieres saber hasta qué punto lo soy?

—Sí.

—¡Sigue haciendo cola, voy a sorprenderte!

Se aparta de la cola y sale disparada hacia los lavabos.

Gary empuja con el pie bolsas y maletas, y observa a la gente que le rodea. Algunos se dejan llevar y avanzan como de mala gana, otros arremeten como si fueran a derribar una puerta. Están los blandos y los duros. Los resignados y los combativos. Es inútil tratar de clasificar a Hortense en una categoría. Ella está al margen de las categorías. Gary sonríe, conmovido, y se da cuenta con sorpresa de que espera el truco de magia prometido.

Y no le decepciona.

Apenas un cuarto de hora después, Hortense sale de los lavabos, radiante.

Y embarazada. A punto de dar a luz. Ha hecho una pelota enrollando las prendas que no necesita, y se la ha colocado sobre el vientre. Avanza sujetándose los riñones hasta el mostrador de Air France donde exhibe su barriga y parlamenta. Hace el gesto del número siete con los dedos, es decir que está en el séptimo mes de embarazo. ¡Qué lista!, piensa Gary. Si estuviera más adelantada no podría viajar. Le señala con la mirada para indicar que no está sola, y que el desalmado que le ha provocado ese estado es ese individuo alto y moreno que vigila sus maletas, Gary Ward.

Él baja los ojos, un tanto avergonzado.

Hortense vuelve, seguida de una azafata que se deshace en excusas:

—Debería haberme dicho, señora Cortès, que estaba en estado de buena esperanza. La habríamos hecho pasar la primera.

La azafata les indica que la sigan. Ellos pasan la facturación y la aduana sin problemas, hasta el pasillo reservado a la primera clase, reciben un pase para esperar el embarque en la sala VIP de Air France y…

—Voy a intentar ponerles en primera. En su estado… Esperen en la sala, veré qué puedo hacer…

Hortense le da las gracias con el aire de la soberana a quien restauran su rango y recibe por fin el trato debido. La azafata se inclina y corre a resolver este delicado problema.

Y es así como acaban en la sala VIP de Air France tomando un café y saboreando canapés de salmón, *cupcakes* y camembert.

—¿A que es bonita la vida? —declara Hortense.

Gary asiente, con la nariz en un champán de marca.

—¿A que soy una chica estupenda?

Él sonríe y replica:

—Yo te adoro, Hortense Cortès.

—No. Tú no me adoras. Tú me quieres. Dime que me quieres y bésame los párpados.

—¿Y por qué besarte los párpados?

—Porque pronto me sumiré en un sueño profundo y no pronunciaré ni una palabra hasta que lleguemos a París.

—¿Y si te incordio por debajo de la manta?

—Ni hablar. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Mañana, al llegar, tengo una reunión con Jean-Jacques Picart, a las once en punto. Tengo que tener el cutis terso y las ideas claras.

Elena, en su salón de Nueva York, deja su vasito de vodka, consulta su reloj y decide que es hora de telefonear a su vieja amiga Isabel. Las dos de la madrugada en Nueva York, las ocho en Londres. No puede dormir, lleva diez días saltando de un lado para otro y pensando que..., pensando que va a recuperar lo que ama por encima de todas las cosas: cortar, ajustar, montar vestidos. Inventar siluetas. Lanzar un estilo. Necesita hablarlo con su amiga. Siempre la hace sonreír usar la palabra «amiga» con la reina Isabel II de Inglaterra, pero es la verdad. Las dos mujeres se conocen desde hace más de sesenta años. Elena se niega a contar el número exacto y suele decir: ¡hace un siglo! Isabel se ríe al oírla. Ella habla un francés perfecto, gracias a las lecciones que recibió de pequeña de su institutriz, miss Crawford, Crawfie para los íntimos, que le hablaba en francés.

Elena marca el número del móvil de Isabel, un número que muy pocos conocen: el príncipe Felipe, naturalmente, y el secretario particular de la reina, los entrenadores de sus purasangre, determinados criadores de caballos y... Elena Karkhova. Pero ella no abusa de ese privilegio. A Isabel le horrorizan las familiaridades.

Se instala en su butaca, oye cómo suena el teléfono e imagina la inmensa habitación de Isabel en el palacio de Buckingham, las pesadas cortinas con pompones amarillos, las alfombras, los dorados, la chimenea enorme, helada y llena de corrientes de aire. Isabel detesta ese palacio. Es demasiado grande —setecientas estancias—, es demasiado frío, demasiado húmedo, demasiado oscuro. Por la mañana, a las nueve, un guardia real toca la cornamusa bajo sus ventanas, mientras ella desayuna y lee el *Racing Post*, el periódico de

los aficionados a la hípica. De las ocho a las once de la mañana, está sola. A veces desayuna con Felipe. En ese caso les dejan varios Tupperware con los platos preferidos del príncipe y de Isabel, tortillas de finas hierbas, pechugas de pollo a la plancha, judías blancas en salsa. A Isabel le gustan más esos Tupperware que la plata que pule cuidadosamente un batallón de criados. A las once se reúne con su secretario particular y sus doce damas de compañía. En palacio, solo la familia real puede caminar por en medio de las alfombras, el personal debe hacerlo por los extremos para no deteriorar el motivo central. Cuando Elena comenta esas rarezas de la etiqueta real, Isabel se sorprende: ¿qué tiene de raro todo esto? Nada, ríe discretamente Elena. ¡Nada!

Finalmente Isabel contesta y Elena se emociona al oír su voz.

—¡Isabel, soy yo, Elena!

—¡Ah! Elena... ¿Cómo está? ¿No es noche cerrada en su país?

—Sí, pero no puedo dormir...

—Hacía mucho que no sabía nada de usted, empezaba a preocuparme.

—Ya lo sé pero... La vida va demasiado deprisa. Todo se acelera muchísimo, ¿no le parece?

—¡Sí! Afortunadamente yo tengo mis perros y mis caballos que me consuelan, si no pensaría que el mundo está loco.

Cuando se conocieron todavía eran jóvenes y guapas. Isabel aún no era reina, pero ya estaba casada con Felipe, de quien estaba muy enamorada, y era madre de dos hijos. Fue en 1951, en Gwardamanga, un pueblecito de la isla de Malta. Elena acompañaba a Jean-Claude Pingouin que había ido «a hacer negocios», Isabel seguía a Felipe, oficial de la Royal Navy, destinado en la isla. Había dejado a sus dos hijos en Inglaterra.

Se conocieron de una forma muy curiosa. Un grupo de críos del pueblo perseguía a un enorme cisne blanco y le tiraban piedras. El animal trataba de escaparse, pero tenía un ala rota y una pata herida y no podía. Isabel, que pasaba por allí, se interpuso.

—¿Os parece bien perseguir a un animal indefenso? —les preguntó a los chavales, sujetando el bolso bajo el brazo.

Estupefactos por el tono flemático y casi solemne de aquella mujer con una ropa pasada de moda, los críos salieron corriendo.

En aquel momento había llegado Elena, con el cisne en los brazos. Las dos mujeres se habían inclinado sobre el animal, le habían

palpado, acariciado. Elena se lo había llevado a su casa, a la suntuosa mansión que había alquilado Jean-Claude Pingouin. Le había curado y alimentado. Isabel pasaba todos los días para saber cómo estaba y se quedaba a tomar *a nice cup of tea.*

Así se habían hecho amigas.

Elena nunca había olvidado el primer comentario de Isabel a la trastada de los niños:

—¡En Inglaterra les hubieran metido en la cárcel! No sé si lo sabe, pero yo soy la propietaria de todos los cisnes que viven en mis tierras y cualquier ataque contra ellos es un ataque contra mí. Es una ley muy antigua y muy práctica.

Hablaban mucho. De nimiedades y a veces de cosas más serias. Elena nunca forzaba las confidencias. Escuchaba, pero sin hacer preguntas.

En 1953, Isabel subió al trono. Elena pensó que no la vería nunca más. Cuál no fue su sorpresa cuando por Navidad recibió una tarjeta, *Happy Christmas*, firmada por *Her Royal Highness.* Ambas adoptaron la costumbre de escribirse, y se veían cuando Elena iba a Londres. Isabel la invitaba a Buckingham, a Balmoral o a Windsor. Daban largos paseos por el campo.

—¿Cómo está Gary? —pregunta Isabel.

Elena oye el ruido de un periódico al doblarse. Isabel ha apartado su gacetilla para interesarse por la vida de su nieto.

—¡Ya está! Se han ido hoy a París.

—*Well...*

—Se quedarán una temporada, luego Gary irá a Londres. Es un chico estupendo, Isabel.

—Sí. Es un buen chico. No me gustaría que se estropeara.

—Su concierto fue un gran éxito. Yo conseguí que lo repitiera para mí sola. ¡Excelente! Shirley vino especialmente desde Londres. ¿No le dijo nada?

—Sí, sí, a ella también le gustó mucho.

Isabel se queda callada un momento y luego pregunta en voz baja:

—Dígame, ¿él no sospecha nada?

—No. Ni él ni su novieta. Se creyeron la historia que les conté, ese cuento de que yo presto un piso a cambio de unas horas de música.

—¡No deben enterarse!

—No, por supuesto.

—¿Y la pequeña Hortense? ¿Cómo es? Shirley la quiere mucho.

—¡No es fácil! Tiene mucho carácter, pero creo que está bien. Y además, yo tengo negocios con ella...

—¿Cómo que «negocios»?

—Vuelvo al mundo de la moda.

—*What? Nonsense!*

Isabel acaba de perder su sangre fría legendaria. Carraspea y se calma enseguida:

—¿Cree realmente que es buena idea? Después de lo que pasó...

—¡Una idea genial! —dice Elena—. Primero porque nunca hay que conformarse con un fracaso. ¡Y segundo porque tendré que viajar más a menudo a Europa e iré a verla!

—¿Piensa cobrarse la revancha? ¿Es eso?

—Sí, me vengaré y eso será terrible para «la otra».

Elena no pronuncia jamás el nombre y el apellido malditos. Dice «la otra» y sus amigos lo entienden.

—Elena..., ¿cree que es prudente?

—Nadie me hará cambiar de idea. He encontrado el modo de vengarme... La tentación es demasiado fuerte.

Isabel lanza un prolongado suspiro y sus perros, asombrados, levantan la oreja y adoptan la posición de parada estática.

Fue en 1972.

Elena presentaba su primera colección. Lo había organizado todo con la ayuda del fiel Robert Sisteron, el secretario del conde. Él era su ayudante, su contable, su consejero, su mano derecha.

Y su amante. Era joven, y ella tenía ganas de carne fresca. El conde tenía una aventura con una mujer treinta años menor, atractiva y codiciosa, que había decidido apartar a Elena.

Robert la había avisado. «Esta mujer lo hará todo para desbancarla, no se detendrá ante nada. Quiere al conde y, si usted triunfa, él no será capaz de abandonarla nunca. Se sentirá orgulloso de usted y querrá brillar a su lado, y ella lo sabe. No se fíe, Elena».

Ella le había menospreciado una vez más.

—Usted ve obstáculos por todas partes, Robert, en cambio yo me arriesgo. Quiero lanzar mi firma, hace mucho tiempo que quiero hacerlo, sé que he aprendido y ahora me siento fuerte. ¡Y sobre todo

ahora puedo pagarme todas mis locuras!

—Ella hará todo lo necesario para impedirlo, aunque implique agredirla físicamente o pagar a alguien para que lo haga. Yo no pienso despegarme de usted, pero sería mucho más razonable que me hiciera caso.

Elena no le había hecho el menor caso.

Durante días y días, había dibujado, cortado, ajustado. Financió un taller con cinco trabajadores y trabajadoras. Creó unos cincuenta modelos. Alquiló los salones del hotel Meurice, el más elegante, el más caro, los servicios de una veintena de maniquíes, convocó a la prensa francesa e internacional.

El gran día había llegado.

Robert había encargado docenas de enormes ramos blancos, que perfumaban el salón del hotel. Los cincuenta modelos debían entregarse a las seis de la mañana. El desfile empezaba a las once y media en punto.

A las seis ella estaba de pie en el salón Cuatro Estaciones del Meurice. Habían servido un desayuno, café, té, chocolate, bollería, huevos al plato, huevos revueltos, tostadas, zumos de fruta.

El ambiente era electrizante. El personal que había trabajado toda la noche con ella se amontonaba alrededor del bufé, atrapaba al vuelo puntas de cruasán, trocitos de salmón; exigían, reclamaban, se quejaban de que nadie les hiciera caso.

Unos gritaban, otros encadenaban un cigarrillo tras otro, pataleaban, corrían de un lado a otro. En aquellos tiempos nadie hablaba de la *fashion week* sino de la semana de las colecciones. Estaban previstos unos quinientos invitados y no mil doscientos como hoy en día, y los fotógrafos y los cámaras se quedaban discretamente en su sitio y no había muchos. Estaba prohibido difundir filmaciones o fotografías, había que esperar «un plazo de publicación» antes de emitir cualquier imagen del desfile. Las estrellas se llamaban Yves Saint Laurent, Chanel y Dior, el prêt-à-porter, Dorothée Bis, Agnès B, Daniel Hechter, Emmanuelle Khanh, Kenzo. Y luego estaban los demás, Mugler, Beretta, Montana, Castelbajac… Les llamaban «el Circo», porque no tenían permiso para desfilar en el marco de la alta costura, y enseñaban su trabajo en una carpa enorme colocada en un parquin, en un descampado, en cualquier parte. Elena había conseguido que la aceptara la cámara sindical de la alta costura, y le habían asignado un día y una hora.

El desfile debía durar veinticinco minutos. Presentar cincuenta modelos. Y para saber si era un éxito había que esperar a la mañana siguiente, y comprar *Le Figaro* o leer la primera página de *Woman's Wear.*

La sala se llenó poco a poco de periodistas, cronistas, amigos y conocidos. El todo París estaba allí y esperaba el triunfo de la preferida de los medios, Elena Karkhova.

Detrás de una cortina improvisada, Elena observaba la sala.

El conde estaba en primera fila con su bastón y su cuello de astracán. Y para la sociedad parisina eso significaba mucho.

Elena le había suplicado que estuviera presente. No me deje sola, por favor, es un favor que le pido y nunca le he pedido nada.

Finalmente él había aceptado. Pese a que «la otra» se había opuesto con rabia. Había roto jarrones, había devuelto pendientes de diamantes y había amenazado con abandonarle. El conde no había cedido.

Entre bastidores todo estaba preparado. Las modelos, peinadas y maquilladas, esperaban en braguitas y sujetador a que los vestidos llegaran. No había habido problemas durante los ensayos. Música, luz, paseos por la pasarela, todo parecía perfecto.

Solo faltaba la ropa.

La sala entera era un murmullo. Así pues, la condesa Elena Karkhova se lanzaba al mundo de la moda. No era solo una criatura que salía en las revistas y daba cenas fastuosas, se levantaba a mediodía y hojeaba las revistas. Ella trabajaba, ella tenía ideas, ella creaba. La expectación era enorme. Los cuellos se tensaban. Las bocas se preparaban para la burla o la sublimación.

Elena esperaba la llegada del camión entre bambalinas, consultaba el reloj a cada minuto, insultaba a Robert que corría, telefoneaba, enviaba recados al almacén.

—El camión ha salido a las cinco y media, ya debería estar ahí —repetía, sudando de angustia—. ¿Qué hace?

Los vestidos no llegaban.

Elena, al borde del desmayo, apretaba los dientes para que no se notara. Simone, la responsable del taller, lanzaba grititos entrecortados y sollozaba, no podremos desfilar, vamos retrasados, todo el mundo se irá, y cruzaba los dedos e invocaba al cielo.

Robert Sisteron se secaba la frente y su estrabismo resultaba molesto. Elena notaba churretes de sudor helado en el escote.

Los empleados callaban, petrificados, ya se había informado al jefe de policía. ¿Qué había pasado entre la calle Crimée y el gran hotel de la calle Rivoli?

El camión no llegó nunca.

Los invitados esperaron una hora en el salón del Meurice y, finalmente, Robert Sisteron subió a la pasarela y anunció lo siguiente:

El desfile se había anulado. Habían sustraído los modelos en el trayecto entre el almacén y el hotel.

Hubo gritos de sorpresa y decepción. Imposible, inimaginable. ¡Lo nunca visto! Es un embuste. Ella no estaba preparada y ha querido hacernos creer que… ¡Es un truco publicitario! Ha fracasado.

Elena, entre bastidores, pidió una silla y se derrumbó.

Era una jugada de «la otra». Estaba convencida.

No tenía pruebas.

Cuando el conde abandonó la primera fila, todos los asistentes le siguieron.

Elena echó a todo el mundo. Excepto al fiel Robert que fue a buscarle una manzanilla y dos aspirinas.

—Tengo demasiadas lágrimas acumuladas, no puedo llorar —murmuró mientras se tragaba las pastillas—. Creo que me voy a morir.

Estaban sentados en el salón Cuatro Estaciones, totalmente vacío, cuando llegó un mensajero con un sobre blanco y se lo entregó a Elena.

—¿Madame Karkhova?

Elena asintió.

—Esto es para usted. ¿Puede firmarme el comprobante?

Ella le hizo un gesto a Robert para que firmara en su nombre.

Abrió la carta.

Era una hoja grande de papel blanco donde ponía: «Lo siento mucho…» y aquel nombre infame.

Al cabo de ocho días y debido a una indiscreción, se enteró de que su rival había sobornado al chófer para que no entregara la colección. «Ella» le había hecho desviarse hacia un estercolero donde le había prendido fuego.

Aquello fue el final del sueño de Elena.

Volvió a su casa.

Estuvo ocho días encerrada comiendo *loukoums* y bebiendo champán.

No vertió ni una lágrima.

Se negó a abrir al conde que aporreó la puerta.

Nunca volvería a verle.

Abrió a Robert Sisteron. Le ordenó que organizara su huida. Se marchaba de París.

—¿Adónde irá? —preguntó él.

—A Nueva York. Allí no me conocen. Empezaré una nueva vida.

—Pero ¿con qué dinero? Todo su dinero procede del conde.

Ella arqueó una ceja con fastidio.

—Puedo vivir sin el conde.

—Pero no puede vivir sin el dinero. Está mal acostumbrada.

—Prefiero vivir sola a que me humillen. ¡Si ella quiere al conde, se lo regalo!

Luego añadió:

—No le pido que venga conmigo.

Él no dijo nada.

—Porque sé que se quedará junto al conde. Cerca de su dinero. Es usted un amante magnífico, pero no es valiente.

—La otra meterá mano a su fortuna —dijo Robert Sisteron.

—Yo conservaré mi honor. Y eso no tiene precio. Me marcho con dignidad.

—Eso nunca ha dado de comer a nadie.

—Pues yo la necesito para vivir. Es el aire que respiro.

Tres meses después, Jean-Claude Pingouin murió en un accidente de coche. Encontraron su cuerpo abrazado a un árbol en la carretera de Enghien. Salía del casino y había bebido demasiado.

No había tenido tiempo de redactar un testamento nuevo.

Toda su fortuna fue para su mujer, Elena Pingouin, condesa Karkhova.

Elena se enteró en Nueva York. En el cuartucho de hotel que había ocupado al llegar. Se calentaba la sopa en lata en un hornillo viejo y había pegado un trozo de cartón en la ventana para evitar las corrientes de aire.

Fue Robert Sisteron quien se lo dijo.

Y aquel día brotaron todas las lágrimas que no había derramado jamás.

Ella había amado a Jean-Claude Pingouin.

Cuando el Airbus había aterrizado en Roissy, Hortense ya estaba despierta. Fresca y preparada en su asiento de primera clase. Se había desperezado, había mirado por la ventanilla y exclamado: ¡París es nuestro!

El tiempo de recoger el equipaje, meterse en un taxi, pasar corriendo por casa de su madre para dejar las maletas, y se había vuelto a marchar a la calle Saint-Honoré para verse con Jean-Jacques Picart.

—*Wish me good luck!*[30]

—*Good luck!* —había exclamado Joséphine.

—*Break a leg!*[31] —había añadido Gary, mientras devoraba una baguette tierna con una buena mantequilla, que Joséphine había sacado con tiempo de la nevera, para que no estuviera demasiado dura.

Habían oído la puerta al cerrarse. En la cocina se había hecho el silencio.

—¡Oh, Jo! ¡Es fantástico estar aquí! —había suspirado Gary, y le dio un mordisco a la baguette.

—¿A dónde va Hortense?

—Tiene una reunión con Jean-Jacques Picart, el hombre que crea las estrellas del mundo del lujo parisino.

—Ah..., pero si acaba de llegar...

—¡Jo! ¡No hagas ver que no conoces a tu hija!

Hortense levanta la cabeza frente al 217 de la calle Saint-Honoré, y empuja una pesada puerta de madera. Entra en un patio de adoquines. Recuerda las instrucciones que le dieron por teléfono, planta baja a la derecha, primera puerta pasado el portero.

Inspira profundamente. Cierra los ojos. Se concentra. Su destino se decide detrás de esa puerta.

Va a verse cara a cara con el hombre que aconseja a Thierry Mugler, a Ungaro, a Helmut Lang, a Jil Sander y que lanzó la firma de alta costura Christian Lacroix. No es un don nadie. Hortense traga saliva, un poco impresionada. Este hombre tiene un currículo tan largo como los Campos Elíseos.

O ella le interesa y la convierte en su protegida.

O bien le aburre, le da las gracias y la tacha de su agenda.

Jean-Jacques Picart es un personaje cordial, educado y de aspecto sencillo. Pero su mirada protegida por unas gafas redondas sugiere que es un hombre rápido, continuamente al acecho y en perpetua reflexión. Lleva un polo negro y un pantalón gris. Y brillantina en el pelo.

La hace pasar a su despacho. Una sala enorme en tonos beis y tostado. Con una gran mesa negra.

Ella se presenta, Hortense Cortès.

—Elena me ha hablado de usted —responde él con sobriedad.

Hortense tiene las carpetas con sus diseños en la mano y él le indica que se siente con un gesto.

La observa, la analiza, y luego dice:

—¿Es usted consciente de la increíble suerte que supone que Elena la financie? Es el sueño imposible de muchos creadores jóvenes.

—Sí —contesta Hortense—. Pero ella también tiene la suerte increíble de haberme encontrado. Somos un equipo. Sin mí, a ella le sería imposible participar en esta aventura.

Él sonríe y se le ilumina la mirada detrás de las gafas.

—Elena tiene un gusto infalible. Por eso he aceptado recibirla.

—¿Recibe a mucha gente como yo?

—Digamos que a unas doscientas personas al año.

—¿Y a cuantas escoge?

—Una o dos. No más.

Hortense no pestañea.

—Pues yo seré la primera o la segunda.

Él sonríe abiertamente y pregunta:

—¿Ha traído sus diseños?

Hortense asiente, se agacha para recoger la carpeta con sus croquis y se la entrega.

El despacho es tan oscuro que se pregunta si fuera sigue siendo verano. Apenas lleva tres minutos sentada y ya tiene la impresión de haber hecho un largo viaje, de estar en otro mundo. El ambiente es relajado, acogedor, elegante. No se oye el menor ruido.

Él coge la carpeta. Se la coloca delante. Apoya las manos en la tapa de cartulina.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés años, casi veinticuatro.

—Hábleme de su vida hasta hoy. ¿De qué entorno procede?

—Nací en París. Crecí en Courbevoie, no tuve otro remedio. Mi

padre era un hombre muy elegante, trabajaba para una empresa americana y luego se fue a Kenia a montar un negocio propio. Murió allí. Mi madre es licenciada en historia, especializada en el siglo XII. Carece de elegancia y de estilo. Y tiene un defecto enorme: me horripila. Tenemos una relación complicada, yo la quiero y la odio, pero, como esto no tiene la menor importancia, no me extenderé. Yo crecí en Courbevoie, admirando desde lejos las luces de París. A los catorce años, birlaba *Elle* y *Vogue*, y metía la nariz en cualquier cosa que tuviera algo que ver con el mundo de la moda. Vestía a las vecinas, diseñaba vestidos y abrigos. No tenía amigas, las niñas de mi edad me aburrían. Aprobé el bachillerato y me fui a Londres a estudiar en Saint Martins, ¡cuatro años absolutamente deliciosos!

—¿Cuál fue el detonante? ¿La primera vez que se emocionó con la moda?

—Tendría diez años y mi padre me había llevado a una exposición sobre fotografía de moda. Creí que me moría de felicidad. Aquel día me porté como un ángel. ¡Y los siguientes como un demonio! Estaba empeñada en volver y alguien tenía que acompañarme. Debí de ir unas diez veces. No me cansaba. Conseguí que me regalaran dos catálogos. Uno para mirarlo, el otro para recortarlo. Donde yo vivía solo existía HLM y me consideraban una marciana. Me daba igual.

Él cruza los brazos sobre el polo negro, parece interesado.

—¿Los tres creadores que prefiere? Y los tres que odia…

—¡Chanel, Chanel, Chanel!

Él esboza una sonrisa.

—¿Sabe que hay otra moda aparte de Chanel?

—Sí, pero no me interesa. Chanel lo ha inventado todo.

—¿Y los que odia?

—Yo no pierdo el tiempo odiando. Es un desperdicio de energía inútil.

Él vuelve a sonreír, abre la carpeta, saca un primer diseño.

—Solo le he traído los últimos. Los demás no tienen ningún interés —declara Hortense, por decir algo.

Su corazón ha empezado a latir muy deprisa. Manosea el dobladillo de su falda, tira de él, lo enrolla, lo extiende, lo suelta. Trata de adivinar qué piensa Picart a partir de sus expresiones, de sus gestos. No parece que se aburra. Pasa las páginas muy despacio, vuelve atrás, observa detenidamente un croquis, vuelve a empezar.

Frunce una ceja, carraspea, se frota la mejilla, se apoya en un codo, luego en el otro. Acerca la nariz a un detalle, sonríe, eso es buena señal, ¿no?

Ella espera un momento y luego se aclara la garganta y dice:

—¡Parece que esté mirando una ecografía y haya localizado al feto!

Él se ríe y la mira, risueño.

—¡Es exactamente eso! No tanto porque lo que me enseña me interese, sino porque percibo en usted un talento que no conoce.

—No es verdad que no lo conozca. Estoy muy segura de mí misma.

—Eso ya lo he notado.

—Gracias, me lo tomo como un elogio. Odio a las personas que piden perdón por tener talento.

Él no se inmuta. Sigue examinando los diseños.

Ella vuelve al dobladillo, lo presiona, lo aplana, lo aplasta, lo retuerce, lo tritura. ¡Qué despacio pasa el tiempo! ¡Y qué cruel es la espera! No le gusta la idea de tener que esperar un veredicto.

Ya no puede aguantar más y se inclina hacia él.

—¿Estaré lista para desfilar en septiembre?

Él se queda un momento observando detenidamente un modelo de abrigo justo por encima de la rodilla, ¡tiene razón, es su favorito! Él extiende los brazos para observarlo de lejos y declara:

—En septiembre, no. Pero podemos probar en marzo. A condición de que trabaje día y noche.

Ella suelta el dobladillo y reprime un grito de alegría.

—No hay problema —dice con despreocupación.

—Y de que acepte que yo la supervise.

—No hay problema.

—Que la critique.

—No hay problema.

—Que la vuelva loca a veces.

—No hay problema.

—Tendrá ataques de rabia. Protestará, se rebelará, dirá: ¡mierda, este viejo carcamal me cabrea! ¿Por qué tiene tanta fama? ¡No entiende nada de nada! Siempre pasa lo mismo. Estoy acostumbrado. Después de cierto tiempo, se calmará...

—Mientras me haga progresar, a mí me encantará odiarle...

—Yo seré su preparador. Pasearé por el borde de la piscina

mientras usted hace largos y más largos. La apretaré hasta que encuentre lo que tiene dentro. ¡Cuando llore de agotamiento, la consolaré, cuando tenga ganas de saltar de alegría, la meteré otra vez en la piscina! No olvide que yo también me juego mi nombre y mi reputación.

—Todo eso me parece muy bien.

—Resumiendo, si veo que progresa, haré un par de llamadas a dos o tres periodistas y vendrán a ver sus primeros modelos. Se desplazarán porque yo tengo determinada credibilidad. Si le digo a una chica de *Vogue* o de *Figaro*: oye, aunque no está listo en absoluto, me gustaría que vinieras a verlo, vendrá. Porque recordará que yo le permití descubrir antes que nadie a fulano y mengano. Por eso soy tan duro. ¡Yo me mojo!

—Lo he entendido. Y estoy totalmente de acuerdo.

—Eso ya lo veremos.

—¿Cómo trabajaremos? ¿Usted vendrá a ver mi trabajo a mi casa durante el proceso?

—No. Nos comunicaremos por e-mail. A todas horas. No debe pensar en otra cosa. Por ejemplo, después de una noche de trabajo, me enviará los croquis. Y yo le diré lo que pienso. También me enviará dibujos, fotos que le inspiren, esbozos, colores, cuadros que ha visto en un museo. Una escena de una película. Cualquier cosa que la haga pensar. Debe nutrirse de todo. Pasará momentos de alegría y momentos de duda. No se preocupe, es normal.

—Me muero de ganas de aprender, quiero atracarme de moda. Aprenderé. Tengo hambre, ¿comprende?, tengo hambre.

—Al principio, cuando yo haga venir a los primeros periodistas, usted no estará presente, para que puedan ser sinceros y digan lo que piensan. Yo le haré un informe después.

—¡Y lo suavizará! Eliminará todo lo malo.

Él ríe.

—Las críticas pueden ser muy duras. Usted no lo soportaría.

—¡Sí, sí! Yo sé distinguir una villanía de una crítica constructiva.

—Y luego, un día, me mandará un diseño perfecto. Y yo le diré: siga, va por el buen camino.

—¿Todavía no estoy en ese punto?

—Se está acercando. Pero todavía hay que afinar, afinar mucho. Tiene que penetrar en su propio mundo y hacerlo suyo. Ese es el trabajo que va a tener que hacer.

Ella se levanta, recoge sus dibujos.

—Estaré preparada para marzo. Me dedicaré exclusivamente a eso.

—Haremos un último balance hacia noviembre. Para entonces debo estar absolutamente convencido de que está lista. Luego necesitaré ocho semanas para ponerlo todo en marcha... Y entraremos en la cuenta atrás. Ese será el momento más excitante.

—¿Cuántos modelos presentaré?

—Dieciocho. Dieciocho modelos, dieciocho maniquíes. Dieciocho chicas distintas. Trataremos de escoger la mejor hora, el mejor día. Yo telefonearé a la cámara sindical. Ese es mi trabajo, no el suyo.

—¿Y qué más?

—Prepararé el ambiente.

—¿Cómo?

—Empezaré a caldear los ánimos. Siempre que coincida con alguien, le hablaré de usted, para que cuando toda esa gente reciba la invitación piense: ah, mira, voy a ir a ver... La primera vez nunca acuden las personalidades importantes, sino sus ayudantes. Usted, mientras tanto, habrá contratado becarios que harán lo que no tendrá tiempo de hacer, y sentirá la correspondiente angustia de no estar preparada... ¡Pero todavía no hemos llegado a ese momento! Vuelva a casa y trabaje.

—De acuerdo.

—Y usted tiene una baza: ese famoso tejido del que pronto se empezará a hablar...

—¿Elena se lo ha contado?

—Sí.

—¿Le ha dicho que suprime la grasa?

—A eso me refiero. Presentará una tecnología nueva y una moda nueva. Eso intrigará a la gente y lo querrán ver.

—¿Y dónde haré el desfile?

—Ya veremos, escogeremos juntos... un sitio donde se sienta bien. De todos modos volveremos a vernos muy pronto. ¡Vamos, váyase a trabajar!

—Ya se me hace la boca agua. Y dígame..., ¿cuánto tiempo durará el desfile?

—Doce minutos. ¡No más!

—¿Voy a jugarme la vida en esos doce minutos?

—Absolutamente. Tendrá calambres, eccemas, retortijones,

chillará, llorará, será como todos lo que han pasado por eso.

—¡Y al final la gente se levantará, aplaudirá y al día siguiente todos los periódicos hablarán de mí!

—¿Dónde vivirá mientras espera ese triunfo? —pregunta él, con una chispa de ironía en la mirada.

—En casa de mi madre. No tengo alternativa. Trabajaré y viviré en su casa.

—¿Ella lo sabe?

—Más o menos.

—Sería mejor que la avisara, porque va a ser agotador para ella. Usted necesita una o dos máquinas de coser, una mesa grande, telas por todas partes, necesita espacio. Mucho espacio.

—Me lo cederá. Estará encantada de ayudarme.

—Perfecto, hay muchas estilistas que empiezan viviendo en casa de sus padres... No será la primera.

Hortense se ha quedado sin preguntas. Siente una euforia que crece y crece, le gustaría coger un par de tijeras, coser, montar, querría que fuera la víspera de su primer desfile.

Cierra la carpeta. Ata las cintas. Se levanta. Se muerde el labio y pregunta:

—¿Usted cuánto se queda por ocuparse de mí?

—Al principio, nada. Después del primer desfile firmaremos un contrato. Un contrato progresivo basado en su cifra de negocios.

—Digamos que invierte en mí.

—En cierto modo... Confío en que sea una buena inversión.

—No le decepcionaré.

Jean-Jacques Picart acompaña a Hortense hasta la puerta de su despacho y luego descuelga el teléfono.

Un timbrazo, dos, tres...

Se estira el polo. No le gustan las arrugas.

Finalmente descuelgan.

—¿Elena? ¿No la habré despertado?

—No. Últimamente no duermo. ¡Estoy tan emocionada!

—Me había pedido que la telefoneara en cuanto ella se fuera...

—¿Y?

—Tiene talento. Mucho talento. Tenía usted razón. No hay que dejarla escapar.

—Se lo dije…

—Pero ¡cuidado! Es muy dura. No se dejará guiar.

—Eso también lo sé. No me da miedo.

—Prefiero decírselo. Pocas veces he visto una cría más decidida. No tiene ni la más mínima duda y está dispuesta a todo por triunfar. No ha preguntado nada en absoluto sobre usted. No ha intentado saber por qué corre este riesgo.

—Porque está convencida de que tiene talento y de que triunfará. No sabe lo que es dudar.

—Mejor. ¡Para ella y para usted! Y dígame, querida, ¿cómo está?

Al salir de la reunión, Hortense tiene ganas de besar los semáforos, las señales de tráfico, las placas de las calles, a la portera que se apoya en su escoba, al mensajero que sube a la moto, a una presumida que masca chicle. Mueve los dedos como si fuera una marquesa que se dispone a probar unos pasteles y, duda entre dos tipos de crema batida.

Hace buen tiempo, Hortense acaricia con la mirada los edificios de París, los tejados de París, los escaparates de París, las palomas que se atiborran en el suelo, las chicas que disimulan sus carcajadas, los chicos que se exhiben, los parisinos y las parisinas. París, suspira, abrumada por un exceso de felicidad.

Y de repente se para, fulminada por un interrogante.

No basta con crear, ni con tener un padrino poderoso y una anciana dama que la financia, necesita también un personaje que lleve sus modelos, una parisina de primera categoría o una estrella internacional, si no…

Si no, no saldrá nunca del anonimato.

Ella no conoce a ninguna persona importante en París.

En Nueva York quizás la habría encontrado. En Londres también, pero en París…

Sube por la calle Saint-Honoré, repentinamente desilusionada.

No basta con crear, hay que dejarse ver.

Lady Gaga, Rihanna, Sofia Coppola, Jessica Alba, ¿dónde estáis? ¡Materializaos ante mí! ¡Iremos a tomar un café, yo os enseñaré mis diseños y vosotras me diréis: sí, sí, sí! Yo soy capaz de todo, ¿sabéis? Junior me lo dijo: hay que inspirar profundamente, concentrarse, apretar los dientes y la solución aparece. Junior suele tener razón. Él

confía en su cerebro, dice que solo utilizamos una ínfima parte y que eso es una lástima... Así que... quiero un personaje famoso que lleve mis vestidos, mis abrigos, mis toreras. Hola, ¿me oís?

Tropieza con un aparcacoches que llama a un taxi, le sonríe, el hombre se excusa, se aparta, se dobla en dos, le abre la puerta del hotel Costes como si fuera obligado que Hortense entre.

¡El Costes! *The place to be in Paris!* Ella le da las gracias y avanza por el pasillo que lleva al restaurante.

Reconoce la decoración. Venía a menudo con su tía Iris. Comían las dos juntas, Iris le enseñaba a sostener el cuchillo, el tenedor, le hablaba detalladamente de las preciosas mujeres pegadas a los respaldos de las sillas, ¿has visto cómo picotean?, nunca se atiborran, ¡aprende! Habla en voz baja, ¡solo cacarean las gallinas! Hortense lo habría dado todo por cambiar a su torpe madre por esta tía tan chic, tan guapa, tan parisina.

—¿Tiene reserva? —pregunta la chica de la entrada que acomoda a los clientes.

Debe de medir metro ochenta. Menos diez centímetros de Louboutin. Una cintura como un cuello de botella y los senos erguidos.

La chica la juzga. La sopesa, la evalúa, calcula en una milésima de segundo si tiene derecho a entrar. Hortense la maldice.

—No, no tengo reserva pero...

—En ese caso va a ser imposible —la interrumpe la muchacha, que sonríe ya al cliente que está detrás de Hortense.

—He quedado con una amiga.

Hortense mueve la mano en dirección a una mujer oculta tras una palmera. La mujer la ve y también mueve la mano, creyendo que es una conocida, y la chica de la entrada decide que sí, que puede entrar.

—¡No hace falta que me acompañe, puedo ir sola! —dice Hortense agradeciendo al cielo el error de la mujer tras la palmera.

La chica la deja pasar.

Hortense se instala. Mira el menú. Los precios. Pide una pechuga de pollo. Una jarra de agua. Pan y mantequilla. Se gastará los últimos dólares, pero necesita lujo para reflexionar sobre su conversación con Jean-Jacques Picart.

Para recordar cada palabra, cada frase.

Y ahora, concluye, solo me queda trabajar sin descanso.

Oye la conversación de la mesa de las chicas de al lado. Cotillean

y lanzan dardos envenenados moviendo unas manos donde centellean los anillos. Se encarnizan con una tal Léa, se acaloran y lanzan su veneno. Ponen sus ojos furiosos en blanco, sus bocas sisean. Hortense las observa y sonríe. ¡Pobres! ¡Debéis de ser muy desgraciadas! Yo no envidio a nadie. Sé que voy a triunfar. Y tengo un amante extraordinario. ¿Para qué perder el tiempo maldiciendo? ¿Por aburrimiento, para pasar el rato? ¿O por simple necesidad de hablar, porque no tenéis otra cosa que hacer?

¿De qué sirve comparar cuando eres única en el mundo?

Se pone a escuchar la charla de otra mesa. Un tipo con un pantalón naranja se parte de risa porque Anna Wintour sonrió durante la *fashion week*. Sonrió y se tomó un café. Y, durante el desfile de Givenchy, se dio la vuelta para darle un beso a un amigo, que tenía justo detrás. ¿Qué le pasa, es que se ha vuelto humana? Está enferma o enamorada. O quizás las dos cosas, replica el otro y da un sorbo a un zumo de zanahoria.

No le queda pechuga de pollo en el plato y ya se ha comido las tres hojas de lechuga que la cubrían. Unta un trocito de baguette con mantequilla y la saborea, masticando despacio.

Gira la cabeza a la derecha, mira las paredes, el techo, busca un estampado, un color capaz de provocarle un torbellino de ideas, tendré que adoptar la costumbre de enviarle e-mails a Picart sobre cada detalle que me llame la atención y no va a ser fácil. Aparte de con Gary, no hablo con nadie de lo que hago…

Y entonces, en una mesa de la terraza, ve a Inès de la Fressange. Acaba de comer con una mujer que mueve una boquilla con gesto autoritario. Inès de la Fressange. Alta, delgada, deslumbrante. Una parisina.

¡La parisina!

Una revista acaba de nombrarla «Inès de Francia, la quintaesencia de la elegancia».

Está a punto de marcharse del restaurante. Avanza con una pierna, retrocede con la otra, retenida por esa mujer que habla y habla. Ella sonríe, se aparta un poco y trata de abreviar amablemente, pero la otra no se calla.

Hortense pide la cuenta. Paga. Sale corriendo a la calle. Ve el escaparate de una floristería. Entra en la tienda. Escoge veinticinco

rosas. Sus últimos dólares. Palidece pero se domina. Toda empresa conlleva riesgos e inversiones. Pide un bolígrafo, una tarjeta, y escribe: «Me llamo Hortense Cortès. Estoy a punto de lanzar mi firma de moda. ¿Mi sueño? Vestirla a usted». Firma y añade su número de teléfono.

Vuelve a Costes, empuja al aparcacoches que vuelve a excusarse. Se precipita hacia la entrada. Espera que aparezca Inès de la Fressange. Espera, espera, finge que busca algo en el bolso, que habla por teléfono. Por fin la ve, corre hacia ella y le ofrece el ramo.

—¡Por favor, con mis respetos! Soy una joven estilista y me gustaría vestirla.

—¿Nos conocemos? —pregunta Inès con una sonrisa tan encantadora que Hortense desfallece.

—No, pero pronto solo me conocerá a mí. Jean-Jacques Picart acaba de aceptar ser mi padrino. ¡Y él nunca se equivoca!

—¿Usted conoce a Jean-Jacques Picart?

—Vengo de su despacho. Saint-Honoré, 217, planta baja, derecha, me había citado a las once.

Prefiere concretar para que Inès no la tome por una mitómana.

—Tenemos negocios juntos.

—Entonces, espero tener noticias suyas —responde Inès y acepta las veinticinco rosas.

—Gracias. Dígame..., ¿podría darme su número de teléfono o su correo electrónico? Para avisarla cuando su vestido esté listo.

Inès vacila, la observa y le da su dirección de e-mail.

—Recuerde mi nombre —añade Hortense—. Hortense Cortès. C.O.R.T.È.S. ¡Como el conquistador!

—¡Espero que usted no provoque tantas víctimas!

Inès sonríe y se aleja despidiéndose con un discreto gesto de la mano. La espera un taxi. Entra con mucha elegancia y el teléfono pegado a la oreja.

¡Oh, vaya! Hortense recupera el aliento. Tiene demasiado aire en el pecho. Está a punto de explotar. Tiene que llamar a Junior.

—¡Junior! ¡Soy Hortense! ¡Tu idea funciona! ¡Me he concentrado a fondo y todo ha ido bien! He visto a Picart, me acepta, me he encontrado con Inès de la Fressange y llevará mi ropa. Éxito total. ¡Soy la reina de París! ¡Te amo! ¡Amo a todo el mundo! ¡Amo la vida, las sillas, las cacas de los caniches parisinos!

—Sí, lo sé —contesta Junior—, estaba conectado y lo he visto

todo. Madre me había dicho que llegabas a Roissy esta mañana y desde entonces no te he soltado. ¡Ven enseguida a verme, tengo noticias jugosas! ¡Nos va a salir el trabajo por las orejas!

De: Gary Ward@juilliardschool.com
A: Calipso Muñez@juilliardschool.com

Querida, cariño mío, queridísima:

En primer lugar me gustaría agradecerte la grabación que me has hecho llegar. He escuchado con mucho fervor y admiración los fragmentos que tú interpretas y te felicito de todo corazón. Parece que desde que me fui has triplicado las fuerzas. He detectado una pureza en tu forma de tocar, una intransigencia, un sonido que podría calificar de absoluto. Esta clase de felicidad, Calipso, yo la he sentido muy a menudo tocando a tu lado.

Calipso, pequeña hada encantada..., la vida es muy monótona sin ti.

¡Hace diez días que estoy en París y me pregunto qué he venido a hacer! Tengo la impresión de estar partido en dos.

Extraño mi piano y muevo desesperadamente los dedos buscando un teclado imaginario. Camino por París, ocioso, inútil. Busco conciertos, pero en verano no hay muchos o ya no quedan entradas, me nutro de la belleza de las piedras, de la belleza de las calles, de la pureza del cielo, de la insolencia de los parisinos, vago por las terrazas de los cafés, pero esto no me basta. Me domina un inmenso vacío y muero ahogado en la nada. Ahogado en el vacío.

Trato de colocar notas, de encontrar directrices, acordes, pero el bolígrafo se me cae y me desespero.

¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿Dónde está mi cielo?

La fuerza que poseo cuando estoy en Nueva York, cuando interpreto o escucho música a todas horas, a cada minuto, esa fuerza inflexible me ha abandonado y me lamento, impotente. De una forma casi ridícula, diría.

Ya no me reconozco. Ya no reconozco nada.

Oh, Calipso, quizás no debería decirte todo esto pero de qué sirve mentir o mentirte, que por otro lado es lo mismo, ¿no?

Me doy cuenta de que los años en la Juilliard me han cambiado profundamente. Ya no soy el hombre alegre y despreocupado que desembarcó en Nueva York, que amaba la música, sí, pero también muchas otras cosas.

Estoy devorado por completo por mi pasión y la busco en vano por

todas partes.

Y ya no sé qué hacer…

Y cuando leo tus e-mails, cuando te oigo tocar, me vuelvo loco y querría gritar: ¡devolvedme mi música! ¡Devolvedme mis notas! ¡Devolvedme el parque donde improviso, las mesas del Café Sabarsky donde hago garabatos, devolvedme el ángel que vela por mí y me sirve de inspiración!

Ahora se trata de atreverme, de ponerme, de trabajar y no puedo hacer nada de todo eso. Estoy atrapado en un torbellino de gritos, de familia, de reivindicaciones de todo tipo, y debo poner buena cara porque no estoy en mi casa. Es como si representara un papel, y yo soy un actor muy mediocre.

Ese es mi estado de ánimo, así es mi angustia.

Sueno como un piano desafinado.

Perdona mi tristeza y mi melancolía.

¿Quizás encontraré una forma de sobrevivir? ¿Quizás esto es solo por el cambio brutal de escenario? ¿Quizás debo superar esta prueba que me convertirá en otro hombre, más decidido y más rico, con mil contradicciones?

Entre tanto, pequeña hada, recibe toda mi admiración, mi ternura, mis besos y dame enseguida noticias y obras nuevas que llevarme a la mente, al corazón y a la boca.

Un hambriento,

Gary Ward

Acurrucado en el sofá del salón, entre la mesa larga de Hortense —ella ha colocado caballetes por todo el piso— y la televisión, Gary aprieta ENVIAR y se tacha de cobarde y de llorica.

En lugar de compadecerte de ti mismo, más te valdría hacer algo. ¡Un poco de empuje, un poco de rabia, un poco de decisión y de valentía! ¡No te dejes dominar por una brujita descarada, que impone su desorden al mundo rendido a sus pies! ¡Rebélate!

Y, para confirmar que el momento de reaccionar ha llegado, Hortense irrumpe en el salón mordiendo un sándwich de salchichón y pepinillos y grita:

—¡Gary! ¡Estás tumbado encima de mi tela! ¡Es un modelo nuevo, me lo destrozarás! ¡Vete a otro lado! ¡O sal a pasear!

Gary la contempla, atónito.

¡Esto es demasiado!

Duermen en un colchón tirado en el suelo de la habitación de Hortense, debajo de una mesa cubierta de telas. Hortense ha puesto allí su máquina de coser, sus tijeras, sus alfileres, sus croquis. ¡No se puede tocar nada, ni mover nada, *work in progress!*[32] Todo el espacio le pertenece. Porque necesita más de una mesa, más de una máquina. ¡Exige ocuparlo todo! Ya no queda un centímetro que no sea suyo. Y ella vigila que nadie usurpe su terreno. Por las noches se despierta y enciende la luz para probar un trazo nuevo, un corte nuevo, esboza una silueta que ha visto en la calle, escribe un mail febril y vuelve a dormirse apartando la mano que él aventura sobre una parte de su cuerpo. Incluso le incomoda que le roce la cadera, y refunfuña que no es el momento, que tiene la cabeza en otra parte.

¡A él no le tiene en la cabeza, eso está claro!

Él se ducha intentando no salpicar otra máquina de coser que sirve para los ojales y los dobladillos.

Por las mañanas tiene que apartar hilos y telas para poner la taza de café y sus tostadas.

Se traga un alfiler por despiste. Se ahoga.

Observa al resto de los ocupantes del piso que sufren en silencio el tifón hortense.

—Propongo que al próximo huracán le pongan tu nombre, Huracán Hortense, no estaría mal, ¿no? —dijo sonriendo la otra noche mientras comían pasta en una esquina de la mesa de la cocina.

Trataba de provocar una carcajada en aquellas caras apesadumbradas.

Nadie se había reído. Pero había provocado un silencio muy elocuente.

Zoé espera los resultados del examen de selectividad y observa en silencio esa invasión de su territorio. Joséphine se refugia en la biblioteca y Gaétan...

Gaétan se enfrenta a Hortense.

Armado.

Entre ellos dos se ha declarado la guerra.

Se hablan a gritos.

Esto ya no es una familia, es un polvorín.

El otro día, Hortense vaciaba un cajón para colocar su material y

encontró unos cuadraditos de papel blanco llenos de polvo entre las cosas de Gaétan. Fue corriendo al lavabo y los tiró a la taza.

Gaétan estalló. Esos paquetitos valían como mínimo doscientos euros. ¡Eran negocios suyos! ¿Y cómo iba a devolver ese dinero? ¿Eh? ¿Había pensado en eso? La había acorralado en la entrada, gritando:

—¡A mí no me das miedo, Hortense!

—¡Yo no quiero drogatas en mi casa!

—Yo vivo aquí, ¿sabes? ¡Y Zoé también! Y Zoé es mi novia y ella me quiere. ¿Tú conoces esa palabra? ¿Querer?

—¡Precisamente! Lo digo por el bien de Zoé. ¿Qué diría mamá si se enterara de que te drogas y que Zoé se calla para no perderte, eh?

—¡Eso no es problema tuyo, Señorita Perfecta! ¡Deja de dirigir a todo el mundo! ¡Vivíamos mejor cuando tú no estabas! ¡Lárgate y déjanos en paz!

Se mordía los puños para no pegarle.

—¡Si hay alguien que debe largarse, eres tú! Zoé por fin podrá respirar. ¿No ves que ya no aguanta más? ¿Que se está consumiendo por tu culpa? ¡Está angustiada, se muerde las uñas, se desespera, ha perdido el apetito, llora en silencio y tú, tú no ves nada!

—Se quedará destrozada si me marcho. ¿Qué pretendes?

—A rey muerto, rey puesto. Yo la consolaré. ¡Llorará un poco, pero se le pasará! No la han educado para vivir con un tío como tú.

—¡Pues resulta que ella me quiere y yo la quiero!

—Eso es lo que tú te crees. Ella no se atreve a decir nada, pero no soporta más esta situación. Mi hermana es una buena chica.

—¡En cuanto tenga las notas de la selectividad, me largo de aquí!

—¿No creerás que vas a aprobar? Ni lo sueñes. ¡Y calla de una vez, con ese ruido no me dejas trabajar!

Gaétan se había marchado con un portazo. Zoé había suspirado. Ella ya no habla y asiste impotente al enfrentamiento entre su hermana y su hombre.

Gary tiene ganas de enarbolar una bandera blanca y luego se dice: ¿para qué? Las hostilidades continuarán.

Y lo peor es que ya no sabe quién tiene razón.

Lo único que querría es continuar con su sueño lleno de notas y de armonía.

Cruza el umbral del piso y se va a andar por París.

Shirley se sienta en los escalones de la iglesia y se seca las manos en el delantal. Ella y Clare acaban de dar una clase titulada «Cómo alimentarme a mí y a mi familia cuando no tengo dinero».

No hace ni una semana, estaba en Moustique, en su isla. Shirley sonríe recordando la piscina donde se sumergía cada mañana antes de desayunar. Las toallas de baño blancas que Nina cambiaba todas las mañanas. El sol inclemente. Los panecillos dorados. El zumo de naranja recién hecho. Un mango, dos huevos fritos sobre unas lonchas de beicon tan gruesas que apenas podía cortarlas. El café, el mar azul verdoso, la arena blanca, los peces amuleto...

Una mañana había dejado el vaso de zumo de naranja en la mesa: y se había dicho: ok, vuelvo a Londres, ¡esto se acabó! Nunca entenderé cómo funciona mi cabeza.

El curso de Clare era idea suya, de Shirley Ward. Le gusta ser útil.

Esto es lo que Clare le ha dicho hoy al finalizar la clase.

—¡Eh! ¡No vuelvas a decir que no sirves para nada o te parto la cara!

Clare tiene treinta y dos años. Vive en East London con su hija Micky de siete. Cuando había llegado al refugio, un año antes, trabajaba a tiempo parcial limpiando un Bed and Breakfast para turistas de Baker Street. Le pagaban una miseria. Y luego estaba la cerveza. Ella siempre dudaba entre una lata de *baked beans* para Micky y una cerveza. Compraba las *baked beans* y robaba la cerveza.

Suspiraba, ¿qué futuro tengo? Puedo escoger entre robar, mendigar o prostituirme. ¿Por dónde empiezo? Shirley protestaba diciendo que en realidad eso no eran alternativas.

Molly, la madre de Clare, había trabajado treinta años como cocinera en un pub de Vauxhall. Molly decía que era capaz de cocinar platos deliciosos con un puerro, una cebolla, una zanahoria, y arroz, pasta o una patata. Molly le había enseñado a su hija a no pasar hambre nunca. Gracias a ella, Clare y Micky nunca habían hecho cola en el *food bank*. Ese humillante desfile de mamás con cochecitos, que se amontonan a las puertas de los *community centers*, bajo la mirada de los vecinos que les observan con desdén desde lo alto de los bloques de viviendas. Después de haber pagado las facturas, la ropa de Micky comprada en *charity shops* y otros gastos imprevistos, a Clare solo le quedaban quince libras para cocinar con mucho tino la comida de la semana. Y todos los días le daba las gracias a Molly y a sus recetas de cocinera pobre.

Un día Shirley le había dicho: ¿por qué no escribes un libro con esas recetas? Podríamos imprimirlo y distribuirlo en refugios como el nuestro. Ayudaría a mucha gente. Y puede que le llame la atención a algún editor. Y que se venda. Y que te dé dinero. Clare había levantado la cabeza. ¡Vaya historias que me cuentas, Shirley! Es peligroso hacer soñar a las personas, porque si fracasan pueden guardarte rencor. ¡Eso solo pasa en los cuentos de hadas! Vale, pues basta con que pienses que vas a vivir un cuento de hadas y, si no funciona, ¿qué habrás perdido? Nada de nada.

Clare había escrito su libro de recetas a menos de cincuenta peniques cada una: Hamburguesa vegetariana con *kidney beans*,33 zanahorias y especias: 25 peniques. Pasta con tomate y estragón: 28 peniques. Pastel de verduras: 34 peniques.

Clare sabe los precios de todos los alimentos. Una cebolla tierna cuesta seis peniques, los tomates son más baratos en lata, etc. Si Aldi sube el precio de los guisantes congelados, compra en Iceland o en Lidl.

Shirley la había acompañado.

El sábado, con Micky, recorrían el mercado de Dalston Kingsland y hacían acopio de frutas y verduras. Los vendedores conocían a Clare y le hacían descuento.

El libro engordaba cada día con una receta nueva y Clare estaba ilusionada. Una vez perfectamente administrada la paga semanal, compraba un paquete de medio kilo de pistachos en la tiendecita asiática de la esquina, y por las tardes, mientras veía *EastEnders* con Micky, se dedicaba a pelarlos, y los pedacitos se le metían en el sujetador, se rascaba y las dos se reían. Micky estaba orgullosa del trabajo de Clare. Mamá escribe un libro, les decía a sus amigas del colegio.

Había salido la primera edición. Un libro con una portada beis y azul marino que Shirley imprimió y regaló a todas las mujeres del refugio. Luego Clare lo distribuyó por todas partes. ¡Y en todas partes la felicitaron! ¡En todas partes lo querían! Había aparecido un editor, dispuesto a publicarlo en bolsillo por poco dinero. Clare había firmado un contrato. Había ganado dinero.

Hace un año de eso.

Clare ha cambiado de oficio. Ahora trabaja en un restaurante,

está a cargo de la cocina. ¡Como su madre! Vuelve una vez al mes al refugio para enseñar a las mujeres a alimentarse.

Y Shirley y ella se pinchan continuamente.

—¡Nunca más vuelvas a decir que los cuentos de hadas no existen! —dice Shirley.

—¡Y tú que no sirves para nada!

Clare tiene razón: Shirley es feliz cuando es útil.

Su historia con Philippe había sido totalmente inútil.

Había vuelto a verle y se había preguntado si todo se desplomaría a su alrededor, murallas, puente levadizo, parapetos. Había contenido la respiración, sentido el primer escalofrío, y...

No había pasado nada. Todo se mantenía en pie. No sentía nada. Solo un profundo hastío.

Y luego...

No quiere volver a amar. No estoy dotada para eso, piensa mientras se desata el delantal.

Becca la ha visto en la escalera. Saca la cabeza por la ventana y grita:

—¡Venga! ¡A trabajar! La jornada no ha terminado.

Shirley suspira que está cansada.

—¡Cansada! ¡Con una vida de millonaria! —gruñe Becca.

—Cansada de ser yo —murmura Shirley doblando el delantal.

—¡Pues piensa un poco menos en ti y un poco más en los demás!

Shirley se encoge de hombros.

—A veces eres una pesada, Becca —refunfuña sin darse la vuelta.

Quiere quedarse allí, contemplar los ladrillos de las paredes, las hojas verdes que se mueven, y contar los cochecitos que entran y salen.

Bubble se sienta a su lado en los escalones.

—¿Has oído lo que me ha dicho?

—Pues sí...

—¡Me crispan sus lecciones de moral! ¡A su edad es fácil ser moralista!

—¿De verdad estás cansada?

—Sí. Las emociones cansan. Becca no entiende nada.

—Sí —dice Bubble—, entiende otra cosa.

—¿Quieres decir que no tengo razón?

—No, que tenéis razón las dos.

—¡Vaya…, tú no te mojas!

—No me conviene si quiero seguir aquí.

Sonríe con una chispa de ironía en los ojos. Su rostro enjuto se ilumina y con su sonrisa aparece un hoyuelo entre dos cicatrices tenues.

Shirley entorna los ojos por el sol.

—Entonces, ¿estás curada? —pregunta Bubble.

—¿Curada?

—Sí…, de la enfermedad deliciosa.

—¿La enfermedad del amor?

—Ya sabes, la última vez lo hablamos. ¿Estás curada o no?

—Se fue como vino.

—¿Ah, sí? —pregunta él, sorprendido.

La noche del concierto de mi hijo en Nueva York. Entré en la sala, enamorada. ¡Enferma, torturada, enamorada! Mi hijo tocó y… *I felt out of love*.[34] No me pidas que te lo explique.

—Pues vaya esperanzas que me das —replica él con tono de decepción.

—¿No me crees?

—No sé.

—A mí me funcionó. Eso no significa que le funcione a todo el mundo.

—Somos distintos…

—Eso seguro —dice Shirley.

—¡Pero tenemos un punto en común!

—¿Cuál?

—¡A los dos nos gustan los hombres!

Shirley se echa a reír, le coge del brazo y se pega a él. Sigue convaleciente y alterada, por ese amor que se ha marchado dejando un enorme espacio vacío.

—Lo que no me gusta del amor es el fervor… —añade ella, y se pasa un dedo por la frente.

—¿El qué?

—Ya sabes, cuando un hombre te quiere demasiado…, cuando te lo da todo y solo existes tú en el mundo… A mí me dan ganas de salir pitando. Eso me asfixia, me asquea.

—¿Tanto?

—No me gusta que me quieran.

—A lo mejor porque tú... no te quieres... —dice Bubble, intentando entenderlo.

—Me parece que yo no quiero a nadie.

—¡Tonterías!

—Sí, sí. Tengo algún bloqueo de nacimiento. Algo que no se ha desarrollado.

—Pero te gusta dar. Das mucho.

—No. No doy. Lo hago por placer.

—Ah... A mí no me lo parece.

Shirley levanta la vista y le mira extrañada.

—¿Por qué te cuento todo esto, Bubble?

—Porque soy un completo desconocido. A mí puedes contármelo y hacer como que no has dicho nada. Yo no existo.

Al cabo de un rato, Bubble recupera el ánimo y comenta:

—¡Se me olvidaba! Tengo un recado para ti...

—¿Quieres decir que no has venido solo para filosofar y tomar el sol?

Él sonríe y el hoyuelo reaparece.

—¡Oh, Bubble! ¡Cuando sonríes, eres genial! Lástima que no te gusten las mujeres... ¡Seríamos muy felices juntos!

—Un par de tullidos. ¡No correríamos el maratón, eso seguro!

—La verdad es que correr no sirve para nada. Se puede ser muy feliz sin moverse del sitio.

Él asiente, melancólico. Duda. Rodea a Shirley con el brazo, la aprieta contra sí.

Shirley se apoya en su hombro. Cierra los ojos, y luego se acuerda.

—¡Eh! ¿Qué querías decirme?

—¡Ah, sí!

Él retira el brazo y actúa como un mensajero que comunica una noticia.

—Tu hijo ha telefoneado a la oficina. Te espera en el bar del Claridge. Esta tarde a las siete en punto.

—¡Mi hijo, en Londres! ¡Viva! —grita Shirley dando saltos.

Está entusiasmada, salta de alegría.

—Vaya..., ya ves, ¡se te ha pasado de golpe el cansancio! Esto es un poco sospechoso. Quiere decir que en realidad no estás cansada,

sino que te duele el corazón. Estás triste porque no tienes a quien amar… Eres una sentimental, Shirley. Finges que eres combativa, pero…

—¡Calla, Bubble, calla! —dice Shirley entre risas—. ¡Si te vieras la cara cuando dices eso! Pareces un sabio triste.

—Soy un sabio triste que dice las verdades.

Shirley entra en el bar del Claridge a las siete en punto de la tarde.

Se ha arreglado en honor de su hijo y de la elegancia del bar. Se ha puesto un vestido y unos tacones. Un poco de perfume en el hueco del cuello y en las muñecas. Y va cargada con un montón de collares. Uno no va al Claridge como si fuera a coger el metro. ¡Un poco de compostura, por favor!

Busca a Gary con la mirada y no le ve. Una familia norteamericana revolotea por ahí hablando del programa de mañana. Los padres les hacen señas a los niños para que bajen la voz. Y los críos manosean las corbatas que les han obligado a ponerse. Hay que respetar las normas del hotel: *No short, no ripped jean, no baseball caps, no flip-flops*.35

Ella se sube a un taburete rojo del bar para no perderse la entrada de Gary. Se fija en todas las figuras altas que entran. ¡Qué ironía, se dice, que me cite en el sitio donde yo le abandonaba cuando era pequeño!

Gary entra y ella detecta enseguida la tristeza en sus ojos. Parece perdido y a Shirley se le encoge el corazón.

—¡Qué buena idea hacerle una visita a tu madre! —comenta en un tono un poco forzado.

—De repente tuve ganas de venir a Londres. ¡No hay nada mejor que el verano inglés!

—¡Y también estabas un poco harto de los franceses!

—Digámoslo así. —Sonríe con tristeza.

Piden dos Martini secos para que se les suban a la cabeza y van a sentarse a un rincón, cerca de la chimenea.

—¡Una chimenea en el mes de julio, muy bien pensado! —exclama Gary.

—Por eso las llenan de flores. ¡Para embalsamarnos en lugar de asarnos!

Si se ponen a hablar del tiempo y de paso de las estaciones, no pararán de decir banalidades. Shirley detecta la angustia en la actitud de su hijo que no se sienta erguido, sino inclinado hacia un lado. Cruza y descruza las piernas como si estuviera a punto de decir algo, pero no terminara de decidirse.

A ella le gustan esos silencios que él crea en la conversación, y espera a que hable. Se moja los labios en el dulzor amargo del Martini.

—Creo que iré a Escocia... —empieza Gary, midiendo las palabras.

—¿A ver tu castillo? —sugiere Shirley.

Adivina una preocupación latente, pero no comprende la relación con Escocia.

Gary extiende una pierna larga, muy larga, se mueve y continúa:

—Superabuela ha puesto mucho interés en restaurarlo. Incluso ha hecho instalar un piano nuevo, precioso. Ha pagado una fortuna.

—¿De su bolsillo?

—Sí.

—¡Superabuela es una mujer extraordinaria! —exclama Shirley.

—Sí.

—Y además ese castillo es un regalo de tu padre...

—Sí. Un regalo de mi padre —repite Gary.

—Los chicos siempre necesitan un padre.

—Sí.

—Aunque ya no esté...

—Sí.

Ella tiene ganas de preguntarle: ¿sabes decir algo más aparte de sí?, pero intuye que Gary está tenso, inquieto. Así que se calla. Observa sus ojos gris pizarra que incuban una tormenta que no es capaz de descifrar.

—Una madre tampoco está mal —dice Gary sonriendo.

Shirley se ruboriza. Recuerda el concierto. Recuerda que sintió vergüenza del modo en que se había comportado con Gary cuando era niño. Recuerda haberse dicho que no era una buena madre.

Olvida la prudencia y se tira a la piscina como una enamorada ansiosa por saber, al precio que sea.

—¿Tú crees que yo he sido una buena madre?

—Sí. Muy buena. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me lo planteé la noche que tocaste en Nueva York. Incluso me dije que había sido mala madre.

Y añade, para aligerar un poco el ambiente:

—¡Indigna no, pero casi!

—Te equivocas. No hay una única manera de ser buena madre y yo he tenido mucha suerte de que fueras tú.

—¡Oh! —dice Shirley emocionada—. ¿De verdad lo piensas?

Y de repente la felicidad la desborda, y se estremece, bajo una ola de plenitud, suave y enorme.

—Estoy convencido. Los chicos criados por su madre tienen algo especial. Ven la vida de forma distinta. La ven con ojos de hombre y con ojos de mujer. ¡Porque, forzosamente, tú me has influido!

—Me sentí tan mal en ese concierto… —suspira Shirley, libre de ese peso.

Tiene ganas de besarle, de abrazarle. De estrecharle contra sí como cuando era pequeño y un beso bastaba para solucionarlo todo. Pero se contiene.

—Hortense tenía que venir conmigo a Escocia —sigue Gary, pensativo—, y luego cambió de opinión. Tiene demasiado trabajo. No tiene ni un minuto libre.

Shirley bebe un sorbo de Martini. Dejar que llegue la confidencia. Hacerse a un lado. No llenar los silencios a toda costa.

—Entre su trabajo y yo, escoge su trabajo.

—Es Hortense —dice Shirley.

—Es Hortense —dice Gary.

Otro silencio. Pero este más rico, más generoso. Abre una puerta.

—Así que te irás a Escocia…

—Sí.

Gary mira los ojos de su madre. ¡Qué difícil es hablar! Querría decirle… Querría decirle… Se imagina perfectamente en Escocia con Calipso. Pasearían por las murallas del castillo. Instalarían el piano y el violín en el inmenso salón bajo los retratos de los antepasados. Interpretarían a Brahms, a Mozart, a Beethoven. Se alumbrarían con velas.

—¿Dónde tienes la cabeza, Gary?

—Si tú supieras…

Ella sigue esperando.

Remueve la aceituna verde de su copa, parte una patata grasienta, se seca los dedos con la servilleta de papel, y se impone no hacer más preguntas, pero Gary descifra todas las dudas en la mente de su madre.

De manera que hace un esfuerzo y se lo cuenta.

Le cuenta de Calipso, la música, sus largas caminatas por las calles de Nueva York hasta la 110, el edificio con las escaleras oxidadas, los ojos líquidos y negros, le cuenta los e-mails de Calipso. El ardiente deseo de huir con ella a Escocia, lejos de todo.

—¿Tú qué harías? —le pregunta a su madre.

—Le mandaría un billete de avión y le pediría que viniera.

—¿De verdad harías eso?

—La vida es demasiado corta para tener remordimientos.

—¿Y tú me dices eso?

—Sí. Y por eso precisamente no hay que hacerme caso. Yo soy muy mal ejemplo. Siempre escojo mal.

—Pero eso cambiará… —dice él sonriendo, tranquilo, porque ella le ha entendido y ya no necesita seguir hablándolo.

—Sí. Quizás…

—¿Entonces lo de Nueva York no fue solo por la diferencia horaria?

—No.

Shirley sonríe temblando a su hijo.

Él levanta la mano para pedir otros dos Martini.

Levanta el vaso hacia su madre.

Le da las gracias.

Han cambiado. Han crecido. Cada uno a su modo. Él nunca juzga. No se hace preguntas, pero lo sabe.

Y sabe que ella lo sabe.

Una noche, al bajar la basura, Ray Valenti ve en la entrada del edificio unos carteles donde pone con letras grandes: VALENTI HUEVOSECO ESTAFADOR.

Están por todas partes. Pegados con celo. Pintarrajeados con un rotulador grueso de color rojo.

Nadie se ha tomado la molestia de quitarlos.

Él lo ha arrancado todo, ha hecho una gran bola de papel y le ha prendido fuego. Le ha dado un puntapié a la bola incandescente.

Sabe que eso se repetirá.

Ya no se atreve a salir.

Aparca el coche detrás del edificio. Hace la compra lejos de su casa para no cruzarse con nadie. Va hasta Auxerre. Vuelve a la hora

de las noticias cuando están todos delante de la tele.

Ya no va nunca al café.

Ya no recoge los sobres.

No sabe si Lancenny y Gerson los reciben.

Ya no sabe nada de ellos. Cuando les telefonea, contestan sus mujeres. Le dicen que les darán el recado. O saltan los contestadores. Él no deja mensaje.

Y lo que es peor: ya no se atreve a llamar.

Se queda encerrado en casa. Bebe cerveza sentado delante de la pequeña pantalla. Se sabe toda la programación de memoria. Le gustan sobre todo los programas de animales salvajes. Le tranquilizan. La melena del león, su mirada indiferente, sus bostezos de amo y señor, sus andares lascivos, cadenciosos...

Antes de salir, se descalza, sale a la escalera, comprueba que hay vía libre, que puede ir a dejar la basura o a comprar. Hay que comer bien. Cuidar a su madre. Comprar bragas-pañal y medicamentos. Poner en marcha los electrodomésticos. Acordarse de comprar aspirinas. Se ha convertido en una auténtica amita de su casa y eso le repugna.

Y luego está ese chaval que ronda por los buzones. Un día, le ve metiendo unos sobres. Escupe en su buzón y se va corriendo.

Siempre es el mismo.

¡Siempre el hijo de Stella! Lleva la misma cresta rubia en la cabeza. ¡Incluso los niños le odian ahora!

La última vez, estuvo a punto de ponerle la mano encima.

Esperaba una carta del banco. Había bajado intentando no hacer ruido. Había visto al crío que venía de dejar una nota. Había corrido para atraparle, pero en lo que había tardado en ponerse los zapatos, el mocoso había cogido ventaja. Corría, volaba.

Él le había perseguido hasta desfondarse.

El chaval de la cresta se había dado la vuelta y le había hecho un corte de mangas gritando:

—¡Huevoseco, estafador, te destrozaremos!

Por lo visto no le tenía ningún miedo.

Había seguido corriendo en dirección al bosque. Ray le había

perseguido y estuvo a punto de pillarle.

El crío se había apartado de un salto.

—Eh, Valenti, ¿sabes qué? ¡Estás acabado! Han abierto una investigación sobre ti. Saldrás en el periódico. ¡En primera página! ¡Será sonado! ¡Muy sonado!

El chico retrocedió y le miró fijamente a los ojos.

Ray, sin aliento, se sujetaba los costados.

—¡Cabrito! —había gritado sin respiración—. ¡Ya te cogeré!

—¡Estás perdido, Valenti! ¡Perdido! ¡Superperdido!

Y le había dado la espalda sin el menor gesto de miedo. Y se había alejado con las manos en los bolsillos, tarareando Huevoseco está perdido, Huevoseco está acabado...

Antes él era un héroe. Antes los niños querían sus fotos. Le habían puesto su nombre a una escuela. Salía en primera página de los periódicos.

No hace tanto tiempo de eso.

Se sujeta la cabeza sin entenderlo. ¡No puede ser! ¡No puede ser!

Ya no hay incendios que combatir para recuperar la fama. Le consideran demasiado viejo. Demasiado oxidado para trepar por la gran escalera. ¡Dadme un fuego y veréis de lo que soy capaz!, ruge mientras estruja la lata de cerveza con las manos. ¡Todavía hay cosas aquí dentro! Y se golpea el pecho. Se mira al espejo y se arenga a sí mismo. ¿Qué se creen? ¿Que tendría miedo de las llamas? ¿Miedo de sujetar la manga de agua? ¿Miedo de destrozar las puertas, de derribar las paredes, miedo de lanzarme a las llamas?

Se ahoga. Necesita aire. No puede salir. Da vueltas por el apartamento.

Se tumba junto a Fernande. Ella le acoge en sus brazos. Le acuna suavemente.

Él ve la televisión, pegado a ella.

—¿No estamos bien así? —suspira Fernande, mientras le acaricia el pelo.

Él no contesta.

—¿Alguien te ha hecho daño, hijito?

Él niega con la cabeza.

—¡Esa cualquiera ha hecho bien en no volver! Nos las arreglamos muy bien sin ella, ¿verdad?

Ray no sabe si Léonie ha salido del hospital. O si se sigue dejando mimar. Tendrá que informarse.

—¿No es verdad, cariñito?

—Sí, mamá. Tienes razón. Tú siempre tienes razón.

Ella reflexiona un momento y dice:

—Cada uno ha de vivir con sus fantasmas.

Ray levanta la cabeza de golpe:

—¿Por qué dices eso?

Es jueves por la noche en el taller de patchwork. Hay ambiente de vacaciones. Un pájaro muy fanfarrón trina en el patio, otro responde más bajito, las chicas han traído champán, botellas de vino tinto, de vino blanco, granadina, pastas, *mousses* de chocolate y tartas. Prueban, comparan, intercambian recetas, y se chupan los dedos pegajosos antes de volver al trabajo. Durante el mes de agosto el taller está cerrado. Valérie se va a Inglaterra a hacer cursillos, a comprar material, a aprender técnicas nuevas.

Va de una chica a la otra y se emociona pensando en todo ese saber nuevo que le espera al otro lado del canal de la Mancha.

—¿Has visto? Valentine Laignel no ha venido —comenta Stella.

—¡Con todo lo que le pasa a su marido es normal! —dice Julie—. Ya no se atreve a aparecer por aquí.

—¿Qué dice tu padre?, porque los rumores están bien, pero sería mucho mejor que todo esto fuera oficial. Todo el mundo habla y habla pero al final... ¿Avanza la investigación? Yo no tengo ninguna noticia. Ni de él. Ni de Duré.

—Duré le ha telefoneado. No puede seguir teniendo a tu madre en el hospital. Ha de dejar libre la habitación.

—En realidad no es una habitación. No cumple la normativa. Nunca habían tenido ingresado a nadie allí. ¿Y por qué no me lo ha dicho a mí?

Stella está furiosa y apunta con las tijeras como si fueran cuchillos.

—Seguramente te llamará... —contesta Julie mientras se aparta.

—Bueno, más le vale. Esto no es asunto de tu padre, sino mío.

El pequeño surco entre los labios y la nariz de Stella se tensa, aprieta los labios y sus cejas forman un nudo corredizo. Parece un toro ante un trapo rojo.

—¡Basta, Stella!

—Te digo que no tengo noticias. Ni una palabra sobre la investigación. ¡Yo le pasé todos los documentos y nada de nada! ¿A qué esperan? ¿A que Ray se recupere, reúna a sus tropas y vuelva al abordaje? ¡No se quedará ahí tumbado el resto de su vida!

—¡Se sabrá todo, no te preocupes!

—Pues mira, yo no estaría tan segura... Si te pones a pensarlo, ¿para qué iban a pelearse tu padre y Duré? ¿Qué ganarían con eso? ¡Solo líos! Si yo estuviera en su lugar, me quedaría tan tranquilo. Hablaría y hablaría, pero no haría nada más. Me quedaría tranquilamente en mi preciosa casa.

—¡Ay, Stella! ¡Por favor! ¡A veces eres cansina!

—No soy cansina, tengo los nervios a flor de piel. ¿Dónde voy a meter a mi madre? ¡Tengo que organizarme!

—En casa de Georges y Suzon...

—¡Eso no se decide así como así! ¿Qué se creen?

Julie inclina la cabeza sobre el cuadrado que está bordando y decide dejar que pase la tormenta.

—¡Ah! ¿Lo ves? ¡Ya no dices nada! ¡Sabes que tengo razón!

—No. Pensaba en Jérôme.

Stella se sobresalta.

—¿Qué pinta Jérôme en esto?

Mira a Julie con suspicacia.

—¡Nos vemos casi todas las noches y curiosamente funciona!

—¿Y qué? No veo la relación.

—Para mí es importante.

—¿Pretendes decirme que aparte de mí hay otras cosas en la vida? ¿Es eso? ¿Estás harta de mis problemas?

—No. Lo que digo es que hay sitio para todo el mundo, nada más. Y además estamos en verano. Y... estar enamorado en verano cuando los días son tan largos, y el campo huele tan bien, hay girasoles, espigas de trigo que pinchan, y cardos que se te enganchan en la falda, y Jérôme me los arranca con cuidado... Yo no sabía lo que era eso y me pone muy..., muy...

Su voz se vuelve tenue, dulce, susurrante, soñadora. Ella busca una palabra que pueda resumir esta felicidad nueva y no la encuentra. Entonces repite muy..., muy..., clava la aguja y divaga, feliz.

Stella olvida su diatriba y observa a su amiga que se abandona a la felicidad. Julie se merece este éxtasis. Julie tan confiada, tan dulce,

tan honesta y tan rigurosa en el trabajo. Julie a quien los hombres llaman jefa, Julie embutida en sus jerséis. Julie a quien la vida no ha herido, solo marginado, ignorado, Julie que se entrega por primera vez...

Julie está enamorada. Tiene treinta y cuatro años, besa a un hombre, y él la lleva a cenar a un restaurante y le abre la puerta del coche. ¿Y? Eso tienes que respetarlo, Stella. Por eso vale la pena moderar tu rabia, ¿no?

Stella hace un esfuerzo y dice entre dientes:

—Perdona. Estoy un poco obsesionada. ¡Pero es que me creía tan cerca del final! Tan cerca del final...

—Ya lo sé —murmura Julie—. ¡Pero no hay que desesperar!

—¿Y dónde suele llevarte por las noches, eh? ¿Vais al restaurante? ¿Al cine? ¿Te besa en la oscuridad?

Julie se ruboriza y levanta los hombros, como si quisiera desaparecer en el cuello de la camisa.

—¡No te burles!

—¡No me burlo, pregunto!

Julie va a contestar, pero su móvil la interrumpe.

—¡Es Marie! —dice mirando a Stella.

—¿Qué quiere?

Julie contesta. Dice sí, sí, con la cabeza.

—Espera un momento que se lo pregunto a Stella. Es Marie. No puede venir esta noche, tiene guardia, pregunta si podemos ir a verla al periódico, está sola, se han ido todos a hacer un reportaje.

Stella asiente con energía. Esta noche no tiene la cabeza en el punto de cruz.

—También dice que podemos llevar champán si queda. —Julie sonríe.

—¡Dile que ahora vamos!

Stella ha cambiado de cara. Ha doblado el tapiz. Ha ordenado los retales, las tijeras, las agujas. Ha guardado con gesto decidido los botones, los cordeles y las cintas en el bolso. ¡Lista! ¡Vámonos! Ahora estaré segura, ahora podré confirmar si la investigación está en marcha, o si el dosier está bajo llave en un cajón del redactor jefe.

Cuando las chicas llegan al periódico, dejan sus cosas sobre la mesa de Marie y descorchan una botella de vino blanco tibio.

—Lo siento —se excusa Julie—. Solo quedaba esto. Pero nos hemos traído el resto de la tarta. Podemos hacer un tentempié.

Brindan, sentadas en la mesa. Luego Marie decide enseñarles el periódico. Un espacio enorme. Una planta llena de mesas alineadas unas junto a otras.

—Es eso que llaman un *open space* —explica muy docta.

—Sí, sí... ¡Ya lo hemos oído decir! —protesta Stella con energía —. ¡No somos pueblerinas!

Julie le lanza una mirada que dice: ¡cálmate, ella no te ha hecho nada! Stella sonríe para excusarse.

—Solo los jefes tienen despacho privado —comenta Marie—. Nosotros los llamamos acuarios.

Les enseña una pared con el contenido del periódico del día siguiente. Los artículos, las fotos, la numeración de las páginas.

—Esto es la plantilla —explica—. ¡Siempre la ponemos en la pared porque alguna vez se han doblado los artículos y eso queda fatal! Pero en cualquier caso todo el mundo la tiene en su ordenador perso...

Se crece, se siente importante, segura en su territorio.

—Y tu trabajo ¿cómo se llama? —pregunta Julie.

—Yo soy lo que se llama un *portadista*. Realizo la portada.

—¿No tiene otro nombre? —inquiere Stella.

—No. No creo. Siempre se ha dicho *portadista*.

—¿Nos enseñas cómo lo haces? —dice Julie.

—Si queréis... —contesta Marie, desprevenida.

—Amina me dijo que le habías hecho una portada para ella sola —dice Stella—. Cuando cumplió treinta años. ¿Es verdad?

—Sí. Fue una sorpresa.

—¡Le gustó muchísimo! ¿Me harías una para mí? —pregunta Stella.

—Si quieres...

—Así veremos cómo lo haces y lo entenderemos mejor.

—¿Qué titular quieres? —plantea Marie, de nuevo en su papel de jefa.

—No sé... Algo como...

Stella finge que duda para no parecer tan brutal y para que Marie no se sienta manipulada.

—Algo que te gustaría de verdad... —continúa Marie—. ¡Las portadas son para cosas importantes!

—Espera que piense…

Julie se acerca a la plantilla y lee las noticias del día siguiente.

—Esa parte de ahí es la edición de Saint-Chaland —precisa Marie.

—¡Oh! ¡Mira, Stella! Hablan de la Chatarrería. Del contrato que papá consiguió en la India. ¡Media página! Estará orgulloso.

—¿Ya lo has decidido? —pregunta Marie a Stella.

—¿Puedo pedirlo todo, incluso mis fantasías privadas? —apunta Stella, fingiendo timidez.

—¡Venga, lánzate! Puedo hacer lo que tú quieras.

Stella medita, entorna los ojos. Prolonga la espera para que su petición parezca anodina.

—¡Ya lo sé! ¡Una cosa que realmente me encantaría! Es un poco atrevido, pero es la única cosa que…

—¡Venga, dilo ya!

Stella mete las manos en el fondo de los bolsillos de su mono y suelta:

—«Ray Valenti: la caída de un héroe». No está mal, ¿verdad?

—¿Lo dices en serio? —dice Marie.

—Sí, sí…, y un subtítulo: «El hombre que todo el pueblo admiraba era un estafador. Los casos se multiplican y revelan el verdadero rostro de un hombre que no respetaba nada ni a nadie». Y pones una de esas fotos suyas en plan héroe.

—¿No vas un poco demasiado lejos? —pregunta Marie, inquieta.

—Bueno…, ¡tú has dicho que podías hacerlo todo! ¡Aparte de que es una broma!

—Sí, claro, pero…

—Incluso creo que soy demasiado prudente. ¿De qué tienes miedo? Es solo para mí… La pegaré en mi habitación y la miraré. Me hará bien. Porque la investigación no avanza mucho, me parece.

—No es eso —protesta Marie—, pero el redactor jefe dice que antes de lanzarse con esta historia hay que tener material. No es una mera anécdota, sinceramente…

—¿Es que no hay suficiente todavía? —replica Stella, enfadada—. ¡Con todo lo que le di a Duré!

—Sí, ya lo sé. Duré vino a verle. Se encerraron en el acuario, y estuvieron hablando mucho rato, pero…

—Pero desde entonces nada de nada, ¿es eso?

—Bueno, digamos que necesita tiempo. Si publicamos el asunto, salpicará a muchas personas. Esto llega muy arriba, ¿sabes?

—¡No necesito que me hagas un dibujo!

—Así que de momento, calla.

—¡Esta cagado de miedo!

—No es el único. Incluso tu padre, Julie, dice que hay que pensárselo dos veces.

—¿Papá? ¿Dice eso? Me extrañaría, ¿sabes...? ¡No es de los que se arrugan!

—Y nosotros dependemos del dinero de todas esas personas. Todos los periódicos tienen problemas en este momento... No solo el nuestro...

—¡Y se acuestan con cualquiera por la pasta! —estalla Stella indignada—. Es eso, ¿verdad? ¿Cómo dices que se llama tu periódico? ¿No está la palabra «libre» en el nombre?

Julie le da un codazo discretamente y le hace un gesto para que se calme.

Stella suspira con rabia y dice:

—Perdona. No es culpa tuya...

—Bueno, tú me has preguntado cómo está el tema y yo te he dicho la verdad...

—¡Ponte en mi lugar!

¿Por qué digo esto? Inmediatamente se contiene. Nadie se pone nunca en el lugar del otro. A estas alturas ya debería saberlo...

—Venga, ¿me haces mi portada? —pregunta con tono de súplica —. Será como un premio de consolación...

Marie, indecisa, consulta con la mirada a Julie que asiente con un gesto.

—Hazle su portada. Es una broma, no se enterará nadie. Nos recordará los buenos tiempos de las muchachas...

—¿El señor Toledo? —pregunta Marie sonriendo.

—Sí. El señor Toledo... Estaría orgulloso de nosotras —asegura Julie—. Hemos llegado lejos.

—¡Eso está claro!

Marie cede y vuelve a su papel de jefa.

—Bueno..., de acuerdo. Pongo un titular a tres columnas, una foto grande de Valenti en su época de esplendor, tu frase y un anuncio de los vinos de Borgoña arriba. Un artículo sobre la restauración de un castillo de la zona, un par de frases sobre el tiempo y al final de la página un párrafo sobre seguridad vial. Así parecerá auténtico. ¿Te parece bien?

Marie se sienta delante de su ordenador, busca artículos, fotografías, los desplaza, los rectifica, los agranda.

—Esto es para ti sola, ¿eh? ¿Me lo juras?

—Sí —asegura Stella.

—¿Y no se lo dirás a nadie?

—Te lo prometo.

—Y yo te tendré al corriente de la investigación. Bueno, si avanza...

Y fue así como esa noche Stella salió de *La République libre* con una portada enrollada bajo el brazo, que anunciaba en letras grandes y a tres columnas, entre noticias locales, la caída de Ray Valenti.

—¡Qué bien, señora Valenti! —pregona Amina al entrar en la habitación de Léonie—. ¡Por lo visto se marcha hoy! El doctor Duré acaba de decírmelo. Voy a darle su historial con las pruebas y las radiografías. Guárdeselo y no lo pierda.

—Mi hija vendrá a buscarme dentro de un rato. Viviré en su casa. En la granja. Bueno, al lado más bien, en casa de Georges y Suzon. Suzon me crio. Y Georges..., bueno, ¡Georges es Georges! Él me enseñó a ir en bicicleta, a plantar calabazas, a encontrar los huevos de las gallinas...

Sonríe, feliz.

—Volveré a la infancia... ¡Y eso es muy agradable!

—Estará con su hija y su nieto...

—¿Tom? Esta mañana ha traído otro pan de pasas. Debe de tener miedo de que empeore.

La maleta de Léonie está encima de la cama. Al lado del montón de partituras y del metrónomo.

—Podrá volver a sentarse al piano, señora Valenti...

Léonie no escucha. Va y viene entre el armario abierto, la mesilla de noche, el cuarto de baño, y dobla sus cosas tratando de no arrugarlas.

—Tengo que ir con cuidado, casi no tengo nada. Se quedó todo en...

Ha estado a punto de decir en mi casa. Pero esa ya no es su casa, nunca lo ha sido en realidad. Se sienta sobre la cama y murmura, pensativa:

—Tendré que acostumbrarme...

—Va a empezar una nueva vida. Es excitante, ¿no?

Léonie observa a Amina con una mirada de desconcierto.

—¿Excitante?

Se le escapa una risita de sorpresa que disimula con la mano.

—¡Esa palabra no es adecuada para una mujer de mi edad, Amina!

—¡Pero si usted no es vieja, señora Valenti! Solo tiene sesenta años. A su edad puede volver a empezar en la vida.

—Ya he pasado lo mío, Amina. Ahora descansaré.

—Le sorprenderá ver la rapidez con que se recupera.

—No exagere. Lo hace para que esté contenta, tranquila. Pero todavía no me siento con fuerzas...

—¡Sí, sí! ¡Venga! Voy a buscar su historial y la ayudo a cerrar la maleta, compruebe que no se olvida nada.

—Es usted muy amable —sonríe Léonie.

Dirige la mirada hacia la ventana que Amina ha dejado abierta. Observa el manto verde que forman las ramas en movimiento sobre el cielo azul. El aroma del follaje llega hasta ella y elimina los olores acres del hospital. Un ligero viento hincha las lonas que tapan el parquin. Léonie ve los coches aparcados unos junto a los otros como caramelos de colores en una caja. Se le ocurre una locura y se echa a temblar, ¿y si se sacara el carnet de conducir? ¿Sería capaz?

Se encoge de hombros. No sueñes, Léonie, ve a tu ritmo, paso a paso. No pruebes cosas que tu cuerpo no podrá digerir. Afortunadamente, está mejorando. Se aguanta de pie, firme bajo la ducha, y no tropieza al salir, ni al alargar la mano para llegar a la toalla, con los ojos llenos todavía de agua tibia. Se ha cepillado el pelo, se ha puesto colorete en las mejillas y rímel. Se lo trajo Stella. Eres guapa, mamá, pero ya no te acuerdas. Léonie se ha mirado al espejo y ha repetido las palabras de Stella: eres guapa, mamá.

Antes era ágil y flexible, trepaba a los árboles, me agarraba a las ramas, subía hasta la copa y allí me quedaba, extendía las piernas, contemplaba la cima de los árboles, los prados, los campos, el río a lo lejos, las espigas de trigo. Eso me relajaba. Los árboles siempre me han tranquilizado. Me daban valor. Podría subirme otra vez a los árboles. Aprieta las manos contra el pecho. Hay tantas cosas que podrá hacer... Es libre. Ya no tiene miedo. O al menos, no como antes.

Alguien rasca la puerta y eso la aparta de sus fantasías.

—¿Sí? —dice y se da la vuelta sonriendo.

Es él.

Ray Valenti. Bien plantado sobre sus dos piernas. Los puños en los bolsillos del vaquero. Los muslos hacia delante. Dos ojos negros que se clavan en los suyos.

A Léonie se le escapa un hipido de sorpresa y se queda sin respiración. Las manos se le humedecen y se las frota. Retrocede, se encorva, se hunde. Es incapaz de dar un paso. Él la ha convertido en un montoncito de piedras.

Ray ve la maleta y pregunta:

—¿Te marchas? ¿Te echan a la calle? Entonces mi amigo tenía razón, te vas hoy. ¿Y a dónde pensabas ir? Porque mi amigo trabaja en la consulta de Duré y me ha avisado: tu mujer, Valenti, sale hoy, ¿no vienes a buscarla? Entonces yo he dicho: ¡claro que voy a buscarla! Y he venido corriendo. Porque tú eres mi mujer, debes volver a mi casa, bueno, a nuestra casa...

Ella querría contestar, levanta el brazo para protegerse, se pega a la ventana para protegerse. Tiene la garganta seca, traga para notar la saliva.

—Léonie, no tengas miedo... He cambiado, ¿sabes? Ven aquí, tenemos que hablar.

Avanza hacia ella.

—No te asustes, cariño. No te haré daño. ¡Te echo mucho de menos! No puedo vivir sin ti. No puedo... Tienes que volver a casa.

Ella le mira, paralizada.

—Léonie, cariño mío.

Los brazos le cuelgan a lo largo del cuerpo, como si fuera desarmado, en son de paz.

—Me he portado mal. Lo he comprendido, ¿sabes? lo he comprendido. Todos estos meses sin ti...

Se ha detenido a los pies de la cama y la mira con ternura.

—No me dejes, Léonie, no me dejes.

Se le quiebra la voz, parece el quejido de un niño.

—Todo el mundo me da la espalda... ¡Si supieras lo que me hacen! Estoy completamente solo. Ya no tengo amigos. Han desaparecido. Me paso el día vagueando, dando vueltas sin hacer nada, eso no es bueno, no es bueno...

Extiende las manos hacia ella, da un paso, otro, la atrae hacia sí,

le murmura al oído:

—No tengas miedo, déjate llevar... ¡Vamos! ¡Vamos!

Le acaricia el pelo, le roza la nuca.

—Nosotros nos quisimos, Léonie. Acuérdate, al principio... cuando íbamos al cine. Pedíamos un helado de dos bolas y nos lo comíamos entre los dos, nos besábamos, éramos felices... ¿Qué pasó, cariño? Yo lo sé, lo he pensado mucho. Perdí la cabeza. Perdóname. No lo volveré a hacer. Te pido perdón. Perdón, Léonie.

—¡Ray! ¡No! —alcanza a decir ella pegada a él, y haciendo fuerza con los brazos para soltarse.

No sabe cómo ha podido pronunciar estas palabras. Se queda rígida, con los puños apretados. Siente un peso enorme en el vientre, le pesan las piernas, le pesa la lengua. No le quedan fuerzas. Si él la suelta, se caerá.

Él la abraza contra sí. La obliga a mirarle.

—Tienes que creerme. Podemos volver a empezar... Tú se lo dirás, ¿eh? Tú les dirás que he cambiado, que te he pedido perdón. Tienes que volver.

Ella mueve la cabeza para decir que no. Él cree que quiere sentarse. La deja sobre la cama, le pone una almohada en la espalda para que se mantenga recta, se pone a su lado.

—¿Aún estás cansada? Yo me ocuparé de ti, ya lo verás. No has de volver a tener miedo. ¡Nunca más volveré a hacerte daño, nunca más! ¡Me había vuelto loco! ¿Qué me pasó?

Él baja la cabeza, se pasa la mano por el pelo, gime.

—He reflexionado, ¿sabes? He tenido tiempo de reflexionar. Me has abandonado tanto tiempo... No es razonable dejar a un hombre así, solo. ¿Eh? Cariñito mío...

Suelta una risita nerviosa, se frota la barbilla. Adopta una actitud contrita.

—Ya lo sé, también es culpa mía. Pero yo no quería, ¡te lo juro! No quería...

Ray trata de cogerle la mano, pero ella, petrificada, la retira.

—Léonie..., cariño mío... Sin ti esto no funciona. Está mamá, pero no se encuentra demasiado bien. Ella también te reclama. Hemos cambiado, ¿sabes? Desde que te fuiste, vivimos como dos animales. Ya no sabemos qué hacer. Qué estupidez, ¿verdad? Si no vuelves soy capaz de hacer una tontería, una tontería muy grande.

Coge la barbilla de Léonie entre las manos.

—Escúchame que no hablo con la pared... No puedo seguir viviendo así. Prefiero quitarme de en medio, sí, te lo digo claramente. Lo daría todo para redimirme, para que olvides, para que vuelvas conmigo...

Ve las partituras y el metrónomo sobre la colcha.

—¡Ah! ¿Lo has recuperado? ¿Quién te lo ha traído? ¿Eh? ¿Quién te lo ha traído? ¡Yo lo había vendido todo con el piano, es increíble! ¡Hay un tipo que lo ha vuelto a comprar y te lo ha traído! Dime, ¿quién es?

Se pone mimoso, se enfurruña, suplica:

—Dímelo, Léonie... No le haré nada, te lo prometo.

Léonie no puede contestar. Mira fijamente la puerta. Tiene que llegar Stella. O Amina. Tienen que venir porque si no él se la llevará, seguro. Ella no sabrá impedirlo. Él la sujetará por el brazo y se la llevará como si fuera un paquete.

—No importa. Mira, si quieres, te compraré un piano. No debería haberlo vendido. Me gustaba mucho oírte, no te lo decía, pero me parecía precioso cuando tocabas, ¿te acuerdas?, el *Vals favorito*, era bonito cómo lo tocabas...

El *Vals favorito*. Léonie cierra los ojos. *Sol, fa, sol, re, si, do, la, do, la.* Le gustaría recuperar su piano, sacarse el carnet de conducir, trepar a los árboles, comer un pan con pasas cada mañana.

—Podrás tocar todo lo que quieras. Mira, lo meto todo en la maleta y nos vamos, ¿de acuerdo? Nos iremos los dos, del brazo, tranquilamente, como una parejita, porque tú eres mi mujer, Léonie, y eso no lo puede cambiar nadie. Lo dice la ley. Los demás no pueden hacer nada. ¡Creen que eso se puede deshacer como si fuera un nudo, no han entendido nada! Cuando uno se casa, es para toda la vida, te lo digo yo. Para cuando funciona y para cuando no funciona. No sirve de nada decir lo contrario...

Coloca las partituras y el metrónomo en la maleta. Da una vuelta por la habitación. Ve la bata, colgada junto a la ducha.

—Cogeremos la bata también, ¿eh? Y tu cepillo de dientes, ¿está sobre el lavabo? No te faltará nada, ya lo verás. ¡Ah! Todo va a cambiar, todo va a cambiar... Estarás como una reinecita. Me dirás: gracias, Ray, y nos reiremos juntos y nos preguntaremos qué pudo pasarnos durante todos esos años... y, además, ¿a dónde irías, Léonie? No tienes dinero. Dependes de mí, recuérdalo. Así que mientras nos arreglemos los dos..., ¿eh?

Se levanta, descuelga la bata, la enrolla como una pelota, la tira dentro de la maleta.

Léonie hace un gesto para protestar: no, no la enrolles, y Ray lo malinterpreta.

—¿Quieres que la dejemos aquí? ¿No te parece bonita? Tienes razón. Yo te compraré otra. Una con unos bordados que hagan juego con tus ojos.

Recoge el cepillo de dientes, el dentífrico, el colorete y el rímel. Se le escapa una risita.

—¡Qué coqueta te has vuelto! Me han cambiado a mi mujercita. ¡Pero eso también me parece bien, si a ti te gusta! No hay ningún problema, yo estoy de acuerdo con todo. ¡Más claro no puedo ser!

Lo tira todo de cualquier manera en la maleta. Léonie se sobresalta. Se levanta para colocarlo todo bien.

—¡Venga, cariño, nos vamos! Nos iremos sin darnos la vuelta, sin mirar atrás. Nunca volveremos a hablar de esto. Y así les cerraremos el pico a todos esos que cuentan estupideces a mis espaldas.

La coge en brazos, la apoya en la pared, vuelve para cerrar la maleta.

—¿Mi historial? —dice ella—. Tengo que llevarme mi historial.

—Pero ¿para qué? —Él se crispa—. No necesitas tu historial. ¡Todo eso solo son malos recuerdos! Estás curada. Mira, te aguantas de pie sola. ¡Vámonos!

Recoge la maleta, empuja suavemente a Léonie hacia la puerta.

—Pero... tengo que decirles que me marcho.

—¡Que no!

—Tengo que decirle adiós a Amina. Al doctor Duré. No está bien marcharse de esta manera. Ellos me han tratado muy bien.

—Pero ¿qué nos importa toda esa gente? Hemos quedado en olvidarlo, y lo olvidaremos, ¡ya está!

—Tengo que decirles...

—¿Lo ves?, ya estás otra vez, dices tonterías. ¿No has entendido lo que te he dicho? ¿Quieres que te lo repita? ¿O no funciona mejor tu cabecita?

—Sí, pero...

—¡Tú quieres que me enfade!

—No, Ray, pero habría que...

—¡Nada de nada! Nos vamos y ya está.

—Esto no está bien, Ray.

—¡Deja de hacerte la remilgada! Si no tendré que ponerme duro y sería una lástima, ¿no? ¡Hemos quedado en que hacemos las paces y que volvemos a empezar de cero, no me lleves la contraria!

—¡No, Ray, no!

—¡Léonie! ¡Basta! —grita él, irguiéndose por completo.

Ella retrocede, palpa la pared con la mano para aguantarse.

—Ray, si me habías dicho... —murmura en voz muy baja.

—¡Pero es culpa tuya! —vocifera él—. ¡Eres tú quien me agota la paciencia! ¿Quieres que te diga la verdad? ¡Siempre ha sido culpa tuya! Lo haces todo al revés, todo para que pierda los nervios, y claro...

Se abre la puerta y Amina entra, con el historial de Léonie en la mano. Ve a Ray y exclama:

—¡Señora Valenti!

—La señora Valenti está curada. El señor Valenti ha venido a buscar a su mujer y vuelven juntos a casa. ¡Es así como tiene que ser! —vocifera Ray.

—¡Ella no puede irse! Tiene que verla el doctor —protesta Amina.

—¿No ve que está curada? ¡Mierda! ¡Para eso no hace falta ser enfermera! ¡Más vale que cambie de oficio! Estaba haciendo la maleta cuando yo llegué. Es que se iba, ¿no? ¿Qué demonios me cuenta?

—No saldrá del hospital sin haber visto al doctor Duré una última vez. Las cosas son así.

—¡Ya volveremos a firmar el dichoso historial!

Léonie sigue el diálogo entre Amina y Ray muda, como si no fuera con ella.

—¡No! Me opongo —declara Amina—. Y si insiste, llamaré al doctor Duré. No tiene usted derecho.

—¡Pues me tomaré ese derecho! Soy su marido. ¡Me pertenece!

Agarra a Léonie del brazo y la arrastra.

Ella le sigue como una sonámbula. Amina ve la mirada vacía de Léonie, que se deja llevar sin protestar.

—¡Señora Valenti! No puede...

—¡Ya verás si puede! ¡Aparta! ¡Déjanos pasar!

Amina trata de interponerse, pero Ray la empuja y arrastra a Léonie fuera de la habitación.

Amina, impotente, busca a alguien que pueda venir a ayudarla. Ve a un enfermero en el pasillo.

—¡Alex! —grita—. ¡Alex! ¡No dejes que se vayan! ¡El doctor Duré

quiere verles!

El enfermero se da la vuelta y replica:

—¡Busca a otro! Yo estoy con la paciente de la 143 que ha tenido un paro cardíaco. ¡Tengo que ocuparme de ella si quiero que sobreviva!

—¡Alex! —chilla Amina y se lanza sobre Ray para bloquearle.

Él le da un bofetón y la empuja. Amina choca contra la pared, rebota y cae al suelo.

Léonie suelta un grito y se deja caer, llorando, en el pasillo.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! ¡Esto no! ¡Stella! ¡Stella! ¡Ven a buscarme! ¡Stella!

—¡No es tu hija quien debe venir a buscarte, soy yo! —Ray se enfurece—. ¿Lo has olvidado? ¿Sigues aturullada?

—¡Stella! —grita Léonie, y se deja arrastrar por el suelo como una muñeca de trapo.

Se ha caído el historial, se ha abierto, y los papeles y las radiografías se han desparramado por el suelo. Léonie se resiste, levanta un codo para protegerse. Ray se indigna, se inclina, está a punto de cogerla cuando recibe un violento puñetazo en el mentón, pierde el equilibrio y cae.

—¡Me cago en...! —grita mientras se masajea la barbilla—. ¿Quién es el cabrón que...?

—Soy yo —dice Stella tranquilamente—. ¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

Le mira de arriba abajo, tendido a sus pies. Le da otro golpe certero. Y otro. Le empuja con el zapato. Le desequilibra cada vez que él trata de levantarse. Y cada vez, vuelve a caer. Y cada vez, ella le da un golpe más fuerte.

—¡Ah! ¡No es fácil cuando estás en el suelo! ¿Qué sensación da estar debajo? ¿No poder hacer nada cuando te pegan? Esto no lo sabías, ¿eh? Pues mira..., ya ves, nunca es demasiado tarde para aprender.

Le da con el zapatón. Cada vez más fuerte. Le pega en el vientre, le pega en las piernas, le pega entre las piernas. Es incapaz de parar. Él gruñe y se acurruca, maldiciendo.

—¡Guarra! —escupe—. ¡Guarra!

—¡Háblame con educación, por favor! Estamos en un lugar

público, hay testigos. ¡Cuidado con lo que dices!

—He venido a buscar a tu madre —hipa—. Es mi mujer. Viene conmigo.

—¡Error! Se viene conmigo —dice Stella y pone una suela gruesa sobre la cara de Ray Valenti—. Pronto dejará de ser tu mujer, pronto tú ya no serás nada, Ray Valenti. Es cuestión de días. ¿No estás enterado? ¿No te lo han soplado tus colegas? Han abierto una investigación sobre ti. Tu amiguita Violette ha terminado contigo, lo ha entregado todo, ¡pruebas de todos tus chanchullos! Lo tenía todo fotocopiado. ¿No lo sabías? Y el periódico ha hecho una investigación. *La République libre* publicará en primera página toda la verdad sobre ti, ya lo verás. Te pudrirás en la cárcel. En la cárcel, Ray.

Amina había ido a buscar refuerzos, y vuelve acompañada del doctor Duré y dos internos jóvenes. Ven a Ray Valenti escupiendo, maldiciendo, protegiéndose con las manos entre las piernas.

—¡Guarra! ¡Guarra! ¡Espera y verás! ¡Te caerá una buena!

Los dos internos hacen ademán de intervenir, pero Duré les retiene. Quiere darle tiempo a Stella para ajustar sus cuentas con Ray.

—Esos chanchullos con los que le chupabas la sangre a la gente y que te daban tanta pasta... Todo eso está ahora en manos de la justicia. ¡Estás acabado, Ray Valenti! Se sabrá todo. Todo. Estás perdido. Métetelo de una vez en la mollera. Ahora te levantarás, le pedirás perdón a mi madre y la dejarás marchar, tranquilamente, conmigo. Y si le haces algo, habrá testigos.

—¡Imbécil! —replica Ray—. ¡No tienes derecho, no tienes derecho!

—Eso ya se lo dirás a la poli. A mí no me interesa. Yo me ocupo de mi madre. El resto lo dejo en manos de la justicia. ¡Así que te levantas, cierras el pico y nos ves salir! ¡CIERRA EL PICO, RAY VALENTI!

Stella ha dicho estas últimas palabras a gritos. Unos gritos que canalizan el odio que la domina cuando ve a su madre en el suelo.

—¡LÁRGATE! ¡LÁRGATE! ¡O no respondo!

El personal del hospital ha acudido alertado por las voces, y se ha congregado alrededor de Stella, Léonie y Ray. Todos contemplan, estupefactos, al gran Ray Valenti arrastrándose por el suelo.

Él levanta la cara tumefacta. Se apoya en un codo. Extiende una pierna y luego la otra. Vuelve a ponerse de pie. Le lanza una mirada de odio a Duré.

—¿Y tú, no haces nada? ¿No dices nada?

—Tú solo ya has hecho bastante, Ray. Yo soy el responsable del bienestar de Léonie, y se irá con Stella.

—¡Esto no quedará así!

Se seca la cara, se pasa la mano por el pelo, se remete la camisa en el pantalón, se recoloca la cazadora. Ignora a Léonie y se aleja sin decir una palabra.

Al llegar al final del pasillo, golpea la puerta con el hombro, se da la vuelta, grita: ¡es mía y la recuperaré, panda de gilipollas! Y desaparece.

—¡Mamá! —dice Stella, inclinándose sobre su madre—. ¿Estás bien?

Los dos internos acuden corriendo para ayudar a Léonie a incorporarse.

Ella se apoya en la pared. Abre y cierra los ojos, vuelve en sí.

—¿Pretendía engañarte? ¿Es eso? —pregunta Stella mientras acaricia con la mano la cara de su madre y le alisa el pelo.

—Ha sido como vivir una pesadilla...

—Ya pasó —dice Stella—. ¿Tienes la maleta?

Léonie la señala con la mirada.

Stella la recoge. Le ofrece el brazo a su madre.

—¡Venga, ven! Nos vamos.

Luego, se vuelve hacia el doctor Duré:

—Podemos irnos, ¿verdad, doctor?

Duré asiente. Los internos recogen el contenido del historial desparramado en el suelo y se lo dan a Stella.

—Habrá que vigilarla día y noche —dice Duré—. Ray es capaz de volver a buscarla. Y ni Georges ni Suzon tendrían fuerzas para...

—Lo sé —dice Stella, preocupada.

—Esto no quedará así, Stella. Él querrá vengarse. Y corres el riesgo de que la próxima vez te pille completamente sola...

Stella mira a su madre y suspira.

—¡Como si no lo supiera!

—A mí solo se me ocurre una solución —había declarado Georges una noche— y es repartirnos tres turnos de ocho horas Stella y yo, y

montar guardia. No podemos contar con nadie más. Yo durante el día y Stella de noche.

—¿Y cuándo duermo? —había replicado irónicamente ella, mientras cortaba una porción de camembert.

—Pídele a Julie las vacaciones de verano. Estamos a mediados de julio. Así cubriremos hasta mediados de agosto.

—¿Y después?

—Después veremos... Tendremos que vivir al día, no nos queda otro remedio.

—De acuerdo —había admitido Stella—. ¿Quieres camembert, Tom?

—Yo también puedo hacer un turno de ocho horas —había protestado Tom—. Ya he disparado con Georges en el bosque. ¡Y tengo buena puntería!

Stella le había acariciado la cresta de pelo y había dicho: sí, claro, pero ¿y si él te coge? Pesas poco y no quiero que corras peligro. ¿Quieres camembert, sí o no?

Él había tenido que ceder. Su madre tenía respuesta para todo. Era exasperante.

—Pues entonces, yo me ocupo de vigilar. Si él aparece, tendré tiempo de avisaros. Gritaré mucho, os despertaré y vosotros sacaréis la escopeta.

—¿Desde dónde vigilas? —había preguntado Stella, sosteniendo un pedazo de camembert sobre el cuchillo.

—¡Desde mi cuarto!

—¿Y cuándo duermes?

—Estamos en vacaciones. No hay colegio.

—Ya veremos —había dicho ella.

Y había dejado el pedazo de camembert en el plato de su hijo.

Eso no era un no, y a él ya le pareció bien.

Tenía que reconocer que todo esto era mucho más emocionante que charlar con Jimmy Gun. Últimamente había olvidado por completo a Jimmy Gun. Ni siquiera le tenía al corriente de los últimos acontecimientos.

—Además, a veces estará papá también —había sugerido Tom—, y entonces los demás podremos hacer vacaciones, porque él es muy duro y hará los tres turnos de ocho horas solo.

Stella había sonreído. Tom habría dado cualquier cosa por ver esa sonrisa más a menudo.

Habían empezado a hacer guardia.

Georges, Tom, Stella y Adrian cuando estaba. Había conseguido un permiso de su jefe, un tema familiar, le había explicado, y su jefe había dicho ok, ya nos arreglaremos, pero ha de ser por poco tiempo. ¿Y mis papeles? ¿Tus papeles? Ahora eso está en manos de Courtois. Yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer, habla con él.

Tom, Stella y Adrian se habían instalado con Léonie en casa de Georges y Suzon. Si queremos ser eficaces, es mejor que estemos juntos, había explicado Georges, y Stella había reconocido que tenía razón. Revisaba el periódico todos los días y estaba clarísimo que no salía nada. Marie le decía: estamos en verano, hay poca gente en la redacción, todo el mundo tiene la cabeza en otra parte, no es momento de actuar, sería como tirar agua en una cesta.

Vaya un verano, se quejó Stella dejando a un lado el periódico.

—Esto es culpa mía —repetía Léonie—. Me marcho.

—¿Para ir adónde? —replicó Stella—. Deja que nos ocupemos nosotros, mamá. Tú descansa, recupérate, ya saldremos de esta. ¡Hemos vivido cosas peores!

—No —insistió Léonie—. No hay ningún motivo.

—Sí —decía Stella—. Sí hay un muy buen motivo: nadie tiene derecho a imponer el terror.

Georges se callaba, Suzon suspiraba, Léonie se hundía en su silla y repelaba el borde del mantel de hule.

Todas las noches lo mismo.

Las mismas discusiones inútiles, los mismos silencios densos. Georges cavilaba: está clarísimo que nos quitará la granja, seguro, y Suzon detectaba la preocupación en los ojos de su hermano. A Stella le exasperaba la espera. Dormían mal, estaban cansados, chocaban sin querer y se excusaban cada vez menos.

Y pasaban los días, idénticos unos a otros y cada vez más agobiantes. No había nada que decir. Solo cabía esperar.

Violette había ido a verles.

Se habían tomado un café juntas al sol, en el banco de piedra. Los perros se habían tumbado a sus pies, jadeando. *Héctor*, el loro, se negaba incluso a salir de la jaula para ver a la chica del tiempo. *Hot! Hot!*[36]

Hacía un calor pesado, como pegajoso. Tom hacía guardia desde

la ventana de su cuarto. Georges leía su periódico con la escopeta al alcance de la mano. Léonie y Suzon pelaban judías verdes en la cocina.

—¿Y? ¿Dónde está la noticia? Yo no veo que salga nada —había dicho Violette.

Stella se había encogido de hombros.

—Marie no puede hacer más, no es ella quien decide los temas. Es el redactor jefe. O los periodistas. Están todos cagados de miedo. Y yo sola, ¿qué quieres que haga?

—¿Les has dado los documentos y ellos no hacen nada? ¡Es increíble!

—Es así... Duré espera. Courtois se ha vuelto a ir a dar vueltas por no sé dónde. A lo mejor han renunciado, pero la verdad es que no lo sé. No hacen acto de presencia. Ya te digo que estoy completamente sola.

—Vaya, pues... ¡No es muy esperanzador todo esto!

—Me queda una baza. La portada del periódico... Si se la pongo delante de las narices, es capaz de suicidarse, ¿no crees?

—Es posible. No es el tipo de tío que afronta un escándalo.

Violette se había recogido el pelo suspirando: hace demasiado calor, eso crispa los nervios. Había añadido:

—En cualquier caso, yo abandono. He puesto la casa de mis padres en venta y me largo.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo a París. En este agujero no hay nada que hacer.

París, había fantaseado Stella. París...

No tenía noticias de Joséphine Cortès.

Pero eso no era lo más importante.

¡Y se había vuelto a olvidar de devolverle el libro a Julie!

De Julie tampoco tenía noticias.

Julie estaba enamorada.

Le había dado las vacaciones de verano sin rechistar. Stella habría podido pedirle la luna y se la habría dado, y el sol también.

—De todas maneras se me hace raro compartir el cuarto de baño con Léonie —protestaba Georges por la noche cuando se metía en la cama y hacía crujir los muelles del colchón.

Él dormía con Suzon. Stella y Adrian estaban en su habitación

con Tom, y Léonie en la del niño.

—Vivimos una época rara —protestaba—. ¡Nada está en su sitio! Yo no me acostumbro. ¿Qué debo hacer cuando ella está detrás de la puerta esperando para lavarse los dientes, eh? ¿He de disculparme?

—Haz como si fuera lo más normal. Acabas de lavarte los dientes y le cedes el sitio —decía Suzon—. Y no te olvides de pasar un paño antes de salir para que quede bien limpio. No dejes pelos de la nariz por ahí...

—¡Oh! ¡Me crispas los nervios con los pelos de mi nariz!

Abría la sábana y se dejaba caer en la cama.

—De todos modos esto no es normal. Cada cosa en su sitio. ¡Eso no me lo quitarás de la cabeza!

—Pues haz como si estuviéramos en guerra, entonces no hay más remedio que cambiar de costumbres...

—¡Es que estamos en guerra, Suzon, estamos en guerra! ¿O es que crees que él va a dejarnos en paz, sin más?

—¡Pero no irás a entregársela a ese salvaje!

—No —refunfuñaba Georges—, claro que no. ¡Pero esta historia acabará mal! ¿Cuánto tiempo vamos a vivir así? ¿Lo sabes tú, tú que eres tan lista?

—Pues viviremos al día, simplemente. Tú mismo lo dijiste.

—¡Ojalá me hubiera callado esa noche!

No paraba de dar vueltas. No había sitio para él en la cama de Suzon. Ella tenía su hueco, pero él no paraba de rodar y chocar con ella, y eso le hacía gruñir más todavía.

—¡Venga! ¡Duérmete! Pronto te tocará guardia. Estás desperdiciando horas de sueño.

—¿Te crees que voy a dormir? ¡No puedo dormir, no me llega la camisa al cuerpo, y además esta cama está hecha para ti sola!

—¡Duérmete, te digo! Si no lo haces por ti, hazlo por mí. Yo necesito descansar, ¡si no no me aguantaré de pie!

—¡Oh! ¡No se te ocurra echarme la culpa encima! ¡Solo faltaría eso! ¡Todas las mujeres sois iguales!

Protestaba y protestaba y al final se dormía.

—¿Entonces es verdad que vives en París? —susurra Stella tumbada junto a Adrian.

Él esbozaba su media sonrisa y decía: pues sí.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Quería protegerte, por si a él se le ocurría preguntártelo.

—Pero si ya sabes que yo lo sé todo de ti...

Él la abrazaba más fuerte, le daba un beso en el pelo y suspiraba:

—Ya sabía que algún día me pillarías. ¡Eres demasiado lista!

Tom escrutaba la oscuridad desde la ventana. Oía a sus padres hablando en voz muy baja en la gran cama de Georges, y se decía que nunca en su vida había sido tan feliz. Los tres en la misma habitación, bajo la misma oscuridad, los tres juntos afrontando el peligro, y él velando su descanso.

No habría cambiado su sitio por nada en el mundo.

Aquel era el verano más bonito de su vida.

Léonie no podía dormir.

Con sus enormes ojos abiertos, bajo las sábanas de Tom y Jerry de la camita de su nieto, se sentía culpable de trastocar la vida de sus seres queridos. Debería marcharme, pero ¿a dónde iría? Ya no tengo casa. La mansión de mi infancia se ha convertido en una colonia de vacaciones para extranjeros. Nunca he vuelto allí. Por lo visto han instalado sanitarios en todas partes, y filas de percheros en los pasillos, y han tirado paredes para hacer dormitorios comunitarios. Por lo visto este verano ha habido varios cortocircuitos e incluso un amago de incendio. ¿Y el jardín? ¿Se suben a mis árboles los niños? Me gustaría tanto volver a ver esos árboles antes de...

¿Antes de qué?

No lo sabía. Y eso la atormentaba.

Entonces una noche...

El 10 de agosto.

Adrian no estaba, ellos habían terminado de cenar, y discutían quién haría el primer turno de guardia.

Aquella noche, Stella había apoyado las dos manos sobre la mesa, se había levantado, había pasado una pierna por encima del banco y había dicho: ya basta, esto no puede continuar así, nos volveremos locos, hay que hacer algo.

—Georges —le había ordenado—, tú te quedas aquí y vigilas a mamá y a Suzon. Tú, Tom, haces guardia y si oyes o ves algo

sospechoso, avisas a Georges. Yo me voy.

—¿Y adónde vas? —había preguntado Georges, apartando su *Rustica.*

—Me voy.

Primero había pasado por su casa, por su habitación.

Ellos se habían quedado esperando sin decir nada. Se miraban y se preguntaban qué debía de tramar Stella.

Ella había vuelto. Llevaba el anorak puesto, aunque no hacía frío. Más bien hacía un calor sofocante, incluso de noche. Era como una capa densa y pegajosa que se les pegaba al cuerpo. Suzon se esforzaba en crear corrientes de aire sin demasiado éxito. Todos trataban de economizar los gestos y estiraban el cuello para atrapar el menor soplo de aire.

Ella les había mirado, con el sombrero echado hacia atrás, y se había ido.

Sin decir nada.

—¿Se marcha al Polo Norte o qué? —había preguntado Georges, por decir algo.

Nadie había contestado.

Habían oído el motor del camión, y la primera que entraba...

—Esto es muy propio de Stella —había suspirado Georges—. Irse sin contarnos nada y dando órdenes...

—Déjala —había dicho Suzon—. Ella sabe lo que hace.

—Suzon tiene razón, hay que confiar en mamá —había añadido Tom.

Léonie estaba muy callada.

Y luego había dicho: yo sé por qué se ha puesto el anorak. Se viste de hombre porque eso le da valor, siempre lo ha hecho.

Él está espatarrado en el sofá en calzoncillos, con el ventilador delante.

Es agradable un ventilador. Se ha comprado uno para él y otro para su madre. Fue al Carrefour de Saint-Chaland. La cajera le sonrió y le dijo: ¿qué tal, señor Valenti?

Se pasa cubitos de hielo por encima del pecho. Coge uno. Lo chupa. Podría hacer cubitos al aguardiente, sería muy refrescante. Su madre duerme en la habitación de al lado. Ha acabado dándole un somnífero porque le trae loco por culpa de este calor. Se busca las

piernas por todas partes, delira, le acusa de habérselas llevado y de haberlas metido debajo de la cama. ¡Devuélveme mis piernas!, grita, ¡devuélveme mis piernas! ¡Pero yo no las tengo, mamá, te lo juro! ¿Qué iba a hacer con ellas? Pues ¿dónde están? ¿Eh? ¿Quién las ha cogido si no has sido tú? Y luego extiende la mano, palpa y comprueba que están ahí, ¡pero si están aquí, las noto! ¡Pero no las veo, Ray! ¡No las veo! ¡Me he vuelto ciega, Ray! ¡Soy ciega! Él se pregunta cuánto durará el efecto del somnífero. Calcula que le quedan unas tres horas de tranquilidad.

Y después, volverá a empezar el circo.

¡Me cago en la leche!, gruñe. ¡Me cago en la leche! ¡Ha tenido que llegar esta jodida canícula justo cuando las cosas empezaban a ir mejor, a calmarse! Ya no había carteles en el vestíbulo, ni anónimos vengativos en el buzón, la gente había dejado de murmurar Huevoseco a sus espaldas, e incluso había quien le sonreía. Debían de pensar que era mejor volver a ser amigos suyos, por si las cosas se arreglaban.

Y se arreglaban. Lo percibía claramente.

Todo pasa, ¿verdad? La gente tiene mala memoria y olvida enseguida. Ya no tendrás que esperar mucho para volver a los negocios. Bastará con un empujoncito, y todo volverá a funcionar sin que tengas que forzar la máquina siquiera. ¡Venga, chaval! ¡Un cubito en el cuello y un golpe de ventilador por todo el cuerpo! Y un vasito de anís con agua para acompañar. Sí, esto es nuevo. Ahora habla solo. No tiene otro remedio. Se ha convertido en el mejor amigo de sí mismo. Pronto, si todo va bien, volverá a tener amigos.

¡Solo hace falta que pase esta jodida canícula!

Porque este calor espantoso no le conviene. Nadie sale a la calle, no se entera de nada, no sabe qué pasa, si la cosa se calma realmente o no, si los polis han dejado correr la investigación. ¿Y si están dedicándose a rebuscar por todas partes? ¡A lo mejor estalla todo de repente, como una tormenta! No lo soportaría. Se suicidaría sin dudarlo. No sabe cómo, pero no sobreviviría a un escándalo. ¡Él, el mandamás de Saint-Chaland, en el banquillo de los acusados! ¡Qué vergüenza!

Eso le atormenta.

Aun así, está esperanzado. Hace muy poco esa chiflada le amenazó con lo peor y no ha pasado nada. No hay ningún indicio de que se haya puesto en marcha una investigación, nadie ha venido a

interrogarle. Esa imbécil ha vuelto a confundir sus deseos con la realidad.

Se rasca los testículos, se levanta, no hay nada bueno en la tele, puede ir a prepararse un anís con agua tranquilamente. Cuando todo esto se calme, a lo mejor se dedicará al golf. El golf es estupendo. Y además relaja. Le calmará los nervios. Va hacia la cocina, echa un vistazo a la habitación de su madre que se mueve, pero parece que está dormida, mira el reloj, todavía le queda un rato de calma, entra en la cocina, abre la nevera y saca la bandeja de los cubitos cuando…

Llaman a la puerta.

¿Quién demonios puede ser?, se dice y vuelve a cerrar la nevera de mala gana. Eso ha provocado una corriente de aire helado muy agradable. ¿Un amigo que vuelve? Lancenny o Gerson. Que viene a achantarse. Habrá que meterles en cintura a esos dos. Nada de hacerles creer que van a salirse de esta así como así.

Arrastra los pies por el linóleo. Hace demasiado calor para levantarlos. Demasiado calor para pegar el ojo a la mirilla. Venga, yo apuesto por Lancenny, es el más cobarde de los dos. Ha notado que el viento ha cambiado de rumbo y viene a hacer propósito de enmienda.

Vuelven a llamar. El tío está impaciente. Bueno…, ¡pues te esperas un poco, colega! Yo no soy tu criado.

—¡Sí! Ya voy —grita.

Se mira en el espejo del pasillo y esconde la barriga. Está guapo en calzoncillos. Ha perdido peso. Este calor le quita el hambre…

Abre los cerrojos de arriba, los cerrojos de abajo, quita la cadena, ya no se fía de nadie y se parapeta, ¡no vaya a ser que vengan a buscarle las cosquillas, como dijo esa otra chiflada! Otra de las pullas que le soltó para hacerse la lista.

Abre la puerta con un gesto teatral, un gesto de hombre que perdona, que está dispuesto a perdonar, extiende la mano para estrechar la de Lancenny y…

—¡Mierda! —suelta—. ¿Qué coño haces tú aquí?

Al principio no la ha reconocido.

Lleva ropa de invierno.

Su anorak y sus zapatones.

—¿Estás loca o qué? —Se echa a reír con sarcasmo—. ¿Vienes disfrazada de muñeco de nieve? ¡Si vienes a chupármela, no llevas el modelito adecuado!

Ella le da una patada a la puerta y entra.

Cierra de un portazo.

—Pero ¿qué haces? ¡Estás en mi casa, mierda! ¡Aquí no se entra así!

—¡Cállate, Ray! ¡Cierra la boca y siéntate!

Le empuja hacia el salón, hasta el sofá. Él la mira fijamente, atónito, y se deja hacer. ¡Venir a desafiarle a su casa! ¡A su casa! ¡Hay que tener valor! ¡No le gusta quedar como un cretino en calzoncillos, delante de esta imbécil!

Ella le empuja. Le hace caer.

Él se derrumba sobre el sofá y ella se queda ahí, plantada frente a él.

—¡Y estate quieto! Llevo un arma debajo del anorak. Por eso parezco un muñeco de nieve, como tú dices. Un arma mortal.

Le mira de arriba abajo. ¡Mierda! ¡Es muy alta!

—¡Estás muy elegante en calzoncillos! —dice en tono de burla—. ¡Muy elegante! ¡El preferido de las damas!

—¡Me importa una mierda! ¿Qué carajo haces aquí?

—He venido a hacerte una visita de cortesía.

A él no le gusta esto. Huele mal. Ella parece muy tranquila bajo ese disfraz. Sujeta algo bajo el brazo derecho. ¿Un arma? ¡Está chalada esta tía!

Trata de levantarse, pero ella le da un golpe en el hombro y le obliga a volver a sentarse.

—¡Que no te muevas! —ordena—. ¡Escucha! ¡Abre bien las orejotas! Más te vale seguir sentado para encajar el golpe.

—¡Puta! —vocifera él—. ¡Déjame en paz! ¡No tienes derecho! ¡Estás en mi casa! ¡Esto es una propiedad privada!

—No te preocupes. Me iré enseguida.

—Vale, pues... venga, suéltalo y lárgate.

—Tranquilo. Solo estoy disfrutando un poco. ¿Te molesto? ¿No te dejo ver la tele? ¿Qué estabas viendo, por cierto?

—No sé. Me da igual.

—¡Ah! Es para tener compañía. Tienes razón, toda la razón. No te deben de quedar muchos amigos.

Stella trata de tragar saliva. El sudor le cae a chorros por la espalda, bajo los brazos, en el vientre. La cabeza le da vueltas. Ha esperado mucho tiempo este momento. Tenerle delante, meterle los

morros en su propia mierda. Hundirle hasta el fondo. Para que solo piense en una cosa: en suicidarse. Stella juega fuerte. Esto puede funcionar o no. Nunca se sabe con tipos de esta calaña. Hace falta valor para hacer algo así y Ray Valenti es todo menos valiente.

El último clavo, se dice ella, el último clavo. No puedo colarme. Le tengo, pero cuidado, no puedo permitirme ningún error, tengo que jugar con astucia. Y ante todo conservar la sangre fría. La rabia lo estropearía todo.

Stella respira hondo.

Él patalea, incómodo, en el sofá.

—Me pregunto si hay tele en la cárcel. Quiero decir si los presos pueden verla en la celda.

—No tengo ni idea y me da igual.

—Pues… te convendría informarte.

—¿Y eso por qué?

—Precisamente me preguntaba si te lo digo enseguida o espero un poco. Me apetece saborearlo, ya ves. Es un momento que espero desde hace mucho.

—¿A qué esperas? ¿A que los cerdos vuelen? ¡Pues esperarás toda la vida, mema!

—Ya estamos con los insultos… ¿Será síntoma de impotencia?

—¡Que te jodan! ¡Que te jodan!

—¿Lo ves? ¡Continúas igual! En el fondo, aparte de insultar, dar palizas y aterrorizar a la gente, no sabes hacer gran cosa.

—¡Blablablá! ¡Adelante! ¡Disfruta!

—Eso pretendo… Por eso me lo tomo con calma. Por ejemplo, siempre me he preguntado por qué salvabas a la gente, Ray. Quiero decir cuando irrumpías en un incendio… ¿Qué te impulsaba a ser generoso, a jugarte la vida? Esto es lo que no entiendo de ti. El resto es fácil. Es fácil aterrorizar a las mujeres, pegarles, violarlas, pero salvar niños, salvar vidas humanas, eso me extrañaba de ti. No lo entendía. Por eso he dudado algunas veces. Te veía hacer el papel de héroe y superponía la imagen del hombre que pegaba a mi madre, que entraba en mi cuarto por la noche, y me decía: aquí hay algo que chirría… Eso me preocupó durante mucho tiempo.

—¡No sabes cuánto me alegro! En cuanto a los incendios, si no me hubieran obligado a jubilarme, habría continuado. Nunca he sido

tan feliz como cuando subía a esa escalera. ¡Jamás!

Sonríe con cierta expresión de nostalgia.

—Tú no puedes entenderlo, eres una tía. Pero cuando estaba ahí arriba, rodeado por las llamas, era más fuerte que todo. ¡Más fuerte que el fuego, más fuerte que las ráfagas de aire, más fuerte que las esquirlas de madera y de acero! Yo era Ray el héroe, y eso estaba bien. ¡Mierda! ¡Era estupendo! Oía a la gente gritar ahí abajo, sabía que contenían la respiración, que no me perdían de vista, les tenía en vilo y me empalmaba, me empalmaba...

—¡Ah! Entonces era eso... ¡Una cuestión de polla!

—Llámalo como quieras, pero tenía una erección de caballo.

—¿Hasta ese punto?

—Pues sí. Hasta ese punto. Pero tú no puedes entenderlo, eres una tía, un agujero donde meterla. ¡Me gustaba mucho meterte mano, me gustaba forzarte y oírte chillar, con eso también me empalmaba, joder!

Se manosea el sexo y la mira.

No enervarme, no gritar, no pegarle un puñetazo y perder el equilibrio, conservar la calma. Calma. Respira, Stella, respira. Te está provocando. No caigas en la trampa.

Su corazón empieza a latir de una forma extraña. Se desboca, le golpea el pecho, la cabeza le da vueltas, cree tener náuseas, ganas de vomitar.

Traga saliva, da un golpe en el vacío con la cabeza y recobra la compostura.

—Pero ¿qué te han hecho las mujeres, Ray, para que las trates así?

—Nunca lo he pensado. Pero cuando les pegaba, cuando me las tiraba, cuando les pegaba un polvo rápido, sentía lo mismo que en un incendio. Menos intenso, si quieres, pero prácticamente lo mismo. Me sentía indestructible. Y además, veía el miedo en sus ojos. Eso me gustaba... Me inspiraba.

—¡Vaya, pues sí que lo has pensado!

—Bueno, estas últimas semanas he tenido mucho tiempo.

—No me extraña...

—¡Pero todo esto cambiará! ¡Cambiará!

—Quizás no como tú crees.

—Ah, vaya... ¿Tienes noticias?

—¡Algo mejor que eso!

Oyen a Fernande gritar desde la habitación:

—¡Raymond! ¿Hay alguien? ¡Oigo voces!

—¡Vuelve a dormir, mamá, es un amigo que ha venido a verme!

—¿Un amigo? Pero ¿quién es?

—No le conoces...

—¿Y por qué gritáis?

—¡Porque no estamos de acuerdo! Pero enseguida se calmará, no te preocupes.

—Ah, bueno... ¿Luego me lo contarás?

—Sí. Vuelve a dormir.

—Ya no tengo sueño, Raymond. Tengo sed.

—Espera un momento. Ya voy. Escucha un poco la radio. Te la he puesto debajo de la almohada.

Se vuelve hacia Stella y le explica, relajado y amable:

—Tiene una radio pequeña que la ayuda a dormirse. Cosas de viejos. Les cuesta coger el sueño y escuchan la radio para amodorrarse. Le he comprado el último modelo, con un temporizador. Así al cabo de una hora la radio se apaga sola y no la despierta. Y gasta menos pilas.

Stella asiente.

—Cualquier ahorro es importante, desde luego.

Ya no se oye a Fernande, solo el rumor lejano de la radio que acaba de encender.

—¿Estás bien, mamá? —grita Ray.

—Sí, cariño. Me lo contarás, ¿eh?

—Sí. ¡Venga, duérmete!

—¡Hasta mañana, hijo!

—Hasta mañana, mamá.

Ray sonríe como diciendo: sí, ella es así, pero es mi madre y la quiero.

—¿Podemos hablar tranquilos ahora? —pregunta Stella—. ¿No nos molestará más la vieja?

La voz de Fernande le ha provocado recuerdos. Escalofríos de miedo que surgen en su vientre, que le inmovilizan las piernas y le llegan hasta los dedos, que se le han quedado helados. Tiene las sienes a punto de explotar.

—Volverá a dormirse con el aparato pegado a la oreja.

—Ah…, bien. Porque, mira, tengo que enseñarte una cosa. No he venido aquí para charlar. Hay un motivo, Ray.

Él la mira, intrigado.

—Tienes una escopeta, ¿es eso?

—Tengo algo mejor que eso.

Él se altera y se incorpora de golpe. Trata de levantarse. Pero Stella le hace caer otra vez de un empujón.

—¡No te muevas, te he dicho!

—Dime, ¿por casualidad fuiste tú quien le disparó a Turquet?

—¿Yo? ¿Qué podría tener yo contra Turquet?

—No erais buenos amigos precisamente…

—¡Ah! ¿Te refieres a que le dio una paliza a mi madre y mató a mi perro? ¿Estás de broma? He vivido cosas peores contigo. ¡Mucho peores!

Él se calla. Se mete la mano en el calzoncillo, hace chasquear la goma.

—Pues algo me dice que fuiste tú.

—No, lo siento. Yo no me habría arriesgado a que Turquet me pillara. No valía la pena. Yo apunto más alto. Mucho más alto.

—Ah…

—Yo voy detrás de ti.

Él se echa a reír. Busca un cubito de hielo en el cuenco, pero solo queda agua helada y se echa gotas sobre el pecho suspirando de placer.

—¡Bueno, pues lo tienes perdido!

—¿Tú crees?

—Ya lo ves… Desde que me amenazaste en el hospital, no ha pasado nada. ¡No tienes ni idea!

—¿De verdad crees eso?

—Pues sí. Esperé. Leí el periódico. Pensé que quizás tenías razón, que Violette me había vendido y que todo se sabría. ¡Y luego nada! ¡Nada en absoluto! Y no solo no he tenido el menor aviso, resulta que

de repente la gente se ha vuelto... ¿Cómo te lo diría? Se han vuelto amables. No como antes, eso está claro, pero digamos que van por el buen camino. ¡Así que todo eso que me dijiste me temo mucho que son cuentos!

—Pues yo no lo creo.

—¡Tú nunca quieres creerme! ¡Nunca! Ese es tu problema, Stella, que no te fías de las personas.

—¿Sabes qué, Ray? Vas a quedarte sentadito, tranquilamente, y vas a abrir bien los ojos. Porque lo que vas a ver no es ninguna tontería.

Él sonríe, divertido, coge unas cuantas gotas heladas y se salpica el vientre.

—Me haces gracia. Siempre me han hecho gracia esos aires de justiciera de pacotilla. Siempre con mala cara, siempre buscándome. ¿Crees que me das miedo? Pues te equivocas. Podría matarte con una sola mano si quisiera, pero te dejaré hacer. Te concedo este último capricho.

—Pues fíjate bien, Ray, fíjate bien, pero sin tocar nada, porque esto pienso enmarcarlo y colgarlo en mi habitación.

—Venga, venga... ¡Me muero de miedo! ¡Pobre idiota!

Se carcajea y junta las manos detrás de la nuca, como si estuviera tostándose al sol en una tumbona.

—¡Venga, suéltalo!

Stella abre el anorak, saca la primera página de *La République libre* y la despliega delante de las narices de Ray.

—¿Sabes leer o te lo leo yo?

Ray lee el titular y se incorpora de golpe, como si le hubieran picado. Se pone pálido y se echa hacia atrás.

—¿Qué es esto?

—Es la primera página del periódico de mañana.

—¡No es verdad! —grita.

—¿Cómo que no es verdad? Mi amiga Marie acaba de pasármela. Lista para imprimir. Esa investigación de la que te había hablado por fin ha dado resultado y estás acabado, Ray. Acabado. Por eso he venido a verte... Me he dedicado a disfrutar un rato, pero ha sido estupendo verte tan relajado en calzoncillos, tan confiado y sonriente. Ha sido casi conmovedor.

—¡Pero esto es imposible! —Está furioso y le da puñetazos al sofá.

—Las cosas son así. Y si después de cierto tiempo la gente vuelve a ser amable contigo, es porque saben que estás acabado. Mírala bien, no me he inventado yo esta portada. Yo sabía que te estaban investigando, no era un farol cuando te lo dije en el hospital. Aunque no sabía que tardaría tanto. Han debido de interrogar a mucha gente, seguir pistas, dar la tabarra a Lancenny, a Gerson, a Violette también. Ella fue la primera que te denunció.

—¡Menuda cerda!

—Ella me contó esa historia de Miss Tif-Tif. Eso fue lo que lo provocó todo. Porque, ya ves, Ray, nunca hay que humillar a las personas, jamás. Es peor aún que birlarles la mujer o la pasta.

—¡Menuda cerda!

—Bueno, la verdad es que tengo que reconocer que yo también la ayudé un poco. La puse en contacto con Duré, con Courtois. A ellos también les humillaste. Y mi amiga Marie nos ha echado una mano. Trabaja en el periódico y ha impulsado la investigación. ¡Va a ser una gran historia!

Stella le vigila con el rabillo del ojo y reprime su alegría desbordante. Debe ceñirse a los hechos.

Él ha bajado la cabeza, aprieta los puños y repite: ¡guarra, guarra, me he dejado joder!

—«La caída de un héroe». Eso es solo el titular; en el interior está la investigación y todas tus fotos antiguas. ¡Con Chirac, con el alcalde, con el prefecto, con PPDA![37] Está incluso la portada de tu libro. Durante los próximos días solo se hablará de ti. Esta es la parte buena. La parte mala es que mañana dormirás en la cárcel...

Apenas ha terminado su perorata, Fernande vuelve a chillar.

—¡Raymond, ven a ver!

Ray no se mueve. Menea la cabeza, impotente, inerte.

—¡Hazla callar! —gruñe Stella—. ¡Todavía no he terminado!

—¡Raymond! —grita Fernande—. ¡Te digo que vengas!

—¿Qué pasa? —dice Ray sin hacer el menor gesto.

Stella se mantiene a distancia. Por si es una trampa.

—¡Hay un incendio en la residencia Bourrachard! Acaban de decirlo en la radio, en France Bleu.

—¿Un incendio en la residencia? —vocifera Ray.

—¡Sí! Hay docenas de niños atrapados en las habitaciones. ¡Ven a

verlo, Raymond!

Stella palidece. La casona de su madre. Léonie se la enseñaba desde lejos cuando la llevaba a la piscina, o cuando iban juntas a comprar a Carrefour.

Enrolla la portada. La mete en el bolsillo interior del anorak. Protegida bajo el brazo. Él no la buscará allí.

Oye a Fernande que se desgañita desde la cama, muy alterada.

Ray continúa impertérrito. Doblado sobre sí mismo.

Stella le observa, satisfecha. El reinado de Ray Valenti ha terminado. Ella había pensado que después de ver la portada solo tendría una cosa en mente: pegarse un tiro en la cabeza, atiborrarse de tranquilizantes, ahorcarse o tirarse al río. O quizás abrirse las venas. Le dejaba escoger. Era un farol, sí, pero ella conocía a Ray Valenti. Estaba dispuesta a apostar que no afrontaría la vergüenza de que le desenmascararan, de un pleito largo, de un escándalo enorme. No tiene suficiente valor para algo así. Pero ahora… el incendio… ¡Esto es aún mejor!

—Qué absurdo, ¿verdad? —murmura en voz baja—. Habrías podido empalmarte otra vez, volver a representar el papel del héroe. Y te lo habrían perdonado todo. Pero esta vez tú no te subirás a la escalera. ¡Qué lástima! Estás acabado, ya lo ves, nadie ha venido a buscarte. ¡Nadie! Deben de estar todos en la finca y tú, tú estás ahí como un tonto, tumbado en calzoncillos en el sofá. ¡Eres viejo! ¡No eres nada! Y lo que es peor, mañana te detendrán. Te resultará raro, ¿eh?

Ray le lanza una mirada asesina.

—¡Lárgate! ¡Lárgate o te parto la cara! —grita.

Ella retrocede. Sin perderle de vista. Va despacio hacia el pasillo. Oye la voz de Fernande.

—Te necesitan, hijito. No hay nadie mejor que tú para dominar un incendio. ¡Ve a enseñarles de lo que eres capaz todavía! ¡Ve a demostrárselo!

Stella, sin dejar de andar hacia atrás, abre la puerta de entrada. Ve la alcayata del cepillo para la ropa clavada en la pared. Cuando era niña miraba fijamente esa alcayata y se decía: cuando llegue a esa altura, seré mayor, me podré defender y entonces…

Ve a Ray que entra corriendo en el dormitorio de su madre. Oye a Fernande sermoneando a su hijo: ¡ve, Raymond, venga, demuéstraselo! ¡Ciérrales la boca! ¡Vamos, hijo mío, ve!

—Pero mamá... —balbucea él.

—Es el único modo, Raymond. El único modo.

—Pero hace mucho tiempo que no...

—Yo guardé tu uniforme, tu casco, tus guantes. Están en el armario de tu habitación, encima del estante, en una funda. ¡Ve, Raymond!

—¿De verdad piensas eso?

—¡No lo pienso, estoy convencida! ¡Tú eres el más fuerte! ¡Pero ellos lo han olvidado, simplemente lo han olvidado!

Ray baja la cabeza y musita: sí, mamá, tienes razón.

Stella vuelve a cerrar la puerta, murmura entre dientes: *yes!*, y vuelve al camión.

Ray entra en su cuarto. Abre el armario ropero. Extiende la mano hacia el casco. Fernande le ha sacado tanto brillo que parece nuevo. Pone la mano encima y suspira. ¿Cómo ha podido tener fuerza para hacer eso? ¡Es imposible, alguien la ayudó! De repente se avergüenza de ser tan cobarde.

—¿Lo has encontrado? —grita Fernande.

—Sí, mamá.

—¡La chaqueta te quedará un poco estrecha, pero no hace falta que la abroches hasta arriba!

Los botones de la chaqueta también brillan.

Y los guantes están flamantes, como nuevos.

Le cuesta ponerse el uniforme. Ha engordado. Se deja los botones sin abrochar.

Fernande le anima desde su habitación.

—¡«Salvar o morir», acuérdate del lema! Ven a verme cuando estés listo.

Él se abrocha el cinturón. Se pone los guantes, las botas.

Se presenta ante su madre.

—Estás muy guapo, hijo mío, muy guapo. ¡Les salvarás y volverás a ser un héroe! Dame un beso antes de irte.

Él besa a su madre. La abraza y le dice:

—Te quiero, mamá, te quiero.

—¡Y vuelve enseguida a contármelo! Seguiré tus hazañas por la radio. A lo mejor hablarán de ti, ¿eh?

Le brillan los ojos y tiene un poco de saliva pegada en la barbilla.

Él va a buscarle una botella de agua, le hace un gesto con la mano y sale del dormitorio.

Stella se ha quitado el anorak y ha guardado la portada del periódico bajo el asiento. Desde el camión, controla la salida de Ray Valenti. ¡Esperemos que no se desinfle!, murmura con los dedos cruzados, ¡Vosotros, los de ahí arriba, haced que no se escaquee! ¡Haced que se achicharre en el incendio!

Ve a Ray que sale del edificio muy tieso con su uniforme. Entra en el Maserati y arranca.

Va hacia la residencia Bourrachard. Ella le sigue con los ojos fijos en las luces traseras del coche.

¿Y si se le ocurre dar media vuelta?

Una multitud rodea la residencia. Hombres que corren en todas direcciones dando gritos. Coches aparcados en batería bloquean la carretera. La gente camina chillando: ¡es por aquí! Stella oye un estruendo creciente, como el de las olas al romper. La policía ha delimitado un perímetro de seguridad y contiene a la gente que se apiña y se pisotea. ¡Aléjense! ¡Aléjense!, gritan sin conseguir que les obedezcan. Hay padres con sus hijos en brazos o subidos sobre los hombros. Mujeres que se marean. Hombres que hacen muecas: ¡mierda! ¡Mierda! ¡Es un incendio! Stella oye gritos, comentarios: ¡quedan muchos niños dentro, están atrapados en el primer piso! ¡Dicen que son los pequeños, están en un dormitorio, debajo del desván, seguro que es un cortocircuito! Ya tuvieron un amago de incendio a principios de verano…

Cada cual da su opinión.

Stella se abre paso a codazos, se acerca todo lo que puede. Hay muchísima gente. Un montón de ambulancias, de coches de bomberos, de automóviles particulares. Nubes de polvo caliente, ardiente, que le impiden respirar. Ve cuerpos tumbados en el suelo, cuerpos que se mueven, que piden agua, que se retuercen. Personal médico que corre de uno al otro, se inclina, da órdenes, se vuelve a marchar.

Busca un sitio desde donde poder observar el trabajo de los bomberos. Se sube a una pequeña loma. Se coloca entre dos hombres y comprueba la extensión del incendio. Es un infierno. Una ráfaga

violenta aviva las llamas, los cristales explotan a causa del calor, el alquitrán del techado incendiado arde dejando regueros negros, aceitosos.

Se oyen unos gritos espantosos, salen mujeres atropellándose entre sí, hombres que reptan por el suelo, pidiendo socorro. Los bomberos recogen los cuerpos agotados que surgen entre las llamas, les conducen hacia los puestos de socorro, ya no saben qué orden obedecer. El fuego les ha superado.

Una humareda negra, densa y cargada de desperdicios en llamas oscurece el cielo.

El agua de las mangas de agua cae en tromba sobre la fachada y los bomberos retroceden por la presión. Han instalado la escala. Stella detecta un movimiento, un rumor creciente entre la multitud. ¡Es Ray Valenti, es Ray Valenti! Pero ¿qué hace ese aquí? ¡Está loco! ¡Es demasiado viejo!

—¡Es normal! —replica un hombre alto y delgado que se ha traído unos prismáticos—. No puede evitarlo. Un bombero siempre es un bombero, lo lleva en la sangre.

—¡Evidente! ¡A él nunca le han dado miedo las llamas! —responde un viejecito—. No es como los jóvenes de hoy.

—Criticar es fácil —replica el hombre alto—. ¡Me gustaría verle a usted! Han llegado demasiado tarde. El fuego ya se había extendido. ¡Mire, la pared de la izquierda se derrumba! Y luego caerá el resto. Esos críos no conseguirán salir.

Ray avanza. Despacio. Como al ralentí. Sopesa al enemigo, se coloca, busca dónde atacar. Parece un torero que entra en la plaza. La muchedumbre se aparta a su paso. Él se quita el casco y lo lanza con gesto arrogante. La gente corre a recogerlo.

Un murmullo recorre el gentío, que contiene la respiración.

Él sigue adelante, se dirige hacia sus jóvenes colegas que intentan apartarle. Parlamenta. Se impone.

Stella oye la palabra «tenaza», «atenazar el fuego», o algo parecido. No pierde de vista a Ray.

Un suboficial se acerca e intenta hacerle retroceder. Ray se resiste. Vuelve a hablar.

Y…

Todo pasa muy deprisa.

Él se zafa de repente e irrumpe en la casa cuando una bóveda se derrumba. Se le reconoce porque lleva la cabeza descubierta y por la

chaqueta cuyos botones ha arrancado la fuerza de las llamas. El aire caliente le hincha la ropa, que cuelga hecha jirones.

Desaparece.

—¡Se lo ha tragado! —grita una mujer.

—¡No! ¡Vuelve a salir! ¡Mirad! —grita otra.

La gente grita. Solo tienen ojos para Ray Valenti.

Él vuelve a la hoguera. Lleva una mascarilla en la boca y avanza encorvado.

La gente repite: ¡está loco! ¡Está loco! ¡Las llamas se lo tragarán! Pero vuelve a salir, con un niño en brazos. Se lo entrega a un bombero y entra otra vez.

La muchedumbre aplaude, fascinada por su valor.

Él entra y sale sin descanso. Saca a un niño cada vez, y se lo entrega al equipo de rescate que se congrega a su alrededor.

Se ha convertido en el centro de atención, en el centro del incendio.

Se ha quitado la chaqueta. Va en camisa, despeinado, con la cara tiznada. Vocifera, las paredes de la entrada se tambalean, hay que entrar por el lado, y los bomberos se desvían. Ha tomado el mando de las operaciones, todos le obedecen.

Se oye una explosión tremenda. La gente se tapa los oídos con las manos.

—Es una tubería de gas que ha debido de explotar —comenta el hombre delgado y alto—. Todo son paredes viejas, instalaciones viejas. No cumplen ninguna normativa. ¡Deberían haber hecho obras hace mucho tiempo!

Los bomberos retroceden ante el impacto. Algunos caen al suelo. La gran escalera se alza entre las llamas. Los hombres vacilan antes de subir.

Ray se lanza.

Un suboficial vuelve a tratar de impedírselo. Ray le empuja y trepa hacia el primer piso. Se da la vuelta para ver si le siguen, comprueba que está solo, arenga a los bomberos que permanecen al pie.

La muchedumbre contiene la respiración. Se oyen unos gritos. ¡Es una locura! ¡Una muerte segura! El riesgo de un segundo desprendimiento es inminente, pero Ray no se aparta. Sube hacia la

buhardilla en llamas, solo se le ve a él, su camisa blanca rasgada, su cabello gris, su torso que resplandece bajo las llamas.

Una mujer junto a Stella se extasía, ¡qué guapo, qué guapo es!

Él vuela sobre la escala, avanza y luego retrocede impulsado por la hoguera, vuelve a subir.

Es raro, piensa Stella, se parece a Tom cuando trepa hasta la copa de los árboles y grita: ¡mamá, mira! ¡Mira!, y yo le sigo con la vista temblando, mientras le veo saltar de una rama a otra. Ray salta por debajo de las llamas, saca un cuerpecito. Se burla del incendio, le entrega el crío inmóvil a un bombero que se ha atrevido a seguirle. Aparece un segundo niño, luego un tercero y un cuarto, arrastrados por Ray. Se forma una cadena de hombres con casco y guantes. Hombres que ya no tienen miedo, y que rescatan a los niños entre los marcos en llamas, uno a uno, bajo los aplausos.

Cada vez que salvan a un niño, la gente grita. ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh! Ray parece imparable y arenga a sus compañeros. A veces interrumpe su carrera para examinar el interior del piso, hace una pausa, se inclina y vuelve a empezar.

Le ordenan que se retire, pero él sigue avanzando más y más.

Cede otro trozo de pared. Él sigue subiendo y bajando por la enorme escala.

La confusión es total. El techo de la mansión es un enorme cráter que escupe vigas y barras de hierro. Estallan los cristales. La fachada no es más que una muralla pegajosa de materiales grasos y malolientes que gotean. Parece que escupa brea. Ray se protege los brazos para seguir avanzando.

—¡Debe de estar recibiendo por todos lados! —dice el anciano.

—¡Hay que reconocer que este hombre es un héroe!

—Esta no es la primera vez, ¿saben? ¡Yo le he visto hacer cosas más peligrosas aún! Aquí es muy conocido.

—Ah, sí... —dice el alto y delgado, con los prismáticos pegados a los ojos—. ¡Sea como sea les ha arrastrado a todos!

Sobre el terreno, la gente se abraza, se lanzan con desesperación sobre los cuerpos inconscientes, se oyen gritos de dolor.

Transportan a los heridos hasta las ambulancias.

Ha llegado la prensa. Las radios y la televisión local. Hablan de espaldas al fuego. Hacen comentarios. Interrogan a supervivientes, a una encargada del servicio de limpieza, a los monitores de la colonia de vacaciones.

Pronto todos están pendientes de un solo hombre, Ray Valenti.

Están escribiendo la nueva leyenda de un héroe.

Los focos le apuntan a él.

Ray les ve y levanta los brazos, hace la V de victoria.

La multitud grita y aplaude.

Él vuelve a posar, se aparta un mechón de pelo, se seca la cara.

Las cámaras y los teléfonos móviles filman este instante inolvidable.

—¡Le tengo! ¡Le tengo! ¡Es magnífico! —exclama un hombre, acercando su teléfono.

Ray se da la vuelta y vocifera una orden que no se oye.

Hace un gesto, rápido, rápido, y le tiran un casco.

Él lo rechaza, grita otra cosa. Pero no le oyen.

Un bombero encaramado en la escala le da entonces una manga contra incendios. Ray trata de cogerla pero el tubo se le resbala entre las manos empapadas de materia grasa, y se le escapa la manguera. Ray vacila, pierde el equilibrio y cae a la hoguera.

Se oyen gritos de horror:

—¡Se ha caído!

—¡No!

—¡Está muerto!

—¡Es increíble!

El hombre alto y delgado y el anciano bajito están en estado de shock.

—¿Qué le ha pasado? ¡Estaba a punto de conseguirlo!

—Le han distraído los periodistas, ¡es culpa suya!

Un silencio se abate sobre la muchedumbre, mientras el fuego derrumba por completo la estructura y la fachada.

Todo se desmorona con una explosión terrible, que tira a varias personas al suelo.

Stella espera, para asegurarse de que Ray no vuelve a levantarse.

Al cabo de un momento ya no ve nada. La humareda se orienta hacia ella, la asfixia.

Retrocede. Reconoce a Gaston Blandier, un antiguo compañero de Ray, y se acerca.

—Ha muerto como siempre había soñado —dice el hombre—. Ha tenido un final heroico. Era un héroe, siempre lo hemos sabido.

—¿Está muerto? ¿Está seguro? —pregunta Stella.

—Más que muerto, calcinado.

—Muchas gracias —contesta Stella, y se va.

Gaston Blandier la sigue con la mirada, estupefacto.

Stella abre la portezuela del camión y oye que alguien la llama.

Se da la vuelta y ve a Violette al volante de su Mercedes.

Violette baja la ventanilla y suelta:

—¿Y?

—Está muerto.

—Pues, vaya… —dice Violette como homenaje fúnebre—. ¡Entonces todo arreglado!

Y arranca.

Pobre diablo, piensa Stella.

Un día, volviendo de Lyon, ella había oído en la radio a un filósofo, Luc Ferry cree que se llamaba, pronunciar esta frase: «Pobre diablo, ávido de poder y de dinero». La había escrito un hombre llamado Albert Cohen y se refería a Pierre Laval. Ella había pensado que esta frase sería perfecta para la lápida de Ray.

En la granja, todos la esperan sentados alrededor de la mesa.

—Pero ¿vosotros habéis visto qué hora es? —exclama Stella—. ¡La una de la madrugada! ¿No os habéis acostado?

—Hemos seguido el incendio por la radio —dice Georges—. Suzon ha sido la primera en enterarse.

—Entonces ¿lo sabéis?

—¿El qué?

—Ray ha muerto.

—¿Tú le has matado? —pregunta Tom.

Léonie se sobresalta.

—No. Se mató él. Se cayó de la escalera.

—¿Directo al fuego? —pregunta Tom.

—Sí.

—¡Pues adiós muy buenas!

Léonie oye, pero no entiende. Mira fijamente a Stella como si esperara una explicación.

Stella la abraza.

—¿Estás bien, mamá?

Léonie no contesta. Le tiembla todo el cuerpo.

—¿Está...?

—Está muerto...

Y se echa a llorar.

Stella la abraza y le indica a Suzon que le dé un vaso de agua. Le da de beber a Léonie que menea la cabeza. El agua se le derrama por el cuello y encima del vestido.

—Voy a acostarla —dice Stella—, se encuentra muy afectada.

Son las seis de la madrugada en París. Hortense dibuja escuchando la radio. La noche ha sido larga. Ha dibujado sin parar. Jean-Jacques Picart tenía razón. A veces le maldice. Siempre la impulsa a ir más lejos, le hace repetir diez veces el mismo diseño. Pero ella no rechista. Vuelve a empezar sin decir nada. Se lo cobrará con creces. Sabe que un día él le dirá: ¡ya está! ¡Ya lo tiene! ¿Qué le dijo la última vez? «¿Cree haber encontrado su propio estilo? Puede ser... Pero todavía no se ha apropiado de él. Hasta que no lo tenga dentro y le salga solo, de manera natural, no lo habrá logrado».

Ella espera que llegue ese día.

Los informativos de la radio solo hablan del incendio de Saint-Chaland, en la colonia de verano de la residencia Bourrachard, muy cerca de Sens, donde unos niños alemanes que pasaban las vacaciones se han salvado gracias al valor de un solo hombre.

«Un hombre que se sacrificó, que dio su vida. Un héroe. Uno de esos hombres valientes de los que apenas se habla. Un hombre respetuoso, abnegado, honesto y recto. Entregado por completo al servicio de los demás. Se llamaba Ray Valenti. Su valor ya había destacado hace unos años y había sido condecorado por el presidente Chirac...».

El elogio fúnebre del tal Valenti continúa, y Hortense levanta la nariz de su dibujo.

¿Valenti? ¿Valenti? ¿No se llamaba así la mujer de la que le habló su madre? Léonie Valenti. Y vive en Saint-Chaland, ¿no? Con su hija, Stella. Esa hermanastra salida de no se sabe dónde. A su madre le afectó tanto saber que tenía una hermana que desde entonces no habla de otra cosa. En cada comida. Hortense acaba por no hacerle caso, pero Zoé azuza a su madre para saber más detalles.

—Entonces, ¿Lucien tuvo una amante? —preguntaba Zoé.

—Pues sí —comentaba Hortense—. Es algo que pasa hasta en las mejores familias.

—Y tú tienes una hermana —le decía Zoé a su madre.

—Sí —contestaba Joséphine—. Se llama Stella. Es la que conocí.

—Y es nuestra tía —decía Zoé.

—¡Solo faltaba esto! —se quejaba Hortense.

—¡Pero si está muy bien! —replicaba Joséphine—. A mí me pareció muy…

Y buscaba las palabras.

—¿Y a Léonie… irás a verla? —continuaba Zoé.

—Sí. Creo. Primero la telefonearé… porque tengo que estar preparada. Y ella también.

—Claro —comentaba Zoé—. Debe de ser raro… ¡Una hermana después de tanto tiempo!

Y las tres pensaban en Iris, y eso las ponía tristes. No se atrevían a pronunciar su nombre.

El silencio irritaba a Hortense que siempre acababa metiendo el dedo en la llaga.

—¿Se parece a Iris esta hermana nueva?

—No, la verdad —murmuraba Joséphine.

—¿Y cómo es? —decía Zoé para tratar de ahuyentar el recuerdo de Iris.

—¿Sabes esa actriz que se llama Tilda Swinton? —contestaba Joséphine.

—Sí. ¡No está nada mal!

—Se parece muchísimo a ella.

—¿Y qué hace en la vida?

—Es chatarrera… Bueno, trabaja en una chatarrería.

—¡Chatarrera! —exclamaba Hortense—. Debe de parecer un tío.

—Al principio yo la confundí con un hombre. ¿Os acordáis de ese que venía a mis clases y se marchaba antes del final? Pues era Stella.

—¡Era una mujer!

—Sí. Viste de un modo curioso, y la verdad es que de lejos puedes confundirla con un hombre, pero de cerca es muy guapa. Es muy alta, muy delgada, lleva un mono enorme, muy ancho, y zapatos gruesos. Pero aun así es muy femenina, transmite una sensación de fortaleza y fragilidad a la vez. Es curioso.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y cuatro, treinta y cinco, no me acuerdo.

—¿Y dices que es guapa? —insistía Hortense, como si le sorprendiera.

—Sí. Muy guapa. Muy emotiva...

—¿Y la conoceremos? —preguntaba Zoé.

—Si queréis...

—Yo sí que quiero —afirmaba Zoé.

—A mí me da igual —replicaba Hortense—. ¡La familia no es lo mío!

—Muchas gracias —decía Zoé, ofendida.

—No me refiero a vosotras dos, hablo en general. Pero con dos ya tengo de sobra. ¡No necesito toda esa parafernalia!

—Pues yo creo que la familia está bien —replicaba Zoé—. Y la nuestra es un poco escasa.

—¡Una chatarrera!... ¡Puede tener su interés en temas de *look*! —pensaba Hortense en voz alta.

—Tiene un hijo pequeño. Se llama Tom y tiene diez años.

—¡O sea que tenemos un primo nuevo! —exclamaba Zoé—. ¡Fantástico! ¡Tenemos un primo nuevo, Hortense!

Hortense le lanzaba una mirada torva.

—¡Como si nos hiciera falta! Y antes que nada, deja de comer. No olvides que eres mi maniquí. No puedes pasar de la treinta y ocho.

—¡Tengo hambre!

—¡Para! ¡Te pondrás como un tonel y ya no podré hacer pruebas contigo!

Y Hortense dejaba la mesa gruñendo que nadie la ayudaba.

—Me voy a trabajar.

—¡No paras de trabajar! Es un rollo —se quejaba Zoé.

—¡Es así!

Siempre tenían la misma conversación, sin llegar a ninguna parte.

Su madre tenía que decidirse, descolgar el teléfono y llamar a Léonie. Pero Joséphine se tomaba su tiempo. Odiaba actuar con prisas.

—¡Qué lenta es nuestra madre, lenta de verdad! —refunfuñaba Hortense cuando estaba a solas con Zoé.

—No es lenta, reflexiona. Es un asunto bastante importante... ¿No reflexionas tú cuando trabajas?

—Sí —decía Hortense—, no hago otra cosa.

—¡Pues entonces no te burles de mamá!

—No me burlo, lo constato. ¡Simplemente no corre tras las noticias!

—¡Pues mira, lo que yo constato es que últimamente tú no tienes noticias de Gary!

—¿Cómo lo sabes? ¿Me espías? ¿Lees mis mails? ¿Me miras el móvil?

—No, lo deduzco. Apenas hablas de él.

—Pues mira..., deduces mal. ¡Más vale que te ocupes de tus asuntos! Gary está en Escocia, haciendo arreglos en su castillo, nada más. Y yo estoy en París, labrándome una carrera. Pero el hecho de que no estemos juntos no es ningún drama. Es la vida. Tú ya deberías saberlo, Zoé.

Zoé se estaba durmiendo y no contestaba.

Es verdad que tiene pocas noticias de Gary.

Está en Escocia, en su castillo. Parece feliz.

Estoy bien, disfruto del castillo, toco el piano. Han venido unos amigos de Nueva York y ensayamos, improvisamos. Pensamos asistir a la master class *que Dudamel dará en Edimburgo. Estamos muy emocionados. ¿Tú le conoces? No, estoy seguro de que no conoces a Dudamel. Es un director de orquesta genial. Y por cierto, ¿cómo está usted, Hortense Cortès?*

Cuando la llama Hortense Cortès, es que la echa de menos y eso está bien. Es lo principal.

Está con esa chica, Calipso. Y con un tal Rico. Hacen música juntos. Pasean por las murallas, por el campo. Van a cenar a Edimburgo. Comen tripa de oveja rellena.

Él parece feliz.

Irá a verle cuando pueda.

De todos modos, tampoco se lo ha pedido, de momento.

Y está muy bien así.

No tendría tiempo para él. Se pelearían y eso le robaría energías. Tiene que resignarse: no está disponible.

¿Acaso Coco Chanel habría puesto a un hombre por delante de su famoso vestidito negro?

No.

Tiene largas reuniones con Junior. Hablan sobre la fabricación de

las telas. Telas inteligentes que, gracias a miles de nanoanillos integrados, se activan en contacto con el sudor, disuelven la grasa, miden la temperatura del cuerpo, el ritmo cardíaco, y envían todos los datos a un teléfono móvil o a un ordenador. Y hay mucho más: unos vestidos que purifican la atmósfera y están en fase de prototipo. Un invento de un químico y una estilista como ella. Otra chica... ¡Una rival! Tiene que darse prisa, sorprenderles. Registrar la patente. El tejido vive una auténtica revolución. Ella ya no sabe por dónde empezar.

De manera que, curiosamente, le conviene que Gary se pasee con amigos por sus murallas de Escocia.

—No pretendía ponerte triste, Zoé —dice, un tanto arrepentida por haber sido tan brusca—. ¡Pero no deberías chincharme!

—Yo tampoco quería que te pusieras triste. No sé por qué he dicho eso...

—Vale. Estamos de acuerdo. Me voy a trabajar. Si tienes algo que decirme me mandas un e-mail o un SMS.

Porque ya solo se comunican así.

Hortense no quiere que la molesten bajo ningún pretexto. ¡Estoy concentrada; por favor, no me habléis! Persigue una idea, profundiza en ella, le da todas las vueltas posibles, se lanza, la ejecuta y luego lo deja correr diciendo: ¡para ser creativa no hay que tener miedo de meter la pata!

El suelo está atiborrado de revistas, de fotos, de libros, de dibujos, de envoltorios de tabletas de chocolate, de anuncios antiguos, de bolsitas de té, de tapaderas de Nescafé, de cintas, de bordados. Una cerámica de Vallauris preside desde el centro de la habitación. Sus colores la inspiran. Hay dos jerséis de mezclilla viejos, procedentes del mercadillo de Vanves, hechos una bola, rodeados de muestras de tela, de vestidos de segunda mano, ropa de importación, revistas vintage, y en las paredes reproducciones de cuadros de Matisse, de Manet, de Cézanne, sus pintores favoritos.

Hortense se atraca de detalles. Se queda quieta durante un buen rato, luego abre el ordenador y dibuja.

Imprime y corrige la copia. Saca los rotuladores, los lápices de

colores, dibuja, rebaja, borra. Lo tira todo a la papelera. Se enfada y vuelve a empezar.

—Parece que estudies para la selectividad —dice Zoé al abrir la puerta.

—Acércate, quiero probar una cosa.

—¡Como si no tuviera nada más que hacer! ¡Eres una exagerada!

—¿Tú quieres que triunfe?

Zoé asiente, enfurruñada.

—Pues ven aquí y cállate.

Zoé esconde la barriga y no se mueve. Hortense prende con alfileres una tela sobre el cuerpo de su hermana, que deja de respirar por miedo a los pinchazos.

—¡Tienes que dejar de comer! ¡Yo ya no sé dónde estoy!

—¡Pero si no como nada! —gime Zoé—. ¡He perdido tres kilos desde que llegaste!

—Pues no es suficiente. ¡Pasa hambre!

Hortense sube al máximo el volumen de la música, frunce el ceño, saca la punta de la lengua, se mordisquea una uña, retrocede para estudiar el efecto de la tela en Zoé.

—¡Pero si ya tienes el maniquí Stockman! ¿No puedes hacer pruebas con él?

—No hay nada como un modelo vivo. En ti la tela tiene movimiento, en el Stockman se queda muerta.

—¿Es obligatoria la música tan alta?

—Sí.

—¿Y qué harás cuando el modelo esté listo?

—Haré que lo fabriquen en mi taller.

—¿Tienes un taller?

—Sí —gruñe Hortense, molesta por las preguntas de su hermana —. Lo paga Elena, por si quieres saberlo.

Hortense desplaza la tela. Está exultante. Se acerca el momento de llamar a Picart y decirle: ¡ya está, ya puede venir a ver!

Su primera obra. Un vestido corto escotado por detrás y por delante, con una falda al bies. Un modelo muy difícil de hacer. Quiere impresionarle.

Coge una aguja del alfiletero, ajusta el bies de la falda. Ahí está el quid. Si hubiera sido recta sería un vestido corriente, vulgar incluso, pero con la falda al bies roza la excelencia.

—¿Me puedo ir? —pregunta Zoé.

—Sí. Necesito estar sola para recapitular.

—¡Muchas gracias! ¡Nunca más volveré a asomar la cabeza por tu habitación!

Está prohibido dirigirle la palabra a Hortense hasta que deja de trabajar. Durante el desayuno, a veces durante la cena.

Hace unos horarios raros. El día y la noche ya no existen. El piso está invadido de máquinas de coser, de rollos de tela, de tijeras, de alfileres, de tejidos, de reglas enormes. Hortense le ha confeccionado unos patucos a *Du Guesclin*, para probar la resistencia de una marca nueva de corchetes. *Du Guesclin* se pasea por el piso levantando las patas como un perro de circo, y baja la cabeza, atónito y avergonzado.

Durante el desayuno Hortense está disponible. A esa hora hace una pausa, luego duerme un poco y vuelta a empezar.

En cualquier caso, se dice Zoé, es raro tener una hermana viviendo bajo el mismo techo y tener que comunicarme con ella por e-mail.

Pero tampoco está mal. Es novelesco. Es como la Marquesa y su hija. Ellas no vivían juntas pero describían su día a día en largas cartas.

Y además, a mí me gusta mucho escribir, se dice Zoé.

De la historia con Gaétan, Hortense se enteró por mail. No habría tenido la paciencia de escucharla. Habría suspirado, ¡venga, ve al grano, Zoé! ¡Tengo otras cosas que hacer!

Gaétan.

Pasó el examen de selectividad. Con un aprobado.

Zoé pasó el examen de selectividad. Con un sobresaliente.

A él no le gustó.

Al principio, no era grave. Era un detalle que ella mencionaba o no.

Pero luego se estropeó.

Sus amigos les preguntaban: ¿así que has aprobado? y tú, ¿has aprobado? Gaétan decía sí, Zoé decía sí, y ellos se alegraban, daban saltos y gritaban: choca esos cinco, y todo lo demás.

Y después, únicamente después, surgía la pregunta: ¿con nota?

Gaétan no decía nada. Zoé murmuraba: sí, con nota.

—¿Qué nota? ¿Qué nota? —insistían ellos.

—Sobresaliente.

A ella casi le daba vergüenza confesarlo.

Y él se encogía de hombros, miraba hacia otro lado, estrujaba la paja de la Coca-Cola con los labios. Totalmente inexpresivo. Dejaba de dirigirle la palabra. Se marchaba sin decir nada.

Al principio ella estaba incómoda. Intentaba ocultar su nota. No contestar a la pregunta.

Le había mandado un mail a Hortense y le había explicado la situación. La respuesta había sido clara: «Deja de excusarte. Un sobresaliente es genial. TIENES que estar orgullosa. Déjale incubar la rabia. Ya se le pasará».

Pero no se le había pasado.

Incluso se volvió ridículo, pequeño. Ella no se atrevía a decirlo en voz alta, pero parecía un gallo desplumado. Desnudo, sin plumas y haciendo quiquiriquí con unas alas minúsculas.

Ella fingía que...

Que todo se arreglaría.

Pero no se arreglaba.

Y un día...

Un día había pasado. La cosa más inconcebible que ella pudiera imaginar. La cosa más desconcertante, más inexplicable, más sorprendente, más asombrosa, más extraordinaria, la más...

Le había escrito un mail largo a Hortense.

¡Hortense, Hortense! Lee atentamente lo siguiente.

Ha pasado algo increíble.

Yo no sé qué pensar.

¡Tienes que decírmelo tú!

Mira, la otra noche...

Estábamos en la habitación. A punto de dormir.

Yo leía y Gaétan tecleaba en su móvil. Yo no sabía con quién hablaba, me daba igual. Estaba metida en las cartas de la Marquesa y no me fijaba en él.

Y entonces, en un momento dado, me puso la mano sobre el muslo y tuve ganas de que la apartara. No fue algo sin importancia, sino algo profundo: Gaétan me agobiaba.

Pasó así de repente, sin previo aviso.

Yo le miré y sentí un gran vacío.

No me pareció ni feo, ni tonto, pero ya no me apetecía.

Se acabó.

Vi mis patines, esos que mamá me regaló por la selectividad. Estaban al lado de la cama, desatados, y me dieron ganas de ponérmelos y marcharme lejos, lejos de él. ¡Me quedé mirándolos, mientras él me acariciaba el muslo y yo no sentía nada!

¡Hortense! ¡No sentía nada!

¿Es posible eso? ¿Así, de repente?

Tuve ganas de irme, de echarme a correr por las calles de París, de reunirme con otros chicos con patines, de patinar con ellos. De hacer un ballet. Me dije que con Gaétan no iba a ninguna parte, que ya no me quedaba nada que explorar, que ya me lo sabía todo de memoria.

Ese tema del sobresaliente me corroe por dentro.

Le guardo rencor.

Creo que ya no le quiero.

Ya no quiero llevar esa vida ordenada de pareja en casa todas las noches. No entiendo cómo pude haber deseado eso. Una vida gris marcada por una línea larga, una vida larga y plana como una autopista.

Ya no me parece nada emocionante vivir en pareja. ¿Te acuerdas? Tenía muchísimo miedo de que él se marchara, pero ahora me he liberado. Tengo ganas de patinar y patinar. Me gustaría hacer arabescos, salir de fiesta, ligar con otros tíos, conocer a un montón de gente. Gaétan y yo nos hemos convertido en algo que ya no me sobrepasa.

Es muy pequeño.

Ayer mismo, hablábamos del viaje del verano, ya sabes, queríamos ir a Bretaña en autostop, yo le dije que tenía muchísimos proyectos para después, para la vuelta, que a lo mejor prepararía una oposición de letras, que tenía que terminar de decidirme, él me miró y me soltó: «Pero ¿estás segura de que eres capaz?», con la boca entreabierta y sonriendo con una sonrisa que yo no le conocía, un poco burlona.

Una sonrisa que me rebajaba...

Y yo dije: «Pues claro».

Y él se calló y volvió a aparecer esa sonrisita tan burlona.

Yo me quedé helada, quería salir corriendo, zarandearle, decirle que se largara, que se fuera a dar la vuelta al mundo conmigo o solo, que se comprara un barco o que se fuera a hacer surf con los tiburones blancos. ¡Pero que hiciera algo!

Quería que recordara la lista de sueños que habíamos escrito juntos.

No dije nada, pero aquella noche, cuando me puso la mano en el

muslo, supe que se había acabado.

Ya no estoy en absoluto dispuesta a tomar decisiones por amor a Gaétan. Creo que él y yo hemos perdido el tren. Ya no tengo ganas. Cuando pienso en nosotros, mi cerebro se convierte en una especie de pantano donde yo misma podría ahogarme.

Dime, Hortense, ¿es normal o soy una imbécil?

La respuesta de Hortense había sido lapidaria, como siempre.

Es normal, es la vida. Es el deseo. ¡Aparece y no sabes por qué, y desaparece sin que lo sepas tampoco!

Gaétan se había marchado solo a Bretaña.

Ella no tuvo necesidad de explicárselo. Él lo había entendido. Zoé llegó a preguntarse si no estaba incluso aliviado de que se terminara. Sintió un pellizco en el corazón cuando comprobó que él no protestaba y se iba con una sonrisa en los labios. Solo le había preguntado: ¿has visto mi chaqueta de chándal? Está debajo de la cama, había contestado ella, molesta. ¿Acaso él pensaba: que te zurzan? ¿Acaso ella se había equivocado completamente con él, con ellos?

Había sentido un inmenso vacío interior. ¿Y si acabo de hacer la tontería más grande de mi vida?

Hortense había acabado con todo aquello. ¡Y colorín colorado, ahora conocerás a miles de chicos! ¡Tachán, tachán, te comerás la vida a mordiscos! Ven conmigo, me largo a Versalles a empaparme de belleza y descubrir miles de ideas.

Con Hortense todo va por miles.

Pasean juntas por el parque.

Hortense hace fotos. Se apropia de colores, de perspectivas.

—¿En qué piensas? —le pregunta a Zoé mientras enfoca con el zoom los nervios de una hoja.

—En el amor... Por qué un día amamos y al día siguiente ya no.

—El amor, el amor —repite Hortense, como si tratara de resolver un enigma.

Ya no está tan segura.

Su amor está expuesto sobre su mesa, en sus dibujos, sus pruebas.

Su boca, llena de alfileres, ya no recibe besos.

Sí pero... su boca ya no tiene hambre de besos.

Ella ama a Gary, pero sería muy molesto tenerle al lado día y noche.

Ella tiene la cabeza llena de diseños, de ideas, de telas que se desenrollan, se enrollan, se perfilan, inventan formas. Se siente omnipotente. Una reina en sus dominios. No necesita ni caballero ni vasallo.

¿Y si Gary se alejara de ella?

Aparca esa idea. Se dice: ya lo pensaré más adelante, más adelante, cuando haya terminado mi primer desfile.

Pero... ¿qué hace él en Escocia?

Forma un trío con esa tal Calipso y ese tal Rico, que menciona en unos mails cada vez más lacónicos, cada vez más cortos. ¿Es que se acerca a esa chica con esa pinta tan rara?

Porque fea no es, se dice Hortense. Eso solo lo piensan las personas tontas, insustanciales, atolondradas. Esa chica posee una belleza distinta.

¿Podría ser que esa belleza conmueva el corazón de Gary?

Hortense se queda mirando un conjunto de bolas de boj y tejos puntiagudos, que dibujan alrededor de un parterre motivos sutiles a base de formas redondas y alargadas. Se para. Le tiemblan los labios. Pero ¡si es un estampado! Y su apetito resurge con más fuerza. Saca su cuaderno de dibujo, se le ocurren miles de ideas.

Babea, babea.

Gary desaparece entre las curvas y las líneas creadas por un jardinero genial.

Ya lo pensaré más adelante, se dice.

Ya lo pensaré más adelante.

Aquella mañana, durante el desayuno, Hortense les comunica a Joséphine y a Zoé la noticia que acaba de oír en la radio.

Saint-Chaland. Un incendio. Ray Valenti. Léonie Valenti.

Joséphine suelta la tostada que estaba disfrutando, se seca la boca y declara:

—¡Sí, sí! ¡Es ella! Tengo que llamarla.

El titular a tres columnas de *La République libre* es sobrio: «Saint-Chaland pierde a su héroe». En el interior incluye un extenso artículo que resume la modélica trayectoria de ese bombero, de ese ciudadano valiente que todos recuerdan con lágrimas en los ojos.

Ray Valenti. Había honrado muy a menudo el nombre de Saint-Chaland… Había nacido allí. Ray Valenti, yo le conocía muy bien. Era amigo mío.

Ray Valenti… Volvía locas a todas las mujeres. ¡Tenía un magnetismo increíble!

Ray Valenti, un hombre de los que ya no hay. Tuvo una infancia difícil. Su madre era una pobre criada, su padre la había abandonado, ¡todo eso forja el carácter!

Todos hablan de él. En los periódicos, en la tele, en la radio. Le recuerdan con la voz entrecortada. Lancenny, Gerson, sus mujeres, el señor Settin, el farmacéutico, la señora Robert, el prefecto, el alcalde, todos aportan su versión y destacan el valor, la rectitud, la conducta impecable de Ray Valenti. Turquet se hundió en su silla de ruedas cuando se enteró de la noticia. La camisa se le empapó de lágrimas, ¡era mi amigo, mi amigo!, ¡la amistad es como el amor, pero no muere nunca!

El embajador de Alemania en Francia telefoneó a Léonie. La felicitó por el valor de su marido, le dio las gracias en nombre de los padres de los niños que Ray había salvado. Le comunicó que sería condecorado a título póstumo con la cruz de honor, reservada normalmente a los ex combatientes. Era un soldado, señora Valenti, un hombre caído en el campo del honor.

Léonie recibe los homenajes, abre las cartas de pésame. Está muerto, dice sin dar crédito, está muerto.

—Oye, Stella, ¿estás segura de que está muerto?

No se atreve a salir al patio. Se niega a quedarse sola. Se pega a las faldas de Suzon o de Stella. Sube a su habitación de la mano de Tom y cierra la puerta con llave.

Stella la observa, impotente. No sabe qué hacer, ni qué decir.

Está muerto, pobre diablo, pobre diablo.

Los funerales serán el jueves próximo.

Asisten todos.

Léonie va toda de negro. Georges y Suzon embutidos en sus trajes

oscuros. Tom, de la mano de su abuela, se encoge de hombros y mira a Stella, pero ¡si era un cerdo, mamá!, ¿por qué le hacen un homenaje? Lleva gafas de sol para disimular su mirada risueña.

—¡Hemos ganado! —susurra—. Ellos no saben que hemos ganado, pero nosotros sí.

El prefecto, el alcalde y su esposa. Toda la población de Saint-Chaland está aquí, recogida. Digna. En silencio.

Julie y Jérôme se cogen de la mano. Julie le da un beso a Stella y murmura: ¡por fin!, ¡adiós muy buenas!

Stella la abraza.

—¡Gracias! ¡Ya no puedo más, voy a explotar!

—Hemos venido por ti. No por él. ¡He estado a punto de traer una corona con la frase: «En homenaje a un cerdo»!

Stella reprime una risita nerviosa.

—¡Y aún no me has devuelto mi libro!

Duré y Courtois se excusaron. No enviaron ni flores, ni el pésame.

Turquet solloza en la silla de ruedas. Lleva un pantalón agujereado y sus manos enormes y nudosas tienen un aspecto tan descarnado como su expresión. Sujeta con la derecha una fotografía de Ray, mientras las lágrimas se deslizan por las arrugas que horadan su rostro.

Cuando bajan el ataúd pierde el control y grita: ¡le ha matado ella! ¡Es culpa de ella! Le miran con lástima, le indican con gestos que se calle. Entonces él se desgañita aún más: ¡y fue ella quien me disparó! ¡Ella! Se oye un murmullo entre los asistentes: ¡que se calle, que se calle! Pero ¡qué desvergüenza! Turquet, exasperado, da media vuelta y se coloca de espaldas a la tumba.

Stella ha estado a punto de no asistir, pero pensó que eso supondría abandonar a su madre. Imposible.

Va toda vestida de blanco.

A su lado está Adrian. Él también lleva gafas oscuras.

Cuando la ceremonia termina, empieza el desfile de dolientes que se acercan a consolar a la viuda y a la huérfana.

Stella estrecha manos, erguida, ausente. Muda.

No da las gracias.

Adrian mira hacia otro lado. Hace buen tiempo, ha bajado el calor. Una brisa fresca levanta las faldas negras. Las coronas de flores se amontonan sobre la tumba, el cementerio está lleno de gente que habla entre susurros. Oye a una mujer decir: ¡nunca se sabrá la

verdad, pero era un valiente, eso no se puede negar!

A él también le dan la mano. A partir de ahora forma parte de la familia. Esto es como una boda, piensa, una boda con gente que solloza y va vestida de negro.

Nunca volverá al pasadizo subterráneo. Ayer Courtois le trajo los papeles. Eres libre, Adrian, puedes volver a trabajar en la Chatarrería, siempre serás bienvenido.

Stella le dio las gracias. Edmond bajó los ojos y trató de explicarse:

—Habrían llegado, te lo prometo. Yo no lo habría dejado pasar. Julie me lo ha contado. Has sido muy fuerte. Estoy orgulloso de ti.

Stella no contestó.

Fernande no está presente. Se niega a creer que su hijo ha muerto. ¡Es una treta! ¡Él volverá! Y nos dejará a todos con la boca abierta. Fernande ha tirado la radio al suelo y la ha roto. ¡Mentiras!, grita, postrada en la cama. ¡Mentiras! La gente es envidiosa. Les gustaría que estuviera muerto porque es superior a ellos, ¡pero mi hijo no puede morir! ¡Volverá, yo soy su madre y lo sé!

Le han encontrado una residencia para que pase allí sus últimos días.

Cuando todo el mundo se ha marchado, los sepultureros han recibido su propina y el cementerio está vacío, Amina y Julie se acercan a Stella.

Se dan la mano las tres.

—Se acabó —dice Julie—. Se acabó la pesadilla.

Al día siguiente del funeral, Joséphine telefonea a Stella y pide hablar con Léonie.

Stella le da el teléfono a su madre y le indica con un gesto a Suzon que salga con ella al patio, para no incomodar a Léonie.

—¿Quién es ahora? —pregunta Suzon en voz baja—. ¿Alguien de Saint-Chaland? ¡No entiendo todo el alboroto que monta esa gente!

—Ven conmigo y te lo explicaré. Cogeremos una lechuga, si es que las babosas no las han destrozado todas.

Cuando Stella y Suzon vuelven a entrar en la cocina, Léonie está de pie frente al fregadero, lavando los platos de la comida.

—¡Deja, mamá! ¡Ya lo hacemos Suzon y yo!

—Yo no soy una muñequita de porcelana, hija mía —dice Léonie, y se da la vuelta.

Sonríe, y su sonrisa es auténtica. No es una sonrisa ausente, impresa en los labios para fingir que...

—He charlado un buen rato con Joséphine Cortès. Hemos hablado de Lucien. De la carta. Dice que él me quería.

—¿Y...? —pregunta Stella con ansia.

—Nos veremos. Está decidido. Ella vendrá aquí o yo iré a París. Me gustaría mucho ir a París. Tendré que comprarme un vestido y unos zapatos. Y una chaqueta... ¡Quiero estar a la altura!

Se le ensombrece la mirada y suspira:

—¡Pero no tengo dinero! ¿Cómo lo haré? No quiero que se avergüence de mí.

—Ya nos las arreglaremos, no te preocupes. ¡Serás la más guapa, la más guapa de todas las que pasean bajo la torre Eiffel!

Léonie no tuvo que esperar mucho para saber si podría comprarse un vestido y unos zapatos.

Heredó.

El dinero de Ray Valenti.

Se llevó tal sorpresa que se quedó con la boca abierta delante del notario.

—¿Es para mí? ¿Para mí? —repitió varias veces.

—Sí, señora Valenti. Todo lo hereda usted. ¡Y su marido ha dejado mucho dinero!

Cuando por fin lo entendió, Léonie se levantó, le dio las gracias al notario, se cogió del brazo de Stella y comentó:

—¿Y si fuéramos a comprar mi conjunto para París? Sé exactamente qué quiero llevar.

El notario, atónito, farfulló: ¡no ha disimulado siquiera! ¡Mujeres! ¡Qué criaturas tan extrañas! Nunca sabes qué tienen en la cabeza. El sexo débil dicen... ¡Menuda estupidez! ¡Unas coquetas, eso sí! ¡Venderían su alma por un vestido! Cada vez me gusta menos el género humano...

1. «Un día seré libre».

2. En español en el original las palabras en cursiva que se refieren al profesor

de español de los personajes. *(N. de la T.)*

3. Juego de palabras: Sens, sentido en francés. *(N. de la T.)*

4. Véase *Los ojos amarillos de los cocodrilos* (2010) y *El vals lento de las tortugas* (2011), La Esfera de los Libros.

5. Marcas de caramelos. *(N. de la T.)*

6. Apollinaire, *Le pont Mirabeau. (N. de la T.)*

7. «Dos son compañía, tres son multitud».

8. Tienda de segunda mano. *(N. de la T.)*

9. ¡Aburrido!

10. Presentación breve.

11. Ganador.

12. Perdedor.

13. El amor duele.

14. Te odio.

15. En español en el original los términos que aparecen en cursiva relacionados con los personajes cubanos. *(N. de la T.)*

16. «Es un trato».

17. *La esencia del estilo: historia de la invención de la moda y el lujo contemporáneo*. Ed. Nerea, S.A., 2008. *(N. de la T.)*

18. «Yo no quiero hacer la comida esta noche». «Yo no quiero ver a este hombre». *(N. de la T.)*

19. «Yo no ando» (ni siquiera un paso). *(N. de la T.)*

20. «Yo no coso un punto» (ni siquiera un punto). «Yo no como una miga (ni siquiera una miga). «Yo no bebo gota» (ni siquiera una gota). *(N. de la T.)*

21. «No como», «no veo», «no bebo». *(N. de la T.)*

22. Alain [filósofo francés, 1868-1951], *Définitions.*

23. A la mierda la verdad.

24. Pareja de cantantes que en 1973 obtuvieron un gran éxito con *Las góndolas de Venecia. (N. de la T.)*

25. Muchacha frívola. Midi (mediodía) + dinette (refrigerio). *(N. de la T.)*

26. Rainer Maria Rilke, *Cartas a un joven poeta.*

27. «A un amigo no se le puede pedir algo de lo que no es capaz».

28. Charmant, encantador en francés. *(N. de la T.)*

29. —¡Esto es la hostia! —¡Es la leche! —¡Una canción cojonuda!

30. «¡Deséame buena suerte!».

31. «¡Mucha suerte!».

32. «¡Artista trabajando!».

33. Alubias rojas.

34. Literalmente: «Me echaron del amor».

35. «Ni pantalones cortos, ni vaqueros rotos, ni gorras de béisbol, ni chanclas».

36. «¡Calor! ¡Calor!».

37. Patrick Poivre d’Arvor, conocido como PPDA, periodista y escritor muy popular en Francia. *(N. de la T.)*

Nota de la autora

En primer lugar me gustaría inclinarme ante Isabel II, reina de Inglaterra, y presentarle mis más sinceras excusas por haberla convertido en un personaje de mi novela, sin consultárselo.

Pero, al fin y al cabo, ella es una *muchacha* de primera clase. Lleva cincuenta años manteniendo a raya a todos los varones de la familia real.

Gracias otra vez a aquellas y aquellos que me han acompañado:

A Nadine, que me acogió en su granja.
A Gloria, que me abrió las puertas de la Chatarrería.
A Jérôme y sus consejos de médico sabio.
A Gilbert, mi lector normando.
A Patricia, mi lectora en América.
A Cyrille, por partir los troncos.
A Michel, por sus lecciones de tiro.
A Martine y Carole, mis asesoras musicales.
A Didier Rolland, bombero.

Gracias también a:

Octavie Dirheimer.

Charlotte de Champfleury.
Sophie Montgermont.
Thierry Perret.
Coco Chérie.
Sarah Maeght.
Alain Castoriano, en directo desde Miami.
Sophie Legrand, en Inglaterra.

Gracias a Jean-Jacques Picart e Inès de la Fressange por los consejos que me dieron para el personaje de Hortense, y por aceptar aparecer en la novela.

Gracias a:

Bruno Monsaingeon y su libro *Mademoiselle* sobre Nadia Boulanger, Van de Velde, 1980.

Georges Duby y Michelle Perrot, *Histoire des femmes en Occident*, vol. 2, *Le Moyen Âge*, Tempus, 2002. [*Historia de las mujeres*, Taurus ediciones, 2000].

Marc Hillman, por sus *Mots en mêlée*, Ixelles Éditions, 2011.

Gracias también a aquellos cuyas palabras me inspiraron, me nutrieron de detalles, los «divinos detalles».

Gracias otra vez y siempre a Charlotte y a Clément, mis encantadores hijos.

A Romain. A Jean-Marie. Gracias por estar siempre ahí.

Título original: *Muchachas*
Publicado originalmente por Éditions Albin Michel, 2014

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014
ISBN: 978-84-9060-213-3
Conversión a libro electrónico: Moelmo, S. C. P.